



Lucky Jim

KINGSLEY AMIS

TRADUCCIÓN de EDER PÉREZ GARAY

se



Lectulandia

Jim Dixon se encuentra en una situación delicada. No está muy seguro de poder conservar su puesto de profesor de Historia Medieval en la universidad, ya que para ello tiene que publicar un artículo que le valga la admiración de la academia. Y no solo eso, sino que debe asegurarse de mantener una buena relación con el profesor Welch, el jefe de su departamento, un hombre pedante y despistado que probablemente no olvide con facilidad que Jim proviene de una familia de clase media baja, y que las altas esferas académicas no son precisamente su fuerte. Y todo esto mientras intenta conquistar a Margaret, una de sus compañeras de trabajo que se está recuperando de un intento de suicidio a causa de su ruptura con su exnovio. ¿Le acompañará a Jim la suerte para conseguir sus propósitos?

Una nueva traducción de la primera y aclamada novela de Kingsley Amis, que le valió el prestigioso Premio Somerset Maugham. Una sátira de la vida universitaria británica que, aderezada con una deliciosa y mordiente misantropía, constituye una de las obras más inolvidables de la literatura cómica británica.

Lectulandia

Kingsley Amis

Lucky Jim

ePub r1.0

Titivillus 28-10-2018

Título original: *Lucky Jim*
Kingsley Amis, 1954
Traducción: Eder Pérez Garay

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

La nueva traducción de la mítica novela-debut de Kingsley Amis, plena de elegante ironía y refinado humor inglés, que le valió el prestigioso Premio Somerset Maugham.

*Oh, lucky Jim,
How I envy him.
Oh, lucky Jim.
How I envy him.*

Oh, Jim el afortunado,
Cuánto le envidio.
Oh, Jim el afortunado.
Cuánto le envidio.

(Vieja canción)

—Ahora bien, cometieron un error tonto —dijo el catedrático de Historia, y su sonrisa, mientras Dixon le observaba, fue confundiéndose poco a poco con el resto de sus rasgos en el recuerdo—. Tras el entreacto tocamos una pequeña pieza de Dowland para flauta dulce y teclado. Yo toqué la flauta dulce, por supuesto, y el joven Johns... —El catedrático hizo una pausa y enderezó el torso mientras caminaba, como si un hombre distinto, un impostor incapaz de imitar su voz, le hubiera sustituido momentáneamente. Luego volvió a la carga—: El joven Johns tocó el piano. Es un muchacho de lo más versátil... Lo suyo, en realidad, es el oboe. En cualquier caso, el plumilla del *Post* se equivocó, o tal vez no estaba prestando atención, pero el caso es que lo publicó tal cual... A Dowland, en cambio, no le confundieron, ni tampoco a los señores Welch y Johns... Pero... ¡adivine qué puso!

Dixon meneó la cabeza.

—No tengo ni la más remota idea, profesor —respondió con total sinceridad. Ningún otro docente en toda Gran Bretaña, pensó Dixon, merecía más aquel apelativo que Welch.

—Flauta y piano.

—¿Perdón?

—Que escribió flauta y piano, en lugar de flauta dulce y piano. —Welch soltó una breve carcajada—. Pues, verá usted, el caso es que una flauta dulce, como bien sabrá, no es lo mismo que una flauta, pese a ser su más inmediata antecesora, desde luego. Para empezar, la flauta dulce se toca, como suele decirse, *à bec*, es decir, soplando por una boquilla de una forma similar a la del oboe o la del clarinete. Mientras que la flauta moderna se toca *a traverso* o, en otras palabras, soplando a través de un agujero en vez de...

Welch recobró la calma y ralentizó el paso, y Dixon, a su lado, pareció relajarse también. Le había sorprendido encontrarse al catedrático en la biblioteca, de pie frente al estante de «Adquisiciones recientes». Ahora atravesaban juntos, en diagonal, un pequeño jardín en dirección a la fachada del edificio principal de la universidad. Bien mirados, e incluso mal mirados, parecían sacados de un espectáculo de variedades. Welch, alto y enclenque, tenía el pelo cada vez más cano y lacio; Dixon, bajito, blancuzco y con la cara redonda, llamaba la atención por unas espaldas excepcionalmente anchas a las que jamás había acompañado fuerza ni habilidad física alguna. A pesar del contraste más que evidente entre el uno y el otro, Dixon era consciente de que sus andares, circunspectos y a todas luces meditabundos, debían de parecerles muy doctos a los alumnos con los que se iban cruzando. De hecho, todos ellos podrían haber supuesto que iban hablando de historia, como si ambos fueran

miembros de cualquiera de los cenáculos de Oxford o de Cambridge. Es más, en momentos como aquel, Dixon casi llegaba a desear que así fuera, y se sumía en sus pensamientos hasta que el viejo se animaba y estallaba en un ataque de fervor, hablando a voz en grito, y culminando con el trémolo de alguna carcajada producida por algún comentario que solo le hacía gracia a él.

—Además, el desbarajuste llegó a su punto álgido en la pieza que tocaron justo antes del entreacto. El muchacho de la viola tuvo la mala fortuna de saltarse dos páginas de la partitura de golpe y la confusión resultante... Palabra que...

Hablando de palabras, a Dixon le vino una a la punta de la lengua que no tardó en repetir para sus adentros. Después, trató de esbozar una expresión que demostrase al profesor que su charla le estaba divirtiéndole sobremanera. Pero el rictus que se le venía a la cabeza era bien distinto, y se prometió llevarlo a la práctica en cuanto se quedara a solas. Elevaría el labio inferior hasta situarlo bajo los dientes superiores y, poco a poco, retraería la barbilla lo máximo posible y abriría los ojos como platos dilatando al tiempo las fosas nasales. Si se dejaba llevar por sus emociones en aquel instante, un peligroso sonrojo acabaría inundando su rostro.

Welch retomó el tema del concierto. ¿Cómo había llegado a ocupar la Cátedra de Historia, incluso en un lugar como aquel? ¿Publicando artículos y libros? No. ¿Por sus excelentes clases magistrales? *No*, resáltese en cursiva. Entonces, ¿cómo? Una vez más, Dixon acabó descartando la pregunta y se repitió que lo importante era que aquel hombre ejercería un poder decisivo sobre su futuro, al menos durante las siguientes cuatro o cinco semanas. Hasta entonces tendría que ingeniárselas para caerle en gracia, y suponía que una manera de lograrlo era estar presente y demostrar que le interesaba toda aquella cháchara sobre conciertos. Pero, absorto en su charla, ¿se daba cuenta Welch de que alguien le escuchaba? Y si así era, ¿se acordaría después de quién era esa persona? Y si se acordaba, ¿afectaría eso de algún modo al juicio que ya se había formado sobre él? Entonces, abruptamente y sin previo aviso, a Dixon le asaltó la segunda de sus preocupaciones. Tratando de reprimir un bostezo de nerviosismo que le hizo estremecerse, preguntó, con su acento neutro del norte de Inglaterra:

—¿Qué tal le va a Margaret?

Los rasgos arcillosos del profesor dibujaron una expresión indefinible mientras su atención, como una escuadra de viejos y lentos buques de guerra, iniciaba un cambio de rumbo para enfrentarse a la nueva situación.

—Margaret... —dijo, pasado un momento.

—Sí... La verdad es que llevo sin verla una o dos semanas. —O tres, se dijo Dixon, con cierta inquietud.

—¡Oh! Pues juraría que se está recuperando bastante rápido, dadas las circunstancias. Por supuesto, se llevó un gran disgusto con el asunto de aquel tipo, el tal Catchpole, y todos los desafortunados sucesos que vinieron después. A mi modo de ver... Mire usted, yo creo que ahora sufre de la cabeza más que del cuerpo... De

hecho, yo diría que, físicamente, está en plena forma. Es más, cuanto antes regrese al trabajo, tanto mejor, aunque por otro lado me temo que ya es demasiado tarde, claro, para que vuelva a impartir clase este curso. Sé que a ella le gustaría retomar sus tareas cuanto antes, y le confesaré que estoy de acuerdo. Le permitiría olvidarse antes de..., de...

Dixon, que estaba al tanto de todo, incluso de más de lo que Welch habría imaginado, se limitó a decir:

—Comprendo. Supongo que este tiempo viviendo en su casa, profesor, con usted y la señora Welch, la habrá ayudado a salir del túnel.

—Sí, creo que hay algo en el ambiente de nuestro hogar que contribuye a la cicatrización. Una vez, hace ya años, un amigo de Peter Warlock^[1] que vino de visita en Navidad dijo más o menos lo mismo. Recuerdo que yo mismo, cuando volví de aquella conferencia de examinadores en Durham el verano pasado... Era un día abrasador y el tren estaba... En fin, estaba...

Tras este imprevisto volantazo, el vehículo destartado al que tanto se asemejaban las conversaciones de Welch reemprendió su rumbo habitual. Dixon se dio por vencido y tensó las piernas para alcanzar, por fin, la escalinata del edificio principal. Se imaginó entonces que agarraba al catedrático por la cintura, que estrujaba su chaleco gris azulado de felpa hasta cortarle el aliento y que subía cargando afanosamente con él las escaleras. Luego arrastraría aquellos piecitos calzados con zapatos de vestir por el pasillo hasta la taza del váter y tiraría una o dos veces de la cadena, e incluso otra más, mientras le rellenaba a Welch la boca con papel higiénico.

Dixon siguió fantaseando. Solo se sonrió, con ojos soñadores, cuando, tras un meditabundo alto en el vestíbulo empedrado, el catedrático le dijo que tenía que subir a recoger su «bolsa» del despacho, que estaba en la segunda planta. Mientras aguardaba, se dedicó a buscar la mejor manera de recordarle, evitando que frunciera el ceño con un prolongado gesto de asombro, que le había invitado a tomar el té en su casa, a las afueras de la ciudad. Habían acordado salir para allá a las cuatro, en el coche de Welch, y ya eran y diez. Dixon sintió una punzada de terror en el estómago al caer en la cuenta de que vería a Margaret y de que esa sería la primera vez que saldrían de paseo desde la noche en que la joven perdió los estribos. Para apaciguar el temor que tal encuentro le inspiraba, centró su atención en los hábitos de conducción de Welch y taconeó estrepitosamente en el suelo con uno de sus zapatones marrones, sin dejar de silbar. Su maniobra surtió efecto durante unos cinco segundos, o tal vez alguno menos.

¿Cómo se comportaría Margaret cuando se quedaran a solas? ¿Se mostraría risueña y fingiría no recordar el tiempo transcurrido desde la última vez que se vieron para así ganar altura moral antes de lanzarse al ataque? ¿O permanecería callada y apática, distraída en apariencia, y a él no le quedaría más remedio que reemplazar a regañadientes su habitual retahíla de trivialidades por un rosario de promesas y

excusas cobardes? El encuentro se desarrollaría del mismo modo en que comenzara: con una de esas preguntas que nadie es capaz de responder ni evitar, con alguna confesión espeluznante, con alguna afirmación de Margaret sobre sí misma que, ya fuera pronunciada por efectismo o no, surtiría efecto igualmente. Dixon se había visto arrastrado a esta historia por una combinación de virtudes que desconocía poseer: cortesía, interés amistoso, preocupación cotidiana, cierta disposición bondadosa a que le impusieran cosas y un deseo inequívoco de camaradería. En su momento, le pareció lo más natural del mundo que una profesora invitara a tomar café en su casa a un compañero que, pese a ser mayor que ella, se encontraba por debajo en el escalafón docente. Él aceptó la invitación por cortesía y, desde entonces, sin comerlo ni beberlo, se convirtió en el hombre que «salía» con Margaret y en el competidor oficial de un tal Catchpole, un tipo acechante con un prestigio que variaba según el día. Hubo un tiempo, unos meses antes, en el que llegó a creer que Catchpole le había venido de perlas, pues en cierto modo le había quitado un peso de encima, reduciéndole a la algo más llevadera condición de simple consultor y estratega. Incluso había disfrutado de la aceptación implícita de que era un experto en las técnicas del cortejo. Pero entonces Catchpole le lanzó a Margaret encima, directamente sobre el regazo. Y en esa posición no podía escapar a su sino como único destinatario de las preguntas y las confesiones castrantes de la joven.

Aquellas preguntas... Aunque no se permitía fumar hasta las cinco en punto, Dixon encendió otro cigarrillo al recordar el primer interrogatorio, hacía seis meses o más. Fue a comienzos de diciembre, siete u ocho semanas después de que él empezara a trabajar en la universidad. «¿Te gusta venir a verme?». Aquella era la primera pregunta que recordaba, y le resultó muy fácil responder afirmativamente sin necesidad de mentir. Pero entonces vinieron otras del tipo: «¿Crees que nos entendemos bien?», «¿Soy la única chica a la que conoces en este lugar?», etcétera. Y, en cierta ocasión, después de invitarla a salir tres tardes seguidas: «¿Vamos a seguir viéndonos tanto?». Fue entonces cuando surgieron los primeros reparos de Dixon. Antes de aquello —y también después, durante algún tiempo—, siempre había querido creer que la sinceridad y la franqueza hacían mucho más fácil la engorrosa faena de lidiar con las mujeres. Las confesiones de Margaret —«Disfruto estando contigo», «No suelo entenderme con los hombres», «No te rías de mí, pero creo que el Consejo estuvo más acertado de lo que sus miembros creen cuando te nombraron para el puesto»— le parecieron buena prueba de ello. Dixon no quiso reírse entonces y tampoco quería reírse ahora. ¿Cómo iría vestida aquella tarde? Se sentía capaz de elogiar casi cualquier prenda que llevara, salvo aquel vestido verde de cachemir que solía combinar con unos zapatos de tacón bajo de falso terciopelo.

¿Dónde estaría Welch? El viejo era célebre por sus incorregibles escaqueos. Dixon subió las escaleras al vuelo, dejó atrás las placas conmemorativas y avanzó por los pasillos desiertos, pero cuando llegó al despacho de techos bajos del catedrático, que tan bien conocía, se encontró con que este estaba vacío. Bajó luego trotando las

escaleras traseras, una escapatoria que él mismo utilizaba a menudo, y entró en el baño de los profesores. Allí, encorvado con mucho misterio sobre el lavabo, encontró a Welch.

—¡Ah, por fin...! —dijo Dixon con cierta camaradería—. Pensaba que se había marchado sin mí. Profesor... —añadió, quizá demasiado tarde.

Welch elevó su rostro estrecho, distorsionado por la sorpresa.

—¿Marchado? —preguntó—. Usted...

—Me había invitado a tomar el té a su casa —le recordó Dixon—. Quedamos en eso el lunes, a la hora del café, en la sala de profesores. —Al ver su propio rostro reflejado en el espejo del baño, a Dixon le asombró reconocer en él una expresión de entusiasta amistad.

Welch, que se estaba sacudiendo las manos para secárselas, paró de repente. Parecía un salvaje africano contemplando con cara de pasmo un sencillo truco de magia.

—¿A la hora del café? —preguntó.

—Sí, el lunes —repitió Dixon, y acto seguido se metió las manos en los bolsillos y cerró los puños.

—¡Ah! —dijo Welch, levantando al fin la vista hacia él—. Ah... ¿Era esta tarde? —Se dio la vuelta, alcanzó una toalla cubierta de lamparones y empezó a secarse las manos muy despacio, observando a Dixon sin bajar la guardia.

—Así es, profesor. Espero que aún le resulte conveniente.

—¡Oh, más que conveniente...! —respondió Welch tan tranquilo, aunque en un tono que sonó muy poco natural.

—¡Estupendo! Porque estoy deseando ir —dijo Dixon, descolgando su viejo abrigo de un gancho de la pared.

Aunque se recuperó enseguida de la sorpresa, el comportamiento de Welch seguía ocultando algún misterio. Aun así, recogió enseguida su «bolsa» y se caló su gorro *beige* de pescador en la cabeza.

—Iremos en mi coche. —Se ofreció.

—Estupendo.

Una vez fuera del edificio, caminaron por una senda de grava hasta el vehículo, que estaba aparcado entre otros cuantos. Dixon echó un vistazo a su alrededor mientras Welch se afanaba en buscar las llaves. Frente a ellos se extendía un jardín descuidado, delimitado por una hilera de verjas amputadas tras las que se hallaban la carretera de la universidad y el cementerio municipal, una conjunción que suscitaba alguna que otra guasa muy popular en la zona. Es más, los propios profesores acostumbraban a alabar ante sus discípulos la sumisión que mostraba, en comparación con ellos, «la clase de enfrente». Tampoco a los alumnos —a nadie, en realidad— se les escapaba el parecido entre los sepultureros y los miembros del cuerpo docente.

Dixon continuaba examinando los alrededores cuando un autobús ascendió lentamente la colina bajo el sol pálido de mayo. Se dirigía al pueblito en el que vivían los Welch. «Llegaré antes que nosotros», se apostó consigo mismo. En aquel instante, una voz estruendosa que le pareció —y quizá lo fuera— la de Barclay, el catedrático de Música, comenzó a cantar tras una de las ventanas que se encontraban sobre sus cabezas.

Un minuto más tarde, sentado en el coche mientras Welch trataba de arrancarlo, Dixon oyó un rumor semejante al de un timbre gastado. El ruido acabó mutando en un triple zumbido que pareció transmitirse por todos y cada uno de los componentes del automóvil. Welch volvió a intentarlo, pero esta vez sonó como si alguien estuviera manipulando una caja llena de botellas de cerveza. Antes de que pudiera cerrar los ojos, Dixon se vio proyectado contra el respaldo de su asiento, y el cigarrillo, que aún llevaba encendido en la mano, aterrizó en algún recoveco del suelo. Justo en ese instante el coche derrapó en la grava y salió disparado en dirección al bordillo del jardín, sobre el que Welch transitó despacio unos segundos antes de conseguir detenerlo. Acto seguido, se incorporaron a la carretera a paso de tortuga acunados por el tremendo runrún del motor. Un grupo de alumnos rezagados, envueltos en las bufandas amarillas y verdes de la universidad, se quedaron mirándolos desde el pequeño pórtico de la conserjería, donde colgaban los resultados deportivos.

Ascendieron por el carril central de la carretera. Pronto un camión se les pegó a los talones y empezó a tocar el claxon infructuosamente, y Dixon lanzó una mirada furtiva a Welch, cuyo rostro —le apasionó comprobarlo— mantenía la calma y la fe en sí mismo propias de un intendente de guerra en un día de perros. Dixon volvió a cerrar los ojos. Esperaba que cuando Welch lograra culminar con torpeza los dos cambios de marcha que le quedaban pendientes, la conversación adquiriera un tono menos académico, aunque eso supusiera oírle perorar interminablemente sobre música o sobre las andanzas de sus hijos: Michel, el escritor afeminado, y Bertrand, el pintor barbudo y pacifista del que Margaret ya le había hablado. Pero, fuera cual fuera el tema de conversación, Dixon sabía que antes de que terminara el trayecto su rostro se arrugaría y se deformaría como un saco viejo por la pesada carga de verse obligado a sonreír, a mostrar interés y a pronunciar las tres palabras que le estaban permitidas, además de por los esfuerzos de evitar fatigarse o tensarse con anárquica furia.

—Oh... Uh... Dixon.

Dixon abrió los ojos e hizo lo posible por mirar hacia otro lado. Cualquier recurso era bueno con tal de desahogarse por adelantado.

—¿Sí, profesor?

—Me preguntaba si ese artículo suyo...

—¡Ah, sí! No...

—¿Aún no sabe nada de Partington?

—Sí... En realidad, se lo envié a él antes que a nadie, no sé si lo recordará, pero me dijo que estaban hasta arriba de trabajo...

—¿Cómo?

Dixon habló más bajo de lo que exigía el ruido del coche —básicamente hablar a gritos— para ocultarle por un lado a Welch su propia desmemoria y también, en cierto modo, para protegerse a sí mismo. Cuando volvió a abrir la boca se sorprendió desgañitándose.

—Ya le conté que les resultaba del todo imposible hacerme un hueco.

—Ah, ¿imposible? ¿Imposible? Naturalmente, reciben una cantidad... tremenda de artículos. Aun así, supongo que si algo les llamara verdaderamente la atención... Entonces..., ¿no se lo ha enviado a nadie más?

—Sí, a ese tal Caton que se anunció en el *TLS* hace un par de semanas. Creo que pretende sacar una revista de historia tratada desde una perspectiva global o algo por el estilo. Y la verdad es que pensaba que me lo publicarían de inmediato. Al fin y al cabo, una revista nueva no puede estar saturada de colaboraciones con tanta antelación, porque todas en las que he...

—Sí, quizá merezca la pena intentarlo con una de esas publicaciones nuevas. Creo recordar que una de ellas se anunció hace algún tiempo en el *Times Literary Supplement*. El director se llamaba Paton o algo parecido. Quizá le convenga probar suerte con él, ahora que al parecer las publicaciones con más solera han rechazado el resultado de su... esfuerzo. Veamos... ¿Cómo ha titulado ese artículo exactamente?

Dixon contemplaba por la ventanilla los campos que iban dejando atrás, de un verde brillante tras las lluvias de abril. Se había quedado pasmado, y no por el último medio minuto de conversación, puesto que estas anécdotas constituían la esencia misma de los coloquios de Welch, sino por la perspectiva de tener que enunciar en voz alta el título de su artículo. Aunque lo cierto es que se trataba de un título perfecto, pues había logrado condensar en pocas palabras su engorrosa necesidad, el desfile fúnebre de afirmaciones en que consistía y que causaban bostezos, y la falsa luz que arrojaba sobre problemas imaginarios. Dixon había leído, o había empezado a leer, docenas de artículos como el suyo, pero este era aún peor, debido a los aires de utilidad y trascendencia que se daba. «Al considerar este asunto extrañamente menospreciado...». Así comenzaba. ¿Menospreciado? ¿Extrañamente? ¿Qué asunto extrañamente menospreciado? Cuando pensó en ello, se sintió un perfecto hipócrita, además de un imbécil, por no haber profanado y prendido fuego aún a su máquina de escribir.

—Veamos... —rememoró frente a Welch, haciendo un esfuerzo un tanto teatral—. ¡Ah, sí! «Los efectos económicos del desarrollo de las técnicas de construcción naval entre 1450 y 1485». Al fin y al cabo, así es como...

Dixon, incapaz de terminar la frase, dirigió de nuevo la mirada a su izquierda para darse de bruces con el rostro de un hombre que escrutaba el suyo a unos veinte centímetros de distancia. La cara, dominada por un gesto de alarma, pertenecía al

conductor de una furgoneta a la que Welch había decidido adelantar en mitad de una curva cerrada flanqueada por dos muros de piedra. De repente, un autobús enorme apareció en lontananza frente a ellos. Welch redujo la marcha un poco, lo bastante para seguir al lado de la furgoneta justo cuando el autobús se les viniera encima, y dijo con determinación:

—Buen título, creo yo.

Antes de que Dixon pudiera acurrucarse hecho una bola, o al menos quitarse las gafas, la furgoneta frenó y desapareció, y el conductor del autobús, vociferando con la boca abierta, logró esquivar el muro. El coche de Welch, con un traqueteo de fondo, se apresuró a regresar a su carril. Dixon, pese al júbilo que sentía de haberse librado del choque, pensó que la muerte del catedrático habría resultado de lo más oportuna para rematar la conversación. En realidad, lamentó su suerte cuando el conductor reanudó la charla.

—Si yo estuviera en su lugar, Dixon, procuraría por todos los medios que el artículo fuera aceptado el mes que viene. Yo carezco de los conocimientos necesarios para emitir un juicio de valor sobre él... —Su voz se aceleró—. Me refiero a juzgar sus méritos, ¿no lo cree? Sería inútil que alguien viniera a mí y me preguntara: «¿Qué le parece el trabajo del joven Dixon?», puesto que no podría brindarle una opinión experta sobre el tema. Sin embargo, si lo publicara una revista de prestigio... Eso... En fin, ni siquiera usted sabe de verdad cuál es su valor, ¿no es así?

Dixon pensó que, al contrario, era más que capaz de juzgar la valía de su artículo. Y desde varios puntos de vista, además. Desde uno de ellos se había ganado a pulso un impropio compuesto por seis palabras. Desde otro, el reconocimiento del impetuoso empeño que había puesto en recabar datos (y del aburrimiento monumental en el que le había sumido la búsqueda). Y, desde un tercer punto de vista, merecía lograr su propósito inicial: enmendar la «mala impresión» que su autor había causado en la universidad y en el Departamento de Historia en concreto. Pero se limitó a decir:

—No, claro que no, profesor.

—Debe comprender, Faulkner, que es de suma importancia para usted que el artículo valga la pena. No sé si me sigue.

Aunque se había equivocado de nombre (el tal Faulkner era el tipo que le había precedido en el puesto), Dixon sabía muy bien de qué hablaba Welch. ¿Cómo narices se había llegado a forjar tan mala fama? Puede que fuera por la herida superficial que le había hecho al catedrático de Inglés durante su primera semana en la universidad. El hombre, un tipo relativamente joven que había estudiado en Cambridge, estaba en la escalinata principal cuando Dixon dobló una esquina —regresaba de la biblioteca— con tan mala suerte que dio un violento puntapié a un canto rodado que se encontró en la acera de macadán. Antes de alcanzar el punto cumbre de su trayectoria, la piedra, lanzada desde una distancia de casi quince metros, golpeó al susodicho bajo la rótula. Aunque Dixon trató de disimular apartando la mirada, para

su terrible asombro, el catedrático se había percatado de todo. Salir corriendo habría resultado del todo inútil, puesto que el refugio más cercano se encontraba demasiado lejos. En el momento del impacto, se dio media vuelta y echó a andar hacia la carretera, aunque todos allí sabían quién era el único ser vivo con capacidad para propulsar una piedra que se hallaba allí en el momento del fatídico accidente. Solo una vez echó la vista atrás y vio a la víctima a la pata coja, sin quitarle ojo de encima. Quiso entonces disculparse, pero, ante ese tipo de lances, siempre le vencía el miedo. Le había sucedido algo parecido dos días antes, cuando se tropezó y derribó la silla del secretario en la primera reunión del claustro en el preciso momento en que el buen hombre estaba a punto de sentarse. Solo el grito de advertencia de su asistente evitó el desastre, pero Dixon aún recordaba aquella mirada y aquel rostro agarrotado en forma de ese. Por no mencionar la famosa disertación que redactó para la clase de Welch un estudiante del cuadro de honor. El texto arremetía de modo inmisericorde contra un libro sobre las leyes de cercamiento^[2] que había escrito un viejo alumno del catedrático.

—Mire usted, Dixon, cuando le pregunté quién le había metido esos pájaros en la cabeza, él me dijo que todo salía de sus clases. En fin, repliqué con todo el tacto que fui capaz de reunir...

Más tarde, Dixon se enteró de que el libro de marras había sido escrito a instancias de Welch y, en parte, bajo su supervisión. Cualquiera podría haberlo comprobado leyendo los agradecimientos, pero Dixon, cuya máxima era leer lo menos posible, jamás se tomó esa molestia. Fue Margaret quien le puso al tanto. Ocurrió, si no recordaba mal, la mañana anterior a la noche en que intentó suicidarse con una sobredosis de somníferos.

—¡Ah, por cierto, Dixon...! —dijo Welch con un grito apagado que sonó lejano. Dixon le miró con avidez.

—¿Sí, profesor? —Cuánto mejor seguir escuchando las vivencias de Welch que pensar en las de Margaret (muy pronto tendría ocasión de comprobar de primera mano el material del que estarían hechas esta vez)...

—Me preguntaba si no le importaría venir a casa el próximo fin de semana para... El fin de semana. Creo que será muy divertido. Vendrá a visitarnos gente de Londres, amigos de la familia y de mi hijo Bertrand. También él intentará pasarse, por supuesto, pero aún no sabe si podrá escapar de sus obligaciones. Habrá algún espectáculo, un poco de música, cosas así. Probablemente le pediremos que venga a echarnos una mano.

El coche avanzó entre zumbidos por la carretera desierta.

—Muchas gracias. Encantado de asistir —respondió Dixon, pensando que le encomendaría a Margaret averiguar qué clase de mano era esa que tendría que echarles. Welch parecía bastante animado por la inmediata aceptación de Dixon.

—Estupendo —dijo, apacible—. Y ahora me gustaría discutir con usted un asunto académico. He hablado con el rector sobre la jornada de puertas abiertas que

celebraremos antes de fin de curso. Quiere que el Departamento de Historia sea el encargado de lanzar el anzuelo, ¿me sigue?, y yo he pensado en usted.

—¿De veras? —Sin duda había candidatos mucho mejor capacitados para lanzar ese anzuelo.

—Sí. He pensado que quizá quiera encargarse de la clase nocturna que el departamento pretende impartir... Si se ve usted capaz.

—Claro, me encantaría hacerme cargo de la clase de puertas abiertas, si usted me cree capacitado —alcanzó a decir Dixon.

—He pensado que a la lección le iría bien el título de *Oh Alegre Inglaterra*^[3]. No es demasiado académico, ni tampoco demasiado... demasiado... ¿Cree que podría prepararse algo sobre el tema?

—Y entonces, justo antes de perder el conocimiento, dejé de preocuparme. Fue repentino. Me agarré al frasco vacío como a un clavo ardiendo, lo recuerdo muy bien, como si estuviera aferrándome a la vida. Pero poco después no me importó nada partir... Me sentía agotada... Aun así, si alguien me hubiera zarandeado diciéndome: «Venga, tú no te vas... ¡Vuelve!», creo que habría tratado de hacer el esfuerzo, que habría intentado regresar. Pero nadie dijo nada, así que pensé: «En fin, es lo que hay, qué más da». Curiosa sensación. —Margaret Peel, pequeña, delgada, con gafas y maquillaje brillante, miró a Dixon esbozando una media sonrisa. A su alrededor resonaban otras seis conversaciones.

—Es buena señal que seas capaz de hablarlo de esta manera —dijo Dixon. Como ella no respondió, él continuó—: ¿Recuerdas lo que pasó después? Pero no me lo cuentes si prefieres no hacerlo... ¡Faltaría más!

—No, no me importa, mientras a ti no te aburra... —Su sonrisa se ensanchó un poco—. ¿Pero no te contó Wilson cómo me encontró?

—¿Wilson? Ah, el tipo de la habitación de abajo... Sí, dijo que tenías la radio tan alta que subió a quejarse. ¿Por qué la dejaste encendida? —Ya casi habían desaparecido los sentimientos que la primera parte del relato de Margaret había despertado en él, y volvía a ser capaz de pensar con lucidez. Ella apartó la vista, dirigiéndola hacia la barra medio vacía.

—En realidad no lo sé, James —dijo—. Algo dentro de mí deseaba que hubiera algún ruido de fondo mientras... partía. El silencio de aquella habitación era espantoso. —Se estremeció un poco, pero después añadió—: Aquí hace un poquito de frío, ¿no te parece?

—Podemos cambiarnos de sitio si lo prefieres.

—No, aquí estamos bien... Ha sido la pequeña corriente que se ha producido cuando ese hombre ha entrado... Ah, sí, después... Creo que enseguida comprendí lo que ocurría, dónde estaba y todo eso. Y lo que estaban haciéndome. Pensé: «Oh, Dios, llevo horas y horas sintiéndome enferma, hecha un trapo, ¿podré soportarlo?». Me desmayaba y volvía a recuperar la conciencia a cada rato, una y otra vez... Mejor así, al fin y al cabo. Cuando recuperé el conocimiento, lo peor ya había pasado. Me refiero a sentirme miserable. Físicamente me encontraba muy débil, ¿te acuerdas? Todo el mundo fue encantador conmigo. Y yo no dejaba de pensar que bastante tendrían con lidiar con los enfermos que lo son en contra de su voluntad. Recuerdo que me daba pavor que llamaran a la policía y me encerraran en un «hospital policial». ¿Existen esos sitios, James? Pero lo cierto es que fueron angelicales conmigo. En realidad, no podrían haberse comportado mejor. Y entonces viniste tú a

verme y todo aquel horror empezó a parecerme irreal. Tenías una pinta lamentable... —Se reclinó de lado en su taburete y se carcajeó, con las manos entrelazadas sobre la rodilla y los zapatos de falso terciopelo dejando a la vista sus talones—. Daba la impresión de que acababas de asistir a algún tipo de operación truculenta y horripilante. Estabas pálido como una oveja..., con los ojos hundidos... —Sacudió la cabeza, riéndose aún, aunque en silencio, y se colocó su chaqueta de punto sobre el vestido verde de cachemir.

—¿De verdad? —le preguntó Dixon. En cierto modo, le alivió saber que su aspecto aquella mañana era tan calamitoso como el cuerpo que se le quedó al recibir la noticia. Pero volvió a sentirse mal cuando trató de reunir las fuerzas necesarias para hacerle la última pregunta de rigor. Durante un minuto, se prestó a escuchar a medias el relato de lo estupenda que había sido la señora Welch: la había llevado y traído del hospital todos los días, la había alojado en su casa durante la convalecencia... La mujer del catedrático fue encantadora con Margaret pese a que, cuando discrepaba públicamente de su marido, era la única persona en el mundo capaz de hacerle sentir a Dixon lástima por ese hombre. ¡Cuánto le fastidió tener que oír todas aquellas maravillas acerca de la mujer del catedrático! Era como si Margaret se empeñara en contrarrestar la ojeriza que le tenía a aquella mujer. Al final, dio un gran sorbo a su vaso y preguntó en voz baja:

—No hace falta que me lo digas si no te apetece, pero... ya le has dado carpetazo a todo este asunto, ¿verdad? No se te pasará por la cabeza volver a intentarlo, ¿no?

Margaret levantó la vista rápidamente, como si hubiera estado esperando la pregunta, pero Dixon no consiguió desentrañar si la recibió con alegría o con pesar. De pronto, ella bajó la cabeza y él reparó en lo delicado de la carne que recubría su mandíbula.

—No, no se me ocurrirá volver a hacerlo —afirmó—. Él ya me da igual... No siento nada por él, nada en absoluto. Tanto es así que ahora hasta me parece estúpido haberlo intentado. —La respuesta convenció a Dixon de que su miedo al reencuentro entre aquellos dos era infundado.

—¡Cuánto me alegro! —respondió él con efusión—. ¿Ha tratado de ponerse en contacto contigo de alguna forma?

—No, no lo ha hecho. Ni siquiera se ha dignado a hacer una llamadita de teléfono. Ha desaparecido sin dejar rastro. Es como si lo nuestro nunca hubiera existido. Me figuro que está demasiado ocupado con su idilio. Ya me lo advirtió en su momento.

—¿Te lo advirtió? ¿De verdad?

—Ya lo creo que sí. El señor Catchpole no es de esos que se andan por las ramas. Me lo dijo tal cual: «Me la llevo al Norte de Gales un par de semanas. Pensaba que debía contártelo antes de irnos». Fue encantadoramente sincero, James... Y encantador en todos los sentidos.

Margaret desvió la mirada y esta vez se le marcaron los tendones del cuello y las cervicales. Dixon sintió una punzada de alarma que se intensificó al descubrir que no se le ocurría nada que decir. Examinó el rostro de Margaret como si estuviera interpretando un texto y reparó en los mechones de pelo castaño que ocultaban las patillas de sus gafas, en la arruga que le surcaba una mejilla y que se acercaba, algo que antes no ocurría, a la órbita del ojo (¿no serían imaginaciones suyas?) así como en la leve —e inequívoca, desde su ángulo de visión— curva descendente que dibujaba su boca. No había manera de alimentar aquella conversación, así que se concentró en buscar sus cigarrillos, pero, antes de que pudiera ofrecerle uno y romper el silencio, ella se volvió hacia él con una tenue sonrisa en la que Dixon atisbó, con disgusto, un gesto premeditado de entereza.

Margaret vació su vaso con un gesto rápido y alegre.

—Cerveza —dijo—. ¡Invítame a una cerveza! La noche es joven.

Mientras trataba de captar la atención de la camarera, Dixon se preguntó cuántas rondas más esperaba Margaret que apoquinara y por qué ella, que había conservado su sueldo íntegro durante la baja, jamás se ofrecía a invitarle a un trago a él. Luego recordó con desagrado la mañana anterior a la sobredosis de somníferos. Él no tenía nada que hacer en la universidad aquel día hasta el comienzo de un seminario vespertino de dos horas, y ella estaba libre tras una tutoría. Tomaron un café de siete peniques en un restaurante que acababa de abrir pero que ya por entonces estaba bastante de moda, y después fueron juntos a una farmacia donde Margaret compró un par de cosas, entre ellas el frasco de somníferos. Dixon recordaba a la perfección el gesto con el que había guardado el frasco, envuelto en papel blanco, en el bolso, y había levantado la vista para decir: «Serviré un té esta noche a eso de las diez. Si no tienes nada mejor que hacer, ¿te apetecería pasarte por casa a esa hora?». Dixon respondió que sí, que allí estaría, pero en el momento de la verdad, cuando dieron las diez, se dio cuenta de que no había preparado la clase del día siguiente, además de que la idea de asistir a otra conferencia sobre el tal Catchpole se le antojaba muy poco apetecible. Aquella misma tarde, a primera hora, Catchpole había llamado a Margaret para decirle que habían terminado y, a eso de las diez, la joven ingirió el frasco entero de somníferos. Si hubiera estado allí, pensó Dixon por enésima vez, habría podido evitarlo, o quizá al menos la habría llevado al hospital una hora y media antes de que Wilson lo hiciera. Una vez más, expulsó de su cabeza la imagen de lo que habría ocurrido si aquel vecino no se hubiera molestado en subir al apartamento de Margaret. Lo sucedido fue en realidad mucho más desagradable que el peor de los augurios que se le hubiera podido pasar por la cabeza aquella mañana. La volvió a ver una semana después, en el hospital.

Tras guardarse en el bolsillo el cambio de ocho peniques a sus dos chelines, Dixon empujó una de las copas de cristal tallado hacia Margaret. Estaban sentados en el *pub* del Oak Lounge, un gran hotel situado a pie de carretera, no demasiado lejos de la casa de los Welch. Dixon, desde su taburete, pensó que compensaría el precio

desorbitado de las cervezas engullendo sin control el pretencioso aperitivo consistente en patatas fritas, pepinos y cebollas confitadas —de color rojo, verde y ámbar—. Se abalanzó por el pepino más grande de todos sin dejar de pensar en la inmensa suerte de haber despachado de soslayo la carga emocional de la tarde. Margaret no mencionó las ausencias recientes de Dixon en casa de los Welch, ni dejó caer preguntas ni confesiones venenosas.

—Por cierto, James —dijo, agarrando la copa por el tallo—, me gustaría decirte que estoy muy agradecida por el tacto que has demostrado estas últimas semanas. Has estado estupendo.

Dixon notó como todas sus facultades se ponían en alerta. Estas salidas retóricas de apariencia inofensiva y agradable solían presagiar un ataque inminente, como el jinete misterioso que avanza al galope hacia la diligencia cargada de lingotes de oro.

—No he sido consciente de haber demostrado tanto tacto como dices... —respondió Dixon sin mostrar la menor emoción.

—Has sabido mantenerte en un segundo plano. Eres el único que se ha tomado la molestia de comprender que tal vez prefería que no me hubieran bombardeado a preguntas del estilo de: «¿Y qué tal te encuentras, cariño, después de una experiencia tan desagradable?», etcétera. ¿Sabías que la señora Welch invitó a su casa a gente del pueblo de la que jamás había oído hablar? No dejaban de preguntarme que cómo estaba. Fue increíble. Eran de lo más simpáticos, James, pero, aun así, te confieso que me muero de ganas de salir de ese lugar.

Parecía sincera. A veces Margaret interpretaba los actos u omisiones más inconscientes o hirientes de Dixon de esa manera, aunque nunca tan a menudo, desde luego, como solía confundir los gestos de apoyo con expresiones inconscientes o hirientes. Quizá había llegado el momento de que él guiara la conversación por otros derroteros.

—Neddy me ha dicho que vuelves a sentirte en plena forma para retomar el trabajo —dijo—. Aunque los exámenes están a la vuelta de la esquina. ¿Volverás a la universidad antes de que empiecen?

—Creo que antes me pasaré a ver a mis alumnos para responder cualquier pregunta que quieran hacerme. Siempre que ese esfuerzo no desintegre sus pequeños cerebros de chorlito, claro. Eso es todo lo que haré este curso, además de corregir los exámenes. Aunque lo que en realidad me devolverá a la normalidad será perder de vista a todos los Neddys de este mundo, por ingrato que suene. —Margaret cruzó las piernas de una forma un tanto compulsiva.

—¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte con ellos?

—Oh, espero que no más de dos semanas... En todo caso, pretendo largarme antes de que empiecen las vacaciones de verano. Todo dependerá de lo que tarde en encontrar un lugar donde vivir.

—Eso está bien —repuso Dixon, contento de pronto ante el tono más sincero que parecía estar introduciéndose en la conversación—. Entonces..., seguirás allí el fin de

semana que viene.

—¿Dónde...? Ah, ¿para el encuentro bohemio de Neddy? Sí, por supuesto. ¿Por qué? ¡No me digas que tú también irás!

—Pues justo eso te iba a decir... Ha sacado el tema en el coche, cuando veníamos hacia aquí. ¿Por qué te asombra tanto? ¿Se puede saber qué es lo que te parece tan gracioso?

Margaret se estaba riendo de un modo que Dixon bautizó provisionalmente como «el tintineo de las campanillas de plata». A veces pensaba que el comportamiento de la joven era el resultado de intentar llevar a la práctica ese tipo de expresiones, pero, antes de que le diera tiempo a irritarse consigo mismo o con ella, Margaret dijo:

—Sabes dónde te estás metiendo, ¿verdad?

—Sí, bueno... En alguna velada repleta de finolis, supongo. Pero me siento capaz de perorar durante horas con el más inteligente de ellos. ¿Qué es lo que han organizado exactamente?

Margaret enumeró el programa con los dedos:

—Canciones corales. La lectura de una obra de teatro. Una demostración de danza de espadas. Recitales de poesía. Un concierto de cámara. Y algo más, aunque se me ha olvidado. Pero seguro que en un minuto me vendrá a la cabeza. —Y siguió riéndose.

—No te molestes, con eso basta. ¡Dios mío, así que la cosa va en serio! Neddy ha debido de perder la cabeza definitivamente. ¡Es fantástico! No va a ir nadie...

—Me temo que te equivocas de medio a medio. Un tipo de Radio 3 ha prometido venir. Y un cámara del *Picture Post*. También asistirán algunos de los músicos locales más distinguidos, incluido tu amiguito Johns, que vendrá con...

Dixon ahogó un grito:

—¡No puede ser! —dijo, atragantándose al apurar su bebida—. Ya basta de fantasías, por favor. ¡Cómo van a meter a ese rufián en su casa...! ¿O es que tienen pensado dormir en el jardín? ¿Y si...?

—La mayoría solo se quedará el domingo, a pasar el día, según cuenta la señora Neddy. Pero, aparte de ti, habrá algunos más que hagan noche. Eso sí, Johns llegará el viernes, y probablemente en el mismo coche que tú.

—¡Prefiero estrangular a ese cabrón antes que montarme en el mismo...!

—Sí, sí, faltaría más... Pero no grites. También vendrá uno de los hijos, con su novia. Debe de ser una mujer muy interesante... Tengo entendido que estudia *ballet*.

—¿Es estudiante de *ballet*? No sabía que existieran las estudiantes de *ballet*.

—Pues, al parecer, existen. Y esta en concreto se llama Sonia Loosmore.

—¿De verdad? ¿Cómo te has enterado de todo eso?

—Los Neddy no hablan de otra cosa desde hace una semana.

—Ya me lo imagino. —Dixon miró a la camarera—. Entonces quizá tú sepas por qué quieren que vaya yo.

—Creo que al principio no lo tenían muy claro. Pero te lo habrán pedido para que hagas bulto, me figuro. Aunque seguro que hay un montón de cosas que puedes hacer. No me cabe duda.

—Mira, Margaret, sabes tan bien como yo que no sé cantar ni actuar, que me cuesta leer en voz alta y que, gracias a Dios, tampoco tengo la menor idea de cómo interpretar una partitura. No, ya sé por qué lo han hecho... Y es buena señal, en cierto modo. Quieren ver cómo me manejo entre los capitostes de la cultura, comprobar que estoy capacitado para dar clases en la universidad. Al parecer, alguien que no sabe distinguir una flauta de una flauta dulce no merece que le escuchen hablar sobre el precio de las vacas en tiempos de Eduardo III. —Dixon se llevó a la boca siete u ocho cebollas a la vez y comenzó a masticarlas.

—Pero te habrá invitado a saraos de este tipo antes.

—A ninguno con tanta gente... Dios mío, ¿a qué demonios está jugando? ¿Por qué hace esto? No es posible que sea tan solo por mi bien...

—Creo que anda dándole vueltas a la idea de escribir un artículo o de organizar una tertulia radiofónica sobre la cultura en la región. Ya sabes, esas ocurrencias con las que vino cargado de Manchester por Pascua.

—Pero no creerá que nadie le va a tomar en serio, ¿verdad?

—Y ¿quién sabe lo que piensa en realidad? No, tal vez eso sea solo una excusa para organizarlo. Ya sabes que le encantan estas cosas.

—Peor me lo pones —respondió Dixon, intentando de nuevo captar la atención de la camarera—. Vas a tener que averiguar lo que me tiene preparado. Así podré empezar a pensar en alguna excusa para zafarme.

Margaret posó sus manos sobre las de Dixon.

—Puedes contar conmigo —dijo en un tono de voz suave.

—Pero ¿cómo ha conseguido contactar con el periodista de la BBC y con los del *Picture Post*? —preguntó Dixon de inmediato—. Habrá invitado a algún pez gordo...

—Me imagino que serán contactos de Bertrand, o quizá de su novia. Pero cambiemos de tema... ¿Podemos hablar de nosotros? Tenemos tanto que decirnos..., ¿no te parece?

—Sí, por supuesto —respondió Dixon, procurando imprimir a su voz un tono de camaradería. Sacó luego el paquete de tabaco y, mientras encendía dos cigarrillos y pedía más bebidas, meditó sobre la extraordinaria capacidad de Margaret para salir siempre por peteneras como quien no quiere la cosa. El cuerpo le pedía lanzar un grito inarticulado, largarse del *pub* como una exhalación y montarse en el primer autobús urbano que pasara. Margaret, aún en silencio por la proximidad de la camarera —para fortuna de Dixon—, encontró la manera de mantener la tensión por medio de miradas íntimas y rozando la rodilla de él con la suya. Dixon transformó el susto del contacto en un vistazo al reloj que se encontraba encima del mostrador. El giro constante del segundero rojo alrededor de la esfera transmitía la ilusión de que el tiempo avanzaba a toda pastilla. Las otras dos manecillas marcaban las nueve y cinco.

Mientras esperaba a que le devolvieran el cambio, Dixon escrutó a la camarera, una mujer grandota, muy morena y bizca, con el labio superior algo estrecho. Pensó en lo mucho que le gustaba y en la cantidad de cosas que tenían en común, y en lo mucho que le gustaría él a ella si se conocieran. Con la máxima parsimonia de la que fue capaz, se metió las vueltas en el bolsillo del pantalón y después rescató y agitó un paquete de tabaco que alguien se había olvidado en la barra. Estaba vacío. Margaret suspiró a su lado: un prelude inequívoco de que se acercaba el temido momento de las confesiones. Esperó a que Dixon la mirara y entonces dijo:

—¡Qué compenetrados estamos esta noche, James! —Un hombre gordo que estaba a su lado se giró para mirarla—. Por fin hemos superado todos los obstáculos, ¿no te parece? —preguntó.

Dixon, que encontró la pregunta incontestable, la miró asintiendo lentamente con la cabeza, casi esperando una salva de aplausos provenientes de algún auditorio invisible. Qué no habría dado por haber sido capaz de estallar en un arrebato de cólera o de desprecio, un método verdaderamente eficaz de zafarse de cualquier responsabilidad.

Margaret acabó entornando los ojos, como escudriñando la cerveza en busca de algún elemento extraño.

—Parecía demasiado bueno para ser cierto —dijo. Tras otro silencio, continuó en un tono más animado—. ¿Por qué no nos sentamos en otro lugar más... alejado de miradas indiscretas?

Dixon respondió que le parecía una buena idea, y se desplazaron a una esquina vacía de la misma sala, que empezaba a llenarse poco a poco de gente. Antes de sentarse, él se disculpó y fue al servicio.

Una vez allí pensó que habría sido fantástico que hubiese podido despojarse de la doble máscara de conciliador que se había puesto y largarse de inmediato. Le bastarían cinco minutos para llamar a Welch por teléfono, zanjar el asunto entre vituperios y después darle cuenta a Margaret de lo sucedido. Acto seguido, metería en la maleta un par de mudas y embarcaría en el tren de las once menos veinte con destino a Londres. A Dixon, de pie en aquel urinario mal iluminado, le asaltó de nuevo —con un verismo insoportable— la imagen que le iba persiguiendo desde que aceptara el trabajo en la universidad. Era como si estuviera en una habitación oscura, mirando hacia un callejón desierto en el que, bajo el cielo mortecino de la tarde, se desplegaba una sucesión de tubos de chimenea de hojalata. De derecha a izquierda se movía lentamente una pequeña nube doble. No era solo una impresión visual, pues en su imaginación Dixon tenía la sensación de estar oyendo un rumor suave e inidentificable, y creía con la infundada convicción de un soñador que alguien estaba a punto de irrumpir en la habitación. Alguien a quien reconocía en la ensoñación, pero no en la realidad. Estaba seguro de que la imagen era de Londres, aunque no se correspondía con ningún lugar que conociera. En realidad, no había estado en la capital más de una docena de tardes en toda su vida. Por eso se preguntó de dónde le

venía el terco deseo de abandonarlo todo y mudarse a Londres, que se había intensificado y concretado a cuenta de su recurrente fantasía.

Dixon, meditabundo, salió de los servicios sin molestarse en cerrar la puerta, que estaba dotada de un mecanismo de aire comprimido que retrasaba el cierre. Pero algún gamberro había aflojado el cilindro y el portazo fue tal que a punto estuvo de golpearle en el talón. En aquel pasillo corto y angosto, el estruendo sonó como la descarga de una pieza de artillería. Incluso creyó oír un grito ronco en el interior del *pub*. Era, más que nunca, el momento de salir a la calle disparado como una flecha para no volver jamás. Pero la penuria material y la compasión formaban para él una combinación poderosa e invencible, rematada además por una intensa sensación de miedo. De modo que Dixon atravesó de nuevo la puerta barnizada y regresó al Oak Lounge como si nada.

Dixon puso cara de haber recibido un disparo en plena espalda y después se detuvo y se dio media vuelta. Salía de la universidad tras una clase y tenía prisa.

—¿Sí, señor Michie?

Michie era un alumno bigotudo que había comandado un batallón de tanques en Anzio cuando Dixon no era más que un triste cabo de la RAF mientras servía en el oeste de Escocia. Cuando le abordó cerca de la portería, su comportamiento, como siempre, parecía esconder algo, aunque Dixon nunca había logrado descubrir qué. Michie aguardó un momento antes de preguntar:

—¿Tiene ya listo el plan de estudios, señor? —Dixon nunca había oído a ningún otro alumno llamar «señor» a un profesor. Además, reservaba el título exclusivamente para él.

—¡Ah, sí, el plan de estudios! —repuso Dixon, intentando ganar tiempo. Aún no lo tenía listo.

Michie fingió entender que debía ser más preciso.

—Ya sabe, señor... Me refiero al temario de la asignatura optativa que impartirá el curso que viene. Dijo que entregaría una copia a los alumnos del cuadro de honor. No sé si lo recuerda.

—Sí, curiosamente recuerdo haberlo dicho —respondió Dixon con ironía, y después se recompuso, pues sabía que no le convenía hacer enfadar a Michie—. Tengo el temario en casa, pero aún no se lo he entregado a los mecanógrafos. Intentaré pasárselo a comienzos de la semana que viene, si le parece bien.

—Sería fabuloso, señor —dijo Michie con empalago, y torció un poco el bigote mientras se sonreía. Luego, se dirigió a la salida sin dejar de mirar a Dixon, como forzándole a seguir sus pasos y abandonar juntos la facultad. Sostenía, oscilante, un maletín a punto de reventar por las lecturas del fin de semana—. ¿Podría pasarme por su despacho a recogerlo?

Dixon renunció a oponer resistencia y aceptó caminar junto a Michie hasta la carretera.

—Faltaría más —dijo. La rabia le quemaba por dentro como las ascuas chamuscan la rebanada de pan olvidada en el tostador. La elaboración de un plan de estudios había sido, por supuesto, idea de Welch. Con dicho plan en la mano, los candidatos al cuadro de honor de Historia podrían saber con antelación si estaban *interesados* en cursar la nueva optativa de Dixon en lugar de las que impartían los demás profesores del departamento. La asignatura en cuestión era una de las ocho entre las que debían optar para examinarse y posteriormente licenciarse. Y, cuantos más se *interesaran* por la suya, mejor para él. Ahora bien, había que tener en cuenta

que un número excesivo de *interesados* haría caer la cifra de matriculados en la optativa de Welch por debajo de unos niveles que sin duda disgustarían al catedrático. Con un cuadro de honor de diecinueve estudiantes y un departamento de seis profesores, Dixon decidió que tres alumnos constituían una cifra segura para no buscarse problemas. Por lo pronto, los esfuerzos que había dedicado a su materia — sin contar los pensamientos sobre lo mucho que la detestaba— se habían limitado a tratar de reclutar a las tres mujeres más guapas del curso, unas de las cuales era la novia de Michie, y de paso a excluir al propio Michie. La necesidad de guardar las distancias con él, sumada a la aversión de Dixon a pensar en el trabajo, explicaba buena parte de su incomodidad.

—Si no le importa que le pregunte, ¿tiene alguna idea en mente, señor? —curioseó Michie mientras caminaban cuesta abajo hacia la carretera de la universidad.

A Dixon sí le importó, pero no le quedaba otra que responder:

—Creo, en fin, que el énfasis principal redundará en lo social —dijo, procurando hacer un esfuerzo para evitar el nombre oficial de la asignatura: «Vida y Cultura en la Edad Media»—. Quizá comience con un debate sobre la universidad y su función social, por ejemplo —añadió. En cierto modo, le consoló ser consciente de que su respuesta no significaba nada en absoluto.

—¿Puedo deducir de sus palabras que no tratará la escolástica?

Esta pregunta le hizo recordar a Dixon por qué debía guardar las distancias y mantener a ese individuo lejos de su asignatura. Michie sabía demasiado, o al menos parecía saberlo, lo mismo daba. Una de las cosas que sabía, o parecía saber, era el significado de la palabra «escolástica». El propio Dixon leía, oía y utilizaba el palabro una docena de veces al día sin tener ni idea de lo que quería decir en realidad, aunque también él daba la impresión de saberlo. Lo que tenía muy claro era que no podría seguir fingiendo comprender esta y un centenar de palabras parecidas en presencia de Michie, que sin duda preguntaría y discutiría y argumentaría sobre todas ellas, y podría dejarle en ridículo en cualquier momento sin previo aviso. Y aunque no le resultaría difícil enzarzarse en alguna discusión técnica —una disertación no entregada, por ejemplo—, Dixon era reacio a intentarlo por un temor supersticioso a que Michie se empeñara en cursar Vida y Cultura en la Edad Media por puro rencor y desprecio. Debía mantenerlo cuanto más lejos mejor, pero mediante sonrisitas y lamentaciones, en lugar de propinándole los golpes y las patadas que en realidad merecía.

—No. Me temo que en cuanto a ese tema, no hay mucho que rascar —replicó Dixon—. No estoy capacitado para aleccionar a nadie sobre los sabios Escoto o Tomás de Aquino. —¿O tendría que haber dicho Agustín?

—Pues yo creo que resultaría fascinante estudiar el efecto en la vida de los hombres de los muchos despropósitos y vulgarizaciones a los que se han visto sometidas las doctrinas de los escolásticos.

—¡Oh, estoy de acuerdo con usted, muy de acuerdo! —dijo Dixon, y sus labios empezaron a temblar—. Pero ¿no le parece un asunto más propio de una tesis doctoral que de una clase más bien introductoria?

Michie se explayó en sus argumentos a favor y en contra, aunque por fortuna no hizo ninguna pregunta. En cuanto acabó su disertación, Dixon le expresó su pesar por verse obligado a zanjear una conversación tan interesante, y ambos se separaron al comienzo de la carretera: Michie se dirigió al colegio mayor donde se alojaba y Dixon emprendió la marcha hacia su pensión.

Mientras recorría a toda prisa las callejuelas, aún desiertas antes del cierre de las tiendas y las oficinas, Dixon iba pensando en Welch. ¿Le habría propuesto preparar el temario de una nueva asignatura si no tuviera pensado contar con sus servicios el curso siguiente? Si sustituyéramos el nombre de Welch por el de cualquier otro ser humano, la respuesta sería un no rotundo. Pero el caso es que se trataba de Welch y, con él, no había certezas posibles. Hacía apenas una semana, un mes después de que le hubiera mencionado por primera vez la asignatura en cuestión, Dixon le oyó hablar con el catedrático de Pedagogía sobre la «clase de hombre» que andaba buscando. Un inmenso malestar le invadió durante cinco minutos. Luego Welch se le acercó y le indicó, con bastante aplomo, lo que esperaba que hiciera con los aprobados raspados el curso siguiente. Al recordarlo, Dixon puso los ojos en blanco como si de dos canicas se trataran y se succionó las mejillas hasta adoptar la apariencia de un tísico o un pordiosero. Después, protestando en voz alta, cruzó la calle soleada y se dirigió a la pensión.

En el aparador florido y negro del vestíbulo descansaban un par de periódicos y varias cartas que habían llegado con el correo de la tarde. Había un sobre mecanografiado dirigido a Alfred Beesley, miembro del Departamento de Inglés de la Universidad; uno marrón repleto de quinielas para W. Atkinson, un vendedor de seguros algo mayor que Dixon; y otro mecanografiado y matasellado en Londres para «J. Dickinson». Dixon dudó un poco, pero al final acabó abriéndolo. En el pliego, doblado sin ningún esmero, solo había una línea manuscrita con una caligrafía espantosa en tinta verde. Sin ninguna formalidad, el remitente le decía que le gustaría disponer de su artículo sobre la construcción naval para publicarlo «a su debido tiempo». Anunciaba asimismo que volvería a escribirle «en breve» y firmaba la carta con el nombre de L. S. Caton.

Dixon descolgó del perchero un sombrero de fieltro que pertenecía a Atkinson, se lo caló en la cabeza y se marcó un pequeño baile en el estrecho vestíbulo. Sin lugar a dudas, a Welch le resultaría ahora más difícil despedirle. Pero incluso al margen del catedrático, se trataba de una gran noticia, de una noticia alentadora. Quizá, después de todo, el artículo sí era bueno. No, eso era decir demasiado. Tan solo significaba que se trataba de la clase de artículo que esperaban que él escribiera. Seguro que le supondrían capaz de escribir otros parecidos más veces. Ardía en deseos de contárselo a Margaret. Se quitó el sombrero y ojeó distraído los periódicos de Evan

Johns, que trabajaba de administrativo en la universidad y era oboe aficionado. Uno llevaba en portada la imagen, muy bien encuadrada, de un compositor contemporáneo al que Johns tal vez —era razonable pensarlo— admiraba. Dixon, llevado por el entusiasmo, tuvo una idea. Se quedó quieto, aguzó el oído y entró sigilosamente en el comedor, donde se encontró preparada la mesa para la merienda y el té. Con rapidez, minuciosidad y un lápiz de carboncillo, comenzó a decorar el rostro del compositor. Convirtió el labio inferior en una hilera de dientes irregulares y descoloridos, y añadió debajo un nuevo labio más carnoso y deforme que el original. En las mejillas del compositor aparecieron sendas cicatrices; de las fosas nasales ensanchadas brotaron pelos gruesos como mondadientes; los ojos, alargados y convergentes, se desparraron sobre la nariz. Tras perfilar la mandíbula con forma de almenas y cubrir la frente con un exuberante flequillo, le pintarrajeó un bigote chino y unos pendientes de pirata. Pero justo cuando regresaba al vestíbulo para dar el cambiado, oyó un ruido en la puerta principal. Así que, dando un respingo, entró en el comedor y aguzó el oído. Dos segundos más tarde, escuchó a alguien que llamaba a la señorita Cutler con un acento del norte, como el suyo, aunque más del noreste que del noroeste, y esbozó una ligera sonrisa. Dixon salió de nuevo:

—Vaya, hola, Alfred.

—Hola, Jim. —Beesley estaba rasgando su sobre con bastante prisa. Por la puerta de la cocina, que se abrió a espaldas de Dixon, asomó la cabeza de la señorita Cutler, la patrona de la pensión, curiosa por ver quiénes (y cuántos) eran los recién llegados. Satisfecha por partida doble, sonrió y se retiró. Dixon se volvió hacia Beesley, que estaba leyendo la carta y frunciendo el ceño al mismo tiempo.

—¿Te apuntas a un té?

Beesley asintió, tendiéndole a Dixon la hoja ciclostilada.

—Mira qué pedazo de noticia me llevo a casa este fin de semana...

Dixon leyó que le agradecían su solicitud, pero que el señor P. Oldham había sido designado para ocupar el puesto.

—Mala suerte, Alfred... Pero, en cualquier caso, podrás presentarte a otros, ¿no?

—Lo dudo. En todo caso, no para octubre. Y se me agota el tiempo.

Una vez se sentaron a la mesa, Dixon preguntó:

—¿Te importaba mucho ese trabajo?

—Solo en la medida en que habría supuesto un modo de librarme de Fred Karno.

—Así es como Beesley acostumbraba a referirse a su superior en la escala docente.

—Entonces me figuro que sí que te importaba.

—Así es. ¿Alguna novedad de Neddy sobre tu futuro?

—No. Ninguna de primera mano, aunque acabo de recibir una buena noticia. Ese tipo, el tal Caton, ha aceptado mi artículo. El de la construcción naval.

—Algo es algo. ¿Cuándo lo publicarán?

—No me da una fecha.

—¡Vaya! ¿Tienes la carta a mano? —Dixon se la pasó—. Hum... No parece muy tiquismiquis con la pulcritud de los sobres, el tipo. Veo que... En fin, me figuro que estarás deseando recibir información más precisa al respecto.

Dixon se enderezó las gafas arrugando la nariz. Era un gesto que repetía a menudo.

—¿Debería?

—¡Por Dios, Jim, por supuesto que deberías, amigo! A nadie le bastaría una carta de aceptación tan abstracta como esta. Podrían pasar dos años fácilmente antes de que te publiquen el artículo, si es que al final lo publican... No, oblígales a que te den una fecha, y entonces tendrás algo de peso que mostrarle a Neddy. Hazme caso.

Dixon no las tenía todas consigo en cuanto a si el consejo era acertado o surgía de la propia decepción de Beesley, así que trató de ganar tiempo antes de tener que dar una respuesta. Pero entonces la señorita Cutler entró en la sala cargada con una bandeja de té y comida. Llevaba puesto uno de sus típicos vestidos negros, quizá el más viejo, que brillaba un poco en algunas zonas de aquella figura rolliza. El silencio enfático de sus pisadas, los movimientos rápidos y ensayados de sus grandes manos lívidas, la pequeña mueca y el suspiro con los que imponía el silencio cada vez que posaba algo sobre la mesa, su mirada modesta y gacha... Todo en la señorita Cutler invitaba a mantener la boca cerrada en su presencia si no era para dirigirle la palabra. Hacía años que había dejado el servicio doméstico para dedicarse al negocio de alojar huéspedes y, aunque a veces conseguía parecer toda una patrona, su destreza a la hora de poner la mesa habría maravillado a la más exigente ama de llaves. Dixon y Beesley le dijeron algo y recibieron por respuesta, como de costumbre, un simple gesto de cabeza. La conversación no surgió hasta que terminó de colocar en la mesa todo lo que había en la bandeja, y cesó abruptamente en cuanto irrumpió Bill Atkinson, el vendedor de seguros y excomandante del Ejército.

El hombre, alto y muy moreno, se sentó circunspecto en su asiento habitual, en el extremo más alejado de la mesa, y la señorita Cutler, a quien tenía atemorizada con sus exigencias de que todo estuviera siempre perfecto, abandonó rápidamente la estancia. Atkinson miró a Dixon de cerca cuando este le espetó: «Hoy has llegado pronto, Bill», como si el comentario encerrara alguna especie de desafío a su fortaleza o resistencia físicas. Después se serenó y asintió unas veinte o treinta veces. Sus cabellos negros, repeinados con la raya al medio, y aquel bigote rectangular le daban un aire de ferocidad arcaica.

Dixon y Beesley continuaron comiendo, y Atkinson empezó a hacer lo propio, pero no se unió a la conversación, que durante varios minutos versó sobre el artículo de Dixon y su posible fecha de publicación.

—¿Es bueno? —preguntó Beesley.

Dixon le miró sorprendido.

—¿Bueno? ¿Qué entiendes tú por bueno?

—Me preguntaba si es algo más que un artículo al uso, correcto, de esa clase de escritos que suelen publicarse hoy en día... Es decir, si tiene alguna otra utilidad aparte de la de que conserves el trabajo.

—¡Por el amor de Dios, claro que no! ¿No creerás que me tomo estas cosas en serio? —Dixon cayó en la cuenta de que los ojos de Atkinson le observaban fijamente bajo sus gruesas pestañas.

—Solo me lo preguntaba —respondió el otro, y sacó la pipa curva y niquelada con la que trataba de domesticar su personalidad, como un enrejado por el que trepan las enredaderas—. Pero sabía que no me equivocaba.

—Pero, vamos a ver, Alfred, ¿no pretenderás que me tome esto en serio? ¿Adónde quieres llegar?

—No pretendo nada. Solo me preguntaba a santo de qué te has metido en este berenjenal.

Dixon dudó:

—Te lo expliqué hace meses... Ya te dije que no me creía capaz de dar clases en una escuela y todo lo demás...

—No, me refiero a por qué elegiste el medievalismo. —Beesley encendió una cerilla y frunció su rostro diminuto de ratoncito de campo—. ¿Te importa, Bill? —Como no recibió respuesta, siguió dando caladas a la pipa—. El tema no parece interesarte en absoluto. ¿Me equivoco?

Dixon intentó reírse.

—Pues no, porque de hecho no me interesa en absoluto. Soy medievalista, como tú dices, porque la asignatura sobre la Edad Media era la maría de Leicester, así que decidí escoger esa materia como optativa. Después, cuando solicité este trabajo, consideré conveniente parecer especializado en algo concreto y me encargué de recordarle a todo el mundo que era experto en ese tema. Por eso logré arrebatarme el puesto a aquel chico tan inteligente de Oxford que la pifió en la entrevista hablando más de la cuenta sobre las teorías modernas de interpretación. Pero nunca se me ocurrió pensar que me endosarían todo aquello que estuviera mínimamente relacionado con la Edad Media y nada más que eso. —Dixon reprimió las ganas de encenderse un cigarrillo, pues ya se había fumado el de las cinco en punto a las tres y cuarto de la tarde.

—Comprendo —dijo Beesley, aspirando el humo de la pipa—. No tenía ni idea.

—¿Nunca te has parado a pensar que todos acabamos especializándonos en aquello que más detestamos? —le preguntó Dixon. Pero Beesley, sin dejar de darle caladas a la pipa, ya se había levantado. Su opinión sobre la Edad Media tendría que esperar a otra ocasión.

—En fin, yo me voy —dijo Beesley—. Pásalo bien con los artistas, Jim. No vayas a emborracharte y a contarle a Neddy lo que acababas de decirme a mí. Chao, Bill —añadió dirigiéndose a Atkinson, que no respondió, y salió sin cerrar la puerta. Dixon le dijo adiós y esperó un momento antes de decir:

—Oye, Bill, me preguntaba si podrías hacerme un favor.

La respuesta de Atkinson fue inesperadamente rápida:

—Depende de cuál —dijo con desdén.

—¿Podrías llamar a este número el domingo a eso de las once de la mañana? Charlaremos un rato sobre el tiempo, pero si por un casual no consiguieras... — Dixon oyó un ruido inidentificable fuera del comedor y dejó de hablar, pero como este no se repitió, decidió continuar—: Si no consiguieras dar conmigo, dile a quienquiera que responda el teléfono que mis padres han aparecido sin avisar y que por favor regrese cuanto antes. Aquí lo tienes, te lo he anotado todo.

Atkinson elevó sus densas cejas y escudriñó el reverso del sobre como si contuviera la solución equivocada a un problema de ajedrez. Y entonces se le escapó una carcajada salvaje tras la cual miró a Dixon fijamente.

—¿Temes no ser capaz de aguantar o qué?

—Se trata de uno de esos fines de semana bohemios que organiza Welch. Me veo obligado a ir, pero no sé si voy a ser capaz de resistir el domingo entero.

Se hizo una prolongada pausa durante la cual Atkinson se dedicó a inspeccionar la habitación con ojos censores, una práctica bastante común en él. A Dixon le caía bien y, además, le admiraba tanto por esos aires de desprecio que profesaba a todo lo que le rodeaba como por su empeño en no permitir que la costumbre atrofiara su capacidad de odiar.

—Comprendo. Me resulta hasta divertido ayudarte en esto —dijo, al fin.

Un cuarto hombre entró en la sala antes de que Atkinson terminara de hablar. Era Johns, que traía consigo los periódicos del día. Dixon sintió una punzada de inquietud, pues Johns, que se movía con mucho sigilo, era un fisgón en potencia que además tenía una relación de amistad con los Welch, en especial con la señora Welch. Le saludó con cierta ansiedad, cabeceando al tiempo que se preguntaba si no habría oído más de la cuenta y de paso se habría enterado del encargo que acababa de encomendarle a Atkinson. Pero el rostro seboso de Johns no se inmutó y, de hecho, su inmovilidad se mantuvo cuando Atkinson le saludó con un: «Hola, muchacho».

Dixon decidió entonces a ir a casa de los Welch en autobús para evitar la compañía de Johns. Se levantó de la mesa con la intención de despedirse de Atkinson, pero, como no se le ocurrió nada que decir, se fue sin más. A sus espaldas oyó al excomandante dirigirse de nuevo a Johns: «Siéntate y cuéntame cómo te va con el oboe».

Unos minutos más tarde, portando una pequeña maleta, Dixon caminaba rápido en dirección a la parada del autobús. Desde una esquina de la carretera que discurría cuesta abajo, contempló los últimos adosados y los humildes negocios de barrio, que empezaban a dejar paso a bloques de oficinas, a tiendas de ropa y sastrerías de diseño, a una biblioteca pública, a centralitas telefónicas y a un cine bastante moderno. Tras estos se alzaban los edificios aún más altos del centro y el afilado capitel de la catedral. Los trolebuses y los autobuses zumbaban y chirriaban entre

columnas de coches serpenteantes que se alargaban, para contraerse después y, por último, acabar dispersándose. Las aceras estaban repletas de gente. El espectáculo de este tumulto levantó el ánimo de Dixon mientras cruzaba la carretera y, en algún lugar insondable de sus pensamientos, bulló un gran entusiasmo. No había ninguna razón para presuponer que el fin de semana le fuera a deparar algo mejor que la consabida mezcla de aburrimiento previsto e imprevisto que solía esperarle en casa de los Welch, pero, en aquel instante, todo le daba igual. La aceptación de su artículo quizá fuera el preludio del golpe de suerte que tan desesperadamente necesitaba. Conocería a gente interesante y divertida. Y, si no era así, se lo pasaría en grande cotorreando sobre los invitados con Margaret y se aseguraría de que la joven se divirtiera, algo que le resultaría más fácil en presencia de terceros. En su maletín llevaba un librito de versos escrito por un poeta contemporáneo al que, en su fuero interno, odiaba. Lo había comprado esa misma mañana para hacerle un regalo espontáneo a Margaret. La sorpresa aunaría a las mil maravillas una demostración de afecto con el halago inherente a la elección de un poemario. Un cierto recelo, bastante habitual en él, le invadió al recordar la dedicatoria que le había escrito en la página de cortesía, pero su buen humor le permitió acallararlo.

—Naturalmente, esta clase de música no es adecuada para ser tocada en ningún auditorio —dijo Welch mientras repartía las copias de la partitura—. Miren ustedes, la diversión está en la canción. Todo el mundo cantará una auténtica melodía... ¡Una auténtica melodía! —repitió con vehemencia—. Podría decirse que en un determinado momento la polifonía alcanzó su cota más elevada, su cumbre, y desde entonces solo ha ido en decadencia. Echen un ojo a la *particella* de, en fin, el himno *Adelante, soldados de Cristo*, que es un típico..., un típico...

—Estamos esperando, Ned —le interrumpió desde el piano la señora Welch, que estaba tocando un arpeggio lento con ayuda del pedal—. ¿Todos listos?

Las melodías que tarareaban los cantantes se le antojaron a Dixon una cantinela soporífera que le atacaba desde todos los flancos. La señora Welch se reunió con ellos en la tarima baja que había mandado construir en un extremo de la sala y se situó cerca de Margaret, la otra soprano. Solo había una contralto: una mujer menuda, de rostro apocado y cabello castaño y ralo. Junto a Dixon se encontraba Cecil Goldsmith, colega del Departamento de Historia, cuya poderosa voz de tenor habría podido aniquilar, sobre todo por encima del do medio, cualquier ruido que Dixon se hubiera sentido tentado de hacer. A sus espaldas se encontraban los tres bajos: un compositor local, un violinista aficionado que tocaba de vez en cuando con la orquesta y Evan Johns.

Dixon recorrió con la mirada la línea de puntos negros, que aparentemente subían y bajaban a placer, y logró convencerse de que todos cantarían a la vez. Tan solo veinte minutos antes las había pasado canutas por culpa de una pieza cochambrosa de Brahms que se interpretó sin la intervención del tenor durante los diez primeros segundos (sin la de Goldsmith, para ser exactos, que se quedó en blanco en dos intervalos complicados y dejó a Dixon abriendo y cerrando la boca en silencio). Esta vez se dedicó a imitar con prudencia sus tarareos, lo cual le resultó de lo más placentero. ¿Por qué no habían tenido la decencia de preguntarle si quería unirse al coro, en lugar de arrastrarle hasta aquella tarima y endilgarle las hojas con la partitura?

El madrigal comenzó con un gesto del artrítico dedo índice de Welch. Dixon mantuvo la cabeza gacha, movió la boca lo menos que pudo, aunque siempre cuidándose de que se percibieran sus movimientos, y miró por mirar las palabras que los otros estaban cantando. «Cuando con todo mi amor busqué el amor y sus gentiles afectos —leyó—, descubrí sus falsas y traicioneras promesas...». Dixon lanzó una mirada a Margaret, que cantaba henchida de felicidad —solía unirse al coro del conservatorio municipal en invierno—, y se preguntó qué debía cambiar en sus

circunstancias y en su forma de ser para que las palabras del madrigal se revelaran ciertas, siquiera remotamente, en su relación. Ella le había hecho promesas, o confesiones más bien, y quizá de eso hablaba el compositor. Pero si se refería a lo que parecía referirse con aquello de «sus gentiles afectos», lo cierto es que Dixon jamás los había buscado. No en Margaret. A lo mejor había llegado la hora de que los buscara, como hacía todo el mundo. ¡Qué pena que ella no fuera un poco más guapa! En fin... A pesar de todo, algún día lo intentaría, aunque solo fuera para ver qué ocurría.

«Y sin embargo muy pronto todos lo negarán y dirán: “No eran más que chanzas”». Goldsmith cantó con una voz atronadora, muy alto. Era la última frase. Dixon mantuvo la boca abierta mientras el dedo de Welch permanecía enhiesto, y después la cerró con una pequeña sacudida de cabeza, como había visto hacer a infinidad de cantantes cuando el índice comenzaba a descender lateralmente. Todos parecían satisfechos con la actuación y ávidos de interpretar otra del mismo estilo.

—De acuerdo, veamos... A lo que viene ahora se lo conocía como «*ballet*». Naturalmente, no se referían a lo que nosotros denominamos con el mismo nombre... Este otro *ballet*... es bastante conocido. Se titula *Es ya el mes de mayo*. En fin, si están todos...

Desde detrás, justo a su izquierda, a Dixon le llegó el sonido del estallido de una carcajada. Cuando se giró, descubrió el rostro pálido de Johns, demudado por una sonrisita. Le estaba mirando con sus ojos grandes de pestañas cortísimas.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó Dixon. Si Johns se estaba riendo de Welch, él saldría en defensa del catedrático.

—Ya verás... —respondió este mirando a Dixon—. Ya verás —añadió, con una sonrisa burlona.

Y, en efecto, Dixon lo vio, y bien claro, en menos de un minuto. En lugar de las cuatro partes habituales, la nueva pieza constaba de cinco. Sobre el tercer y el cuarto pentagrama aparecía escrito «Tenor I» y «Tenor II», y en la segunda página podía leerse un infantiloides «fa-la-la-la», entre numerosos espacios en blanco en las partes solistas. ¡Hasta el oído de Welch advertiría la ausencia de todo un fragmento! Era demasiado tarde para que Dixon aclarara que aquello que había dicho media hora antes —lo de que sabía leer una partitura, a su manera— era básicamente una broma. Y más tarde aún para cargarles el muerto a los bajos. Solo una crisis epiléptica podría librarle de esta.

—Más vale que hagas tú de primer tenor, Jim —dijo Goldsmith—. El segundo es un pelín más complicado.

Dixon asintió desconcertado, incapaz siquiera de oír las carcajadas de Johns. Antes de que pudiera lanzar un grito de advertencia, el piano y los primeros acordes ya habían dado paso a la pieza. Dixon movió los labios y canturreó: «Cada cual con su bella muchacha, sen-sentados en la hierba: fa-la-la-la, fa-la-la-la-la-la-la-la-la...».

Pero Welch dejó de blandir el dedo en el acto y lo mantuvo inmóvil en el aire. Automáticamente, todos dejaron de cantar.

—¡Eh, tenores! —comenzó Welch—. No me ha parecido oír...

Un golpeteo irregular resonó al otro extremo de la sala y, acto seguido, se abrió una puerta por la que entró un hombre alto, embutido en una cazadora amarillo limón con sus tres botones abrochados. El tipo lucía una barba bastante larga, más por un lado que por el otro, que escondía una corbata con un estampado de vides. Dixon dedujo con creciente entusiasmo que debía de ser Bertrand, el pintor pacifista, cuya llegada, en compañía de su novia, había anunciado Welch a bombo y platillo a la hora del té (y cada dos minutos desde ese instante). Su irrupción acabaría convirtiéndose en un incordio tarde o temprano, pero en ese momento sirvió al menos para remediar el desastre. Mientras Dixon cavilaba sobre estas cosas, los Welch abandonaron sus puestos y acudieron a saludar a su hijo. Los demás les siguieron sin prisa, charlando animadamente durante el trayecto, tal vez porque habían recibido de muy buena gana la interrupción. Dixon, feliz, encendió un cigarrillo y descubrió que se había quedado solo: el violinista aficionado acababa de acercarse a Margaret; Goldsmith y el compositor local charlaban con Carol, la mujer del primero, que había rehusado, con una envidiable firmeza, hacer nada que no fuera sentarse y asistir a la representación desde un sillón cercano a la chimenea; Johns parecía ocupado manipulando el piano. Dixon cruzó la sala sorteando el gentío y se apoyó contra la pared, junto a la puerta y los estantes repletos de libros. Desde ese lugar, mientras saboreaba el tabaco, gozaba de una magnífica atalaya para observar a la novia de Bertrand, que entró en la sala poco después de él, despacio y dubitativa. La chica se quedó de pie en medio de la sala sin que nadie —salvo él mismo— reparara en ella.

En cuestión de segundos, Dixon se hizo una idea exacta de cómo era aquella mujer: la combinación de pelo rubio, liso y corto; los ojos castaños y los labios sin pintar, la mueca severa en la boca y los hombros rectos, las tetas enormes y la cintura estrecha, la simplicidad premeditada de la falda de pana color vino y la blusa de lino blanco carente de ornamentos. Tenerla delante constituía un ataque irresistible contra sus hábitos, esquemas y ambiciones; algo creado para ponerle en su lugar de una vez por todas. El hecho de que estas féminas solo se dejaran ver en presencia de hombres como Bertrand le resultaba tan familiar que hacía mucho tiempo que había dejado de parecerle una injusticia. Esa otra e inmensa clase a la que pertenecía Margaret estaba destinada a proporcionarle la compañía femenina que le correspondía, la de mujeres que confunden el deseo de ser guapas con una representación teatral. Pero basta una falda demasiado corta, el color de labios equivocado —si es que los llevan pintados— o una sonrisa mal ejecutada para dar al traste con este espejismo para siempre. Pero no, ellas siempre renacen: un nuevo jersey puede compensar unos pies demasiado grandes, la generosidad revitaliza la cabellera más hirsuta y dos pintas de cerveza vuelven encantadora cualquier conversación, incluso si esta versa sobre la cartelera teatral de Londres o la gastronomía francesa.

La joven volvió la cabeza y se encontró a Dixon escudriñándola. A él se le encogió el diafragma del susto, y ella se echó a un lado de golpe, como el soldado que recibe la orden de romper filas. Se contemplaron el uno al otro durante un breve instante hasta que de pronto, cuando Dixon empezaba a sentir un cosquilleo en el cuero cabelludo, una voz atiplada resonó como un aullido.

—¡Oh, estás ahí, querida! Acércate, si no te importa, que quiero presentarte a las masas —dijo Bertrand, cruzando a grandes zancadas la estancia para ir al encuentro de la joven y lanzando de paso una fugaz mirada de hostilidad a Dixon. A él le disgustó su comportamiento. En aquel momento solo esperaba de Bertrand una disculpa, y además ofrecida con humildad, por las pintas con las que se había presentado en la fiesta.

A Dixon le había desconcertado tanto la visión de la novia de Bertrand que decidió retirarse un rato para evitar que se la presentaran. Pero luego regresó y mantuvo una breve charla con Margaret y el violinista aficionado. Bertrand reinaba en el grupo central, y todos le reían alguna anécdota enjundiosa mientras su novia no le quitaba ojo de encima, como si después fuera a pedirle un resumen de la perorata. Después, les llevaron café y pasteles para servirlos a modo de merienda, y Dixon se dedicó a hacer acopio de dulces para él y para Margaret. Y justo en ese momento se le acercó Welch.

—Dixon, acompáñeme —dijo el catedrático, curiosamente escueto—. Quiero que conozca a mi hijo Bertrand y a su..., su... ¡Acompáñeme, le digo!

El joven profesor, con Margaret a un lado, no tardó en encontrarse cara a cara con las dos personas a las que Welch quería presentarle. Y también con Evan Johns.

—Estos son el señor Dixon y la señorita Peel —dijo Welch, apartando a los Goldsmith a un lado.

—¿Tienen pensado quedarse por aquí algún tiempo? —preguntó Margaret, evitando un silencio incómodo. Dixon agradeció que estuviera a su lado y que siempre tuviera algo que decir.

Las mandíbulas de Bertrand se aferraron con éxito a un aperitivo que había estado a punto de escapársele. Tras masticarlo durante un buen rato, con aspecto pensativo, finalmente dijo:

—Lo dudo. Lo he meditado con detenimiento y creo que tengo la obligación de dudar. Hay una gran cantidad de asuntos que requieren mi mano rectora en Londres. —Bertrand sonrió tras la barba, de la que empezó a sacudirse las migas—. Pero me resulta muy placentero venir de visita y comprobar que la antorcha de la cultura sigue en combustión por estos lares. Y profundamente tranquilizador.

—¿Y qué tal le va con su obra? —preguntó Margaret.

Bertrand se rio y miró a su novia, que también se estaba riendo, con una carcajada clara y musical, no tan distinta del tintineo de las campanillas de plata de Margaret.

—¿Mi obra? —repitió Bertrand—. Tal y como lo dice, parece que estuviera hablando de una misión religiosa o algo así. Ciertamente, alguno de nuestros amigos

pintores no discreparía de semejante descripción de sus quehaceres. Como Fred, sin ir más lejos... —le dijo a su novia.

—Sí, y quizá Otto tampoco —replicó ella.

—Otto menos que nadie. Incluso tiene pintas de misionero, aunque no se comporte como tal. —Bertrand volvió a reírse, y su acompañante hizo lo propio.

—¿A qué se dedica? —preguntó Dixon con voz monótona.

—Soy pintor. No de brocha gorda, claro... En ese caso, ¡ay!, ya habría amontonado suficiente dinero para jubilarme. No, no... Yo pinto cuadros. No pinto a sindicalistas ni dibujo casas consistoriales ni a mujeres desnudas. En ese caso, ¡ay!, ahora estaría sentado de cuclillas sobre otro montón de pasta más grande aún. No, no... Solo cuadros, simples cuadros, cuadros *tout court* o, como dirían nuestros primos americanos, cuadros y punto. ¿Y a qué se dedica usted? Espero, por supuesto, que no le moleste que se lo pregunte.

Dixon dudó. El discurso de Bertrand, que sin duda debía de repetir sin descanso —a excepción del colofón— en ese tipo de saraos, le molestó más de lo que hubiera creído posible. La chica le observó con un gesto interrogativo y las cejas —más oscuras que el cabello— alzadas.

—Haga el favor de satisfacer nuestra curiosidad —insistió ella con una voz un tanto cavernosa.

Los ojos de Bertrand, que al parecer carecían de la convexidad de unos ojos normales, también le miraron fijamente.

—Bueno, soy uno de los subalternos de su padre en el Departamento de Historia —dijo Dixon, que acababa de decidir que no debía pecar de irrespetuoso—. Me encargo de dar las clases sobre la Edad Media.

—¡Fabuloso, fabuloso! —repuso Bertrand.

—¿Y disfruta con su trabajo? —preguntó su novia.

Dixon advirtió que Welch había vuelto a unírseles y que estaba observándolos fijamente, sin duda tratando de encontrar el modo de inmiscuirse en la conversación. Dispuesto a negarle ese derecho a toda costa, respondió a la carrera, pero sin levantar la voz:

—Naturalmente, tiene su aquel. Pero soy muy consciente de que no posee el mismo *glamour* que se le supone al mundo del arte. —Dixon dirigió la mirada a la chica. Quería demostrarle a Bertrand que era capaz de incluirla en la conversación.

La joven, a su vez, le observaba con perplejidad.

—La verdad es que no le encuentro demasiado *glamour* a...

—Por supuesto, por supuesto —le interrumpió Dixon—, soy consciente de que hay mucho trabajo duro y mucha práctica detrás, pero aun así creo que el *ballet* —Dixon ignoró el codazo de Margaret— posee sus buenas dosis de *glamour*. Al menos así me lo ha parecido siempre. —Mientras hablaba, Dixon dirigió a Bertrand una sonrisa de envidia cómplice y cortés, y revolvió el café haciendo alarde de sus buenos modales y tamborileando con los dedos sobre el mango de la cuchara.

Bertrand comenzó a sonrojarse y se inclinó sobre Dixon, como si tratara de decirle algo mientras masticaba medio mendrugo de pan.

—¿El *ballet*? —preguntó la chica con genuina perplejidad—. ¡Pero si yo trabajo en una librería! ¿Qué le ha llevado a pensar que yo...? —Johns se estaba sonriendo con malicia. También Welch lo había oído todo. Oh, Dios, ¿qué había hecho? Un escalofrío de terror le recorrió de arriba abajo cuando se le ocurrió que tal vez «*ballet*» solo fuera la palabra que Welch empleaba en la intimidad para referirse al acto sexual.

—Mire usted, Dickinson, o como quiera que se llame —comenzó Bertrand—, tal vez se crea usted gracioso, pero yo prefiero cortar las bromitas por lo sano... Mejor no hacer un mundo de esto, ¿no le parece?

El aullido de su voz, sobre todo en el remate de la frase, y cierta gangosidad al pronunciar algunas consonantes hicieron que Dixon quisiera llamarle la atención por sus defectos de dicción. Puede que le influyera, quizá, la rareza de aquellos ojos suyos. ¿Respondería Bertrand con una agresión física (sería espléndido, pues Dixon estaba seguro de salir victorioso de cualquier trifulca en la que su adversario fuese un artista) o su pacifismo se lo impediría? Pero el caso es que nadie dijo nada, de modo que Dixon decidió recular de inmediato. Había cometido un error con la chica y no debía empeorar las cosas.

—Lamento muchísimo el equívoco... Estaba convencido de que la señorita Loosmore, aquí presente, practicaba...

Dixon miró a Margaret en busca de auxilio, pero Welch intervino antes de que ella pudiera abrir la boca:

—¡Pobre Dixon! —dijo, con una voz tremendamente grave—. Bah, ja, ja, ha debido de confundir a esta... jovencita con Sonia Loosmore, una amiga de Bertrand que nos decepcionó bastante hace algún tiempo. Bertrand ha creído que estaba usted... tomándole el pelo, Dixon. Bah, ja, ja.

—Bueno, si se hubiera molestado en presentarse como es debido, esto no habría ocurrido —dijo Bertrand, aún algo alterado—. En vez de...

—No se preocupe, señor Dixon —interrumpió la chica—. Ha sido un estúpido malentendido sin ninguna importancia. Entiendo que haya podido ocurrir. Mi nombre es Christine Callaghan. Nada que ver con el de mi predecesora, como puede ver.

—En fin, yo... Muchas gracias por tomarse lo ocurrido de esta manera. Lo lamento muchísimo, de veras.

—No, no, Dixon, no permita que esto le agüe la fiesta —zanjó Bertrand, mirando a su acompañante—. Si nos excusa, creo que deberíamos ir a charlar con otros invitados.

Y, seguidos a cierta distancia por Johns, se dirigieron hacia el grupo de Goldsmith. Dixon se quedó a solas con Margaret.

—Hale, ten un cigarrillo, que lo necesitas. Por Dios, este Bertrand es un malnacido. Cómo no se ha dado cuenta de que...

—En realidad, ha sido culpa mía —se apresuró a responder Dixon, agradecido tanto por la nicotina como por el apoyo—. No tendría que haberme ausentado durante las presentaciones.

—Sí, ¿dónde te habías metido? Aunque la verdad es que Bertrand no debería haberlo empeorado. Es bastante típico de él, según tengo entendido.

—Creo que me ha superado la idea de conocerle. ¿Cuántas veces habéis coincidido vosotros?

—Vino de visita una vez, con la tal Loosmore. Pero todo esto resulta bastante extraño. Entonces, al parecer, se iba a casar con ella, y ahora va y se presenta aquí exhibiendo una nueva pieza de caza. Y, sí, Needy incluso me soltó hace solo un par de días una arenga larguísima sobre la fecha prevista para la boda con Loosmore. Así que supongo que él también creía que...

—Mira, Margaret, ¿por qué no nos escapamos a echar un trago a algún sitio? De veras lo necesito, y no me apetece nada tomarme algo aquí. Son solo las ocho... Regresaremos...

Margaret se rio dejando a la vista unos cuantos dientes, incluido un colmillo embadurnado de pintalabios. Siempre se maquillaba en exceso.

—¡Oh, James, eres incorregible! —exclamó—. ¿Qué va a ser lo próximo? Sabes bien que no podemos desaparecer sin más, aunque sea solo un rato. ¿Qué crees que pensarían los Neddy si nos largamos justo cuando acaba de llegar su inteligente hijo? Antes de que te diera tiempo a parpadear tendrías en tus manos la carta de despido.

—Sí, tienes razón, lo reconozco. Pero daría lo que fuera por pimplarme tres pintas rápidas. No he bebido nada desde ayer por la tarde.

—Pues mucho mejor para tu bolsillo. —Margaret comenzó a reírse de nuevo—. Has estado maravilloso en los madrigales. Tu mejor actuación hasta la fecha.

—No me lo recuerdes, por favor.

—Has mejorado notablemente tu interpretación del matón de Anouilh^[4]. Le imprimiste un tono terroríficamente siniestro. ¿Cómo era? *La rigolade, c'est autre chose?* Me pareció de lo más convincente.

Dixon, con un nudo en la garganta, emitió un grito ahogado.

—¡Para ya! No lo soporto. ¿Acaso no podían haber elegido una pieza inglesa, por Dios? De acuerdo, lo sé. No hace falta que me lo expliques. Veamos, ¿qué viene ahora?

—La flauta dulce.

—Bien, eso me deja definitivamente fuera de juego. No creo que consideren un deshonor que yo no sepa tocarla. No soy más que un lego, después de todo. Pero ¿no te parece horrible todo esto, Margaret? ¿No te lo parece? ¿Cuántos puñeteros instrumentos tenéis pensado tocar al mismo tiempo?

Margaret soltó otra carcajada y echó un vistazo alrededor, síntoma inequívoco de que se lo estaba pasando en grande.

—Oh, que yo sepa, no hay límite...

Dixon también se rio, intentando dejar de pensar en las pintas de cerveza. Margaret tenía razón. No en vano, en su cajita de estaño solo le quedaban tres libras con las que tirar los nueve días que quedaban hasta que le tocase cobrar. Su capital en el banco ascendía a veintiocho libras, pero las guardaba como colchón ante la posibilidad de que le dieran la patada.

—Es mona la tal Christine no-sé-qué-más —dijo Margaret.

—Sí, ¿verdad?

—Tiene una figura estupenda.

—Sí.

—No es habitual que las chicas guapas tengan además buen tipo.

—No. —Dixon se puso tenso ante la perspectiva de las inevitables críticas que vendrían a continuación.

—Es una pena que sea tan remilgada. —Margaret dudó antes de decidirse a ampliar el epíteto—. No me caen bien las chicas que a su edad tratan de comportarse como señoras de alto copete. Además, me ha parecido un poco mojigata.

Dixon, que había llegado por su cuenta a conclusiones parecidas, descubrió que le desagradaba que Margaret le confirmara su primera impresión.

—No lo sé —dijo—. Aún es pronto para asegurarlo.

El comentario fue recibido con el tintineo de las campanillas de plata.

—¡Ah, tú siempre has sido de los que prefieren una cara bonita! Y la verdad es que la belleza compensa otras cosas. Es lo que he dicho siempre.

A Dixon le pareció rotundamente cierto, pero como prefirió no confirmárselo se encontró sin saber qué responder. Se miraron el uno al otro, angustiados, como si lo siguiente que cualquiera de los dos pudiera decir tuviera que incluir por fuerza un insulto.

—Parece cortada por el mismo patrón que Bertrand —dijo Dixon al fin.

—Yo diría que tienen mucho en común. —Margaret lanzó una sonrisa sardónica.

—Supongo.

Una sirvienta comenzó a recoger la vajilla y los invitados se dispersaron. La siguiente fase de la noche estaba al caer. Bertrand y su novia habían desaparecido, probablemente para deshacer la maleta. Welch llamó entonces a Dixon, que dejó a Margaret ayudando a distribuir las sillas.

—¿Cuál es el siguiente número del programa, profesor? —le preguntó.

Los rasgos marcados de Welch habían recuperado su apariencia depresiva tras la fase maníaca de la última hora y media. Dirigió a Dixon una mirada turbulenta antes de decir.

—Un par de piezas de música instrumental.

—¡Oh, estupendo! ¿Cuál será la primera?

Welch rumió la respuesta apoyando sus manos, pesadas como losas, en el respaldo de una silla baja hasta el absurdo, tanto que recordaba a un escabel reconvertido en asiento por alguien con poca pericia. No tardó mucho en revelarle

que el compositor local y el violinista aficionado «acometerían» una sonata para violín compuesta por algún pelmazo teutón, que un número indeterminado de flautistas ejecutaría después una pieza apropiada y que, poco después, Johns tocaría algo con su oboe. Dixon asintió, dándose por satisfecho.

Cuando regresó a donde estaba Margaret, la encontró conversando con Carol Goldsmith. Dixon tenía a esta mujer delgada de unos cuarenta años, con un largo cabello liso y castaño, por una de sus aliadas, aunque a veces le intimidaban un poco sus aires de madurez.

—Hola, Jim. ¿Qué tal va todo? —preguntó con su una voz anormalmente clara.

—Mal. Me temo que aún nos queda por delante otra hora de porrazos y chirridos.

—¡Sí, no pinta nada bien! ¿Por qué demonios nos prestaremos a estas cosas? Tus motivos están claros, Jim, y la pobre Margaret no tiene otra, porque vive aquí... Lo que de verdad me pregunto es por qué narices he venido yo...

—Por solidaridad conyugal, me figuro —repuso Margaret.

—Supongo que algo de eso habrá. Pero ¿y este por qué viene? Ni siquiera sirven alcohol.

—También James ha reparado en eso.

—Y no creo que merezca tanto la pena conocer al dichoso pintor, ¿no? —bromeó Dixon, tratando de dar pie a una conversación que disipara la vergüenza retrospectiva que había sentido al recordar que había confundido a Callaghan con Loosmore.

Pero, por alguna razón que en aquel momento se le escapó, su salida irónica no tuvo una gran acogida. Margaret le miró con la barbilla elevada, como para afearle la imprudencia, aunque a ella cualquier comentario adverso se le antojaba siempre indiscreto, a menos que estuvieran a solas. Carol entornó los ojos y se atusó el cabello.

—¿Se puede saber por qué dices eso? —preguntó.

—No, por nada —respondió Dixon, alarmado—. Es que acabo de tener un pequeño roce con él. Eso es todo. Me he hecho un lío con el nombre de su chica, me parece que no se lo ha tomado muy bien. Nada grave.

—Es típico en él —dijo Carol—. Siempre le da por pensar que le están tomando el pelo. Aunque lo cierto es que le sucede a menudo.

—Ah, ¿le conocías? —preguntó Dixon—. Lo mismo he metido la pata, Carol... ¿Sois buenos amigos?

—Yo no diría tanto. Cecil y yo coincidimos con él el verano pasado, antes de que tú te incorporaras a la universidad. En realidad, puede ser muy divertido a veces, aunque no te falta razón con ironizar con lo del gran pintor. Toda esa perorata suya resulta bastante cansina. Margaret, también tú lo habías tratado antes, ¿no? ¿Qué piensas de él?

—Sí, ya le conocía... De hecho, me lo presentaron cuando vino de visita la vez anterior. Mientras estuvimos a solas, me pareció bastante simpático, pero la verdad es

que cuando le rodea «su público» no puede evitar sobreactuar... Es capaz de hacer lo que sea para impresionar a los demás...

El aullido de una inmensa carcajada hizo que los tres se dieran la vuelta. Bertrand, que llevaba a Goldsmith del brazo, se acercaba a ellos.

—¡Vaya, aquí la tenemos, buena mujer! —le espetó a Carol. En su rostro aún se apreciaba la alegría de sus anteriores carcajadas—. ¿Cómo le va?

—No me quejo. Gracias, buen hombre. Ya veo que le va estupendamente. Esa chica..., no parece su tipo, ¿verdad?

—¿Christine? ¡Es una mujer increíble! Una mujer absolutamente increíble. Ya lo verá. Una de las mejores que he conocido.

—¿Ya tienen planes de futuro? —preguntó Carol, esbozando una leve sonrisa.

—¿Planes? ¿Planes? No, no, no tengo ningún plan. Para nada.

—Me temo que eso de los planes no va con usted, muchacho —dijo Goldsmith con una voz monótona y suave, muy distinta al registro de tenor que empleaba al cantar.

—Para serles sincero, la chica me tiene bastante disgustado —añadió Bertrand, dibujando un círculo con los dedos pulgar e índice para resaltar la última palabra.

—¿Y eso, Bertrand? —preguntó Goldsmith, mostrando interés.

—En fin, como pueden imaginar, mi apasionado interés por este deporte —dijo señalando hacia el piano con la cabeza, junto al cual el violinista *amateur* estaba afinando el violín con la ayuda del compositor local— no es suficiente para arrastrarme hasta aquí de buena gana, por muy encantado que esté de verlos a todos ustedes. No, no... Lo cierto es que me habían prometido que me presentarían a Julius Gore-Urquhart, del que tal vez hayan oído ustedes hablar.

Dixon, por supuesto, había oído hablar de Gore-Urquhart, un ricachón devoto de las artes que de tanto en tanto colaboraba con sus artículos en las páginas culturales de varios semanarios. El hombre, dueño de una lujosa casa en un barrio de postín por la que a menudo pasaban distinguidas personalidades, era un pez gordo al que Welch había tratado de echar el guante más de una vez, aunque siempre en vano. Dixon volvió a observar los ojos de Bertrand. Eran verdaderamente extraordinarios... Parecía que le hubieran forrado el interior de la cara con alguna clase de tejido estampado que solo se dejara ver a través de esos dos orificios arbitrarios. ¿Qué relación podía tener con Gore-Urquhart un hombre con semejantes ojos, con semejante barba y con semejantes y disímiles (se acababa de fijar por primera vez) orejas?

Dixon tardó apenas un par de minutos en averiguarlo. Pero el vínculo no le quedó del todo claro: Callaghan, que debía de estar unida a Gore-Urquhart por algún tipo de parentesco (quizá fuera su sobrina), lo había organizado todo para presentárselo a Bertrand justo aquel fin de semana. Pero, en mitad de la noche, se supo que Gore-Urquhart se había tenido que marchar precipitadamente a París, de modo que no tendrían más remedio que emprender un viaje hasta esta parte del mundo para

encontrarse con él. Por alguna razón que Dixon olvidó de inmediato, conocerle en Londres les resultaría menos satisfactorio. ¿Por qué querría Bertrand que le presentaran a Gore-Urquhart?

Cuando Margaret, con sus rodeos habituales, requirió más información al respecto, Bertrand alzó su inmenso cabezón y bajó los ojos para mirarse sus propias mejillas antes de brindarle una respuesta:

—He recibido de fuentes más que fidedignas —dijo en tono comedido— la información de que nuestro influyente amigo declarará muy pronto vacante el puesto de secretario privado. Desconozco si hará pública la oferta a fin de encontrar a un sustituto, y por esa razón me encuentro muy ocupado tratando de prepararme todo lo que pueda por si esa ocasión llega. Convertirme en su secretario constituiría para mí una especie de mecenazgo. Mecenazgo... ¡Eso es! Con una mano responderé sus cartas y con la otra pintaré mis cuadros. —Soltó entonces una carcajada, a la que se sumaron Goldsmith y Margaret—. Por supuesto, me preocupa perder la oportunidad de subirme a su carro, si me perdonan la expresión.

«¿Por qué deberíamos perdonársela?», pensó Dixon.

—Entonces, ¿cuándo tiene pensado volver a hacernos una visita, muchacho? —le preguntó Goldsmith—. Tendremos que organizar algo. No hemos tenido ocasión esta vez.

—Espero que dentro de un par de semanas, más o menos —replicó Bernard, y después añadió, enfatizando cada una de sus palabras—: La señorita Callaghan y yo tenemos «planes» para el próximo fin de semana. Comprenderán que no quiera renunciar a ellos...

—Dentro de dos fines de semana celebraremos el baile de verano en la universidad —intervino Margaret rápidamente con la intención, conjeturó Dixon, de suavizar el tonito de Bertrand. ¿Cómo era posible que se permitiera esas referencias tan soeces ante una mujer a la que apenas conocía y un hombre al que debía suponer no haberle caído en gracia tras aquel primer encontronazo?

—Ah, ¿sí? ¿De veras? —preguntó Bertrand aparentando interés.

—Sí. ¿Tiene pensado asistir también este año, señor Welch?

—Quizá. Al fin y al cabo, la última vez no me lo pasé tan mal... ¡Oh, veo que hay cigarrillos! Adoro fumar. ¿Le importa que sustraiga uno de su reserva, Cecil? Bien. En fin, ¿qué ocurre con ese baile? No creo que puedan prescindir de usted.

—Me temo que en esta ocasión tendrán que hacerlo —dijo Goldsmith—, porque el evento coincidirá con un congreso de profesores de Historia que se celebra en Leeds y el señor Welch quiere que acuda.

—Querido, querido —contestó Bertrand—. ¡Qué coincidencia tan inoportuna, tan inoportuna! ¿Y no puede enviar a otro? —preguntó mirando a Dixon.

—Me temo que no. Lo acordamos así —dijo Goldsmith.

—Una pena, una auténtica lástima... Vaya. Pero ¿asistirá algún conocido?

Margaret miró de reojo a Dixon, y Carol dijo:

—¿Por qué no vas tú, Jim?

Dixon meneó la cabeza con firmeza.

—No, nunca se me ha dado demasiado bien bailar. Sería tirar el dinero. —Sería terrible que a Margaret se le ocurriera someterle a algún tipo de chantaje para que acudieran juntos.

—Ah, bueno, pues no queremos tirar el dinero, ¿verdad que no? —se burló Bertrand—. Por cierto, me pregunto dónde se habrá metido la joven Callaghan. Me atrevería a decir que a estas alturas tendrá la nariz recubierta de una buena capa de polvos de maquillaje. ¿A qué se deberá el retraso de los músicos?

Dixon miró a su alrededor y comprobó que los dos intérpretes, que ya habían terminado de afinar sus instrumentos, tenían listas las partituras y habían aplicado resina a los arcos, estaban fumando y charlando con tranquilidad. No divisó a Welch por ninguna parte; debía de estar poniendo en práctica sus increíbles dotes para el escaqueo. Y justo en ese instante se abrió la puerta del otro extremo de la estancia —alargada, con techos bajos e iluminada con esmero— y entró Callaghan. A Dixon le pareció que, para tener un cuerpo tan proporcionado, la chica se movía con bastante torpeza.

—Oh, querida —dijo Bertrand al tiempo que le dedicaba una galante reverencia—, estábamos preguntándonos qué había sido de ti...

—Tan solo estaba... —Parecía desconcertada.

—Hablábamos del señor Gore-Urquhart y nos ha asaltado la duda de si estará disponible dentro de dos fines de semana. Creo que en esas fechas se celebrará un baile en la universidad. Tal vez tú puedas decirnos algo...

—Bueno, su secretaria me dijo que probablemente tenga que quedarse en París hasta mediados del mes que viene. Así que no creo que pueda acudir a ese baile vuestro que se celebrará dentro de dos semanas, ¿no te parece?

—Sí, claro. Claro. En fin, otra vez será. —Bertrand no parecía demasiado afligido por la noticia.

—De cualquier modo, escribí al tío para que me hiciera saber cuándo regresa exactamente...

Dixon contuvo una carcajada. Le hacía mucha gracia oír a las chicas (los hombres jamás lo hacen) referirse a sus tíos y a sus padres, etcétera, como si solo hubiera un tío o un papi en el mundo, o como si el tío o el papi en cuestión también lo fueran de todos los demás.

—¿Qué te hace tanta gracia, Jim? —preguntó Carol. Bertrand no le quitaba ojo de encima.

—Ah, nada. —Dixon le devolvió a la mirada. Quería fulminar a Bertrand, aun a riesgo de cabrear a su padre. Se creía capaz de justificar cualquier medida carente de violencia, o que no precisara demasiada. Pero no encontró ningún resquicio para enfrentarse a él de forma pacífica. Por un momento se vio capaz de dedicar los siguientes diez años de su vida a labrarse un futuro como crítico de arte, con tal de

escribir algún día una reseña desfavorable de su obra pictórica. Recordó una frase que había leído una vez en un libro: «Y entonces agarró al maldito perro por el pescuezo y, ¡Dios!, casi lo ahoga». También esto le hizo sonreír. La barba de Bertrand se movió súbitamente, pero al final no dijo nada.

Pero Margaret, como siempre, había pensado en algo:

—Leí hace poco un breve artículo sobre su tío, señorita Callaghan. Lo publicaron en el periódico local después de que donara unas acuarelas a nuestra galería. No sé cómo nos las apañaríamos sin él.

Este comentario, poco menos que incontestable en sí mismo, surtió el efecto —ya conocido entre las amistades de Margaret— de dejar anonadados a los presentes por la obviedad de su intención: forzarlos a hablar. A unos seis metros de distancia se oían las risotadas roncadas que provocaba en el violinista aficionado lo que quiera que le estuviera contando el compositor local. ¿Dónde diablos se habría metido Welch?

—Sí, es un hombre muy generoso —apuntó la joven Callaghan.

—Me parece extraordinario que aún quede gente que pueda permitirse tanta generosidad, de hecho —continuó Margaret. Dixon elevó la vista en busca de Carol, pero la señora Goldsmith estaba intercambiando miradas con su marido y no se percató.

—En fin, no creo que pueda permitírselo durante mucho tiempo más si esos muchachotes del Partido Laborista insisten en seguir dirigiendo nuestras vidas —dijo Bertrand.

—No creo que lo hayan hecho tan mal —intervino Goldsmith—. Después de todo, no debe usted...

—Su política exterior, lo reconozco, podría haber sido mucho peor, a excepción de su proverbial capacidad para echar más leña al fuego en cuanto tienen ocasión. —Bertrand echó un rápido vistazo al corrillo y después continuó—: Pero, en cuanto a la interior..., eso de asfixiar a los ricos... O sea... —Daba la impresión de estar dudando—. En fin, de eso se trata, simple y llanamente. ¿O no? Yo solo estoy pidiendo que nos mantengan informados, nada más. Me temo que las cosas son exactamente lo que parecen, ¿no estamos todos de acuerdo? Doy por hecho que solo quieren eso, y nada más que eso. ¿O me equivoco?

Fingiendo no haber advertido el ceño fruncido a modo de advertencia de Margaret ni la sonrisa expectante de Carol, Dixon dijo sin elevar la voz:

—¿Y qué tendría de malo, aunque solo quisieran eso y nada más que eso? Si un hombre tiene diez bollos, por ejemplo, y otro tiene dos, y alguien ha de entregar uno, creo que convendrán conmigo en que habrá que pedírselo al que tiene los diez.

Bertrand y su chica se miraron el uno al otro con idéntica expresión, negando con la cabeza, sonriendo, elevando las cejas, suspirando, todo a la vez. Era como si Dixon hubiera declarado que no tenía ni idea de arte, pero que sabía cuándo le gustaba un cuadro.

—Nosotros no creemos que nadie deba renunciar a su bollo —dijo la chica—. Ese es el quid de la cuestión.

—Pues yo diría que no lo es en absoluto —la contradijo Dixon.

Margaret intervino al mismo tiempo:

—No nos enzarcemos en una discusión sobre...

Y Bertrand también dijo:

—El quid de la cuestión es que los ricos...

Fue él, Bertrand, quien ganó el pequeño combate:

—El quid de la cuestión es que los ricos desempeñan un papel esencial en las sociedades modernas —dijo. El aullido de su voz era un poco más marcado esta vez—. Y aún más en estos tiempos que corren. Eso es todo. No pretendo aburrirles con un repertorio de perogrulladas sobre la contribución del Gobierno a mantener vivas las artes, etcétera. El simple hecho de que se consideren perogrulladas demuestra que tengo razón. Y da la casualidad de que me gustan las artes, *ya va*.

La última palabra, una versión de *ve*, era cosecha del propio Bertrand. Ocurría así: al pronunciarla distorsionaba el sonido vocálico y lo transformaba en una *m* corta, como si fuera a decir *vamos*. Esto le obligaba a juntar un pelín los labios, con el efecto de rematar la sílaba con una brevísima pero audible *m*. Una vez desentrañado el misterio de la extraña pronunciación de su interlocutor, a Dixon no se le ocurrió qué decir, y se conformó con un «Ah, ¿sí?». Procuró que sonara cómplice y escéptico.

Bertrand se sintió alentado.

—Sí, me gustan —dijo este, más alto si cabe, tanto que todos los que lo oyeron se giraron para mirarle—. ¿Y quiere que le diga qué otra cosa me gusta? La gente rica. Es más, yo me enorgullezco de la impopularidad contemporánea de esta afirmación. ¿Y quieren saber por qué me gustan los ricos? Porque son encantadores, porque son generosos, porque saben apreciar las cosas que yo mismo aprecio y porque sus casas están repletas de objetos elegantes. Por eso me gustan y por eso no quiero que nadie se dedique a tratar de asfixiarlos. ¿De acuerdo?

—¡Venga, querido! —le requirió la señora Welch, que se encontraba a sus espaldas—. Si esperamos a tu padre, no tendremos más remedio que hacer noche aquí. ¿No deberíamos empezar ya? Acércate para que podamos sentarnos.

—Está bien, madre —contestó Bertrand hablando por encima de sus hombros, y el corrillo empezó a disolverse, pero, antes siquiera de dar un paso, añadió mirando fijamente a Dixon—: ¿Le ha quedado claro?

Margaret agarró a Dixon por la manga de la camisa y él, que no quería continuar discutiendo tras el final del primer *round*, respondió amistosamente:

—Sí. Es solo que usted parece haber tenido mejor suerte que yo con los ricachones con los que se ha topado en la vida. Eso es todo.

—No me sorprende en absoluto que así sea —respondió Bertrand con un deje despectivo, y se echó a un lado para que Margaret pudiera pasar.

Dixon respondió con furia:

—En ese caso, más vale que los exprima mientras pueda, porque me temo que no le van a durar mucho tiempo. Usted me entiende.

Dixon le dio un empujón entonces a Margaret para que le dejara libre el paso y escapar de allí cuanto antes, pero la joven Callaghan le detuvo y dijo:

—Si no le importa, preferiría que no se dirigiera a nosotros en ese tono.

Dixon miró a su alrededor: el resto de los invitados estaban ya sentados y el violinista *amateur* trataba de acomodar su instrumento bajo la barbilla. De modo que también él se acomodó en la silla que quedaba más cerca de donde se encontraba y le preguntó a la joven en voz baja:

—¿Ha dicho que prefiere que no hable en ese tono?

—Sí, si no le importa. —Ella y Bertrand también se habían sentado—. La violencia verbal me exaspera. Lo siento, no puedo hacer nada por remediarlo... Me temo que es cosa mía.

Si Dixon no hubiera tenido ya experiencia con este tipo de argumentos, muy típicos, por otro lado, de Margaret, probablemente no habría respondido lo que acabó respondiendo:

—¿Y no ha probado a tratárselo usted?

El violinista aficionado se inclinó y, con el fugaz beneplácito del compositor local, se precipitó a interpretar las escurridizas disonancias. Bertrand se volvió hacia Dixon:

—¿Qué demonios quiere decir con eso? —preguntó, alzando la voz.

—Me refiero a que quién es su psiquiatra —concretó Dixon, ampliando el rango de alcance del disparo.

—Mire usted, Dixon, me parece que está pidiendo a gritos que alguien le arree un buen puñetazo en la nariz. ¿No cree?

—Si así fuera, ¿no creerá que el encargado de dármele va a ser usted? —A Dixon no se le daba bien controlarse cuando le espoleaban.

—¿Cómo? —Bertrand arrugó levemente el gesto ante tamaño enigma.

—¿Es usted consciente de las pintas que tiene con esa barba? —Conforme descendía al barro, el corazón de Dixon empezó a acelerarse.

—Muy bien. ¿Le parece que salgamos fuera un momento?

Un prolongado y estrepitoso temblor en el bajo del piano ahogó la última pregunta.

—¿Qué? —preguntó Dixon.

La señora Welch, Margaret, Johns, los Goldsmith y el contralto se dieron media vuelta simultáneamente. «Sssh», espetaron al unísono, como una locomotora escupiendo vapor bajo un tejado de cristal. Dixon se levantó y avanzó de puntillas hacia la puerta. Bertrand estaba a punto de seguirle, pero su novia le detuvo.

Antes de que Dixon llegara a la puerta, esta se abrió y entró Welch.

—Oh, ya han empezado, ¿verdad? —preguntó sin preocuparse de bajar la voz.

—Sí —susurró Dixon—. Creo que voy a...

—¡Qué pena que no pueda quedarse un poco más! Estaba atendiendo el teléfono. Era un tipo de..., de...

—¡Hasta la vista! —dijo Dixon cruzando el umbral de la puerta.

—¿No va a esperar entonces al concierto de P. Racine Fricker?

—No tardaré mucho, profesor. Creo que... —Dixon hizo un gesto que pretendía ser indescifrable—. No se apure, volveré —dijo, cerrando la puerta ante el perenne (y desconcertado) ceño fruncido de Welch.

«A ciento cincuenta kilómetros por hora cuesta abajo rodó; y, en vez de silbar, a pleno pulmón gritó —canturreó Dixon—. Lo encontraron descalabrado, con la mano en la palanca de cambios...». Se detuvo, jadeante... No era pan comido recorrer la senda arenosa que conducía a casa de los Welch con tal cantidad de cerveza en el cuerpo. En medio de la oscuridad, su rostro dibujó una sonrisa soñadora al saborear retrospectivamente el enorme gozo que le había invadido a las diez en punto. Había sido como una primera y reveladora experiencia artística sobre la bondad de los hombres: una exaltación severa, turbadora y casi piadosa. Cuandoapuró de un trago la que creía que sería la última pinta de la noche, se dio cuenta de que los demás seguían pidiendo, y los camareros sirviéndoles. Nuevos clientes en cuyas caras se apreciaba un gesto de seguridad —y no de ansiedad— entraron en el *pub*, y una moneda de seis peniques cayó y tintineó en las tripas de la mesa de billar. Alguien encendió la luz al ver al camarero, vestido de blanco, afanándose con dos palés de cerveza Guinness. El pueblo donde vivían los Welch y la ciudad donde él residía se encontraban en condados distintos. Allí los pubs locales, al contrario que los bares de la ciudad o que el hotel adonde fue con Margaret, abrían hasta las diez y media en verano; y el verano acababa de comenzar oficialmente. Su gratitud no podía expresarse con palabras. De hecho, llegó enseguida a la conclusión de que solo podría saldar tan gozosa deuda pidiendo más cerveza. Así que acabó pasando allí más tiempo de la cuenta y emborrachándose más de lo debido, embargado por un sentimiento de satisfacción y paz. Al llegar a la casa se golpeó dolorosamente contra la cancela, rebotó y rondó un rato por la senda empedrada que rodeaba la vivienda.

La gran sala rectangular donde habían tocado los músicos estaba a oscuras. Buena señal. Pero un poco más al fondo, en el comedor, había luz y, según comprobó poco después, algunas personas conversando. Fisgando por un resquicio de las cortinas, Dixon vio a Welch ataviado con un impermeable azul de rayas rojas y un gorro de pescador. Estaba a punto de salir por la puerta, seguido del compositor local y de Cecil Goldsmith. Todos se habían puesto sus chubasqueros. Evidentemente, el anfitrión se disponía a llevar a los invitados de vuelta a sus casas. Dixon se sonrió al imaginar la clase de trayecto que les esperaba en el coche de Welch. Carol, enfundada en un abrigo ligero de *tweed*, se retrasó un segundo para intercambiar un último comentario con Bertrand. Aparte de ellos, no vio a nadie más.

Aunque cerca había una ventana abierta, Dixon no llegó a entender las palabras de Bertrand. Pero habría jurado, por su entonación, que se trataba de una pregunta, a la que Carol respondió: «Sí, de acuerdo». El pintor reaccionó dando un paso adelante y abrazándola. Desde fuera no se vio lo que ocurrió después, pero, si fue un beso,

apenas duró un instante, después del cual Carol se apartó y se apresuró a salir. Bertrand hizo lo propio.

Dixon entró a la sala de música por el ventanal que daba al jardín. Lo que acababa de ver le había perturbado de un modo inexplicable. Aunque, en teoría, estaba más que habituado a esta clase de devaneos, la proximidad del acto le resultó más desagradable que otra cosa. Frecuentar la compañía y compartir charlas con Cecil Goldsmith varias veces por la semana no volvía al personaje menos anodino de lo que ya era, pero Dixon sintió que le otorgaba una suerte de derecho sobre él: un derecho que se reafirmaba al ver a su mujer en manos de otro, y más aún de semejante tipo. Dixon, lamentando haber descubierto el resquicio de las cortinas, trató de quitarse lo ocurrido de la cabeza. Se centraría por completo en la delicada operación de subir a su habitación sin que nadie le descubriera.

Tras decidir asumir el pequeño riesgo de que alguien irrumpiera en la sala, caminó a tientas en la oscuridad hasta un sillón, se recostó en él, cerró los ojos y oyó con satisfacción el ruido del motor del coche de Welch al arrancar y echar a andar. Después, con una sensación de estar hundiéndose cada vez más en la butaca, se dio cuenta de que tenía la tripa tan hinchada que habría podido apoyar la cabeza en ella. Al poco, volvió a abrir los ojos e hizo un gesto trágico con la cara: no había sido una buena idea pedir esa última pinta. Y de pronto se levantó y comenzó a dar brincos con los brazos levantados, un ejercicio que había aprendido en la RAF. Saltar y alzar las manos quinientas veces le había ayudado a aclarar sus ideas en el pasado. Tras ciento ochenta saltos, comprobó que sus ideas estaban igual de turbias, así que prefirió seguir sumido en la nebulosa antes que seguir brincando. Era hora de avanzar.

A medio camino de su alcoba, aún en el pasillo, oyó la risa de Bertrand, amortiguada por una puerta. Subió después los crujientes peldaños de la escalera y dejó atrás el descansillo. Por alguna suerte de capricho arquitectónico, para entrar en su habitación había que cruzar un cuarto de baño enorme. Trató de abrir la puerta sin éxito. El servicio estaba ocupado. Tal vez Johns había decidido bloquear el cuarto asignado al profanador de su periódico. Dixon se apartó, separó las piernas y alzó las manos como un director de orquesta a punto de atacar una atronadora obertura o un poema sinfónico; entonces, mitad director de orquesta, mitad boxeador, ensayó una ráfaga de gestos chabacanos. En ese mismo instante se abrió una puerta en la otra punta de la planta. Solo le dio tiempo a adoptar la actitud de quien espera fuera de un cuarto de baño, una estratagema malograda por el chubasquero que aún llevaba puesto.

—¡James! ¿Pero qué demonios estás haciendo?

Jamás se había alegrado tanto de ver a Margaret en lugar de a otra persona.

—Shhh —susurró Dixon—. Sácame de aquí.

Ella le gustó todavía más cuando, sin decir ni pío, le hizo señas para que la siguiera hasta su habitación. Justo cuando cerró la puerta, quienquiera que estuviera

ocupando el baño salió. Dixon se dio cuenta de que el corazón le palpitaba a toda pastilla.

—Gracias a Dios —suspiró.

—Y bien, ¿dónde te has metido toda la noche, James?

Se lo contó mientras, en su fuero interno, censuraba el gesto y los modos resentidos de Margaret; la censura había tardado muy poco en imponerse al alivio inicial. ¿Le montaría escenas parecidas si llegaban a casarse algún día? Aunque así fuera, no le quedó más remedio que reconocer que estaba más guapa que nunca con aquella bata azul y el pelo castaño rojizo suelto, libre de horquillas y de moños. Dixon se quitó el chubasquero y, después de encender un cigarrillo, empezó a sentirse mejor. Hasta consiguió terminar su relato sin mencionar lo que había visto por el ventanal del salón.

Tras escucharle en silencio, Margaret sonrió sutilmente.

—Supongo que no puedo culparte. Pero, a pesar de todo, ha sido una grosería. A la señora Neddy le ha parecido impropio de ti.

—Vaya, no me digas... ¿Y dónde le has dicho que estaba?

—No he tenido ocasión de decirle nada... Evan ha aventurado que lo más probable era que estuvieras en el *pub*.

—¡Vaya por Dios! Cualquiera día de estos le retuerzo el cuello a ese malnacido... ¿No es fabuloso? Desde luego, tiene un corazón que no le cabe en el pecho... Me temo que esto me va a dejar en muy mal lugar con los Neddy. Y, por cierto, no vuelvas a llamarle Evan.

—No te preocupes tanto... No parece que a Neddy le haya importado.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —gruñó Dixon—. No hay modo de saber qué pasa por esa cabecita suya, si es que pasa algo. ¿Me esperas un minuto? Tengo que ir al baño. No te vayas...

Cuando regresó, Margaret seguía sentada en la cama, pero saltaba a la vista que se había pintado los labios para él. A Dixon le agradó el gesto, más por el halago implícito que por el efecto logrado con el maquillaje. De repente, empezaba a recuperar la presencia de ánimo, así que se arrellanó en la silla para charlar sobre la primera parte de la velada.

Entonces Margaret dijo:

—Por cierto, ¿no crees que deberías ir pensando en marcharte? Empieza a hacerse tarde.

—Lo sé. No creo que tarde mucho, pero es que me lo estoy pasando de maravilla contigo...

—¡Yo también! Es la primera vez que nos quedamos a solas desde... ¿Desde cuándo?

Aquella inocente pregunta tuvo el efecto de recordarle hasta qué punto estaba borracho. De hecho, pasado un tiempo, fue incapaz de explicarse por qué hizo lo que hizo después: sentarse junto a Margaret en la cama, abrazarla por la espalda y

plantarle un beso en la boca. Fueran cuales fueran los motivos que le llevaron a cometer dicho acto —la bata azul, el pelo suelto, los labios pintados para la ocasión, las pintas que llevaba encima, tensar la cuerda de su relación o evitar una nueva salva de preguntas y promesas íntimas, la preocupación por el trabajo o todo lo anterior junto—, los efectos que produjo en la mujer fueron inequívocos. Margaret le rodeó el cuello con las manos y correspondió el beso con celo; con más celo, de hecho, del que había mostrado en sus encuentros íntimos previos que habían tenido lugar en el piso de ella, siempre timoratos e inconclusos. Dixon se quitó las gafas y después le quitó a Margaret las suyas y las dejó en el primer sitio que encontró. Después volvió a besarla con más ganas si cabe, sintiendo al tiempo cómo la cabeza le daba vueltas cada vez más rápido. Tras un par de minutos de besuqueo, decidió que no había razón alguna para no dejar que su mano se deslizara bajo la bata de ella. Margaret susurró una tímida expresión de cariño y cerró las manos en torno a su cuello con más fuerza.

¿Por qué no continuar? En aquel momento, se sentía capaz de seguir adelante, aunque no sabía muy bien hasta dónde llegaría el asunto. ¿De verdad quería hacerlo? En cierto modo, sí, desde luego, pero ¿era justo para Margaret? Dixon recordaba vagamente haberle aconsejado que renunciara a cualquier devaneo sexual durante un largo período de tiempo, pongamos que un año, una vez concluido su *affaire* con el tal Catchpole. En fin..., ¿sería justo para ella? ¿Y para él? Siempre había visto en Margaret a una amiga e imaginarla como su «novia» le hacía sentir como un vaquero a punto de lidiar con su primera y formidable vaquilla. No, no era justo para él. Tampoco lo sería para Margaret, puesto que la obligaría a enfrentarse a algo que probablemente acabaría perturbándola y enfureciéndola más pronto que tarde, y quién sabe lo que podría ocurrir una vez que montara en cólera. No, no se lo merecía. Pero Margaret —Dixon estaba tratando de aclarar las pocas ideas que conseguía articular— parecía desearlo más que ninguna otra cosa en el mundo. El aliento suave y templado de la joven en sus mejillas provocó que su propio deseo, menguante hasta entonces, resurgiera con más fuerza. Lo único que de verdad le inquietaba en ese instante, huelga decirlo, era el miedo al rechazo. Entonces retiró la mano para volver a deslizarla, esta vez bajo el camisón. El gesto, unido al estremecimiento de Margaret, hizo que la cabeza le diera más vueltas si cabe. Demasiadas, en realidad, para seguir pensando. El silencio rugió en sus oídos.

Un poco más tarde, cuando ya estaban los dos completamente tumbados en la cama, Dixon hizo un movimiento inequívoco que no dejaba duda alguna de sus descaradas intenciones. Y como la respuesta de Margaret le resultó difícil de interpretar, no dudó en seguir adelante. Pero entonces, de buenas a primeras, ambos se enzarzaron en un pequeño forcejeo y ella le propinó tal empujón que el cabezazo que se dio contra los pies de la cama retumbó por todo el cuarto. A continuación, Margaret se levantó y, ajustándose la bata, recogió del suelo el chubasquero:

—¡Fuera! —dijo—. Fuera he dicho, James.

Dixon se calzó como buenamente pudo y se las ingenió también para coger el chubasquero al vuelo cuando Margaret se lo lanzó.

—Lo siento. ¿Qué ha pasado?

—Fuera. —Su cuerpo menudo temblaba de furia.

—De acuerdo, pero no entiendo...

Margaret abrió la puerta e hizo un gesto con la cabeza. Desde allí, alcanzaron a oír unos pasos que subían las escaleras en dirección al descansillo.

—Espera, viene alguien...

Dixon, con el abrigo en un brazo y la cabeza dándole vueltas en una nueva dirección, se sintió como un desahuciado. De camino al cuarto de baño, se topó con la joven Callaghan. «Buenas noches», saludó él. Pero ella apartó la mirada y continuó hacia su habitación. Dixon trató de abrir la puerta del cuarto de baño, que volvía a estar ocupado. Sin pensárselo dos veces, echó la cabeza atrás, llenó los pulmones de aire y dejó escapar un estentóreo y prolongado grito de furia bastante similar, en el volumen y el timbre, a la actuación de Goldsmith en los madrigales. Después bajó las escaleras al trote, colgó el chubasquero en una percha, entró en el salón e hizo una genuflexión frente a un aparador dieciochesco de imitación. Aunque bien pensado, no tenía por qué no ser auténtico.

Acto seguido, escogió una botella de oporto que se encontraba casi oculta entre las de jerez, las de cerveza y las de sidra, que ocupaban media estantería. Era exactamente la misma de la que Welch le había servido una copita minúscula aquella misma tarde, la única, de hecho, que llegó a ofrecerle. Parte del texto que se podía leer en la etiqueta estaba escrito en algún tipo de lengua romance, pero no todo. Solo el suficiente para que no resultara ni demasiado británico ni demasiado exótico. El corcho saltó con un plop tan festivo y navideño que Dixon lamentó no tener a mano unas nueces o unas uvas pasas que llevarse a la boca. El refrescante licor se le derramó por la barbilla y resbaló hasta colarse por el cuello de la camisa. Apenas si quedó un cuarto del contenido de la botella —aunque cuando la descorchó quedarían tres cuartas partes— cuando decidió devolverla a su sitio. La colocó en la estantería con un golpe seco seguido de un tintineo y tras limpiarse la boca con el tapete del aparador consiguió llegar hasta su habitación sin contratiempos. Se sentía en plena forma.

Una vez en el interior de su alcoba, después de remolonear un rato, se desnudó sin prisas, mientras intentaba reflexionar, con los restos de lucidez que aún le quedaban, sobre el encontronazo con Margaret. ¿De verdad había querido llegar tan lejos como sus actos daban a entender? En realidad, la única respuesta era un «sí». Pero, por descontado, no lo habría siquiera intentado, ¿verdad que no?, o no con tanta insistencia, si ella no hubiera parecido desearlo tanto como él. ¿Y por qué había decidido comportarse de ese modo tras fingirse desganada y apática durante tantas semanas? Seguro que había descubierto a algún novelista de los suyos. En cualquier caso, era indudable que había demostrado deseo. «Porque no puede ocultar que le

apetece», pensó Dixon, frunciendo el ceño con el mismo ímpetu con el que trataba de convencerse a sí mismo de sus pensamientos. Ella no lo sabe, pero es lo que quiere, porque se lo exige su naturaleza. Y, ¡qué demonios!, después de todo lo que había tenido que aguantar, ahora le tocaba recibir. Pero ¿sería justo arrastrar a Margaret a una situación semejante, después de todo lo que había tenido que aguantar ella también? En cuanto reconoció en su cabeza el sobre imaginario que contenía la respuesta a esta pregunta, lo desechó sin abrirlo y se dirigió de nuevo al baño, no sin antes atarse el cordón del pantalón del pijama.

Dentro no se estaba tan bien como en la habitación. Aunque hacía una noche fresca para comienzos del verano, Dixon empezó a sudar copiosamente. Permaneció un tiempo de pie frente al lavabo sin hacer nada, tratando solo de desentrañar sus sentimientos. Su cuerpo parecía hinchado y asimétrico de pecho para abajo. La bombilla, más que luz, despedía un gas fosforescente fino pero nebuloso acompañado de un zumbido espumoso. Finalmente, abrió la llave del agua fría y se reclinó sobre el lavabo. Tuvo que reprimir el impulso de dejarse caer y acabar con la cabeza encajonada entre los dos grifos. Tuvo que conformarse con mojarse la cara y coger una jarra de baquelita de la balda acristalada que había sobre el lavabo para rellenarla y beber un gran trago de agua que consiguió refrescarle durante unos instantes, aunque también tuvo otro efecto que no supo identificar entonces. Después, derrochando dentífrico, se cepilló los dientes, volvió a mojarse la cara, llenó la jarra de nuevo y se tragó parte de la pasta de dientes al enjuagarse.

Una vez en su cuarto, continuó sumido en sus reflexiones de pie, junto a la cama. Le pesaba la cara, como si le hubieran introducido sin dolor varios saquitos de arena, arrancando la piel que le recubría los huesos —que tampoco estaba seguro de conservar— y cosiéndosela de nuevo. De pronto comenzó a sentirse mal, un escalofrío le recorrió de arriba abajo provocándole un leve estremecimiento. Tenía la impresión de que le hubieran atacado silenciosamente por la espalda, enfundándole en una especie de traje de buceo de algodón invisible. Soltó entonces un leve gemido. No quería sentirse peor de lo que ya se sentía.

A continuación, comenzó con la ceremonia de meterse en la cama. Le quedaban cuatro cigarrillos —¿se había fumado doce en una noche?— dentro de la cajetilla que había dejado sobre la mesilla de noche, entre las cerillas, la jarra de agua de baquelita y un cenicero que había escamoteado de la repisa de la chimenea. La incapacidad transitoria con la que se topó al tratar de meter el segundo pie en la cama le hizo comprender cuál había sido el principal efecto secundario de haber bebido tanta agua: había acabado borracho como una cuba. El efecto pasó de secundario a primario en cuanto se encontró en posición horizontal. En la tambaleante repisa de la chimenea yacía en cuclillas una pequeña efigie de porcelana de una deidad oriental muy conocida. ¿La habría colocado ahí Welch para ofrecerle un silencioso sermón sobre las virtudes de la existencia contemplativa? Si esa había sido su intención, había recibido el mensaje demasiado tarde. Dixon alcanzó el interruptor que sobresalía

sobre su cabeza y apagó la luz. La habitación empezó a levitar entonces desde el extremo inferior derecho de la cama, pese a lo cual todo parecía mantenerse en la misma posición. No le quedó otra que retirar las mantas y sentarse en una esquina, con las piernas colgando. La habitación dejó de moverse. Dixon plantó los pies en el suelo. La habitación seguía en calma. Metió las piernas en la cama, pero sin tumbarse. La habitación reinició el movimiento. Se sentó en una esquina. Nada. Volvió a meter una pierna en la cama. Algo ocurrió. Más que algo. Estaba, sin duda, en un punto crítico. Apiló las almohadas sin dejar de maldecir con voz ronca y, semiincorporado sobre ellas, dejó caer las piernas por un lado de la cama. En esta extraña posición, al menos, albergaba la leve esperanza de ser capaz de conciliar el sueño.

Dixon había vuelto a la vida. Sin embargo, no abandonó los dominios del sueño tras un lento y grácil vagar sino tras una expulsión brusca y breve, recobrando la conciencia de modo repentino, casi sin darse cuenta. Se encontró a sí mismo despatarrado sobre la cama, demasiado cansado para realizar ningún movimiento, como un centollo muerto arrastrado por las olas sobre los guijarros alquitranados de la mañana. La luz le importunaba, pero no tanto como para impedirle fijar la mirada en los objetos que le rodeaban. Después de varios intentos, decidió no volver a mover los ojos nunca jamás. También sentía en la cabeza un monótono traqueteo que hacía que todo a su alrededor palpitará. Y, para colmo, alguna criatura nocturna había utilizado su boca como letrina. Y, poco después, como mausoleo. Debía de haber pasado la noche corriendo campo a través para huir de la policía que, tras darle alcance, le había molido a palos con mano experta. Se sentía fatal.

Estiró luego la mano para alcanzar las gafas y, cuando se las puso, descubrió algo raro entre la ropa de cama. Aun a riesgo de hacer peligrar sus probabilidades de supervivencia, se incorporó un poco. Lo que vieron sus ojos incrédulos desató el frenesí del timbalero que se había colado en su cabeza. Una parte, extensa e irregular, del embozo de las sábanas y otro trozo, más pequeño pero aun así considerable, del de la manta habían desaparecido. También faltaba un pedazo del tamaño de la palma de su mano del edredón. Por el hueco que dejaban los tres agujeros —con los bordes reveladoramente renegridos— alcanzó a ver otro cerco marrón. El dedo que pasó por el borde del agujero de la sábana se le quedó tiznado de un gris oscuro. Eso significaba ceniza. Y la ceniza significaba fuego. Y el fuego, cigarrillos. ¿Se habría consumido el último de la noche sobre la manta? De lo contrario, ¿dónde estaba? Desde luego, no en la cama: ni dentro ni fuera. Se asomó por un costado, apretando los dientes. Un surco marrón rematado por un pedacito de papel descolorido decoraba el estampado claro de una alfombra que, por su aspecto, debía de ser bastante cara. Aquella imagen le entristeció sobremanera, y la tristeza aumentó todavía más si cabe cuando miró hacia la mesilla de noche. Dos marcas negras con forma de ángulo recto, dos cauces carbonizados, grisáceos y brillantes morían antes de llegar al cenicero. Dentro del platillo solo había una cerilla usada, y otras dos en la mesa; las demás se encontraban junto a la cajetilla vacía de cigarrillos, en el suelo. No vio la jarra de baquelita por ninguna parte.

¿Era todo aquel desastre obra suya o tal vez había pernoctado en su habitación un vagabundo o un ladrón que se hubieran introducido allí sigilosamente? ¿Había sido víctima de algún Horla aficionado al tabaco? Dixon concluyó —lamentándolo— que el estropicio era cosa suya. Era consciente de que algo así le haría perder el trabajo,

sobre todo si no era capaz de confesarle a la señora Welch que él era el culpable, y sabía de antemano que no lo sería. No se le ocurrió ninguna excusa que no fuera inexcusable: nadie perdonaría a un pirómano si además se revelaba que era un borrachuzo al que las obligaciones con sus anfitriones y los invitados, y el atractivo de un concierto de música de cámara, le parecían menudencias frente al embrujo del alcohol. Su única esperanza era que Welch no se enterara de lo que sin duda acabaría confiándole su mujer. Pero era bien sabido que, a veces, solo a veces, Welch sí se enteraba de las cosas, como en el caso de aquel ensayo que arremetía contra el libro que había escrito un antiguo alumno, por ejemplo. Claro que aquello había sido un ataque directo contra el propio Welch. Sin embargo, cabía la posibilidad de que no le importase demasiado lo sucedido con unas sábanas y unas mantas que ni siquiera estaban en su cama cuando se quemaron. Dixon recordó que cierta vez le dio por pensar que, si un borracho, tambaleándose y profiriendo obscenidades a voz en grito, golpeando los cristales de las ventanas y profanando las publicaciones que encontrara a su paso, hubiera osado irrumpir en la sala de profesores en presencia de Welch, el catedrático no se habría siquiera inmutado, a no ser que corriera peligro su integridad física. Y en ese momento le vino a la memoria una frase que había leído de soslayo en un libro de Alfred Beesley: «La mente no recibe ningún estímulo que no satisfaga alguna necesidad del organismo». Dixon rompió a reír, una reacción que no tardó en transformarse en un ligero estremecimiento.

Cuando al fin se decidió a abandonar la cama, fue directamente al baño. Al cabo de uno o dos minutos, regresó masticando pasta de dientes y con una cuchilla de afeitar en la mano, que utilizó para recortar, con suma cautela, los bordes de la superficie quemada de la ropa de cama con la hoja. Al principio, no tenía muy claro qué pretendía con aquello, pero al final descubrió que la operación había mejorado bastante la apariencia de las sábanas y las mantas. Después de su intervención, la causa del desastre ya no parecía tan evidente, o al menos no a primera vista. Cuando los cercos quedaron lisos e igualados, se arrodilló despacio, como si de repente le hubieran caído cien años encima, y cortó también la parte chamuscada de la alfombra. Tras guardar los retales en el bolsillo de su chaqueta, decidió darse un baño. Ya bajaría más tarde y trataría de localizar a Bill Atkinson para pedirle que adelantara la llamada en la que le avisaba sobre la supuesta visita del señor y la señora Dixon. Justo estaba sentándose en la cama para tratar de recuperarse de las vertiginosas acometidas contra la alfombra cuando, antes de que pudiera levantarse, alguien —un hombre— entró en el cuarto de baño contiguo. Primero oyó el tintineo de la cadena y, a continuación, el rumor silbante del agua del grifo. Debía de ser Welch, su hijo o Johns, que estaban a punto de darse un baño. No tardó en descubrir de quién se trataba. De hecho, no le quedó ninguna duda en el instante en que escuchó las primeras notas desafinadas de aquella profunda voz. Enseguida reconoció en la pieza una sarta inagotable de chanzas musicales típicas del inmundo Mozart. Bertrand era incapaz de entonar una nota como era debido, y Johns no disimulaba su

indiferencia por cualquier pieza anterior a la época de Richard Strauss. Muy despacito, como un gigantesco árbol selvático tras recibir un hachazo, Dixon se desplomó hacia un lado y se quedó inmóvil, con su rostro ardiente sobre la almohada.

Así, por supuesto, ganaría tiempo para ordenar sus pensamientos, pero eso era justo lo que no quería hacer. En realidad, cuanto más tiempo pudiera mantenerlos desperdigados, sobre todo si tenían que ver con Margaret, mejor. No pudo evitar pensar en lo que le diría esta, si es que le decía algo, cuando se volvieran a ver. Escondió la lengua tras los dientes inferiores, arrugó la nariz lo más fuerte que pudo y balbuceó unas palabras. ¿Cuánto tiempo necesitaría para convencerla de que abriera, y después vaciara, el armario de los reproches, como preludio de la gran batalla para conseguir que se prestara a escuchar sus disculpas? Dixon se esforzó en seguir la canción de Welch, en maravillarse ante la previsibilidad incomparable de la composición, ante su austera e inquebrantable entrega al tedio, pero su estrategia no funcionó. Después procuró recordar la alegría que le había producido que fueran a publicar su artículo, pero todo lo que le vino a la mente sobre el asunto fue que Welch se había mostrado indiferente ante la noticia y que le había instado, tan exasperantemente como Beesley, a que les obligase a darle «una fecha definitiva, Dixon, o de lo contrario no es gran..., no es gran...». Dixon se sentó y fue llevando poco a poco los pies en dirección al suelo.

Había una alternativa, incluso más sencilla y apetecible, al plan de Atkinson: desaparecer sin más en ese mismo instante. Pero de nada serviría si no se largaba a Londres o a algún lugar todavía más remoto. ¿Y qué se estaría cociendo en Londres en ese instante? Empezó a quitarse el pijama y decidió saltarse el baño. Las anchas calles y las plazas de la capital estarían desiertas a esas horas, de no ser por un puñado de transeúntes solitarios y apresurados. Vislumbró estas escenas londinenses al recordar aquel permiso de fin de semana que obtuvo durante la guerra. Suspiró... También le valdrían Monte Carlo o el Turquestán chino... Después, brincando sobre la alfombra con un pie fuera del pijama y el otro aún dentro, no pudo pensar en nada que no fuera el dolor que se desparramaba por su cabeza como el agua por los resquicios de un castillo de arena. Al final, no tuvo más remedio que agarrarse a la repisa de la chimenea —estuvo a punto de desalojar por la fuerza a la deidad oriental acucillada— para no desplomarse como un pistolero al que hubieran alcanzado en un tiroteo.

Transcurridos unos minutos, al fin pudo entrar en el baño. Welch había dejado un cerco de mugre alrededor de la bañera y el espejo cubierto de vaho. Tras pensárselo un poco, Dixon extendió un dedo y escribió: «Ned Welch es un tonto del haba con cara de culo de cerdo», pero acabó borrándolo con la toalla y a continuación se contempló en el cristal. Después de todo, no era para tanto; estaba peor por dentro que por fuera. Sin embargo, pese a haberse repeinado enérgicamente con ayuda de un cepillo de uñas empapado en agua, el pelo se le alborotó enseguida. Sopesó utilizar jabón a modo de fijador, pero al final lo descartó, puesto que cuando había recurrido

a este método en el pasado los pelillos laterales y posteriores acababan acartonándose como el plumaje de un pato. Sus gafas parecían las de un buceador. A pesar de todo, tenía buen aspecto, de persona honesta y simpática. Como siempre, quiso creer. Tendría que contentarse con eso.

Estaba a punto de bajar a hurtadillas para llamar por teléfono, pero decidió regresar antes a la habitación para volver a inspeccionar las sábanas y las mantas mutiladas. Algo no le convencía, pero no pudo averiguar el qué. Así que al final cerró la puerta del baño, cogió la hoja de afeitar y se afaná de nuevo con el contorno de los agujeros. Esta vez hizo cortes dentados, a base de pequeñas incisiones desde el centro. Le faltó muy poco para rasgar de arriba abajo alguna de las sábanas. Luego sostuvo la hoja de afeitar en posición vertical y la pasó rápidamente alrededor de los agujeros, cada vez más pronunciados. Dio unos pasos atrás y concluyó que el efecto desde lejos era mejor a la vista. Ahora no estaba tan claro que el desastre fuera obra de la mano del hombre. Podía achacarse, al menos durante unos segundos, a los estragos causados por la humedad o quizá por una colonia de polillas. También cambió de sitio la alfombra para que el hueco quedara oculto bajo una silla, pero no consiguió disimularlo del todo. Hasta se le ocurrió que podría llevarse disimuladamente la mesilla de noche para después tirarla desde la ventana del autobús en su viaje de vuelta. Pero entonces una voz familiar y cantarina, que sugería regocijo y sacudidas de cabeza, llegó hasta sus oídos. La voz creció en intensidad, como el miedo que uno siente a algo terrible o espantoso, hasta que alguien empezó a aporrear la puerta y a sacudir el picaporte. La canción cesó, pero el aporreamiento continuó, seguido de alguna que otra patada y más tarde de una embestida, probablemente con los hombros. A Welch no se le ocurrió pensar que el baño podía estar ocupado cuando quiso volver a entrar en él (¿por qué querría volver a hacerlo?), y tardó en darse por enterado. Al cabo de un rato, trató de reemplazar las sacudidas con otras maniobras, pero, tras varios intentos, volvió a atacar el picaporte, de nuevo en vano. El acto se cerró con un orgasmo final de aporreamientos, golpes, embestidas y sacudidas. Hasta que por fin oyó unos pasos que se batían en retirada seguidos de un portazo.

Con lágrimas de rabia en los ojos, Dixon abandonó la habitación haciendo añicos sin querer de una patada la jarra de baquelita, que debía de haber rodado desde algún lugar hasta interponerse en su camino. Una vez en la planta baja, miró el reloj de la pared (las ocho y veinte) y entró en el salón, donde estaba el teléfono. Era una suerte que Atkinson madrugara los domingos para comprar los periódicos. Podría dar con él antes de que saliera. Descolgó el auricular.

Lo peor de los veinticinco minutos siguientes fue dar rienda suelta a sus emociones tratando de que no se agravara el dolor de cabeza. El auricular apenas le devolvió el rumor de una caracola. Mientras Dixon aguardaba sentado en el brazo de un sillón de cuero —lapso durante el cual su rostro fue mutando con todas las expresiones posibles del odio—, la casa entera cobró paulatinamente vida a su

alrededor. Oyó pisadas sobre su cabeza. Pasos que descendían por las escaleras y entraban en la sala donde se servía el desayuno. Más pasos, estos provenientes de la parte posterior de la vivienda, dirigiéndose hacia la misma sala. A lo lejos ululaba una aspiradora. Alguien tiró de la cisterna. Una puerta se cerró de un portazo. Un grito. Cuando todo parecía indicar que un pelotón se estaba congregando junto al salón, Dixon se levantó y se marchó con el trasero y un brazo doloridos por la estrechez del asiento y las sacudidas que le había propinado al auricular del teléfono.

La técnica con la que servían el desayuno en casa de los Welch, como tantas otras costumbres del matrimonio, recordaba a otra época. Para empezar, calentaban los alimentos en el aparador, por medio de algún artilugio que Dixon supuso que sería una especie de hornillo. La cantidad y la variedad de las viandas servidas le hicieron recordar que la señora Welch complementaba el salario profesional de Welch con unos ingresos propios más que considerables. Dixon solía preguntarse cómo se las habría ingeniado Welch para casarse con una ricachona como aquella. No pudo deberse a sus méritos personales, reales o imaginarios, y entre las extravagancias de Welch no había espacio para la avaricia. Quizá de joven tuvo aquello de lo que en la vejez carecía tan ostensiblemente: atractivo. A pesar de la devastación que le habían deparado la jaqueca y la furia, Dixon se sintió mejor pensando en los alimentos que aquella mañana darían buena muestra de la prosperidad del matrimonio. Entonces se dirigió a la sala del desayuno sin poder quitarse de encima la imagen de las sábanas y las mantas mutiladas. Margaret ocupaba un segundo plano lejanísimo en sus pensamientos.

La sala estaba vacía, a excepción de la joven Callaghan, sentada a la mesa ante un plato muy bien surtido. Dixon le dio los buenos días.

—Oh, buenos días. —Su tono era neutro, nada hostil.

Dixon no tardó en decantarse por una reacción sincera y a la vez taimada para tratar de disimular sus meteduras de pata (tanto las pasadas como las que estuvieran por venir). Cierta amigo de su padre, joyero de profesión, se las había arreglado durante los últimos quince años para trufar sus frases de groserías sin molestar a nadie mediante esta simple argucia. Dixon, exagerando a sabiendas su acento del norte de Inglaterra, dijo:

—Mucho me temo que anoche empecé con mal pie.

Callaghan elevó la vista dejándole comprobar con amargura lo hermoso que era su cuello.

—Ah, eso... Yo que usted no me preocuparía demasiado. Tampoco es que yo estuviera muy acertada que se diga.

—Es usted muy amable tomándose así —respondió Dixon, recordando que ya había tenido ocasión de decirle la misma frase antes—. Pero los malos modos fueron solo cosa mía.

—Bueno, olvidémoslo, ¿no le parece?

—Me alegra que piense así. Muchas gracias.

Se quedaron en silencio. A Dixon le sorprendió comprobar cuánto comía la joven, y a qué velocidad. En su plato podían verse ya los restos de una charca de salsa junto a un montículo menguante de huevo frito, tocino y tomates. Callaghan repuso las existencias de salsa en presencia de Dixon, cogiendo la botella correspondiente y vertiendo en su plato una inmensa gota escarlata. Después, alzó la cabeza de nuevo y fue a toparse con la mirada de curiosidad de Dixon.

—Lo siento. Es que me gusta mucho la salsa... Espero que no le importe —dijo, sin demasiada convicción. A Dixon le pareció que se sonrojaba.

—Al contrario. A mí también me encanta —respondió él de corazón mientras retiraba el tazón de copos de maíz. Eran unos cereales elaborados a base de malta que le resultaban repugnantes. Tras examinar el huevo frito, el tocino y los tomates que tenía ante sí, decidió posponer el desayuno. Al tomar asiento sintió como si alguien le estuviera cosiendo con suma pericia el gazonate y las tripas. Al final, se sirvió una taza de café solo y, cuando se la bebió, volvió a llenársela.

—¿No va a comer nada? —preguntó la chica.

—No, creo que no... Aún no.

—¿Qué ocurre? ¿No se encuentra bien?

—No, tengo que admitir que no... Me duele un poco la cabeza.

—¡Ah! Entonces es cierto que se fue usted al *pub*, como dijo ese hombre bajito. ¿Cómo se llama?

—Johns —repuso Dixon, procurando insinuar con la pronunciación del nombre la opinión que le merecía su portador—. Sí, me fui al *pub*.

—¿Y bebió usted mucho? —Estaba tan interesada en la respuesta que dejó de comer, pero no soltó el cuchillo y el tenedor, que agarraba con fuerza con las manos apoyadas sobre el mantel. Dixon reparó en sus dedos de puntas cuadradas, con las uñas muy cortitas.

—Sí, me figuro que bebí demasiado —respondió.

—¿Cuánto?

—Nunca llevo la cuenta. No me parece que sea un buen hábito...

—Sí, tiene usted razón, pero ¿cuántos cree que bebió? Más o menos...

—Eh... Siete u ocho, probablemente.

—Cervezas, imagino.

—Claro. Por el amor de Dios, ¿acaso tengo pinta de poder permitirme licores más fuertes?

—¿Pintas de cerveza?

—Sí. —Dixon sonrió levemente, pensando que no parecía tan mala chica y que aquel ligero matiz azul en el blanco de sus ojos le daba un aire de lo más saludable. Pero, tras la respuesta de ella, cambió de parecer abruptamente sobre la primera de estas observaciones y perdió interés en la segunda.

—Bueno, si bebió tanto, debería usted saber que es normal que se encuentre como un trapo por la mañana, ¿no? —Callaghan se revolvió en su asiento y se puso recta,

como una maestrilla de escuela.

Dixon se acordó de su padre, que hasta la guerra siempre había vestido camisas de cuello duro, y del joyero criticón, que solía reprocharle su porte excesivamente «digno». La etimología del término expresaba a las mil maravillas todo cuanto Dixon despreciaba en Christine.

—¿Debería o no debería? —preguntó él, con bastante frialdad. Carol Goldsmith le había pegado esta muletilla. Al acordarse de ella pensó, por primera vez en toda la mañana, en el abrazo del que había sido testigo la noche anterior, y cayó en la cuenta de que Cecil no era el único afectado; el asunto también incumbía a la joven Callaghan. En fin, en todo caso ya era mayorcita para cuidarse sola.

—Todo el mundo andaba preguntándose dónde se habría metido —dijo la joven.

—No me cabe la menor duda de ello. Pero, dígame, ¿cómo reaccionó el señor Welch?

—¿Cuándo? ¿Al descubrir que probablemente estaba usted en el *pub*?

—Sí... ¿Parecía molesto?

—Para serle sincera, no tengo ni idea. —Consciente, quizá, de la vaguedad de su respuesta, añadió—: Apenas le conozco, así que no sabría decirle. No parecía enterarse de mucho. No sé si me sigue.

Dixon la siguió y al poco sintió que ya estaba listo para echarse al colete los huevos, el tocino y los tomates. Se sirvió mientras hablaba:

—He de decir que es un alivio, aunque me figuro que, aun así, le debo una disculpa.

—Tal vez sea una buena idea.

Christine dijo esto último en un tono que hizo que Dixon se diera media vuelta fugazmente y pusiera cara de chino mandarín, encogiendo un poco los hombros. Detestaba tanto a la chica y a su novio que no era capaz de comprender que no se odiaran entre sí. De pronto, se acordó de la ropa de cama... ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? ¡La había dejado a la vista de cualquiera que entrase al cuarto! Debía hacer algo con ella cuanto antes. Tenía que regresar a la habitación de inmediato y examinar el desastre por si se le ocurría alguna solución alternativa.

—¡Dios...! —exclamó Dixon un tanto ausente—. ¡Dios mío! —continuó, recobrando la compostura—. Mucho me temo que tengo que salir pitando.

—¿Se va usted ya?

—No, en realidad no me voy hasta las... No, lo que quiero decir es que... ¡tengo que subir a mi habitación! —Dixon, sabedor de que semejante coartada dejaba mucho que desear, añadió atolondrado y sujetando aún el cubreplatos—. Ha ocurrido algo..., y he de ponerle remedio cuanto antes. —No pudo evitar ver cómo se dilataban sus ojos—. Anoche provoqué un incendio.

—¿Hizo una hoguera en su habitación?

—No, por supuesto que no lo hice adrede. Encendí un cigarrillo. Fue la colilla la que quemó...

La expresión de la chica volvió a cambiar.

—¿Se incendió la habitación?

—No. Solo la cama. La quemé con el cigarrillo.

—¿Me está diciendo que prendió fuego a su cama?

—Ni más ni menos.

—¿Con un cigarrillo? ¿Sin querer? ¿Y por qué no lo apagó?

—Porque estaba dormido. Lo he visto al despertarme.

—Pero debió de... ¿Usted no se ha quemado?

Dixon dejó el cubreplatos sobre el aparador.

—No, creo que me he librado.

—Bueno, algo es algo.

La joven Callaghan le miró apretando firmemente los labios y luego soltó una carcajada, pero no como la del día anterior; a Dixon le pareció una risa escasamente musical. En ese instante, un mechón rubio se escapó de aquel conjunto de cabellos tan afanosamente peinado y ella se lo atusó hacia atrás.

—Y, en fin, ¿qué tiene pensado hacer?

—Aún no lo sé. Pero algo tendré que hacer, desde luego...

—Sí, estoy de acuerdo. Y más vale que se decida pronto. Antes de que la criada haga la ronda.

—Lo sé. Es que no se me ocurre nada...

—¿Para tanto ha sido?

—Para mucho más. Hay piezas enteras que están para tirar, ¿entiende?

—¡Vaya! En fin, así, sin verlo, no puedo ayudarle. Salvo que usted... Pero no, tampoco serviría de nada.

—Me imagino que no estaría dispuesta a subir y...

—¿Echarle un vistazo?

—Sí... ¿Le importaría?

Ella se enderezó en su silla, pensativa.

—De acuerdo. Aunque, como comprenderá, no le garantizo nada...

—No, claro que no. —Dixon recordó con alborozo que, tras el holocausto de la noche, aún le quedaban algunos cigarrillos—. Se lo agradezco mucho.

Iban ya de camino a la puerta cuando ella preguntó:

—¿Y su desayuno?

—Tendré que prescindir de él. No hay tiempo.

—Yo que usted no lo haría. Como sabe, aquí no sirven gran cosa para almorzar.

—Pero no voy a esperar a... Quiero decir, no nos queda mucho tiempo para... Deme un minuto. —Dixon se abalanzó sobre el aparador, cogió un escurridizo huevo frito y se lo zampó de un bocado. Christine, con los brazos cruzados, le miró sin inmutarse. Mientras masticaba con fuerza, dobló en dos una tira de tocino y se la embutió entre los dientes. Después, indicó a la chica con un gesto que estaba listo para continuar, aunque sobre él se cernió el presagio de una náusea.

Dixon y Callaghan avanzaron en fila por el vestíbulo y subieron las escaleras. A lo lejos se oía una flauta dulce que recordaba al sonido de una ocarina tocada con suavidad. Tal vez Welch estuviera desayunando en su habitación. Dixon descubrió, con una punzada de alivio, que la puerta del baño estaba abierta. La chica le miró con severidad.

—¿Qué hacemos aquí?

—Mi habitación está detrás del baño.

—Ah, comprendo... ¡Qué curiosa disposición la de esta casa!

—Me imagino que el bueno de Welch mandó que la construyeran cuando la casa ya estaba hecha. Mejor así que tener que cruzar la habitación para ir al baño.

—Supongo que sí... ¡Dios mío! Se ha ensañado usted con la ropa de cama. —La joven Callaghan se acercó y pasó un dedo por las sábanas y la manta como quien comprueba un tejido en la mercería—. Ni siquiera parece una quemadura... Da la impresión de que le hubieran hecho un corte.

—Sí, he sido yo... He recortado las partes renegridas con una hoja de afeitar. Creía que así tendría mejor pinta...

—¿Por qué demonios ha hecho eso?

—No sabría explicarlo. Simplemente, pensé que la cosa mejoraría...

—Hum... ¿Y todo esto lo ha provocado un cigarrillo?

—No lo sé. Es probable.

—En fin, debía de estar usted como una cuba para no... ¡Pero si también ha quemado la mesilla! ¡Y la alfombra! ¿Sabe una cosa? No estoy segura de que deba implicarme en esto.

La chica sonrió con un aspecto saludable hasta el absurdo dejando a la vista dos incisivos un tanto desiguales. Por alguna extraña razón, esto trastocó la ecuanimidad de Dixon más de lo que lo habría hecho una dentadura regular. Consideró que ya había visto más de lo que debía de la joven. No necesitaba saber más, gracias. Entonces Christine se levantó y apretó los labios firmemente con rictus pensativo:

—Creo que lo mejor será hacer la cama colocando las sábanas y las mantas de manera que el desaguisado se vea lo menos posible. Pondremos arriba esta manta, que apenas está chamuscada. Lo más probable es que por debajo esté casi impoluta. ¿Qué le parece? Es una pena que no tengamos a mano otro edredón.

—Sí. Me parece bien. Pero lo descubrirán en cuanto deshagan la cama, ¿no cree?

—Sí, pero, después de sus acometidas con la cuchilla de afeitar, parece difícil que lo relacionen con un cigarrillo. Y, en cualquier caso, si sospechan, concluirán que a nadie se le ocurriría ponerse a fumar con la cabeza en los pies de la cama, ¿no le parece?

—Tiene su lógica, ciertamente. Más vale que nos pongamos manos a la obra cuanto antes.

Dixon apartó con denuedo la cama de la pared mientras la chica le observaba con los brazos cruzados. Luego ambos se esmeraron en hacer la cama tratando de ocultar

los boquetes. La aspiradora sonó muy cerca, ahogando la melodía de la flauta dulce de Welch. Dixon, pese a su decisión de no volver a fijarse en ella, escudriñó con la mirada a la joven Callaghan, comprobando con cierto enojo que era más atractiva de lo que le había parecido en un principio. De pronto, se sorprendió tratando de imitar el mismo gesto y el mismo chasquido con la lengua que solía hacer al recibir las tareas que Welch le encomendaba para ponerle a prueba, o al ver a Michie a lo lejos, o cuando pensaba en la señora Welch o cuando no le quedaba más remedio que escuchar los cuchicheos de Beesley sobre Johns. Le habría gustado devorar su propio rostro, tragarse el aire de un solo bocado y arrasar así con el revoltijo de sentimientos que Christine le inspiraba: indignación, lamentos, resentimiento, mal humor, fastidio y una rabia estéril... Todos los alótopos del dolor. La chica era inequívocamente culpable de todo lo que provocaba en él: en primer lugar, por ser tan guapa; y después, por acercarse a él siendo tan guapa. Dixon era capaz de lidiar con bellezotes corrientes y molientes como actrices de cine italianas, esposas de millonarios o chicas de calendarios. Es más, le agradaba tenerlas a su lado. Pero esto era otra cosa, algo que habría preferido no tener que mirar. Una vez leyó en un libro que un tipo que afirmaba haber resuelto el asunto del amor —Platón, Rilke o uno de esos— sostenía que este sentimiento es muy distinto en esencia, y no solo en grado, al mero apetito sexual. Entonces, ¿amaba a esta chica? Jamás había experimentado ni imaginado antes nada que se acercara tanto al amor, pero, además del dudoso respaldo de Platón o de Rilke, ahí tenía, frente a él, todas las conclusiones a las que podía llegar sobre el particular. ¿Qué era aquello sino amor? No parecía simple deseo... Cuando acabaron de colocar la última esquina de la cama, Dixon se sentó junto a ella y estuvo más que tentado a extender la mano y dejarla caer sobre uno de sus pechos turgentes. De haberse atrevido, el gesto se le habría antojado tan natural, insignificante e inobjetable como coger un melocotón maduro del frutero. No... Fuera lo que fuera aquello que sentía, no era solo deseo.

—¡Ya está! Creo que ha quedado muy bien —dijo la chica—. Nadie que no sepa lo que hay debajo se imaginará nada. ¿Verdad que no?

—No. Muchísimas gracias por la idea y la ayuda.

—No hay de qué. ¿Qué hará con la mesilla?

—Lo he estado pensando. Hay al fondo del pasillo un pequeño trastero repleto de muebles desvencijados, libros carcomidos y otros enseres en un estado similar. Me mandaron allí ayer para desempolvar un atril en el que colocar las partituras. Reparé en un biombo con motivos de cortesanos franceses que creo que sería perfecto para ocultarla... Ya sabe, uno con dibujos de gente con sombreros enormes y banjos. Si me hace usted el favor de asomarse para comprobar que no hay moros en la costa, la llevaré allí ahora mismo.

—De acuerdo. He de decir que me parece una gran idea. Con la mesilla fuera de juego, nadie relacionará lo de las sábanas con los cigarrillos. Pensarán que las rasgó usted con los pies en el fragor de una pesadilla.

—No basta una simple pesadilla para perforar dos mantas.

La joven Callaghan le miró boquiabierta y luego se rio. Se sentó en la cama, pero acto seguido se levantó de un respingo, como si las mantas aún ardieran. Dixon también se rio, agradecido por la carcajada de la chica más que por que se estuviera divirtiendo. Seguían riéndose un minuto después, cuando Christine le hizo un gesto desde el umbral de la puerta del baño. Dixon salió rápidamente al descansillo, cargando con la mesilla, pero justo en ese preciso instante Margaret abrió la puerta de su habitación y los pilló a los dos con las manos en la masa.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, James? —preguntó.

—Estábamos... Estaba... Estaba a punto de deshacerme de esta mesilla de noche —dijo Dixon, mirando alternativamente a cada una de las mujeres.

A la joven Callaghan se le escapó un ruidoso bufido cuando trató de reprimir, con escaso éxito, una carcajada.

—¿Se puede saber de qué va todo este sinsentido? —preguntó Margaret.

—No es un sinsentido, Margaret, te lo aseguro. Yo...

—Si me permiten la intromisión —interrumpió Christine—, creo que será mejor que nos deshagamos de la mesilla primero y nos ocupemos del cómo y del porqué después. ¿No les parece?

—Así es —zanjó Dixon, agachando la cabeza antes de seguir avanzando por el pasillo. Una vez en el trastero, apartó una diana de tiro con arco a la que dirigió su habitual gesto de campesino loco (de cuántas flagrantes imbecilidades habría sido testigo aquella diana) y arrumbó la mesilla tras el biombo. Acto seguido, desenrolló un gurrño cochambroso de seda que encontró a mano, cubrió con él la mesilla y colocó encima dos floretes de esgrima, un libro titulado *La lección de España* y una cómoda liliputiense que contenía conchas de mar y mechones de cabello infantil. Por último, apuntaló el conjunto con un trípode concebido para un telescopio o una cámara fotográfica o cualquier otra baratija de ese tipo. El efecto, cuando retrocedieron para comprobarlo, era excelente: ningún observador habría puesto en duda que los trastos llevaban años de esa guisa. Dixon sonrió y cerró los ojos un momento antes de regresar a regañadientes a la realidad.

Margaret estaba esperándole en el umbral de la puerta de su habitación. Tenía fruncidos los labios en un rictus que Dixon conocía muy bien. La joven Callaghan se había esfumado.

—Y bien, James, ¿de qué va todo esto?

Dixon cerró la puerta y comenzó a darle las explicaciones pertinentes. Conforme hablaba, le encontró el toque cómico al episodio incendiario y a las medidas para remediarlo en primera instancia. Estaba convencido de que también le haría gracia a Margaret, puesto que ella no se había visto implicada, además de que le encantaba escuchar este tipo de anécdotas. Así se lo hizo saber Dixon cuando terminó de contarle la batallita. Pero ella, sin cambiar un ápice el gesto, discrepó:

—No te creas que no me he dado cuenta de que esa chica y tú os lo estabais pasando en grande con el asunto.

—¿Y por qué no íbamos a hacerlo?

—Pues yo no le encuentro la gracia por ningún lado, la verdad. Todo esto me resulta más bien estúpido e infantiloides, eso es todo.

—Mira, Margaret —dijo Dixon con determinación—, hasta cierto punto, entiendo que te lo parezca. Pero piensa un poco... El quid de la cuestión es que no pretendía quemar las puñeteras sábanas. Ni todo lo demás. Sin embargo, cuando ya estaba hecho, no me ha quedado más remedio que buscar una solución de emergencia.

—Y explicárselo a la señora Welch no era una opción, ¿faltaría más!

—Por supuesto que faltaría más. ¡En solo cinco minutos me habría encontrado sin empleo! —Dixon sacó y encendió dos cigarrillos, uno para cada uno, mientras trataba de acordarse de si la novia de Bertrand le había propuesto reconocer los hechos ante la señora Welch en algún momento. Por lo que recordaba, creía que no, lo cual no dejaba de resultarle un tanto extraño.

—Te despedirán en cuanto encuentren la dichosa mesilla.

—No la encontrarán —respondió Dixon con irritación, caminando de un lado a otro de la habitación.

—¿Y las sábanas? Acababas de decirme que lo de hacer la cama recolocando las sábanas ha sido idea de Christine Callaghan.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Qué pasa con las sábanas?

—Tengo la impresión de que hoy habéis hecho mejores migas que anoche.

—Sí, y eso es bueno, ¿no crees?

—Por cierto, la tipa se ha comportado de un modo terriblemente grosero...

—¿A qué te refieres?

—Esas intromisiones tuyas... Esa manera de mandarte al trastero cargando con la mesilla de esa manera.

—¡Estás obsesionada! ¡Ves groserías por todas partes, Margaret! —respondió Dixon, dolido por la reflexión sobre su dignidad—. Christine tenía razón en meterme prisa. Los Welch podrían haber aparecido en cualquier momento. Y si alguien se ha entrometido, has sido tú, no ella. —Se arrepintió de sus palabras incluso antes de terminar de pronunciarlas.

Margaret le miró con la boca un poco abierta y después se apartó abruptamente de él.

—Lo siento. No volveré a entrometerme nunca más.

—Escucha, Margaret, sabes que no quería decir eso... ¡No seas ridícula! Solo trataba de...

—Por favor, vete —respondió ella con una vocecilla aguda que mantuvo templada a costa de un esfuerzo evidente.

Dixon se empeñó en quitarse de la cabeza la idea de que Margaret estaba haciendo un trabajo excepcional como actriz y guionista, y se odió a sí mismo por fracasar estrepitosamente en el intento. Trató de dotar de un tono de urgencia a sus palabras:

—No te lo tomes así. Este último comentario ha sido una estupidez por mi parte, lo reconozco. No pretendía dar a entender que seas una entrometida, desde luego. Debes comprender que...

—Oh, James, lo comprendo perfectamente. Perfectamente. —Esta vez su voz era neutra. Margaret llevaba un conjunto de lo más bohemio: una blusa multicolor, una falda con flecos en el dobladillo y el bolsillo, zapatos de tacón bajo y un collar de abalorios de madera. El humo azul ceniciento del cigarrillo que estaba fumando se rizó alrededor de su antebrazo desnudo. Dixon se acercó a ella y comprobó que acaba de lavarse el pelo; mechones secos y carentes de brillo se desparramaban sobre su nuca. Sus cabellos le parecieron la quintaesencia de lo femenino, tanto o más que el corte resplandeciente y al ras de la joven Callaghan. Pobre Margaret, pensó él, y apoyó un brazo en su hombro más cercano. Esperaba mostrarse compungido con este gesto.

Antes de que pudiera abrir la boca, Margaret le retiró el brazo, se apartó hacia la ventana y comenzó a hablar en un tono que marcó el inicio de una nueva escena en el acto que estaba representando. Dixon se dio cuenta enseguida.

—Lárgate. ¿Cómo te atreves? Basta ya de marear la perdiz. ¿Quién te crees que eres? Ni siquiera has tenido la decencia de disculparte por lo de anoche. ¡Y eso que te comportaste como un auténtico sinvergüenza! Espero que te des cuenta de que apestabas a cerveza. Nunca te ha importado nada lo que... ¿Qué te hizo pensar que podrías irte de rositas después de hacer una cosa así? ¿Por quién demonios me tomas? ¿Acaso has olvidado todo por lo que he pasado estas últimas semanas? ¡Es inadmisibile! Absolutamente inadmisibile. No pienso tolerarlo. Debiste imaginar cómo me haría sentir...

Margaret siguió con su perorata mientras Dixon, presa de un miedo cada vez más real e intenso, la miraba fijamente a los ojos. Su cuerpo se estremecía, zarandeaba la cabeza de un lado a otro sin cesar de mover el cuello, que era bastante largo, y los abalorios de su collar de madera bailoteaban sobre la pechera de su blusa multicolor. A Dixon le pareció que aquel atuendo bohemio no pegaba nada con su actuación. La gente que viste así no suele darle importancia a esta clase de cosas, o al menos no tanta como se la estaba dando Margaret. Es indudable que está mal vestir de una manera tan informal si luego actúas con tantos remilgos. Seguro que ante el tal Catchpole no se mostraba tan melindrosa. Pero también estaba mal —peor que mal— permitir que la ofuscación ensombreciera, como ocurría siempre, el fondo de la cuestión: Margaret era una neurótica a quien la vida acababa de darle una buena tunda. Al fin y al cabo, la pobre tenía razón, pero no por los motivos que ella creía. Dixon había sido un desconsiderado. Más valía que dedicara todas sus energías a disculparse y a expulsar de la cabeza el runrún —surgido aparentemente de la nada— de que, aunque tuviera los nervios a flor de piel, Margaret sería capaz de mantener bajo el volumen de voz.

—Ayer mismo me dio por pensar en la relación que hemos forjado, tan valiosa y extraordinaria. Pero fue una estupidez, ¿no te lo parece? Estaba equivocada de medio a medio. Yo...

—No. Es ahora cuando te equivocas de medio a medio... Ayer estabas en lo cierto —intervino Dixon—. Estas cosas no cambian de golpe, y lo sabes. Los seres humanos no son tan simples como eso, no somos máquinas.

También Dixon siguió perorando mientras Margaret le miraba fijamente. Estas palabras, tópicas y más que trilladas, le ayudaron a no rehuir su mirada. La joven tenía una pierna parcialmente cruzada sobre la otra, en una postura —su preferida— concebida para resaltar sus mejores atributos. Hubo un momento en el que Margaret se movió ligeramente y la luz se reflejó en los cristales de sus gafas. Dixon no pudo ver hacia dónde estaba mirando. Lo inquietante de la ilusión le desconcertó, pero siguió avanzando con coraje hacia su objetivo final: la promesa o confesión, aún lejana, que pondría fin al rifirrafe y le permitiría tomarse un respiro después de tanta hipocresía. ¡Compañía: marchen! ¡Un-dos, un-dos, un-dos!

Al cabo de un rato, Margaret estaba implacablemente enfadada; luego, solo enfadada; y, más tarde, hosca y lacónica.

—Oh, James... —dijo al fin, atusándose el cabello con la palma de la mano en posición convexa—. Dejémoslo por ahora. Estoy cansada, agotada. Me siento incapaz de seguir con esto en este momento. Vuelvo a la cama, que anoche no dormí nada bien. Y quiero estar sola. Procura entenderlo.

—¿Y qué pasa con el desayuno?

—No tengo hambre. Además, ya no quedará nada. Y no me apetece hablar con nadie. —Se metió en la cama y cerró los ojos—. Déjame sola.

—¿Estás segura de que vas a estar bien?

—¡Oh, sí...! —repuso, con un gran suspiro—. Por favor.

—No olvides lo que te he dicho.

Al no obtener respuesta, Dixon salió en silencio de la habitación de Margaret y se dirigió a la suya. Una vez allí, se tumbó en la cama, encendió un cigarrillo y reflexionó —en vano— sobre lo ocurrido durante la hora anterior. Consiguió quitarse a Margaret de la cabeza casi en el acto. Todo era tan complicado... En realidad, siempre lo había sido. Llegó a aborrecer las palabras de ella tanto como las suyas, aunque él se había visto obligado a decirlas. Por cierto, qué bien se había portado la joven Callaghan, a pesar de sus aires de grandeza, y qué sensata había sido su propuesta. Su ayuda y el ataque de risa demostraban que no se creía por encima del bien y del mal, como sugería su aspecto. Dixon recordó con inquietud el brillo intenso de su piel, la angustiada claridad de sus ojos, la blancura desmedida de aquellos dientes desiguales. Después, para animarse, se dijo que si era novia de Bertrand, a la fuerza tenía que ser un mal bicho. Sí, Bertrand... Ahora le tocaría hacer las paces o mantenerse alejado de él. La segunda opción le pareció la más conveniente, y además podría combinarla con mantenerse alejado de Margaret. Si Atkinson llamaba a la hora prevista, estaría lejos de todo aquello en menos de una hora.

Tardó unos veinte o treinta segundos en apagar el cigarrillo en el cenicero, y después se levantó y se afeitó. Pero de repente escuchó un aullido estridente que gritaba «¡Dixon!» y se asomó al descansillo de la escalera.

—¿Alguien me ha llamado? —respondió él a voz en grito.

—¡Teléfono! ¡Dixon! ¡Dixon! ¡Teléfono!

Bertrand, sentado en el salón junto a sus padres y su novia, señaló al teléfono con un gesto de su voluminosa cabeza y siguió escuchando a Welch, quien, escorado en su silla como un robot averiado, peroraba iracundo:

—Miren ustedes, en el arte infantil uno encuentra lo que podemos llamar «claridad de miras», una representación del mundo tal y como se nos presenta, y no como el adulto sabe que es. En fin, esto... Esto...

—¿Eres tú, Jim? —habló la voz dura de Atkinson—. ¿Cómo va todo en Barnum & Bailey's?

—Mucho mejor después de oír tu voz, Bill.

Mientras Atkinson, más parlanchín de lo esperado, relataba un suceso que había leído en el *News of the Word*, le consultaba la definición de una de las casillas del crucigrama del periódico y lanzaba una propuesta irrealizable para entretener a los invitados de los Welch, Dixon observaba a la joven Callaghan, aparentemente atenta a las explicaciones de Bertrand sobre alguna cuestión artística. La chica estaba sentada en una silla, erguida y con los labios apretados, y vestía, según advirtió Dixon entonces, la misma ropa que la noche anterior. Todo en ella desprendía severidad y, sin embargo, no le había importado en absoluto el asunto de la quema de la mesa y las sábanas, al contrario que a Margaret, y tampoco el atracón de huevos fritos con las manos. Aquella mujer era todo un enigma.

—Muchas gracias por llamar, Bill —dijo Dixon, elevando un poco la voz—. Pídeles perdón a mis padres y diles que volveré en cuanto pueda.

—Antes de marcharte, dile a Johns de mi parte por dónde puede meterse su oboe.

—Haré lo que pueda. Adiós.

—Esa es la clave del arte mexicano, Christine —decía Bertrand—. Las técnicas primitivas no esconden ninguna virtud *per se*, obviamente.

—No, claro que no... Ya lo sé —respondió ella.

—Me temo que voy a tener que abandonarles, señora Welch —dijo Dixon—. La llamada...

Todos le miraron; Bertrand con impaciencia, la señora Welch con ojos censores, Welch con incompreensión y la novia de Bertrand sin demostrar el menor interés. Antes de que Dixon pudiera dar explicaciones, Margaret entró por la puerta, que estaba abierta, seguida de Johns. Se había recuperado muy rápido de la fatiga que acababa de dejarla postrada en la cama. ¿La habría socorrido Johns de alguna manera?

—¡Ajá! —dijo Margaret. Ese modo de exhalar un *glissando* prolongado y descendente era su manera habitual de saludar cuando entraba en una habitación llena

de gente—. Hola a todos.

Los presentes se removieron con incomodidad. Welch y Bertrand comenzaron a hablar al mismo tiempo. La señora Welch dirigió miradas fugaces y alternas a Dixon y Margaret. Johns se quedó con cara de póker en el umbral de la puerta. Cuando Welch, que aún seguía hablando, se levantó atáxico de su silla y avanzó hacia Johns, Dixon, consciente de que su oportunidad para intervenir estaba a punto de expirar, dio un paso adelante. Oyó a Welch utilizar la expresión «bajo cifrado». Entonces carraspeó y dijo en voz alta, con una ronquera espontánea:

—Creo que debo irme ya. Mis padres se han presentado sin avisar. —Hizo una pausa para dar cabida a las réplicas de protesta y lamento. Y como no las hubo, se dio prisa en continuar—. Muchas gracias por acogerme en su casa, señora Welch. Me lo he pasado de maravilla. En fin, creo que debería irme ya. Adiós a todos.

Dixon caminó en silencio hasta la puerta, evitando mirar a los ojos a Margaret. De no haber sido por aquella sensación de que podría morir o volverse loco de un momento a otro, habría jurado que no le quedaba ni rastro de la resaca. Johns le lanzó una sonrisa cuando pasó por delante de él.

—Dixon, ¿podemos hablar?

Dixon no conocía requerimiento más terrorífico que este. Era el método de citación preferido de su sargento en las Fuerzas Aéreas, un militar de carrera con ideas bastante anticuadas sobre la conveniencia de apartar a los suboficiales de la tropa para someterlos a una ronda de vituperios y amenazas, en absoluto amistosa, por cualquier descuido inofensivo que hubieran cometido. Welch lo había hecho revivir como un breve prelude *maestoso* al *allegro con fuoco* de su disgusto por cada nueva evidencia que reforzara la mala impresión que Dixon se había ido forjando. La citación auguraba, en el mejor de los casos, la imposición de alguna tarea académica pensada única y exclusivamente para obligarle a demostrar sus dotes ante el Departamento de Historia. También Michie había utilizado aquella misma expresión en alguna que otra ocasión, cuando le requería para mantener una charla acerca de la vida y la cultura en la Edad Media. Pero en esta ocasión era Welch, balanceándose en el umbral de la puerta del pequeño despacho que el joven medievalista compartía con Goldsmith, el que le llamaba. En teoría, cabía la posibilidad de que el objeto del requerimiento no fuera más que felicitarle por haber ordenado las notas para su próximo libro u ofrecerle trabajo en la revista *Medium Aevum*, o incluso invitarle a alguna fiesta indecorosa. Sin embargo, la certeza de que se avecinaba algo muy desagradable tenía a Dixon con el corazón en un puño.

—Faltaría más, profesor. —Dixon siguió a Welch hasta el aula contigua, preguntándose si la causa de la citación no serían las sábanas, su despido o ambas cosas al tiempo, y recitó entre susurros una interminable ristra de juramentos con el fin de no quedarse en blanco durante los primeros minutos de la entrevista. Entró en el despacho del catedrático pisando con firmeza para reafirmar su valentía y tratar de ahogar el murmullo interno que le reconcomía (un murmullo, en parte, también producido porque llevaba toda la mañana sin fumar).

Welch se sentó tras su aparentemente desordenado escritorio.

—Oh... Eh... Dixon...

—Sí, ¿profesor?

—Yo... A propósito de su artículo.

Pese a sus muchas incoherencias, a la hora de repartir reprimendas Welch tenía a gala ir directamente al grano. De modo que la introducción al tema consiguió tranquilizarle, al menos por el momento.

—¿Sí? —preguntó con cautela.

—Hace unos días mantuve una charla con un viejo amigo del sur de Gales. Él es, hoy por hoy, catedrático en la Universidad de Abertwawe. Athro Haines. Me imagino

que conocerá su libro sobre el Medievo en Cwmrhydyceirw.

—¡Oh, sí, claro! —replicó Dixon, esta vez en un tono distinto, si bien aún cauteloso, con el que quiso mostrar un reconocimiento pleno y entusiasta de la obra del tal Haines y, al mismo tiempo, evitar dar a entender que la conocía de primera mano, no fuera que a Welch se le ocurriera pedirle que le hiciera un resumen de la misma.

—Evidentemente, los problemas que tienen por ahí abajo son muy distintos de los que..., de los que... Con los alumnos más mediocres de primer curso, en particular. Haines me contó que... Al parecer, vayan o no vayan a seguir estudiando Historia, todos deben superar una serie de...

Dixon había dejado de prestar atención, o le dedicaba solo la justa para asentir cuando fuera menester. Se sentía inmensamente aliviado; fuera cual fuese el puente que salvaba el abismo —cada vez mayor— entre su artículo y el tal Haines, lo que quedaba claro es que, en realidad, no ocurría nada malo. Una resolución que le estremeció antes de conseguir identificarla siquiera empezó a tomar forma en su mente. Aprovechando que estaba a solas con Welch, se enfrentaría a él. Le obligaría a revelar qué había decidido sobre su futuro o, en caso de que no hubiera tomado ninguna decisión definitiva aún, a que le explicara cuánto más tendría que esperar y en virtud de qué se produciría esa decisión. Estaba harto de que, con la promesa de que así ganaría puntos, le estuviera chantajeando constantemente para que rebuscase en la biblioteca referencias para su nuevo libro de historia local, para que ojease (léase *corrigiese*) las galeradas de los artículos que el catedrático publicaba en la revista municipal de antigüedades, para que acudiese a conferencias de danzas folklóricas (de la última consiguió librarse, gracias a Dios), para que asistiese a aquel terrible fin de semana con ínfulas artísticas el mes anterior y para que se prestase a impartir la famosa lección magistral bajo el título de la *Alegre Inglaterra*. Sobre todo, de esto último. Y el curso estaba ya muy avanzado; apenas quedaba un mes para que tocase a su fin. Tendría que sacar a Welch a morterazos o bayonetazos de esa pose de reserva e irrelevancia tan estudiada que tenía y de su eterno ceño fruncido y expectante.

Pero, de pronto, Welch lo puso todo patas arriba:

—Al parecer, el tal Caton solicitó la plaza que ocupa Haines en Abertawe. Hará tres o cuatro años de aquello. Mire usted, Haines no quiso darme demasiados detalles, naturalmente, pero me transmitió la impresión de que Caton tenía más posibilidades que él de hacerse con el puesto. Pero había algo turbio en él. ¿Me sigue? Discreción, Dixon, discreción. Según he llegado a entender, hubo de por medio una carta de recomendación falsa. O algo parecido. En todo caso, un asunto turbio... Ahora bien, eso no quita para que su revista sea respetada. No me atrevo a afirmar lo contrario, puede que hasta sea muy... respetada. Pero he creído necesario ponerle sobre aviso, Dixon, para que pueda tomar usted las acciones que considere..., que usted considere..., que considere oportunas. Usted...

—Muchas gracias, profesor. Dice mucho de usted que me haya advertido al respecto. Quizá deba escribirle de nuevo y preguntarle...

—¿Es que no respondió a la carta que le envié para requerirle una fecha definitiva de la publicación del artículo?

—No, ni una palabra.

—En ese caso, no dude en insistir, Dixon. Explíqueme que necesita conocer la fecha exacta con urgencia. Que otra publicación ha mostrado interés en sus escritos. Y que necesita que le diga algo concreto en menos de una semana. —Welch solía reservar semejante fluidez verbal, tan atípica en él, así como la entusiasta mirada con que la acompañó, para repartir órdenes.

—Lo haré, claro... Por supuesto.

—Pues escríbele hoy mismo. ¿Lo hará, Dixon?

—Sí, hoy mismo...

—Al fin y al cabo, es un asunto de vital importancia para usted. ¿No es así? —He aquí el señuelo que había estado esperando.

—Sí, señor. De hecho, tenía la intención de preguntarle sobre este asunto.

Welch bajó un poco sus cejas enmarañadas.

—¿Sobre qué asunto?

—Estoy seguro de que habrá advertido, profesor, que llevo algunos meses preocupado por mi situación aquí...

—Ah, ¿sí? —respondió Welch alegremente, dejando que sus cejas regresaran a su posición habitual.

—Me pregunto qué opinión tienen de mí.

—¿Qué opinión tenemos de usted?

—Sí, yo... Es decir, mucho me temo que empecé con mal pie. Hice alguna tontería. Y, en fin, ahora que el curso está a punto de terminar, no puedo evitar sentirme un poco ansioso ante mis expectativas de futuro...

—Sí, soy consciente de que a muchos jóvenes les cuesta adaptarse a su primer trabajo. Es lo normal, y más después de una guerra. No sé si conoce al joven Faulkner. Imparte clase en Nottingham... Consiguió trabajo allí en mil novecientos... —aquí hizo una pausa— cuarenta y cinco. Pues bien, entre una cosa y otra, las pasó canutas en la guerra... Lo destinaron un tiempo al Este, a la aviación naval, y luego lo mandaron de vuelta al Mediterráneo. Recuerdo que me confesó lo mucho que le había costado cambiar su forma de pensar cuando tuvo que adaptarse a la vida civil y...

No permitas que siga metiéndote el dedo en el ojo, pensó Dixon. Pero decidió tener paciencia. De hecho, solo habló cuando Welch hizo otra de sus pausas.

—Sí. Y, como es natural, resulta doblemente difícil si uno no se siente muy seguro en su... Sé que trabajaría mucho mejor si tuviera la certeza de que...

—La inseguridad es la gran enemiga de la concentración. Lo sé positivamente. Y, desde luego, uno tiende a perder el hábito de concentración conforme va cumpliendo

años. Es asombroso que las mismas distracciones en las que uno no reparaba cuando era joven se vuelvan tan turbadoras según pa..., pasan los años. Recuerdo cuando instalaron los nuevos laboratorios de química... Así los llamo yo, aunque me figuro que a usted no le parecerán muy nuevos. Entonces, en aquellos tiempos, unos años antes de la guerra, cuando comenzó la obra, debía de ser por Pascua, la hormigonera o lo que fuera...

Dixon se preguntó si Welch podría oír el ruido que hacían sus dientes al rechinar, pero no dio ninguna muestra de que así fuera.

—No sabe lo que me aliviaría poder quitarme de la cabeza mi única gran preocupación —insistió Dixon, tratando de congraciarse con el catedrático, como el boxeador que contra todo pronóstico se mantiene en pie tras diez asaltos.

La cabeza de Welch se irguió poco a poco, como el morro de un obús, y su ceño comenzó a fruncirse en una expresión expectante a la velocidad de un rayo.

—No llego a comprender...

—Mi período de prueba —interrumpió Dixon en voz alta.

El ceño fruncido se volatilizó.

—Ah... Eso... Su período de prueba es de dos años, Dixon, no de uno. Todo está en su contrato. Dos años.

—Sí, lo sé, pero eso solo significa que no podré pasar a formar parte del personal docente hasta dentro de dos años... No que no pueda ser... Que no puedan pedirme que me vaya al término del primer año.

—¡Oh, no! —replicó Welch afectuosamente—. No. —A Dixon no le quedó del todo claro si estaba tratando de confirmar o de desmentir su negativa.

—Pueden pedirme que me vaya al término del primer año. ¿No es así, profesor? —preguntó Dixon de carrerilla, apretujando la espalda contra el respaldo de la silla.

—Sí, supongo que sí —repuso Welch, esta vez con frialdad, como si le hubieran obligado a reconocer algo que, pese a ser posible teóricamente, ningún hombre cabal querría admitir de buen grado.

—Solo me pregunto qué va a pasar con eso, nada más.

—Sí, no me cabe ninguna duda de que se lo ha preguntado —dijo Welch, manteniendo el tono.

Dixon esperó a que Welch continuara mientras pensaba qué caras poner a continuación. Contempló el despacho, pequeño y coqueto con su moqueta a medida, las filas desbordantes de libros, los estantes para archivadores repletos de exámenes antiquísimos y de dossieres sobre generaciones pasadas de alumnos, las ventanas cerradas con vistas al laboratorio de Física, iluminado por el sol... Tras la cabeza de Welch colgaba el horario del departamento, elaborado por él mismo en cinco colores distintos que se correspondían con los cinco profesores que lo integraban. Al verlo, Dixon se recompuso y, por primera vez desde que llegó a la Universidad, un aburrimiento real, telúrico y orgiástico, acompañado de puro odio, lo invadió. Si Welch no arrancaba a hablar en menos de cinco segundos, haría algo que —esta vez

sí— provocaría sin duda su despido inmediato y no aquello con lo que soñaba sentado en el aula contigua mientras fingía trabajar. Ya no deseaba estampar en ese horario su opinión —trufada de exabruptos— sobre el catedrático de Historia, sobre el Departamento de Historia, sobre la historia medieval, sobre la historia en general y sobre Margaret en particular, y colgarlo en la ventana a la vista de los demás alumnos y profesores. Tampoco deseaba —o, al menos, no siempre— atar a Welch a su silla y abrirle la cabeza a botellazos hasta que confesara por qué había puesto a sus hijos nombres franceses, si él no lo era. Tampoco... No, se limitaría a decirle, despacito y con mucha calma y claridad, para darle la oportunidad de no perderse entre sus palabras: «Mire usted, escarabajo decrepito, ¿qué le hace pensar que está capacitado para dirigir un Departamento de Historia, incluso en un lugar como este? ¿Eh, pedazo de escarabajo decrepito?».

—En fin, estas cosas no son tan fáciles como pueden parecer —dijo Welch de pronto—. Es un asunto muy complicado, Dixon. Como se puede imaginar, hay cantidad de factores a tener en cuenta.

—Lo sé, profesor. ¡Faltaría más! Solo trataba de preguntarle si sabe cuándo se tomará esa decisión. Nada más. Si me van a echar, es justo que me informen cuanto antes. —Mientras hablaba, Dixon sintió que la cabeza le temblaba de pura rabia.

El catedrático, tras mirar fugazmente a Dixon dos o tres veces, posó sus ojos sobre una carta medio doblada que descansaba encima de la mesa.

—Sí... Bueno... Yo... —tartamudeó Welch.

—Comprenda —dijo Dixon, elevando aún más la voz— que, si así fuera, yo tendría que empezar a buscar trabajo cuanto antes. Y la mayoría de las escuelas contratan a los profesores para septiembre antes de que finalice el curso en julio. Por eso me gustaría saberlo con la suficiente antelación.

El rostro de ojos pequeños de Welch dibujó un gesto de infelicidad. A Dixon le agradó comprobar que seguía siendo capaz de sondear la mente de Welch. Después, sintió un reparo fugaz ante el espectáculo de un hombre que no quería revelar algo que podría hacerle daño. Y, por último, le embargó el pánico. ¿Qué escondía el recelo de Welch a hablar? Él, Dixon, estaba acabado. Y, en ese caso, no dudaría en soltarle el discurso del escarabajo, aunque habría preferido hacerlo frente a una audiencia más nutrida.

—Se lo haré saber en cuanto se haya tomado una decisión en firme —dijo Welch a una velocidad de vértigo—. Aún no hay nada seguro.

Dixon no supo qué decir, pero comprendió que la idea del discurso del escarabajo era un disparate. Jamás sería capaz de soltarle a la cara a Welch lo que pensaba de él, igual que tampoco había sido capaz de decírselo a Margaret. Por un momento, llegó a creer de veras que conseguiría deshacer el entuerto sobre su período de pruebas, pero, en realidad, solo había sido otra víctima más de las técnicas de evasión del catedrático, por una vez verbales en lugar de físicas. Además, Welch había adoptado

la técnica para hacer frente a presiones muy superiores a las que podía ejercer su interlocutor.

Welch —Dixon había estado esperándolo casi desde el principio— sacó un pañuelo. Estaba a punto de sonarse los mocos, un gesto pavoroso capaz de convertir su nariz, ese tetraedro enorme y poroso, en el centro de atención. Pero cuando el estruendo nasal, tan reconocible y asombrosamente prolongado, rebotó contra las paredes, a Dixon apenas le importó; es más, tuvo el prodigioso efecto de cambiar su estado de ánimo. Cualquier confidencia que le hubiera arrancado a Welch habría sido más que fidedigna, pero, al haber fracasado en su intento, seguía estando como al comienzo. ¡Qué maravilla estar ahí y no donde pretendía llegar! La gente se equivoca cuando afirma: «Más vale conocer lo peor que vivir en la ignorancia». No; se equivocan de pleno, porque es justo al revés. Dígame la verdad, doctor, quiero saberla. Pero únicamente si es la verdad que quiero oír.

Cuando se aseguró por completo de que Welch había terminado de sonarse los mocos, Dixon se levantó del asiento y le agradeció la charla casi con sinceridad. Al ver en una silla cercana la «bolsa» y el gorro de pesca del catedrático, que habitualmente tanto le enfurecían, se limitó a tararear una melodía que había compuesto para él. La sacó de un aburridísimo rondó para piano que, en cierta ocasión, Welch se había empeñado en reproducir en su gramófono de bocina exponencial. Antes de ello le había obligado a oír cuatro discos enormes de doble cara y carátula roja. Dixon le puso letra a la melodía. Mientras bajaba las escaleras camino de la sala de profesores, donde sin duda habría café, se entretuvo canturreando estas palabras con los labios entrecerrados: «Tú, viejo zoquete ignorante... Viejo estúpido cabrón, esclavista parlanchín...». Llegado a este punto enjaretó una ristra de epítetos inenabrigables, similares en efecto al porrompompón de una orquesta: «Tú, viejo zurullo, petardo y canalla... Gruñón, déjate de zamponas, viejo holgazán». A Dixon no le importó lo arcano de la alusión —zampoña— a la flauta dulce de Welch. Él sabía bien lo que significaba.

Era época de exámenes y no tenía nada que hacer por la mañana, salvo presentarse en el paraninfo de la universidad a las doce y media para recoger las respuestas de un cuestionario sobre la Edad Media que él mismo había preparado. Mientras se acercaba a la sala de profesores, reflexionaba sobre las preguntas. Quienquiera que negara la realidad del progreso humano encontraría consuelo — como sin duda lo habían encontrado sus alumnos— en el estudio de este período histórico. La bomba de hidrógeno, el Gobierno de Sudáfrica, Chiang Kai-shek o el mismísimo senador McCarthy se le antojaban inconvenientes menores con tal de no seguir anclados en la Edad Media. ¿Había habido alguna vez en la historia una muchedumbre tan asquerosa, autocomplaciente, aburrida, carente de talento artístico, ridícula y equivocada como en el Medievo (así se refería Margaret a la Edad Media)? Dixon se sonrió al recordarla, pero dejó de hacerlo en cuanto entró en la sala de profesores y la vio allí, pálida y con los ojos cansados, sentada junto a la chimenea.

Su relación apenas había cambiado en los diez días transcurridos desde el fin de semana en casa de los Welch. Había precisado de toda una tarde en el Oak Lounge y de una inmensa inversión tanto económica como en hipocresía para que Margaret reconociera que se sentía agraviada, y de más gasto e hipocresía aún para que le explicara por qué se sentía así, para al fin, tras una discusión, quitarle hierro a lo sucedido y terminar pasando página. Por alguna razón que le asaltaba periódicamente, pero que era incapaz de identificar, verla le hizo sentir a un tiempo un profundo afecto y multitud de remordimientos. Dixon optó por un refresco de limón en vez de café —hacía calor—, que le sirvió en la mesa de las bebidas una mujer enfundada en un mono de cocina. Después se abrió paso entre varios grupos de conversadores hasta la chimenea.

Margaret vestía el conocido conjunto bohemio, pero había prescindido del collar de abalorios de madera a favor de un broche rematado por una M, también de madera. En el suelo, junto a su silla, reposaba un sobre repleto de exámenes acabados. Una explosión en falsete de la percoladora de café, al otro lado de la mesa, hizo que Dixon se arrancara y comenzara a hablar con cautela.

—Hola, querida, ¿qué tal te encuentras hoy?

—Estoy bien. Gracias.

Dixon sonrió con timidez.

—No da esa impresión.

—¿Ah, no? Pues lo siento. Estoy perfectamente. De verdad. —Margaret se expresó con una brusquedad extraordinaria. Los músculos de la mandíbula se le tensaron como si estuviera sufriendo un intenso dolor de muelas.

Dixon, tras echar un vistazo a su alrededor, se le arrimó aún más, se inclinó sobre ella y dijo, con toda la delicadeza que fue capaz de reunir:

—Margaret, por favor, no me hables así. No tienes motivo. Si no te sientes feliz, cuéntamelo y trataré de comprenderte y ayudarte. Y si de verdad te encuentras bien, estupendo. Sea como sea, nos fumamos un cigarrillo y lo hablamos. Pero, por el amor de Dios, no intentes buscar pelea. No tengo cuerpo para eso.

Margaret se giró sobre el brazo de la silla en el que estaba sentada, de tal manera que dio la espalda a los demás allí presentes salvo a Dixon, que alcanzó a distinguir cómo los ojos se le anegaban de lágrimas. Él no sabía cómo actuar, y ella sollozaba sin dejar de mirarle.

—Margaret, no llores —dijo Dixon, espantado—. Por favor, no llores, por lo que más quieras. No era mi intención hacerte llorar.

—No, tienes razón —respondió, estremecida, tras hacer un gesto furioso con la mano—. Ha sido todo culpa mía. Lo siento.

—Margaret...

—No, la culpa es mía. Te estoy volviendo loco. No era mi intención, no quería hacerlo... Está siendo un día de perros.

—Venga, cuéntame qué te pasa. Y sécate esas lágrimas, anda.

—Tú eres el único que se porta bien conmigo y mira cómo te trato —dijo Margaret. Se quitó las gafas y empezó a enjugarse las lágrimas.

—No te preocupes por eso. Dime qué te preocupa.

—Nada. Todo y nada.

—¿Has vuelto a pasar otra mala noche?

—Sí, querido... He pasado una mala noche, sintiendo todo el rato una autocompasión terrible, como de costumbre. No me puedo quitar de la cabeza este pensamiento: «¡Diantres! ¿Qué sentido tiene nada, qué sentido tengo yo misma?».

—Ten un cigarro.

—¡Oh, gracias, James! Es justo lo que necesitaba. ¿Tengo buena cara?

—Sí, por supuesto. Pareces un poco cansada, eso es todo.

—No me dormí hasta pasadas las cuatro. Creo que voy a pedir cita con el médico para que me recete algo. No puedo seguir así.

—Pero ¿no te dije que tendrías que acostumbrarte a hacer tu vida sin medicación? Margaret miró a Dixon con un gesto casi triunfal.

—Sí, eso me dijo. Pero no me explicó cómo podré acostumbrarme a «hacer mi vida» sin dormir.

—¿No hay nada que te ayude?

—¡Dios mío! Seguro que eres todo un experto en baños, en leche caliente y... en aspirinas... Y en eso de cerrar las ventanas, abrir las ventanas...

Siguieron hablando en este plan un par de minutos más mientras los demás ocupantes de la sala empezaban a dispersarse para acudir a desempeñar sus respectivas y variadas tareas. Estas, al tratarse de la única época del curso académico en la que no se impartían clases, eran en gran medida autoimpuestas. La conversación continuó. Dixon sudaba copiosamente, tratando de repeler el recuerdo real o inventado, pero desde luego persistente, de haberle prometido a Margaret dos días antes que la llamaría a casa de los Welch la noche siguiente (esto es, la noche anterior). Tendría que invitarla a algún sitio o compensarla con algo para que le perdonara la omisión.

—¿Qué te parece que comamos juntos? ¿Estás libre? —propuso Dixon sin perder el tiempo. Las preguntas, por alguna razón, devolvieron parcialmente a Margaret a su estado anterior.

—¿Libre, dices? ¿Quién crees que podría haberme invitado a comer?

—Puede que la señora Neddy te esté esperando en casa para comer.

—¡Pues da la casualidad de que ha organizado un pequeño almuerzo y me ha pedido que vaya!

—Bien, en ese caso, alguien te ha invitado a comer.

—Sí, así es —respondió con desconcierto, como ida, dando a entender que se había olvidado de lo que acababa de decir y que había perdido el hilo de la conversación. Su actitud consiguió alarmar a Dixon más que las últimas lágrimas.

—¿Qué clase de almuerzo? —preguntó él de inmediato.

—No lo sé. Nada extraordinario, supongo —respondió ella con hastío, mirando hacia Dixon como si sus gafas se hubieran vuelto opacas de repente—. Tengo que irme ya —zanjó, y comenzó a buscar su bolso despacio y con torpeza.

—Margaret, ¿cuándo volveremos a vernos?

—No lo sé.

—Andaré escaso de dinero hasta... ¿Crees que debería intentar que Neddy me invitara a tomar el té en su casa este fin de semana?

—Como quieras. Pero te advierto que también estará Bertrand. —Margaret seguía hablando con una voz extraña e inexpresiva.

—¿Bertrand? Bueno, en ese caso será mejor que lo deje pasar.

—Sí. Vendrá para el baile de verano. —Hubo un incremento apenas perceptible en el énfasis de su voz.

Dixon se sintió como el hombre que sabe que será incapaz de saltar al tren en marcha si deja de pensar en ello.

—¿Iremos al baile? —preguntó.

Diez minutos después, cuando quedó claro que irían, Margaret abandonó la sala de profesores —era todo sonrisas— para poner a buen recaudo las respuestas de los exámenes, empolvarse la nariz, llamar a la señora Welch y darle la noticia de que no asistiría al almuerzo, que resultó ser mucho menos solemne de lo que Margaret había creído en un primer momento. En su lugar, almorzaría cerveza y rollitos de queso con Dixon en un *pub*. Él se alegró de que el as que escondía bajo la manga hubiera surtido un efecto tan espectacular. Pero, como es habitual en estos casos, habría querido sacarlo diez jugadas más tarde. El as le había parecido infinitamente más valioso en su manga que una vez lo puso sobre la mesa. Por lo demás, tenía en su haber dos datos que Margaret desconocía. El primero era la relación, fuera cual fuera, entre Bertrand Welch y Carol Goldsmith. Se acordó de este detalle de repente, cuando Margaret le contó que Bertrand acudiría al baile acompañado de Carol, aprovechando que su marido pasaría el fin de semana entero en Leeds como emisario de Welch. Lo más probable era que Christine Callaghan, la rubia pechugona de Bertrand, hubiera sido descartada como pieza de caza a esas alturas (para crédito de la propia muchacha). En todo caso, el morbo de la situación compensaba el incordio de que Carol, Bertrand, Margaret y él mismo tuvieran que acudir al baile en comandita, como «una pandilla». La otra información que Dixon conocía y Margaret ignoraba era que había quedado con Bill Atkinson en el mismo *pub* al que estaban a punto de ir juntos. Su presencia le serviría de apoyo si Margaret se veía tentada a volver a las andadas (Dios sabía que no lo haría justo después de su jugada maestra), y su amigo era tan taciturno que podía descartarse el riesgo de que se fuera de la lengua y revelara su cita simultánea. Dixon se sentó para esperar a Margaret (solo Dios sabía cuánto tardaría) y se rio imaginando lo que diría cada cual sobre el otro después de aquel primer encuentro. Para matar el tiempo, rebuscó entre el material de oficina de la universidad y empezó a escribir:

Querido señor Caton:

Espero no importarle, pero me preguntaba si no podría hacerme saber cuándo se publicará mi artículo...

—**P**rofesor Welch. Profesor Welch, por favor.

Dixon se parapetó tras la publicación que estaba leyendo y, discretamente, puso cara de invasor marciano. En su opinión, pronunciar ese nombre en público constituía una grave ofensa, aunque no hubiera ninguna posibilidad de convocar a su portador. A esas alturas, todo el mundo debía de saber que Welch se había pedido el día libre, a diferencia del anterior (el de su conversación sobre el período de pruebas), cuando tan solo se ausentó a primera y última hora de la mañana, y toda la tarde. Dixon deseaba con todas sus fuerzas que el conserje, un mal tipo, dejara de vociferar de una vez el nombre de Welch y se largara antes de que sus ojos se fijaran en él y le confundiera con una especie de sucedáneo del catedrático. Pero sus deseos cayeron en saco roto. Pasado un rato, el bedel avanzó por la sala de profesores hasta el lugar dónde él estaba sentado. Y a él no le quedó más remedio que elevar la vista.

El conserje vestía un uniforme verde oliva de corte militar y una gorra de plato que no le pegaba ni con cola. Era un hombre de una edad incierta con una cara alargada, espaldas anchas y pelos en la nariz. Su expresión, que rara vez se alteraba, tampoco se transformó al ver a Dixon.

—¡Oh, señor Jackson! —dijo el conserje cuando ya estaba casi a su lado.

Dixon deseó tener el valor necesario para girarse con contundencia y buscar entre los presentes a ese personaje nuevo y desconocido que respondía al nombre de Jackson.

—¿Sí, Maconochie? —respondió amablemente.

—Oh, señor Jackson, tengo a alguien al teléfono. Pregunta por el profesor Welch, pero no logro dar con él. ¿Le importaría atender la llamada, por favor? No he conseguido encontrar a ningún otro miembro del Departamento de Historia —explicó.

—Sí, de acuerdo —dijo Dixon—. ¿Puedo responder aquí mismo?

—Muchas gracias, señor Jackson. No, el teléfono de esta sala es independiente. La mujer que quiere hablar con el profesor ha llamado a la centralita de la universidad. Se la pasaré al despacho del secretario. A él no le importará que la atienda allí.

¿Una señora? Debía de tratarse de la señora Welch o de alguna pobre criatura medio loca relacionada sin duda con el mundo de las artes. Ojalá fuera la primera, puesto que al menos sus recados le resultaban comprensibles. O, bien pensado, mejor no, pues tal vez su llamada se debiera a que había descubierto las sábanas quemadas y, en el mejor de los casos, la mesilla chamuscada. ¿Por qué no le dejaban en paz de

una vez? ¿Por qué no desaparecían de su vista todos y cada uno de ellos, sin excepción, y le dejaban tranquilo?

Por suerte, el secretario, otro tipo bastante indeseable, no estaba en su despacho. Dixon descolgó el teléfono:

—Dixon al habla —saludó.

—Geología intermedia, así es... Dígame —dijo una voz plácida—. ¿Quién es? —preguntó otra. Siguió un zumbido que terminó con un clic que bien habría podido reventarle un tímpano a cualquiera. Cuando Dixon recuperó el auricular y se lo cambió de oreja, habló la segunda voz—: ¿Señor Jackson?

—Soy Dixon.

—¿Quién? —La voz le resultó vagamente familiar, pero no era la de la señora Welch. Parecía, más bien, la de una adolescente.

—Dixon. Yo me encargaré de darle el recado al profesor Welch.

—¡Oh, el señor Dixon, naturalmente! —Se escuchó un sonido similar al estallido sofocado de un ataque de risa—. Tenía que haberme imaginado que era usted. Soy Christine Callaghan.

—Ah, hola, eh, ¿cómo está? —La aparente licuefacción intestinal que le produjo el reconocimiento de la joven fue momentánea. Dixon sabía que, mientras el resto de ella permaneciera, presumiblemente, en Londres, podría lidiar con su voz con encomiable fortaleza.

—Estoy bien, gracias. ¿Y usted? Espero que su ropa de cama no haya vuelto a darle problemas.

Dixon soltó una carcajada.

—No. Me alegra poder contarle que aquel asunto no ha tenido consecuencias, al menos por el momento... Y toco madera.

—Bien... Mire, ¿existe algún modo de contactar con el profesor Welch? ¿No está en la universidad?

—Me temo que no va a venir hoy. Pero seguramente esté en casa. ¿No ha intentado llamarle allí?

—¡Vaya, menudo fastidio! En fin, quizá pueda usted ayudarme... ¿Sabe si esperan que Bertrand vaya a casa?

—Pues mire, sí... Me enteré por casualidad de que Bertrand va a pasar el próximo fin de semana con sus padres. Me lo contó Margaret Peel. —Dixon perdió su ecuanimidad. De pronto le quedó claro que la chica no tenía ni idea de que Bertrand le había dado calabazas, al menos en lo que al baile de verano se refería. Responder a sus preguntas iba a ser un asunto peliagudo.

—¿Quién? —Su voz se endureció un poco.

—Margaret Peel. Usted ya la conoce. La chica que se hospedaba en casa de los Welch cuando estuvo usted.

—Ah, sí... Comprendo. Por cierto, ¿no le contaría ella también si Bertrand tiene pensado asistir al baile de verano?

Dixon decidió a toda prisa que no debía responder a ninguna pregunta sobre la pareja de baile de Bertrand.

—No, la verdad es que no... Sé que acudirán todos los demás. —¿Por qué no intentaría contactar con Bertrand y preguntarle a él directamente?

—Comprendo... Entonces, ¿seguro que irá a pasar el fin de semana en casa de sus padres?

—Eso parece.

Christine debió de advertir el desconcierto de Dixon, porque entonces añadió:

—Me imagino que estará pensando por qué no se lo pregunto al propio Bertrand... El caso es que a veces no resulta tan fácil localizarle, ¿sabe? En esta ocasión ha desaparecido de buenas a primeras... Nadie sabe dónde está en este momento. Es de ese tipo de hombres a los que les encanta poder ir y venir a su antojo, de esos que odian las ataduras... ¿Comprende?

—Sí, naturalmente. —Dixon apretó el puño de la mano que tenía libre.

—Por eso mismo quería averiguar si su padre sabía dónde estaba. Y no me importaría que hubiera desaparecido si no fuera porque mi tío, el señor Gore-Urquhart, ha regresado de París antes de lo previsto y ha recibido una invitación del rector de la universidad para asistir al baile. Aún no sabe si irá o no... Pero yo podría convencerle, siempre y cuando Bertrand y yo fuéramos juntos, claro. Así, tendrían por fin ocasión de conocerse. Bertrand lo está deseando. Pero necesito localizarle lo antes posible, porque el baile es pasado mañana y mi tío quiere saber con tiempo si asistiré. Naturalmente, quiere saber dónde pasará el fin de semana. A eso me refería. Así que... En fin, menudo embrollo...

—¿Y la señora Welch no ha podido ayudarla?

Hubo una pausa.

—Es que, en realidad, no la he llamado.

—No me cabe duda de que ha de estar más al tanto que yo sobre el paradero de su hijo, ¿no le parece? ¿Hola?

—Sí, sigo aquí... Escuche, tengo que pedirle que esto quede entre usted y yo, ¿de acuerdo? Pero preferiría no recurrir a ella si puedo encontrar a Bertrand por otros medios. Yo... No hicimos muy buenas migas aquel fin de semana y no me apetece nada tener que, en fin, hablar sobre Bertrand con ella por teléfono. Creo que piensa que soy... No importa, pero ¿me entiende?

—Claro que la entiendo. Yo, de hecho, tampoco he hecho muy buenas migas con la señora Welch. Pero se me ocurre una idea: yo mismo llamaré a casa de los Welch y le diré al profesor que quiere usted hablar con él. Y si no está en casa, dejaré algún recado. En cualquier caso, me las ingeniaré para que la señora Welch no se entere de nada. Si mi estrategia no da resultado, yo mismo la llamaré para mantenerla al tanto. ¿Le parece bien?

—Oh, es muy amable por su parte, muchísimas gracias. ¡Qué idea tan maravillosa! Aquí tiene mi número... Es el de mi trabajo, así que no estaré allí antes

de las cinco y media. ¿De acuerdo?

Mientras tomaba nota de sus palabras, Dixon repitió varias veces para sus adentros que la señora Welch no podía haber descubierto las sábanas ni la mesa, o de lo contrario Margaret le habría advertido del hallazgo. «¡Qué simpática estaba siendo esta chica con él!», pensó.

—Sí, lo entiendo —dijo al fin.

—Es fabuloso que haga esto por mí —dijo la joven, más animada. ¿Pero no creerá usted que soy la típica tonta? El que se tome tantas molestias para salvarme...

—En absoluto. Es solo que sé bien cómo son estas cosas. —Mejor que nadie, se dijo.

—Se lo agradezco de veras, porque no me sentía capaz de enfrentarme a...

Una especie de señal en morse se coló en la conversación, seguida de un zumbido de lo más molesto.

—Estimado cliente, ha agotado usted los tres minutos suplementarios. ¿Desea continuar hablando otros tres minutos?

Antes de que Dixon pudiera responder, Christine Callaghan dijo:

—Sí, por favor, no corte la llamada.

El zumbido cesó de golpe.

—¿Hola? —dijo Dixon.

—Sigo aquí.

—La charla le va a salir por un ojo de la cara...

—A mí, no; a la librería. —Christine estalló en una de esas carcajadas suyas que no se parecían en absoluto al tintineo de las campanillas de plata. La cacofonía de las risotadas se acentuó al teléfono.

También Dixon se rio.

—Espero que el plan salga a pedir de boca... Después de todas estas maquinaciones, sería terrible que algo fallase.

—Sí, ¿verdad? ¿Usted irá al baile?

—Sí, eso me temo.

—¿Me temo?

—En fin, bailar no es lo mío, ¿sabe? Para mí es un auténtico suplicio...

—Entonces, ¿por qué demonios va?

—Es tarde para echarse atrás.

—¿Cómo?

—Decía que, a pesar de todo, tal vez acabe divirtiéndome.

—Seguro que sí. Yo tampoco soy una gran bailarina. Nunca he recibido clases ni nada de eso...

—Estoy seguro de que lo compensa con su experiencia...

—No se crea. No he ido a muchos bailes.

—En ese caso, nos sentaremos juntos. —Nada más decirlo, Dixon se reprendió a sí mismo por su atrevimiento.

—En caso de que vaya.

—Claro, en caso de que vaya.

Ese silencio que suele preceder al fin de toda llamada cayó de repente sobre ellos. Cuando Dixon comprendió que era más que improbable que la joven Callaghan asistiera al baile (más improbable de lo que ella misma creía), y casi imposible que fuera a volver a verla, un sentimiento de tristeza hizo presa de él. ¡Qué nauseabundo le resultaba pensar que todo esto lo acabarían decidiendo la fuerza y la naturaleza de las ambiciones de Bertrand, ya fueran sexuales o socioeconómicas!

—En fin, gracias de nuevo por su ayuda.

—De nada. Deseo de corazón que venga el sábado.

—Yo también lo deseo. Bueno, adiós. En cualquier caso, espero su llamada.

—Así es. Adiós.

Dixon se acomodó en la silla e infló los carrillos mientras se imaginaba a Christine Callaghan al otro lado de la línea. Estaría sentada en la librería, bien tiesa, por supuesto, como un oficinista de la fuerza aérea recibiendo las órdenes de un mariscal —«Siga a lo suyo»— durante una inspección. O tal vez no. Lo cierto es que por teléfono no le había dado esa impresión para nada, pues había hablado en el mismo tono relajado que Dixon entrevió durante la campaña de las sábanas y la mesilla de noche. Pero su aparente simpatía tal vez fuera una ilusión basada en su ausencia física. ¿Y si la severidad de la que hacía gala el resto del tiempo era tan solo una ilusión basada en su apariencia? De pronto, Johns entró por la puerta con un montón de papeles en la mano y Dixon decidió fumarse un cigarrillo. ¿Le habría estado escuchando?

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Dixon con un refinamiento caricaturesco.

Johns sabía que debía decir algo.

—¿Dónde está?

Dixon escudriñó bajo la mesa, en el cajón superior y en la papelera en busca del secretario.

—Parece que aquí no.

La cara color cuajada de Johns ni siquiera se inmutó.

—Esperaré.

—Yo no.

Dixon se alejó con la intención de llamar a los Welch desde el teléfono de la sala de profesores. Al pasar frente a la conserjería, oyó hablar a Maconochie —«Ah, ahí está, señor Michie»— y puso cara de esquimal, lo que conllevaba, amén del esfuerzo de recortar y ensanchar su rostro, la gesta de hundir el cuello entre los hombros. Hecho esto, y tras prolongar durante unos segundos su actitud ártica, Dixon se dio media vuelta. Michie le interceptó.

—Señor Dixon, espero que no esté ocupado.

Dixon era muy consciente de que Michie sabía tan bien como él que no lo estaba.

—No, ahora mismo no demasiado. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Es sobre su asignatura optativa del curso que viene, señor.

—Sí, ¿cuál es el problema? —Hasta ese momento, la intriga había redundado a favor de Dixon. Las tres chicas guapas a las que había tratado de reclutar para sus clases mediante ardides parecían más *interesadas* en cursarla tras su última charla, mientras que el *interés* de Michie, aunque no había mermado, tampoco había dado muestra alguna de incrementarse.

—¿Le apetece dar un paseo por los jardines, señor? Es una lástima quedarse aquí dentro con el día tan espléndido que hace. En cuanto al plan de estudios, señor, las señoritas O'Shaughnessy, McCorquodale, Rhys Williams y yo mismo lo hemos estudiado con detenimiento, y creo que su sensación, la de las señoritas, es que requiere demasiadas lecturas. Yo, sin embargo, no estoy de acuerdo con ellas, como les he hecho saber, pues opino sinceramente que para sacar provecho de una asignatura como esta es necesario poseer un gran bagaje de conocimientos. Pero me temo que no logré convencerlas. El temperamento femenino es más conservador que el nuestro. Con la asignatura de Documentación del señor Goldsmith, por ejemplo, sienten que pisan terreno firme. Saben lo que se van a encontrar.

Dixon también lo sabía, pero aun así permitió que la voz del otro continuara retumbando en sus oídos mientras salían a caminar bajo la luz del sol, pesada y mareante, y cruzaban el pegajoso asfalto camino de los jardines que se extendían frente al edificio principal. ¿Acababa realmente de comunicarle Michie que las tres chicas guapas se habían echado atrás y que él, por el contrario, se había decidido a cursar la asignatura? No le quedaba otra que poner remedio a ese asunto cuanto antes, incluso por medios ilícitos, si fuera necesario.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo al respecto? —acabó preguntando Dixon, sin lograr desprenderse del todo de un deje plañidero en su voz.

Michie le miró. Su mostacho parecía más largo que de costumbre, y a Dixon le pareció que aquella corbata de seda con nudo Windsor no pegaba nada con su camisa de color galleta. Sus pantalones de *barathea* azul lavanda oscilaban con elegancia a cada paso que daba.

—Eso depende de usted, señor. Por descontado —dijo, con un deje de cortés sorpresa en su voz.

—Quizá pueda reducir un poco la lista de las lecturas obligatorias —repuso Dixon, casi al azar.

—No creo que pueda sacrificar demasiadas, señor Dixon. En lo que a mí respecta, el principal atractivo de su asignatura reside en su amplitud de miras.

Estaba bien saberlo, pensó Dixon. Intentaría reducir dicha amplitud a un único punto: un ente geométrico posicionado en el espacio, pero carente de cualquier magnitud.

—En fin, volveré a echar un ojo al plan de estudios por si encuentro alguna de la que podemos prescindir.

—Muy bien, señor —respondió Michie, con la actitud propia de un jefe del Estado Mayor a punto de poner en práctica el disparatado plan de algún general.

—¿Se pondrá en contacto usted conmigo o tendré que...?

—Me pondré con ello esta misma noche y mañana a primera hora lo comentamos, si no tiene inconveniente.

—Faltaría más. ¿Le importaría pasarse por la sala de estudiantes de segundo curso a eso de las once? Les pediré a las muchachas que vengan. Podríamos tomar un té.

—Me parece espléndido, señor Michie.

—Gracias, señor Dixon.

Tras esta despedida tan victoriana —o tan de teatrillo de variedades—, Dixon regresó a la sala de profesores, que para entonces se había quedado vacía, y se sentó junto al teléfono. Todo aquello que pudiera interesar a Michie debía ser erradicado a toda costa del plan de estudios, incluido (mejor dicho: *sobre todo*) lo imprescindible. ¿Qué importaba? Lo más probable era que al final ni siquiera tuviera que impartir la asignatura. Entonces, ¿por qué le preocupaban tanto los *intereses* de Michie y de las tres chicas guapas? Suspiró y descolgó el teléfono.

Todo ocurrió simultáneamente y muy rápido. Sabía de primera mano que el teléfono de los Welch tardaba en coger línea cuando se llamaba desde la casa, pero las llamadas desde el exterior entraban allí a una velocidad de vértigo.

—Celia Welch al aparato —respondió la señora Welch antes de que hubieran transcurrido siquiera quince segundos.

Dixon reaccionó como si se hubiera atragantado con una galleta crujiente. La preocupación le había hecho olvidarse de la señora Welch. ¿Preocupación por qué?

—¿Podría hablar con el profesor Welch, por favor? —preguntó con un tono de voz casi normal.

—¿Es usted el señor Dixon? Antes de pasarle a mi marido, me gustaría que me explique, si no le importa, qué hizo con las sábanas y las mantas de su cama cuando...

Quería gritar. Pero posó sus ojos, que ya estaban fuera de sus órbitas, sobre un ejemplar del periódico local para tratar de tranquilizarse. Obedeciendo a una rápida ocurrencia, distorsionó la voz demudando sus labios con forma de *o*.

—No, señora Welch —dijo—, debe de haberse producido una confusión. Le llamo del *Evening Post*. Aquí no trabaja ningún Dixon. Se lo aseguro.

—Oh, cuánto lo siento... Su voz me ha parecido la de... Qué vergüenza.

—No se preocupe, señora Welch, no se preocupe.

—Ahora mismo le paso con mi marido.

—Bueno, en realidad quería hablar con el señor Bertrand Welch —dijo Dixon, esbozando una sonrisa deformada ante su propia astucia. En apenas unos segundos podría dejar de falsear la voz y devolver sus labios a su posición habitual.

—No estoy segura de dónde se ha metido... Un minuto. —La señora Welch se alejó del teléfono.

Debería colgar, pensó Dixon. Que la señora Welch hubiera ido a averiguar el paradero de Bertrand era cuanto necesitaba contarle a la joven Callaghan. Podría llamarla y ponerla al tanto. Sí, más le valía colgar cuanto antes.

Pero de pronto se presentó ante sus oídos, en forma de una voz que recordaba muy bien y que aulló junto al auricular, uno de los motivos para no concluir la llamada:

—Soy Bertrand. —Su aullido sonó tan fuerte que Dixon creyó que el pintor estaba en la sala, a su lado. Era como si, por arte de magia, sus labios rosados y barbudos hubieran tomado la forma de aquel auricular.

—Aquí el *Evening Post*— acertó a anunciar nasalmente Dixon con voz trémula.

—¿Qué puedo hacer por usted, caballero?

—Eh... —Dixon se recuperó levemente—. Quisiéramos dedicarle un parrafito en el... suplemento del sábado —dijo, y empezó a maquinar—. Siempre y cuando no tenga nada que objetar.

—¿Objetar? ¿Objetar? ¿Qué podría objetar un humilde pintor a un pequeño e inofensivo impulso publicitario como ese?

Dixon dejó escapar una risotada, un dickensiano «jo, jo, jo»; lo único que pudo reproducir su deformada boca.

—Más que inofensivo, se lo aseguro, caballero. Hemos recopilado algunos datos sobre usted. Pero nos gustaría que nos diera detalles acerca de a qué se dedica en este preciso momento. ¿Le parece?

—Claro, claro... Me parece muy razonable. Pues, bien, tengo entre manos dos o tres proyectos distintos. Estoy trabajando en un desnudo fabuloso, la verdad sea dicha, aunque no estoy del todo seguro de que sus lectores quieran saber más sobre el tema. ¿O cree usted que sí?

—Pues sí, señor Welch. Siempre y cuando se lo contemos como es debido, el tema les interesará. No creo que nadie tenga nada que objetar si lo llamamos, por ejemplo, *Fémica despojada*. Porque me imagino que se trata de una mujer.

Bertrand se rio como un perro de caza que anuncia el final de la batida.

—Sí, es una mujer; una mujer de los pies a la cabeza... Puede apostarse hasta la ropa interior a que lo es. Y, créame, esto va de escasez de ropa interior...

Dixon se apuntó a la risotada. ¡Menuda anécdota para hacer las delicias de Beesley y Atkinson!

—¿Nada que decir sobre lo que en el gremio llaman «la técnica», caballero? —preguntó Dixon, en vez de mantener la boca cerrada cuando tocaba recobrar la seriedad.

—Es atrevida. Moderna, pero no en exceso. Estos modernistas trastocan demasiado los detalles y eso es lo último que queremos, ¿verdad?

—No lo queremos, ya lo creo que no, caballero. Supongo que será un óleo.

—Sí, por Dios... No he reparado en gastos. Una mujer de casi tres metros por dos y medio, o eso medirá cuando esté enmarcada. Absolutamente despampanante.

—¿Y ya tiene título?

—Sí, había pensado en llamarlo *Modelo aficionada*. La mujer que posó para el cuadro es sin duda una especie de aficionada al arte, que además ejerce ocasionalmente de modelo, al menos cuando posa para que la pinten... Ahí tiene usted el título. Pero, si yo estuviera en su lugar, no lo explicaría en el artículo.

—No se me había pasado por la cabeza hacerlo —dijo Dixon en un tono muy parecido al de su voz habitual, relajando la boca sin querer durante los últimos segundos y desdibujando momentáneamente la *o*. Qué personaje este Bertrand, ¿eh? Dixon recordó las insinuaciones de Bertrand sobre la joven Callaghan el fin de semana que se conocieron. Ay, si hubieran llegado a las manos, le habría...

—¿Qué acaba de decir? —preguntó Bertrand con un pequeño deje de sospecha en su voz.

—Estaba hablando con un compañero de la redacción, señor Welch —replicó Dixon, esta vez a través de la *o* que formaban sus labios—. Con esto me basta. Gracias, caballero. ¿Qué más me puede contar sobre el resto de sus nuevos cuadros?

—Estoy trabajando en un autorretrato, una escena exterior contra una pared de ladrillo. Hay más pared que Welch. Mi idea es contraponer la palidez y la rugosidad de la ropa a la magnificencia de esa pared lisa y roja. Se llamará *Retrato de un pintor* o algo similar.

—Estupendo, caballero, estupendo. ¿Alguna cosa más?

—También estoy pintando un cuadro en el que aparecen tres obreros echando un vistazo a un periódico en un bar, pero este apenas lo he empezado.

—Comprendo... En fin, señor Welch, creo que con esto nos bastará —dijo Dixon. Había llegado el momento de darle un giro osado a la conversación—. La señorita ha mencionado algo de una exposición, caballero... ¿Es correcto?

—Sí, inauguraré una pequeña muestra local en otoño... Pero ¿de qué señorita me habla?

Dixon se rio en silencio, y aliviado, a través de la *o*.

—De una tal señorita Callaghan, caballero —dijo—. Creía que se conocían.

—Sí, la conozco —dijo Bertrand con un tono de voz algo seco—. ¿Por qué? ¿Qué pinta ella en esta historia?

—¿Por qué? Creo que debe saberlo —dijo Dixon con fingida sorpresa—. Todo ha sido idea suya. La señorita conoce a un redactor del periódico y, si no me equivoco, ella misma le sugirió la posibilidad de dedicarle un párrafo, caballero.

—¿De veras? En fin, es la primera noticia que tengo. ¿Está usted seguro?

Dixon prorrumpió en una risotada bastante profesional.

—No cometemos esa clase de errores, caballero... Nos costarían caros. No sé si me entiende, señor Welch.

—Sí, supongo que sí, pero suena de lo más...

—Si tiene alguna duda, hablaré con ella, caballero. Es más, me permitiré decirle que cuando la señorita Callaghan estaba al teléfono con Atkinson...

—¿Quién es ese tal Atkinson? Nunca he oído hablar de él.

—El señor Atkinson, de nuestra redacción en Londres. Acaban de hablar por teléfono, caballero, y la señorita Callaghan le ha pedido que le pidamos que la llame si conseguíamos dar con usted. Al parecer, nadie responde al teléfono en su casa. Se trata, por lo visto, de algo muy urgente, y necesita que contacte usted con ella esta misma tarde, antes de las cinco y media, si es posible.

—De acuerdo. En ese caso, lo haré... Por cierto, no me ha dicho usted su nombre.

—Beesley, caballero —respondió Dixon sin dudarlo—. Alfred R. Beesley.

—De acuerdo. Gracias, señor Beesley. —Ese es el tono, pensó Dixon—. Por cierto, ¿cuándo publicarán el artículo?

—Oh, ahí me pilla usted, caballero. Me temo que no sé darle una fecha exacta. Pero, sin duda, no creo que más tarde de cuatro semanas. Nos gusta disponer del material con bastante antelación, por si las moscas, señor Welch.

—De acuerdo, de acuerdo. Bueno, ¿tiene todo lo que necesitaba?

—Sí. Muchísimas gracias, caballero.

—No, no, gracias a usted, buen hombre —dijo Bertrand. Había recuperado, por fortuna, el tono de camaradería anterior—. ¡Qué gran estirpe, la de los *caballeros* de la prensa!

—Es muy amable por su parte, caballero —dijo Dixon, e imitó la cara de Edith Sitwell al otro lado del teléfono—. En fin, adiós y gracias, señor Welch. Le estoy muy agradecido.

—Hasta la vista, Beesley, buen hombre.

Dixon se recostó en la silla, se frotó el rostro, aunque habría querido frotarse el resto del cuerpo, y encendió un cigarrillo. El pánico le había hecho comportarse temerariamente, pero no la había pifiado, pensó. La clave estribaba en dismantelar la farsa de inmediato, antes de que Bertrand lo hiciera por su cuenta. Debía esmerarse en que la joven Callaghan memorizara todos los detalles de la patraña: un tal Atkinson la había llamado esa misma mañana y, haciéndose pasar por periodista, había mencionado el nombre de Bertrand. Atkinson, que se había referido vagamente al *Evening Post*, le había sonsacado el teléfono de los Welch antes de colgar. Cuando Bertrand la llamara, Christine le repetiría el embuste de cabo a rabo, pero le diría que todo el asunto le olía a chamusquina y que la voz del periodista en cuestión le había recordado a la de algún conocido de Londres, el más proclive —o el menos— a gastarle a la pareja una broma absurda. Sin resultar sospechosamente enfática, debía dejar claro que Atkinson la había llamado desde un teléfono londinense. Si la joven seguía al pie de la letra sus instrucciones, tanto ella como Dixon tendrían las espaldas bien cubiertas, aunque Bertrand ya hubiera llamado al *Post* para tratar de ponerse en contacto con Beesley. El mayor peligro residía en que ella no se prestara a la farsa. Pero existían fundamentos sólidos para pensar que sí lo haría: su gratitud al

ofrecimiento de ayuda, el éxito de la misión en contra de todos los pronósticos, su actitud frente al asunto de las sábanas y la mesilla y, por último, la extrema vulnerabilidad de Dixon si la verdad acababa saliendo a la luz. Ahora bien, si Bertrand seguía recelando, conseguiría sonsacarle a Christine la verdad mediante técnicas de presión emocional. Pero ¿por qué habría de recelar? A nadie se le ocurriría pensar que la muchacha había sobornado a un pueblerino desconocido para enterarse de las intenciones de Bertrand sobre el baile. Y, sin embargo, se parecía bastante a lo que había hecho.

Lo imprescindible entonces era dar con ella cuanto antes para instruirla. Debía darse prisa, porque después tendría que ir a comer y regresar para vigilar un examen a las dos en punto. Pero, antes de ponerse manos a la obra, echó la cabeza atrás y profirió una carcajada anarquista, un trombón prolongado. El asunto se le antojó maravilloso, aunque al final saliera mal (no, eso no iba a ocurrir). Acababa de comenzar, con un deslumbrante éxito táctico, la campaña contra Bertrand con la que había soñado en casa de los Welch. Una voz de aviso le previno de los riesgos que esta lucha podría acarrear a un hombre en su precaria situación. Pero el fragor de la batalla había sepultado su prudencia, y Dixon, aún entre carcajadas, la enterró aún más profundamente si cabe.

Entonces, volvió a descolgar el teléfono, pidió línea interurbana y dio el número de Christine Callaghan. «Más me vale no entrar en detalles sobre la conversación con Bertrand», pensó. Pasados unos segundos, se inclinó hacia adelante y dijo:

—¿Señorita Callaghan? Bien... Soy Dixon. Escuche con atención.

—Francamente, James, estaba lívida de la rabia —dijo Margaret—. Supo controlarse, por supuesto, pero tenía los labios muy tensos y sus ojos escupían fuego... ¡Figúrate! No me siento capaz de culparla... Soltarle aquello en la mesa del té, delante de mí y de los Neddy...

—¿Qué es lo que le dijo exactamente? —preguntó Dixon, ejecutando un giro en el extremo de la pista de baile para guiar a Margaret hacia la orquesta.

—Le dijo: «Por cierto, Carol, llevo un tiempo queriendo decirte que Christine asistirá al baile y que llevará a su tío con ella». Y entonces adoptó un tono de guasa: «Y para no emparejar al tío con la sobrina, lo que contravendría las mejores costumbres», o alguna estupidez por el estilo, «he pensado que lo mejor será que ella sea mi pareja, si no tienes nada que objetar». Como si pudiera objetar algo, con todos los demás delante, escuchando. «Y Gore-Urquhart estará encantado de acompañarte, no me cabe duda». Eso fue todo.

—Hum —dijo Dixon. El esfuerzo que le requería bailar de un modo aceptable, tarea siempre ardua, mientras mantenía la mirada fija en el rostro de Margaret, que oscilaba, avanzaba y retrocedía, impedía que pudiera explayarse más. También estaba ocupado en aguzar el oído para captar el ritmo de la música entre el roce de tantos pares de pies y el clamor de las numerosas conversaciones—. ¡Qué descarado!

—Jamás en mi vida había oído una grosería tan abominable. Ese tipo es imposible, James, tanto en lo que se refiere a su comportamiento en sociedad como a todo lo demás. Sin embargo, esto ya se me ocurrió en su momento... ¿Tú crees que hay algo entre Bertrand y Carol?

—No tengo ni idea. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No has notado nada?

—Creo que no... ¿En qué te basas exactamente?

—No lo sé. Es muy extraño que quisiera llevarla al baile, y no me puedo quitar de la cabeza aquella mirada de furia que ella le echó...

—¡Ah! Bueno, Bertrand siempre ha sido bastante descarado con los Goldsmith. Tú estabas delante cuando Carol nos contó lo del baile. Es normal que se haya sentido un poco humillada. Lo siento. —Esto último se lo dijo a una mujer cuyas posaderas habían colisionado contra su cadera. Estaba deseando que la ronda de bailes terminara cuanto antes. Hacía un calor espantoso, tenía la sensación de que le habían espolvoreado los calcetines con una arena finísima y pegajosa, y le dolían los brazos, como si fueran los de un boxeador que sigue manteniéndose en guardia tras catorce asaltos. Se preguntó por qué no le había contado nada a Margaret sobre el abrazo del que fue testigo aquel fin de semana bohemio, pues tenía la certeza de que

la joven sabía cerrar la boca cuando él se lo pedía. Quizá hubiera sido porque la noticia, además de sorprenderla, la habría hecho sentir moderadamente exultante, y él no quería que eso ocurriera. ¿Por qué no?

Margaret, que estaba de lo más animosa, volvió a tomar la palabra. Su cara estaba ligeramente sonrosada y se había pintado los labios con más esmero que de costumbre. Al fin había conseguido resaltar su atractivo, del tipo minimalista, y parecía estar pasándoselo en grande.

—Así y todo, creo que Carol saldrá ganando con el señor Gore-Urquhart. He de decir que parece el hombre más encantador del mundo, algo excepcional en estos tiempos. Tiene unos modales exquisitos. Es un señor de los pies a la cabeza. Totalmente distinto de ese monstruo barbudo.

Dixon carraspeó en silencio ante semejante mezcla de estilos, pero el baile enfiló su recta final antes de que pudiera responder. Un impetuoso estruendo, seguido de un golpetazo, anunció el final de la primera parte. Dixon suspiró y se secó las palmas de las manos con su pañuelo.

—¿Te apetece beber algo? —preguntó.

Margaret dirigió una mirada fugaz a un lado y otro.

—Espera un minuto. Estoy intentando localizar a los demás.

Los bailarines empezaron a ocupar sus puestos alrededor de la gran pista de baile. Las paredes estaban decoradas con escenas de un pasado remoto, aunque parecían pintadas con un estilo bastante moderno. En una de ellas, por efecto de algún error de perspectiva, una falange de infantes (¿espartanos, macedonios, romanos?) parecía estar cayendo del cielo sobre una tropa de adversarios bárbaros (¿persas, iraníes, cartagineses?) que, ajenos a la amenaza que se cernía sobre sus cabezas, oteaban amenazantes el terreno. La sala estaba adornada con largos pilares contruidos con algún material blancuzco. Dixon, triste y nostálgico, se sonrió. El fresco le había recordado a los amplísimos restaurantes de Marble Arch, Charing Cross y Coventry Street donde tanto se había divertido en su época. Cerró los ojos a estos recuerdos, y vislumbró luego a Michie entre el gentío charlando y riéndose a mandíbula batiente con la señorita O'Shaughnessy, la más guapa de las tres chicas guapas y, de hecho, la novia de Michie. Su rostro de gitana, moreno y aun así rosáceo, incomodaba a Dixon tanto como el escote de su vestido. Aunque Michie estaba a trece metros de distancia, Dixon imaginó al detalle su traje de gala, la eficacia de su cháchara y la atención que le prodigaría su audiencia. Entonces sus ojos y los de Michie se cruzaron, él se recompuso y le dirigió una inclinación levísima pero cortés de cabeza. La señorita O'Shaughnessy improvisó una sonrisa rápida y se dio media vuelta, sin duda para reírse.

—¿Te apetece tomar algo? —volvió a preguntarle Dixon a Margaret.

—¡Oh, ahí están! —dijo ella a modo de respuesta.

Bertrand y Christine se estaban acercando. A Dixon no le quedó más remedio que reconocer que Bertrand se había enfundado un traje de gala más que presentable.

Afirmar que parecía un artista habría sido cierto sin resultar demasiado ofensivo. Dixon fijó la mirada en él, no tanto por interés como para evitar posarlos en Christine. La joven no se había mostrado fría con él durante la velada; en realidad, no se había mostrado de ninguna manera. Era como sí, en contra de lo que evidenciaban sus sentidos, él no existiera. Pero la encontró más guapa que nunca; y eso fue lo peor. Llevaba un vestido amarillo que le dejaba los hombros al desnudo. Era totalmente plano y, como si ese fuera su único propósito, lograba eclipsar por completo el vestido azul eléctrico de tafetán de Margaret, a pesar de su lazo, sus fruncimientos (eso supuso que eran) y su cuádruple hilera de perlas. Dixon sospechó que la intención de Christine había sido realzar el color natural y la tersura de su piel. El resultado había sido demasiado exitoso, puesto que había conseguido que los vestidos de las demás invitadas se convirtieran una mera trama granulada de grises. Por un instante, mientras Bertrand y ella se acercaban, Dixon la miró a los ojos y, aunque estos no parecían esconder ningún mensaje dirigido a él, quiso agacharse y camuflarse entre la coraza protectora de las faldas y los pantalones de los bailarines o, mejor aún, cubrirse la cara con el cuello de su americana y salir trotando a la calle. Una vez leyó en alguna parte que alguien, quizá Aristóteles o I. A. Richards^[5], había dicho que la contemplación de la belleza nos hace querer acercarnos a ella. Pero Aristóteles o I. A. Richards estaban equivocados. ¿Verdad que sí?

—¿Qué pasa, gente? —preguntó Bertrand sin dejar de sostener entre el dedo índice y el pulgar la muñeca de Christine, tal vez para tomarle el pulso. Miró a Dixon. De momento, se estaba dirigiendo a él con amabilidad.

—Podríamos ir a echar un trago —dijo Dixon.

—Cállate, James, o todos creerán que morirías si pasaras más de una hora sin beber.

—Y probablemente así sería —repuso Bertrand—. En cualquier caso, me parece muy razonable por su parte que no quiera correr ese riesgo. ¿Tú qué opinas, querida? Me temo que en el *pub* de la universidad solo sirven cerveza y sidra. No te puedo ofrecer otra cosa, a no ser que estés dispuesta a peregrinar a algún antro cercano.

—Me parece bien, pero ¿dónde están tío Julius y la señora Goldsmith? No podemos irnos y dejarlos aquí.

Todos llegaron a la conclusión de que debían de estar en el *pub*, y Dixon se sonrió al oír decir aquello de «tío Julius». Le resultaba maravilloso que no solo hubiera alguien que respondiera a ese nombre sino sobre todo que hubiera alguien dispuesto a llamarle así, y que él tuviera ocasión de oírlo. Mientras avanzaba con Margaret entre los corrillos de conversaciones (a un lado) y las figuras mudas que adornaban las paredes (al otro), divisó a Alfred Beesley, con un semblante triste, junto al tío Julius y a la señora Goldsmith. Beesley, conocido por su incapacidad para intimar con las mujeres, asistía siempre a este tipo de eventos por si acaso caía algo. Pero esta vez todas las féminas habían ido acompañadas (a excepción de la sexagenaria catedrática de Filosofía y de la profesora de Economía, que pesaba casi cien kilos), así que debía

de imaginarse que estaba perdiendo el tiempo. Cuando Dixon le saludó, le pareció vislumbrar un atisbo de envidia en su mirada. Pensó entonces en lo poco que sirve saber que uno está perdiendo el tiempo para dejar de perderlo; después, en lo poco que se diferenciaban Beesley y él en esas lides; y, por último, en lo poco que en su caso tenía de envidiable aquello que en esta ocasión le diferenciaba de Beesley: el privilegio de poder charlar con una mujer y compartir con ella una fiesta. En realidad, lo importante era poseer la vitola del privilegio sexual, no la calidad ni el placer que se obtenga de este. Dixon sintió que, tras alcanzar esta conclusión, debía sentirse calmado y liberado, pero no se sintió así en absoluto, del mismo modo que un estómago revuelto no se asienta una vez se descubre el nombre técnico de la dolencia que lo aqueja.

Finalmente, llegaron al bar, una pequeña sala que no había sido diseñada para tal propósito. Nadie se tomaba en serio el levantamiento aún reciente de la prohibición de servir alcohol en el baile de verano. Las propias autoridades universitarias, so pretexto de combatir el grado de embriaguez de los alumnos —a menudo alarmante—, habían tomado la decisión de servir solo bebidas baratas de escasa graduación. Creían que así conseguirían tener satisfechos a los asistentes y que de paso evitarían, aunque solo fuera porque les daba pereza, que se marchasen a la ciudad en busca de bares donde les sirvieran caros y perjudiciales *horses' necks* y otros cócteles de ginebra hechos a base de garrafón o de zumo de limón sintético. Lo más extraño, quizá, era que el argumento se había demostrado certero porque, nada más entrar, vieron a tres empleados de la universidad cargando con barriles de cerveza y sidra frente a unos paneles, algo más pequeños que los de la pista de baile, repletos de gerifaltes de tez morena a punto de ser barridos por tropas de circasianos enanos y caravanas de mercantes chinos abducidas por un torbellino. Los pálidos pilares habían sido sustituidos aquí por macetas y jarrones de palmeras de una exuberancia casi macabra. Tras estos acechaba Maconochie, que ejercía de supervisor de los tres empleados, aunque, con aquel mono blanco de almidón que llevaba y que tapaba sus pantalones de color verde aceituna, parecía uno más de ellos.

Gore-Urquhart y Carol estaban sentados en el bosquecillo de palmeras más alejado, conversando a viva voz. Al ver a los demás aproximarse, Gore-Urquhart se levantó. Semejante formalidad era tan ajena a los círculos en los que solía moverse Dixon que, por un instante, se preguntó si tío Julius no pretendía en realidad evitar que se acercase a ellos desafiándole con algún gesto hostil. Gore-Urquhart, que rondaría los cuarenta y tantos años, era más joven de lo que habría imaginado tratándose de un prohombre o de un tío de Christine. Tampoco su traje de gala era tan espectacular e inmaculado como cabría esperar. Aquel rostro cabezón y afeitado al ras, que sin embargo coronaba un cuerpo menudo, era el menos simétrico que Dixon había visto, sin llegar a ser deforme, en toda su vida. En realidad, le daba un aire de erudito borrachuzo tratando de aclarar las ideas; un aspecto que acentuaban sus labios, ligeramente protuberantes, y una sola ceja negra que le recorría el rostro de

sien a sien. Antes de que el grupito de amigos se hubiera sentado, Maconochie, debidamente espoleado mediante las consabidas propinas, se acercó a paso ligero para preguntarles qué querían tomar. Dixon contempló su servilismo con alborozo.

—Por lo pronto, me las he ingeniado para mantener lejos al rector —dijo Gore-Urquhart con un marcado acento de las tierras bajas de Escocia.

—No es un éxito menor, señor Gore-Urquhart —comentó Margaret entre risas—. Aunque estoy segura de que sus espías andan al acecho.

—¿Lo cree de verdad? ¿Podré volver a librarme de él si me descubren?

—Es hartamente improbable, caballero —respondió Bertrand—. Ya sabe usted cómo se las gastan en esta parte del mundo. Se encuentran con una celebridad y se abalanzan sobre ella como una jauría de perros sobre un hueso. ¿Por qué yo mismo, aunque en menor medida, he tenido que lidiar con ello, sobre todo en los mentideros académicos? Solo porque mi padre es catedrático, piensan que ardo en deseos de conversar con la parienta de cualquier vicerrector sobre las desdichas que padece su pobre nieto en la escuela. Pero, por descontado, debe de ser infinitamente peor para usted, caballero. ¿Estoy en lo cierto?

Gore-Urquhart, que había estado escuchando a Bertrand, respondió con brío:

—Más o menos. —Y dio un trago de su vaso.

—En cualquier caso, señor Gore-Urquhart —dijo Margaret—, puede sentirse a salvo por el momento. En ocasiones como esta, el rector acostumbra a recibir a sus cortesanos en una sala contigua a la pista de baile. No se mezcla con la chusma.

—En ese caso, mientras siga entre la chusma, estaré a salvo. ¿No es así, señorita Peel? Entonces no me queda otra que acostumbrarme a la compañía de la gente de baja ralea como ustedes.

Dixon esperaba la risita de campanillas de plata de Margaret, y aun así se le hizo insoportable oírla. Y en ese instante apareció Maconochie con las bebidas que había pedido Gore-Urquhart. Para sorpresa y deleite de Dixon, habían servido pintas de cerveza. Así que esperó a que Gore-Urquhart terminara de darle una orden a Maconochie —«Tráigame tabaco, muchachote»—, y luego se inclinó hacia delante y preguntó:

—¿Cómo demonios ha conseguido esas pintas? Lo único que he visto en toda la noche han sido medias pintas. Pensaba que era una de las normas que había impuesto la universidad. De hecho, yo mismo he pedido una pinta y no me la han servido. Cuénteme su secreto... —Dixon comprobó con irritación antes de terminar de hablar que Margaret estaba mirándolos alternativamente a él y a Gore-Urquhart, una y otra vez, sonriendo con condescendencia, como para hacer ver al tío Julius que, aunque no lo pareciera, tras la verbosidad de Dixon no subyacía ningún tipo de trastorno mental. También Bertrand los miraba y se sonreía.

Gore-Urquhart, que no parecía haber reparado en las sonrisas de Margaret, blandió un dedo corto y recubierto de nicotina hacia Maconochie, que ya no estaba cerca.

—Un nacionalista escocés —dijo.

Todos los presentes delante y a la izquierda de Dixon —el propio Gore-Urquhart, Bertrand y Margaret— se carcajearon, y él se sumó a ellos. Cuando echó un vistazo a su derecha, descubrió a Christine, sentada a su lado con los codos sobre la mesa, riéndose con comedimiento y, más allá, a la izquierda de Gore-Urquhart, a Carol, que miraba con tristeza a Bertrand. Antes de que las risotadas se extinguieran, Dixon se dio cuenta de que Bertrand, reparando en el escrutinio de Carol, había desviado la mirada. Perturbado por estas pequeñas muestras de tensión, y tras descubrir que Gore-Urquhart mantenía sus ojos de una sola ceja negra fijos en él, Dixon se recolocó las gafas sobre la nariz.

—Qué placer tan inesperado estar bebiendo pintas en este lugar... —se aventuró a decir.

—Es usted afortunado, Dixon —respondió Gore-Urquhart con brusquedad mientras repartía los cigarrillos.

Dixon se ruborizó levemente y decidió mantener la boca cerrada durante un tiempo. No obstante, le agradó que Gore-Urquhart recordara su nombre. Con un estruendo de trompetas, los músicos irrumpieron en la sala de baile y la gente empezó a abandonar el *pub*. Bertrand, que se había colocado junto a Gore-Urquhart, comenzó a hablarle en voz baja. Casi al mismo tiempo, Christine le dirigió un comentario a Carol.

—Has sido encantador trayéndome aquí, James —dijo Margaret.

—Me alegro de que te estés divirtiendo.

—Pues no parece que te alegres mucho.

—Claro que me alegro.

—Estoy segura de que estás disfrutando más de esta parte que del baile en sí.

—He disfrutado las dos partes, de verdad. Termínate el trago y volvamos a la pista. Quiero practicar unos pasos rápidos.

Margaret miró a Dixon y posó una mano en su brazo.

—Querido James, ¿te parece acertado que nos dejemos ver juntos en un baile? —le preguntó Margaret.

—¿Y por qué no? —replicó él, alarmado.

—Porque eres demasiado dulce conmigo y estoy empezado a encariñarme... —dijo en un tono, bastante propio de ella, que combinó lo plano con lo vibrante, como una gran actriz tratando de atemperar la expresión de una intensa emoción.

—No deberías decir esas cosas.

Margaret se rio un poco.

—Pobre James. Guárdame el asiento, cariño. ¿Lo harás? No tardaré —dijo justo antes de salir del *pub*.

¿Pobre Dixon? ¿Pobre Dixon? Se trataba, en realidad, de una descripción muy adecuada, aunque ella no era precisamente la persona más indicada para hacerla. Una desagradable sensación de culpa le hizo echar mano del vaso; culpa no solo por esta

última reflexión, sino por la ironía inintencionada que encerraban sus palabras: «Eres demasiado dulce conmigo». Dixon tenía serias dudas sobre su capacidad para ser dulce con nadie, y no digamos ya para ser *demasiado dulce*. Cualquier trato decoroso que Margaret hubiera recibido de él era el resultado de una victoria temporal del miedo sobre el enfado, o de la pena sobre el aburrimiento. Que el trato que le dispensaba, teniendo ese origen, le pareciera *demasiado dulce* era el reflejo de la sensibilidad de la joven, además de un recordatorio de su frustración y su soledad. Pobre Margaret, pensó Dixon, estremecido. Tendría que esforzarse más. ¿Pero qué consecuencias le depararía una dulzura más consistente? ¿Y un endulzamiento mayor? ¿Y qué consecuencias le depararían a él? Para arrumbar estas especulaciones, Dixon decidió ponerse a escuchar la conversación de su izquierda.

—Profeso el mayor de los respetos por su opinión —contaba Bertrand que, de algún modo, había conseguido amortiguar el aullido de su voz. Quizá alguien le hubiera reconvenido sobre el asunto—. Siempre he mantenido que él es el último de los críticos profesionales de la vieja escuela, y por eso mismo sabe de lo que habla, que ya es más de lo que se puede decir de la mayor parte del gremio en estos tiempos. Ojo, seguimos coincidiendo los unos con los otros en las mismas exposiciones y, por gracioso que resulte, delante de los mismos cuadros. —Aquí Bertrand se rio y alzó momentáneamente un hombro—. Un día me dijo: «Quiero ver su trabajo. Me han contado que es bueno». Y entonces preparé una pequeña muestra y la llevé a su casa. Un lugar maravilloso, ¿verdad? Usted debe de conocerlo... Allí uno se siente transportado al siglo *dix-huitième*. Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que los trabajadores del Sindicato del Caucho se hagan con ella. Pero debo decir que creo que si hubiera insistido podría haberle vendido un par de pinturas al pastel.

«Y a mí un par de orinales para vomitar», pensó Dixon. La idea de que un hombre que «sabe de lo que habla» no encontrara repulsivos los cuadros de Bertrand, que no los aplastara con sus botas y, por encima de todo, que estuviera dispuesto a comprar uno y hasta dos le horrorizaba. Bertrand jamás se convertiría en un buen pintor; él, Dixon, no lo permitiría. Sin embargo, ahí estaba el tal Gore-Urticaria, que no era precisamente un imbécil, asistiendo a ese despliegue autopropagandístico sin quejarse, incluso prestando cierta atención. Más aún, prestando mucha atención. Gore-Urquhart inclinó su inmensa cabeza morena hacia Bertrand; su rostro, semioculto y con los ojos fijos en el suelo, se contrajo intencionadamente, como si no pudiera oír bien y le espantara la idea de perderse una sola palabra. A Dixon, por el contrario, le espantó la idea de no poder perderselas —Bertrand utilizó la expresión «valores tonales en contrapunto»— y miró a la derecha, donde por unos instantes le pareció encontrar un remanso de silencio.

Entonces Christine se dirigió a él:

—Oiga, ¿por qué no me echa una mano? —dijo en voz baja—. No consigo hacerla hablar.

Cuando Dixon miró a Carol, sus ojos se cruzaron sin reconocerse. Y antes de que se le ocurriera nada qué decir, Margaret regresó.

—¿Aún siguen bebiendo? —preguntó animosa a todos los allí presentes—. A estas alturas les hacía ya en la pista. Vamos, señor Gore-Urquhart, no permitiré que siga aquí enfurruñado, venga o no venga el rector. ¡La luz es fantástica! Anímese usted también.

Gore-Urquhart, sonriendo educadamente, se levantó y, tras dirigir una palabra a los demás, se dejó llevar fuera del *pub*. Bertrand miró a Carol de reojo:

—No desaprovechemos la orquesta, querida —le dijo—. Al fin y al cabo, he pagado veinticinco chelines por ella.

—No hace falta que lo jure, *querido mío* —respondió Carol, con cierto retintín en el apelativo. Dixon temió que declinara la invitación y llevara la situación, fuera cual fuera, a un punto crítico, pero, pasado ese trance, Carol se levantó y avanzó hacia la pista.

—Cuide de Christine por mí, Dixon —aulló Bertrand—. No la menee demasiado... Es frágil. ¡Adiós, hasta pronto, cariño! —vociferó—. Volveré en un abrir y cerrar de ojos. Toca el silbato si este hombre se pone pesado.

—¿Bailamos? —propuso Dixon—. Ya le dije que no se me da nada bien, pero no me importa intentarlo, si a usted le apetece.

Christine se sonrió.

—A mí tampoco me importa, si le apetece a usted.

Al salir del bar con Christine a su lado, Dixon se sintió como un agente especial o un bucanero o un mafioso de Chicago o un caballero o un magnate del petróleo o un mohicano. Sometió sus rasgos faciales a un cuidadoso control para evitar que se desataran a su antojo y acabaran dibujando alguna sonrisita imbécil provocada por la excitación y el orgullo. Cuando la joven se volvió hacia él en medio de la pista de baile, Dixon no podía creerse que fuera a tocarla, ni que los hombres que le rodeaban no fueran a intervenir para evitarlo. Pero, tan solo un momento después, ahí estaban, él y ella, fundidos en un convencional pseudoabrazo, bailando juntos, no con la mayor de las destrezas, pero bailando. Dixon la miró a la cara en silencio, temeroso de que cualquier distracción pudiera derivar en una colisión, puesto que la pista estaba bastante más concurrida en aquel momento que un cuarto de hora antes. Entre los que bailaban pudo reconocer a Barclay, el catedrático de Música, y a su mujer, que siempre le había recordado a un caballo; él, sin embargo, solo lo parecía cuando se reía, lo que ocurría impetuosamente y muy rara vez (y sí, justo estaba ocurriendo en ese mismo instante).

—¿Sabe usted qué le ocurre a la señora Goldsmith? —preguntó Christine.

La curiosidad de la joven sorprendió a Dixon.

—Parece bastante enfadada, ¿verdad? —respondió él con evasivas.

—¿No será porque esperaba que Bertrand la acompañara a ella y no a mí?

¿Significaba esto que Christine estaba al tanto del cambio de parejas? No tenía por qué, pero podía ser el caso.

—No tengo ni idea —murmuró Dixon.

—Yo creo que sí tiene usted alguna idea. —Parecía muy enfadada—. Y, la verdad, me gustaría que me lo contara.

—Me temo que no sé de qué me habla. Y, en cualquier caso, el asunto no me incumbe.

—De acuerdo. Si esa es su actitud, no hay nada más que hablar.

Dixon se sonrojó por segunda vez en apenas unos minutos. Así que, después de todo, Christine había sido ella misma cuando se unió al hostigamiento de Bertrand en su primer encuentro, cuando le reprobó beber tanto y también esa misma noche, al tratarle como si no existiera. Su genuina manera de ser era la formal, no la relajada. Probablemente, le había echado una mano con las sábanas para procurarse una anécdota con la que entretener a sus amigos de Londres; y había sido amable por teléfono para obtener algo de él. Y, sí, Dixon sentía curiosidad por la relación que sin duda existía entre Bertrand y Carol, pero había aprendido a reconocer (y a detestar)

aquella maniobra femenina por excelencia que consistía en tratar de aprovecharse utilizando a un inocente como cabeza de turco.

Bailaron en silencio durante un rato más. Era cierto, y no producto de la falsa modestia, que a Christine se le daba mal bailar, pero Dixon rehuyó toda ambición en sus pasos y al final salieron del trance bastante airosos. Las demás parejas se movían como podían a su alrededor y giraban cuando encontraban espacio para hacerlo; después volvían a apiñarse y se limitaban casi a sacudir los pies. Todos daban la impresión de estar hablando entre sí. Pasado un rato, Dixon creyó oír la aguda voz de Christine.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Nada.

Dixon, consciente de que debía añadir algo más, dijo lo que llevaba queriendo decir toda la tarde:

—No he tenido ocasión de agradecerle su disposición para seguirme la corriente con el asunto del teléfono.

—¿Qué asunto del teléfono?

—Ya sabe, cuando llamé a Bertrand y me hice pasar por periodista.

—Ah, eso... Preferiría no tocar el tema, si no le importa.

Dixon no podía permitir que Christine se saliera con la suya.

—¿Y si me importara?

—¿Qué quiere decir?

—Parece haber olvidado que, de no haber sido por mí y mi pequeño teatrillo, usted no estaría aquí esta noche.

—Bueno, tampoco habría sido para tanto...

La canción había terminado, pero a ninguno de los dos se le ocurrió abandonar la pista.

—Quizá no habría sido para tanto, claro, pero en aquel momento me pareció que tenía usted muchas ganas de venir. ¿Me equivoco? —preguntó Dixon entre el estruendo de los aplausos.

—Mire, ¿por qué no cierra la boca de una vez?

—De acuerdo, pero no intente pagarlo conmigo. No tiene usted derecho...

Christine se encogió de hombros con torpeza y bajó la mirada.

—Lo siento... Ha sido una estupidez por mi parte. No pretendía comportarme así.

Mientras Christine hablaba, una inaudible introducción de piano dio paso a la última melodía de la velada.

—De acuerdo —zanjó Dixon—. ¿Bailamos?

—Sí, claro.

—Creo que hemos empezado a cogerle el tranquillo —dijo él casi al momento, en cuanto empezaron a moverse de nuevo.

—Me gustaría no haber dicho lo que he dicho. Soy una tonta. Me he comportado como una auténtica idiota.

Dixon cayó en la cuenta de que cuando Christine se relajaba, abandonando su rigidez habitual, como ocurrió en ese momento, sus labios se volvían tan protuberantes como los de tío Julius.

—No se preocupe, de verdad... No pasa nada —contestó él.

—No, sí pasa algo... Ha sido ridículo. En realidad, todo este asunto del *Evening Post* me resultó de lo más divertido, además de brillante.

—Venga, no me fastidie. Tampoco es necesario llevar las cosas al extremo opuesto.

—Pero comprenda mi reticencia a hablar del tema... Me parecía que hablar de ello era como reírse de Bertrand a sus espaldas, y eso no habría estado nada bien. Debí de parecerle muy seca la segunda vez que hablamos por teléfono, pero fue porque no quise dejarme llevar... Por supuesto, no pretendo unirme a alguna conspiración contra él. Eso es todo.

El asunto, de principio a fin, se le antojaba una chiquillada, pero más valía eso que una respuesta hostil. ¡Ay, en qué líos se meten las mujeres por nada! También los hombres lo hacen, por supuesto, y a menudo no les resulta fácil salir de ellos, pero en su caso los problemas obedecen al deseo de satisfacer necesidades reales y simples. Dixon se ahorró la respuesta gracias a la intervención de una voz inmensa e incoherente, como la de un ogro en pleno brote afásico, que comenzó a canturrear por los altavoces con una entonación que recordaba sobremanera a la de Cecil Goldsmith.

Pom pom, voy a pedirte un taxi, cariño.

Más vale que estés lista a las ocho, pom pom.

Nena, no llegues tarde,

o no haremos pom pom cuando la banda empiece a tocar...

Dixon perdió el ritmo al tratar de apartar a Christine de la trayectoria de un hombre bajito de rostro rubicundo que bailaba con una mujer alta y pálida.

—Empecemos otra vez —murmuró, pero fueron incapaces de volver a sincronizar sus pasos.

—Oiga, no llegaremos muy lejos si se separa tanto de mí —dijo Christine—. Así, nunca conseguiremos llevar el ritmo... ¡Agárreme con firmeza, hombre!

Dixon se acercó a Christine con cautela, juntando su cuerpo con el de la chica. Tomó de nuevo la mano derecha de la joven —estaba tibia— y guio sus pasos. Esta vez la cosa iba un poco mejor, aunque Dixon acabó resollando y el cuerpo de Christine se le antojó pesado y torpe. Se deslizaron por la pista, cada vez más lejos de la orquesta, hasta que el aullido de una carcajada los sobresaltó. Bertrand, con su cabezón echado hacia atrás, desapareció por un hueco que dejaron los bailarines. A juzgar por las risas, Carol debía de estar más calmada, aunque Dixon no llegó a verle la cara. ¿A qué demonios estaba jugando Bertrand? Este asunto merecía la misma atención que el misterio de su barba. ¿Acaso pretendía tener dos amantes a la vez o

tal vez querría quitarse a una de ellas de encima? En tal caso, ¿a quién intentaría engatusar y a quién convencer de que debían dejarlo? ¿Se molestaría en exponerle sus razones a la afectada? No daba esa impresión. Así pues, la presencia de Carol en el baile solo se explicaba si era ella la que cotizaba al alza. Pero, aunque Christine únicamente hubiera asistido por ser la sobrina de Gore-Urquhart, Bertrand tendría que intentar retenerla al menos hasta cerrar el acuerdo que buscaba con su tío. Dixon, consciente de que estaba a punto de comenzar la tercera fase de su campaña contra Bertrand, aunque aún no sabía en qué consistiría, empezó a venirse arriba.

—¿Qué tal le va todo con el profesor Welch? —preguntó Christine de repente, logrando que Dixon se pusiera nervioso.

—No demasiado mal —respondió mecánicamente.

—¿No le ha hecho ninguna pregunta sobre el asunto de la llamada telefónica?

Dixon fue incapaz de contener un alarido, pero confió en que el volumen de la música lo hubiera ahogado.

—¿No me estará usted diciendo que Bertrand descubrió que fui yo?

—¿Descubrir que fue usted? ¿Qué quiere decir?

—Que fingí ser periodista.

—No, no me refiero a eso, sino a la llamada de su amigo el domingo del fin de semana «cultural».

Los pies de Dixon continuaron ejecutando los pasos del baile como si fueran el cuerpo de una gallina decapitada correteando por la granja.

—¿El señor Welch sabe que le pedí a Atkinson que llamara a su casa y dijera que mis padres habían venido a verme?

—Ah, ¿así que ese es el tal Atkinson? Al parecer, no se ha dedicado a otra cosa que a las llamadas de teléfono desde que nos conocemos... Sí, el señor Welch se ha enterado de que usted se lo pidió.

—¿Quién se lo ha contado? ¿Quién se lo puede haber contado?

—Por favor, no me clave las uñas en la espalda... Fue el hombre bajito que toca el oboe... Creo que me dijo usted su nombre...

—Sí, sí se lo dije. Se llama Johns. Su nombre es Johns.

—¡Cierto! Es lo único que dijo ese tipo mientras estuve allí, que yo recuerde. Bueno, no, también abrió la boca para chivarse de que debía de haberse ido usted al *pub*. Me parece a mí que le tiene algo de envidia.

—¡No me diga! Y... ¿estaba la señora Welch presente cuando se descubrió el pastel?

—No, seguro que no. Solo estábamos nosotros tres, conversando tras el almuerzo.

—Eso es bueno. —Lo más probable era que Welch ni siquiera hubiera prestado atención a las palabras de Johns, pero, si su esposa hubiera estado presente, ella misma se habría encargado de repetírselas hasta que hubiera conseguido que se enterara de algo. Aunque puede que Johns se lo hubiera contado a ambos por separado y que Christine no lo supiera. De pronto le asaltó otra duda: ¿cómo se había

enterado Johns de lo de la llamada de Atkinson? Yo no le dije nada, como podrá imaginar.

—Dijo que estaba presente cuando urdieron el plan.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Dixon, frunciendo el ceño—. Como si a mí se me fuera a ocurrir abrir la boca delante de ese sarasa... Disculpe. No, no fue así en absoluto... El muy miserable debía de estar escuchando detrás de la puerta. Tuvo que ser eso. Recuerdo que me pareció oír algo.

—¡Qué triquiñuela tan sucia! —repuso ella con inesperada malevolencia—. ¿Qué le ha hecho usted a ese hombre para que se comporte así?

—Solo pintarrajeé con un lápiz la foto de un tipo que aparecía en la primera página de su periódico.

El alboroto que surgió al anunciar el final del baile silenció la respuesta de Dixon, enigmática de por sí. Tras la concisa explicación, Christine, que acababa de empezar a separarse de él, se dio media vuelta y se quedó mirándole, sonriendo con la boca cerrada. Él se rio con amargura y ella pasó a carcajearse colocando la lengua entre aquellos dientes irregulares. Dixon sintió que el deseo inundaba su cuerpo fatigado, como si una bala le hubiera alcanzado algún tejido vital. Todos sus músculos faciales se relajaron involuntariamente. Christine clavó los ojos en él y dejó de reírse.

—Gracias por el baile —dijo Dixon.

—Lo he disfrutado muchísimo —respondió ella, apretando los labios cuando terminó la frase.

Dixon descubrió con regocijo que le importaba un comino la última muestra de indiscreción de Johns. Al menos por el momento. Quizá fuera porque se lo estaba pasando en grande en el baile.

Cuando regresaron al *pub*, se encontraron de frente a Gore-Urquhart en el mismo asiento que antes, escuchando de nuevo a Bertrand como si jamás hubieran interrumpido su conversación. El entusiasmo de Margaret era aún mayor, si eso era posible. Reaccionó con carcajadas a alguna observación de Gore-Urquhart, pero dejó de hacerlo abruptamente al levantar la vista y darse de bruces con Dixon, al que observó como si no le conociera de nada. La nueva ronda de bebidas consistió, para sorpresa de todos, en ginebras dobles. Las trajo Maconochie, el mismo al que se le había encomendado la importante misión de evitar que se sirvieran bebidas alcohólicas de alta graduación. Dixon, acusando el peso de los años —como a él mismo le habría gustado decir—, se sentó en una silla y se dedicó a beber y a fumar. ¡Qué calor hacía! ¡Cómo le dolían las piernas! ¿Cuándo se acabaría todo aquello? Después de un rato, tomó la decisión de charlar un rato con Christine, pero la joven se había sentado junto a Bertrand y, aunque no estaba prestando demasiada atención, era evidente que sí estaba escuchando lo que el pintor le contaba a su tío, que seguía mirando al suelo tal y como Dixon le había visto hacer antes. Margaret se reía contoneándose junto a Gore-Urquhart; sus hombros se rozaron. En fin, pensó Dixon, cada cual se divierte como y donde puede. Pero ¿dónde estaba Carol?

Reapareció justo entonces, caminando hacia ellos con una suerte de despreocupación deliberada que hizo sospechar a Dixon que escondía alguna botella, sin duda muy trasegada a esas alturas, en el baño de las mujeres. La expresión de su rostro no auguraba nada bueno para uno de los presentes, o quizá para ninguno de ellos. Cuando Carol se unió al resto, Dixon se fijó en Gore-Urquhart, que levantó la vista, la miró y trató de hacerle un gesto cómplice. «Ya ve usted en qué posición me encuentro», parecía querer decirle. Entonces tío Julius se levantó. Fue el único de todos los hombres presentes que lo hizo.

Pero Carol, sin prestar atención a su gesto de cortesía, se dirigió a Dixon:

—Venga, Jim, vamos —dijo en voz alta—. Quiero que bailes conmigo. Doy por hecho que nadie tendrá nada que objetar.

—¿Qué ocurre, Carol?

—Eso es lo que yo quisiera saber.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes perfectamente lo que quiero decir, Jim, salvo que vayas por ahí con los ojos cerrados. Y no creo que sea ese el caso, ¿verdad? Seguro que no. Estoy harta y cansada de que me mangoneen. Y no me importa confesártelo, porque te conozco. ¿Verdad que nos conocemos? Es más, hay algo que necesito contarle a alguien, y te he elegido a ti. Espero que no te importe.

Lo que de verdad le importaba a Dixon era tener que ponerse a bailar otra vez sin haber podido descansar un rato, y no escuchar lo que Carol quisiera contarle, que prometía ser, cuando menos, interesante.

—Tú primero —dijo Dixon, alentándola, y echando un vistazo alrededor para ver quiénes estaban bailando junto a ellos. La pista de baile parecía más repleta que nunca de parejas que brincaban y se movían al son de la música. Cada dos segundos, se agolpaban todas a un mismo lado de la sala, como una multitud ante una carga policial inminente. El ruido era ensordecedor y, cada vez que alcanzaba su punto álgido, Dixon sentía una oleada de sudor en el pecho, como si alguien le estuviera arrancando el corazón de cuajo. Los faraones y los césares del fresco parecían estar retorciéndose para acabar desmoronándose a sus pies.

—¡Se cree que si levanta el puñetero dedo me postraré inmediatamente a sus pies! —anunció Carol a gritos—. Pues se equivoca de medio a medio.

Dixon estuvo tentado de decirle a Carol que no pensara que podría engañarle hablando y comportándose como si estuviera más borracha de lo que estaba. Al final, suponiendo que la mujer necesitaría alguna clase de máscara para expresarse, y él mismo sabía por experiencia que fingirse borracho era más efectivo que estarlo de verdad, rehusó hacerlo.

—¿Bertrand? —se limitó a decir finalmente.

—¡El mismo! El pintor, ya sabes. El gran pintor. Aunque, claro, él sabe que no lo es en absoluto, y por eso mismo se comporta de ese modo. Los grandes artistas están siempre rodeados de mujeres, y él cree que si también se rodea de ellas, será un gran artista, aunque sus cuadros no valgan un pimiento. Supongo que conoces el argumento. Y la falacia, sin duda. Un falso silogismo, como decís vosotros. En fin, ya te puedes figurar quiénes son las mujeres en este caso... La chica esa a la que no le quitas ojo de encima y una servidora.

Dixon reaccionó fingiendo respingo... La acusación era infundada, pero al mismo tiempo tenía algo de fundamento. ¡Qué falta de escrúpulos!

—¿De qué diablos estás hablando?

—No pierdas el tiempo, Jim. Y, por cierto, ¿qué tienes pensado hacer?

—¿Con qué?

Carol hundió sus uñas en el envés de la mano de Dixon.

—Deja de hacerte el tonto. ¿Qué tienes pensado hacer con Christine Callaghan?

—Nada, por supuesto. ¿Qué podría hacer?

—Si no lo sabes tú, yo no puedo enseñártelo, como le dice una actriz a un obispo.

¿Te preocupa la reacción de tu queridísima Margaret?

—Basta ya, Carol. Pensaba que querías contarme algo, no interrogarme.

—Cierto. Pero no te preocupes... Está todo relacionado, todo... Estás dejando que Margaret se cueza en su propia salsa. He conocido a gente como ella antes, muchacho, y, créeme, es la única salida que te queda. Si le lanzas un salvavidas, te hundirá bajo su peso. Hazme caso. —Carol asintió con los ojos medio entornados.

—¿Qué es lo que pretendes decirme, Carol? Si es que pretendes decirme algo.

—¡Oh, tengo tanto que contar! Tanto... ¿Sabías que Bertrand tenía pensado venir conmigo al baile?

—Sí, eso he deducido...

—Ya... Tu queridísima Margaret otra vez, no lo dudo... En fin. Pero luego decidió darme plantón y traerse a su nuevo trofeo y a su tío. Y emparejarme con él, por supuesto. No es que me importe, porque estoy convencida de que Julius y yo tenemos mucho en común. O lo estaba..., hasta que tu queridísima Margaret ha decidido que ella y él forman *un dúo más melodioso*. Estoy imitando su manera de hablar, por supuesto...

—Sí, lo he pillado, gracias por la aclaración.

Dixon y Carol se adentraron de lleno entre la multitud, aunque ella siguió hablando:

—Déjate de diálogos propios de Galsworthy, Jim, por favor. ¿Por qué no nos sentamos un rato? Esto es más cansado que ir de compras al C&A.

—De acuerdo.

Avanzaron hacia los cartagineses y, bajo sus cabezas, encontraron dos sillas vacías apoyadas contra la pared. Nada más sentarse, Carol, animada, se inclinó sobre Dixon, de tal modo que sus rodillas se tocaron. Su rostro, que quedaba en la penumbra, parecía esconder un fulgor romántico.

—Seguramente piensas que me he acostado con nuestro amiguete el pintor.

—No, no lo pienso en absoluto. —Dixon empezó a temerse algo.

—Eso es bueno. Preferiría que no se supiera.

—No se lo diré a nadie.

—Ese es el espíritu. Y menos que a nadie a tu queridísima Margaret, ¿vale?

—Por supuesto.

—Bien. Menuda sorpresa, ¿verdad?

—Sí, ha sido toda una sorpresa.

—Estás un poco escandalizado.

—No, no es eso. O no en el sentido habitual. Es solo que ese hombre me parece un poco raro. Demasiado como para que... le persigas tan a la desesperada.

—No es tan raro, después de todo. Su determinación puede verse como algo bueno, ¿sabes? Y resulta muy atractivo, a su manera.

—¿Atractivo? —La boca de Dixon se estrechó.

—Y, en fin, el bueno de Cecil ya no está para esta clase de aventuras, como puedes imaginarte. Ya casi hemos dado por imposible el tema... Y el problema es que a mí siguen gustándome.

—Y a Bertrand también, claro.

—Por supuesto. La relación comenzó hace un tiempo, pero lo dejamos porque acabamos hartos. Bertrand se pasaba los días en Londres, acostándose con gente, fundamentalmente con la joven Loosmore, y yo había empezado a cansarme de esas ínfulas de gran artista que se da. Pero la última vez que vino volvió a surgir la llama. Me figuro que Christine no le basta, o no exclusivamente.

—Ah, entonces no crees que hayan...

—Es difícil saberlo. Yo diría que no. A decir verdad, ella no es como las otras... No habla ni se comporta como ellas. Aunque, de alguna manera, intente aparentarlo. Todo dependerá de hasta dónde llegue esa actitud monjil y remilgada suya. La cuestión es que Bertrand consiguió que me hiciera ilusiones con el baile y con lo que insinuó que vendría después... Solo para decirme a continuación que no me acompañaría. Me lo soltó así, delante de su madre y de tu queridísima Margaret. Eso fue lo que peor me sentó. Y esta noche ha intentado reconciliarse conmigo delante de Christine, aquí mismo, lo cual me ha vuelto a hundir. Después me ha sacado a bailar y ha intentado quitarle hierro al asunto tratándome como a un hombre y diciéndome que ya sé cómo son las jovencitas, que no sería el tipo de persona que siempre había creído que era si permitiera que una cosa así interfiriera, ojo a esto, en una relación de amistad entre, ojo también a esto, dos adultos. Ya sé que no debería estar contándotelo, pero... La verdad, Jim, estas cosas te machacan. Estoy harta de todo. Ya ni siquiera me apetece molerle a palos.

Dixon escrutó el rostro de Carol mientras ella hablaba. En la seguridad con la que movía la boca había belleza, y su voz, libre de pastosidades etílicas impostadas, había recuperado su claridad habitual. Todo ello contribuyó a dotar su presencia de una solemnidad y una fuerza que impresionaron a Dixon. Pero no se sintió atraído por ella, sino por el poder de su feminidad. Además, su estado civil la excluía de cualquier ambición por su parte. Incluso mantener con ella una relación de amistad demandaba una atención y una integridad mental y emocional que no estaba seguro de poseer.

—¿Cómo te las has ingeniado para que Cecil no se entere de nada? —preguntó Dixon apresuradamente tras una breve pausa.

—¿Es que crees que no se lo he contado? Jamás se me ocurriría hacer nada a sus espaldas.

Dixon enmudeció de nuevo y reflexionó —no por primera vez aquella noche— sobre lo poco que sabía acerca de los demás y de sus vidas. Entonces el rostro de Carol quedó completamente iluminado. Aunque se le daba bien detectar cambios de expresión, Dixon no solía fijarse en las facciones de nadie. Pero esta vez reparó en el contorno de los labios de Carol, ligeramente desdibujado, y en las dos líneas bien marcadas que le surcaban las mejillas. Y cuando ella volvió a hablar, descubrió algo más: tras la blancura y la regularidad de los caninos y el resto de sus dientes superiores se abría un abismo de color negro. Volvió a sentirse incómodo.

—Lo único que hay que decidir, por el momento, es qué vas a hacer con Christine, Jim.

—Ya te lo he dicho: nada.

—Tienes que quitarte a tu queridísima Margaret de la cabeza de una vez.

—Esto no tiene nada en absoluto que ver con ella. Es solo que yo... En fin, que no quiero intentar nada con Christine, eso es todo.

—Ya he oído ese chiste antes. Y reconozco que es bueno. Siempre me hace gracia.

—No, de verdad, Carol. Por supuesto, me encantaría volver a verla, pero sin ninguna doble intención... Porque, ¿qué podría hacer? Ella pertenece a otra clase, ¿no te parece? Si me lanzara, lo más seguro es que me rechazara... Y, además, ambos estamos atados a alguien...

—Hablas como si estuvieras enamorado de ella.

—¿Lo crees de verdad? —repuso Dixon casi con entusiasmo. No pudo evitar tomarse el comentario de Carol como un cumplido; un cumplido que llevaba mucho tiempo esperando que le hicieran.

—Sí. Tu actitud refleja los dos requisitos imprescindibles del romanticismo. Quieres llevártela a la cama y no puedes. Y, además, no la conoces demasiado bien. Desconocimiento y privación de la otra persona, Jim. Encajas en la fórmula a la perfección, y lo peor es que quieres seguir encajando en ella. La vieja pasión imposible, ¿a que sí? No tengo ninguna duda al respecto, como solía decir Cecil hasta que le convencí de que sonaba fatal.

—Todo esto suena muy adolescente. Espero que no te importe que te lo diga.

—Es que lo es. ¿Tienes un cigarro, Jim? Gracias. Sí, con quince años ya estaba convencido de que las cosas funcionaban así, solo que entonces nadie podía permitirse reconocerlo.

—Bueno, ahora lo estás haciendo.

—Claro, ahora sí. No me importa decirte, habiéndome desnudado ya ante ti, que tras dejar atrás la veintena volví a explicarme las cosas de esta manera, y que me resultó muy liberador. Y me gustaría pensar que también me sirvió para justificarme. Que conste que, hoy por hoy, soy una entusiasta de esta fórmula.

—¿Ah, sí?

—Sí, Jim. Algún día descubrirás que el matrimonio es un buen atajo para llegar a la verdad. No, en realidad no lo es... Es solo una buena manera de volver sobre tus propios pasos a fin de alcanzar la verdad. También descubrirás que los años de la ilusión no son los de la adolescencia, como nos dicen los adultos. Es en los que vienen inmediatamente después, los veintitantos, la falsa madurez, por así decirlo, cuando nos enamoramos hasta la médula por primera vez y perdemos la cabeza. Justo tu edad, Jim. Cuando caes en la cuenta de que el sexo es importante para más gente y no solo para ti. Un descubrimiento así le hace perder el equilibrio a cualquiera...

—Carol... Tal vez si no te hubieras casado...

—No tenía elección.

—¿No? ¿Por qué no?

—Por Dios, ¿es que no me has escuchado? Estaba enamorada. ¿Volvemos al *pub*? Aquí hay demasiado barullo. —Su voz tembló un poco por primera vez desde que habían empezado a hablar.

—Carol, lo siento muchísimo. No debería haber dicho eso.

—No seas tonto, Jim, no hay razón para pedir disculpas. Lo que has dicho es algo de lo más natural. Pero no te olvides de una cosa: ahora tienes una responsabilidad moral. Aleja a esa joven de Bertrand. Ella no se va a conformar con la breve aventura que es todo lo que él le puede ofrecer. Los escarceos no son lo suyo. Espero que lo recuerdes.

Dixon descubrió que se había olvidado por completo de los bailarines y de la orquesta, pero los recordó enseguida al levantarse. Estaban tocando una melodía carente de toda originalidad y de variación en lo que se refería al volumen, el ritmo, la armonía, la expresión, el tempo y el timbre. Y a su son, más o menos, los bailarines se daban la vuelta, se hundían y gesticulaban mientras el ogro, más afásico que antes, farfullaba a todo volumen:

Bailando el Hokey Cokey das la vuelta así...

Pom pom pom pom

Entraron en el *pub*. Dixon sentía que llevaba semanas repitiendo este trayecto. Al ver a sus amigos sentados en el mismo sitio, o simplemente al verlos de nuevo, le invadió el absurdo deseo de tirarse al suelo y quedarse dormido. Bertrand estaba hablando. Gore-Urquhart le escuchaba. Margaret se reía, solo que esta vez tenía una mano sobre el hombro de Gore-Urquhart. Christine también debía de estar escuchando a alguien, solo que esta vez se sostenía la cabeza entre las manos. Beesley estaba de pie apoyado contra el mostrador, llevándose a la boca temblorosamente y con aire taciturno media pinta de cerveza. Dixon se le acercó en busca de un respiro. Carol no le quitaba ojo.

—¡Hombre, Alfred! —saludó Dixon—. Menuda juerga te estás...

Beesley asintió sin dejar de beber. Luego, tras bajar por fin el vaso, secarse la boca con una manga, hacer un gesto extraño y glosar la calidad de la cerveza con un bisílabo impropio de cualquier registro respetable, declaró:

—Estaba perdiendo el tiempo ahí dentro, así que me he venido al *pub*...

—¿Y aquí no estás perdiendo el tiempo, Alfred? —preguntó Carol.

—He dejado de perderlo alrededor de la décima cerveza, más o menos —respondió Beesley.

—Ensangrentado, pero erguido. Ese es el espíritu. En fin, Jim, salta a la vista que este es nuestro lugar. ¿No estás de acuerdo? Nadie nos reclama. ¿Qué ocurre? ¿Qué estás mirando? —Dixon comprobó un tanto exasperado que el tono de falsa borrachera había vuelto a adueñarse de la voz y la conducta de Carol.

Beesley se inclinó hacia Dixon.

—Venga, Jim... ¿Cerveza o cerveza?

—Aquí estamos y aquí seguiremos hasta que nos echen —dijo Carol en un acto de rebeldía impostado.

—Sí, tomaré una, gracias, pero no conviene que me quede mucho rato... —repuso Dixon.

—Porque tienes que ir a comprobar qué tal se lo está pasando tu queridísima Margaret, ¿verdad?

—Pues sí. Yo...

—Creo que ya te dije que debes dejar que tu queridísima Margaret se cueza en su propio jugo. ¿Es que estás ciego? Si la señorita se lo está pasando como nunca... Gracias, señor Dixon, y gracias, señora Goldsmith. Gracias a usted, también. Aquí tienes tu oportunidad, Jim... Recuerda que tienes una obligación moral. Gracias, Alfred. Salud, muchacho.

—¿Qué obligación moral, Carol?

—Jim sabe de qué hablo, ¿verdad, Jim?

Dixon miró hacia el grupo de la esquina. Margaret se había quitado las gafas, un síntoma inequívoco de relajación. Christine, de espaldas a Dixon, seguía sentada tan inmóvil como si la hubieran momificado. Bertrand, que seguía perorando, daba caladas a un puro. ¿Por qué los miraba? Un terror repentino le recorrió el espinazo de arriba abajo. Había tenido la absoluta certeza de que los miraba porque tenía un plan y estaba a punto de llevarlo a la práctica. Dixon resolló un poco ante la enormidad del asunto, vació su vaso de un trago y dijo temblorosamente:

—Allá vamos. Hasta ahora.

Entonces se acercó al grupo y se sentó en una silla vacía junto a Christine, que se giró y le sonrió, con una sonrisa más bien compungida, a su modo de ver.

—¡Ah, hola! —dijo la joven—. Pensaba que ya se había ido a casa.

—Aún no. Parece que no pinta usted mucho en esta conversación.

—Sí, Bertrand siempre se comporta así cuando empieza con su cháchara. Evidentemente, ha venido al baile solo para conocer a mi tío.

—Ya veo.

Justo en ese instante Bertrand se levantó de su asiento y, sin tan siquiera reparar en Christine, se dirigió a la barra donde estaban Carol y Beesley. Desde donde estaban, llegaron a oír el tenue aullido de un saludo. Dixon miró de reojo a Christine y fue agasajado con la extraña visión de un suave rubor.

—Escúcheme, Christine —dijo atropelladamente—. Voy a salir a la calle para pedir un taxi. Debería llegar como en cosa de un cuarto de hora. Salga usted entonces y la llevaré de vuelta a casa de los Welch. Sin rodeos ni jueguecitos... Se lo garantizo. Directamente a casa de los Welch.

Su primera reacción pareció de enfado.

—¿Por qué? ¿Por qué habría de irme?

—Porque está usted harta de todo esto, y no me extraña... Por eso mismo.

—Esa no es la cuestión. Es una idea absurda. Y absolutamente disparatada.

—¿Viene o no? Voy a pedir el taxi igualmente.

—No me lo pregunte. No quiero que me pregunte eso.

—Ya se lo he preguntado. ¿Qué me dice? Le doy veinte minutos... —Dixon la miró a los ojos y apoyó una mano en su codo. ¿Había perdido el oremus?—. Insisto, por favor —añadió.

Christine apartó el brazo.

—Ay, no... —dijo, como si acabaran de recordarle que tenía cita con el dentista por la mañana.

—La esperaré —insistió él en voz baja y con tono de urgencia—. En el porche. Veinte minutos. No lo olvide.

Dixon se dio media vuelta y salió por una ruta desde la que alcanzaba a ver parte de la pista de baile y de la orquesta. Christine no iría, obviamente, pero en cualquier caso él había hecho un gesto. Dicho de otro modo: se las había ingeniado para hacerse daño a sí mismo con más severidad de la habitual, y además en público. Entonces, se paró un momento para saludar a la orquesta y, al no recibir respuesta, prosiguió la marcha en busca de un teléfono.

Dixon se detuvo en el porche para encender el cigarrillo que tendría que haber fumado tras el desayuno dos días antes. El taxi que había pedido llegaría de un momento a otro. Si cuando hubiera consumido el cigarrillo Christine seguía sin aparecer, le diría al conductor que le llevara a su pensión. De cualquier modo, sucediera lo que sucediera, muy pronto estaría sentado en el cómodo interior de un coche. Buena noticia, puesto que sentía que una completa incapacidad para moverse estaba a punto de hacer presa de él. Pero aún faltaban diez minutos; intentó no pensar en ello.

La calle estaba casi en penumbra. Las farolas que se alzaban sobre la cercana carretera principal refulgían pálidamente. Los focos laterales de los coches aparcados a lo largo del arcén despedían el reflejo de la escasa iluminación. Las ventanas de los edificios que tenía a sus espaldas, iluminadas, proyectaban su luz sobre las aceras. Un tren partió de la estación y avanzó despacio y tenaz por la pendiente. Dixon ya no tenía tanto calor. De pronto, desde la sala de baile le llegó una melodía que conocía y le gustaba, y tuvo el presentimiento de que esta música allanaría las cosas y contribuiría a fijar el recuerdo de ese día para siempre en su memoria. Un entusiasmo romántico invadió todo su ser. Pero no tenía derecho a sentirse así... ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Adónde le conducía todo aquello? Lo más probable era que le llevara muy lejos del lugar al que le había llevado la vida tan solo ocho meses antes. Solo entonces comprendió su entusiasmo. El atisbo de una tenue esperanza le tranquilizó. Todo cambio a mejor es bueno... Quedarse quieto, adocenarse, eso es siempre malo. Recordó que una vez le enseñaron un poema que más o menos terminaba así: «Aceptando la escasez, la sombra de la muerte». ¡Qué certero! Nada de «viviendo en la escasez». Eso, al fin y al cabo, le ocurre a todo el mundo. La respuesta ineludible a un entorno preñado de gente y cosas que uno cree malas consiste en afanarse en encontrar nuevas razones para seguir pensando que lo son. La razón por la que Prometeo no pudo escapar del buitre es porque, a fin de cuentas, le tenía cariño, y no a la inversa.

De pronto, Dixon sacudió la cabeza. Sin inclinarla, desplazó hacia un lado la mandíbula inferior todo lo que pudo. Se fumó el cigarrillo. Veinticinco minutos después, Christine seguía sin aparecer. Tampoco había llegado ningún taxi. Entonces un coche asomó por una curva de la carretera principal y se detuvo un poco más abajo, junto a un callejón. Era un taxi.

—¿Barker? —preguntó una voz desde el asiento del conductor.

—¿Barker?

—Este taxi lo ha pedido un tal Barker.

—¿Cómo?

—¡Que lo ha pedido alguien llamado Barker!

—¿Barker? Ah, querrá usted decir Barclay.

—¡Ah, sí! Barclay.

—Bien. Estamos casi listos. Dé marcha atrás y métase en ese callejón, por favor. Volveré en un par de minutos. Puede que tengamos que llevar a una amiga a casa. Le ruego que no acepte ninguna otra carrera. Volveré enseguida.

—Eso está hecho, señor Barclay.

Dixon regresó a toda prisa al porche y miró hacia el pasillo iluminado, tratando de armarse de valor para volver a entrar e intentarlo de nuevo con Christine. Una curva ocultaba todo el interior, salvo el primer par de metros. Y por ella apareció el profesor Barclay, retorciéndose bajo su abrigo y seguido de su mujer. Dixon tenía la sensación de que estaban hablando de él. Miró a la calle: el taxi, aparcado en mitad de la carretera, empezó a dar marcha atrás hacia el callejón, donde quedaría oculto tras un bloque de oficinas. Cuando Barclay salió, aún le quedaban varios metros por recorrer.

Dixon le interrumpió el paso.

—Buenas noches, profesor Barclay —le saludó en tono comedido, como si estuviera ensimismado en algún otro asunto.

—Hola, Dixon. No habrá visto un taxi que he pedido...

—Buenas noches, señor Barclay... No, me temo que no, profesor.

—¡Vaya por Dios! —exclamó afablemente—. Entonces tendremos que esperar. —Mientras hablaba, resonó en el pasillo un estridente acorde que silenció el sonido de un freno de mano del taxi en el callejón—. Me ha parecido oír un coche... —dijo Barclay, y levantó la cabeza como un viejo caballo percherón al que interrumpen mientras paca.

Dixon hizo como que escuchaba.

—No oigo nada —dijo con pesar.

—Me habré equivocado.

—En todo caso, Simon, creo que podríamos caminar un poco, no sea que haya llegado y aparcado en algún lugar antes de que el señor Dixon saliera.

—Sí, querida, tal vez...

—Imposible, señora Barclay. Llevo aquí fuera casi media hora, y puedo asegurarle con toda certeza que por aquí no ha aparecido ningún taxi.

—¡Qué raro! —respondió ella con un movimiento de mandíbula idéntico al de un jamelgo muerto de aburrimiento—. Mi marido llamó hace al menos media hora, y los taxis urbanos suelen ser muy puntuales.

—¡Media hora! En ese caso, no ha podido llegar antes de que yo saliera —dijo Dixon, fingiendo hacer cálculos—. Las cocheras de los taxis urbanos están en la otra punta de la ciudad, detrás de la estación de autobuses.

—¿Usted también está esperando a un taxi, señor Dixon? —preguntó la señora Barclay.

—No, yo... He salido a tomar un poco el aire.

—Pues en media hora le ha dado a usted tiempo de tomar unas cuantas bocanadas —repuso el catedrático, sonriendo.

Su afabilidad hizo que Dixon se avergonzara de haberle birlado su medio de transporte, pero ya era demasiado tarde para batirse en retirada.

—Sí, así es —dijo, tratando de parecer natural—. La verdad es que estoy esperando a una amiga.

—¿De veras? Podíamos caminar un poco, Simon... Me estoy quedando helada, aquí parada...

—Sí, querida, caminemos.

—Daré un paseo con ustedes —dijo Dixon. Odiaba la idea de dejar su puesto, pero no hacerlo le parecía peor alternativa. ¡Tenía que hacer algo para que los Barclay no descubrieran el taxi!

Cuando los tres se encontraban a unos diez metros del callejón de marras, un coche dobló la curva de la carretera. Dixon, al descubrir casi de inmediato que carecía del pequeño distintivo iluminado sobre el parabrisas que llevaban todos los taxis urbanos, sabía que no era el suyo. Pero bien podía permitirse un pequeño divertimento. Cuando llegaron a la altura del callejón, Dixon dio un paso hacia la carretera, levantó una mano y vociferó con ímpetu: «¡Taxi! ¡Taxi!».

—¡Búsquese otro! —gritó una vocecilla estridente desde el asiento de atrás.

—Ocupado, colega —gruñó el conductor, acelerando aún más.

Dixon volvió a donde los Barclay, que se habían situado de espaldas al callejón para contemplar la escena.

—Me temo que no traigo buenas noticias —les dijo. Pero para él sí lo eran, pues, después de lo sucedido, lo normal era que volvieran al porche. ¿Qué sucedería si decidían dar otro paseo en busca de su taxi? Era improbable que pasaran más taxis por ahí. Dixon confió fervorosamente en que el suyo, el que había pedido, no llegara en ese instante, porque en ese caso tendría que marcharse y dejar a los Barclay a la espera del que les había robado. Aunque tal vez pudiera cederles su coche...

Nadie entró ni salió del edificio durante los dos minutos que permanecieron en el porche. Los Barclay no tardarían en salir y sería muy difícil que no se acercasen a la curva. Dixon miró con desesperación hacia el pasillo. Por la curva asomaron dos personas casi a la vez. La primera no era Christine, sino un hombre, con una evidente borrachera, que no paraba de encender compulsivamente un mechero. La segunda era ella.

Su forma de caminar y su aspecto, tan ordinarios, conmocionaron a Dixon. No habría sabido decir qué era lo que esperaba exactamente de ella, pero desde luego no aquel gesto de reconocimiento en el rostro, aquellos pasos decididos en su dirección, aquel taconeo vulgar sobre la alfombra, la madera y la piedra.

—¿Lo tiene? —preguntó mientras miraba la fila de coches.

Dixon sabía que los Barclay, o en todo caso la señora Barclay, estarían escuchando. Dudó un segundo y respondió que sí, dándose unas palmaditas en el bolsillo.

—Aquí está.

Acto seguido, se alejó esperando que ella le siguiera, pero Christine siguió plantada donde estaba, junto al umbral de la puerta. Las luces del pasillo dibujaban sombras en su rostro.

—Me refiero al taxi.

—¿El taxi? ¿Un taxi? ¿Para recorrer trescientos o cuatrocientos metros? —Dixon estalló en una carcajada histérica—. La devolveré a casa de mamá en menos tiempo de lo que tardaría en llamarlo. Buenas noches, profesor... Buenas noches, señora Barclay. En fin, menos mal que el camino es corto, porque hace un frío que pela. ¿Se ha despedido de los demás de mi parte? —Ya estaban lo bastante lejos de los otros cuando Dixon añadió—: Bien. Muy bien. Lo ha hecho usted muy bien. —Un coche arrancó cerca de ellos. Dixon oyó que la señora Barclay le decía algo a su esposo.

—¿Qué pasa? —preguntó Christine sin disimular su curiosidad—. ¿A qué viene todo esto?

—Les hemos birlado el taxi, eso es lo que pasa. Está aparcado a la vuelta de esa esquina.

Recién invocado, el taxi, cansado de aguardarles, emergió del callejón y enfiló la carretera principal. Dixon corrió furioso tras él, gritando a voz en cuello: «¡Taxi! ¡Taxi!».

El vehículo se detuvo en un *stop* y Dixon se asomó a la ventana del conductor. Tras una breve conversación, el taxi arrancó de nuevo y desapareció en la carretera. Dixon regresó corriendo hacia Christine, que ahora estaba en compañía de los Barclay.

—Siento no haberles conseguido el taxi —lamentó Dixon—. Tenía que recoger a alguien en la estación en cinco minutos. ¡Qué fastidio!

—Muchas gracias por el intento, Dixon —dijo Barclay.

—Sí, muchas gracias —añadió su mujer.

Dixon agarró a Christine del brazo y caminaron juntos hasta el callejón tras desearles buenas noches a los Barclay. Se adentraron en él.

—¿Hemos perdido el taxi? ¿No era el nuestro?

—Sí, pero antes fue de ellos. Y no lo hemos perdido. Le he pedido al conductor que dé la vuelta a la esquina y nos espere en la carretera, a unos cien metros. Atajaremos por esta calle y nos plantaremos allí en dos minutos.

—¿Y qué habríamos hecho si no hubiera salido del callejón en ese momento? No podríamos habernos subido al coche delante de sus narices.

—Estaba preparado para algo así... Sabría que tendríamos que ingeniárnoslas para que pareciera que el taxi y nosotros nos marchábamos por separado. No me dirá que no he estado rápido.

—De veras lo ha estado. Y mucho.

Llegaron en silencio hasta el taxi, que estaba estacionado frente al escaparate iluminado de una tienda de ropa. Dixon le abrió la puerta de atrás a Christine y después se dirigió al conductor:

—Nuestro amigo finalmente no va a venir. Si está usted listo, podemos irnos.

—Sí, señor. Al almacén de grano, ¿verdad?

—No... Un poco más allá —Dixon le dijo el nombre del pueblo donde vivían los Welch.

—¡Vaya! No sé si podré llegar hasta allí... Lo siento, señor.

—No pasa nada. Conozco el camino.

—Yo también lo conozco, pero en las cocheras me dijeron que el destino era el almacén.

—¿De veras? En ese caso, le han informado mal. No vamos al almacén.

—Me temo que no tengo suficiente gasolina.

—La gasolinera Bateson's, al comienzo de la carretera de la universidad, no cierra hasta las doce. —Dixon echó un vistazo al salpicadero—. Menos diez. Llegaremos sin problema.

—No estamos autorizados a repostar fuera de nuestras instalaciones.

—Esta noche sí. Escribiré a la empresa para explicárselo. Es culpa suya por haberle dicho que íbamos al almacén. Venga, arranque ya de una vez, o antes de cubrir los doce kilómetros se quedará sin gasolina para regresar.

Dixon se sentó junto a Christine y el coche echó a andar.

—¡Qué eficacia! —dijo Christine—. Empieza usted a tener muy buena mano con este tipo de cosas, ¿no le parece? Primero la mesa, después la patraña del *Evening Post* y ahora esto.

—Antes no se me daban tan bien. Por cierto, espero que no le importe demasiado el método con el que he conseguido el taxi.

—Me he subido a él, ¿no?

—Sí, lo sé, pero sospecho que el procedimiento podría antojársele, en cierto modo, inmoral.

—Y se me antoja inmoral, al menos en cierto sentido, pero a nosotros nos urgía más que a ellos.

—Me alegro de que lo vea así. —Dixon reflexionó sobre el uso de la palabra «urgir», sorprendido por la rápida aceptación de ella del acto de piratería cometido contra el vehículo de los Barclay. Él mismo sentía que había sido un tanto desmesurado, y ella, en realidad, ni siquiera tenía ningún motivo real para no poder esperar. Al igual que las otras dos chicas guapas a las que había conocido, y que las muchas sobre las que había leído, a Christine le parecía lo más normal del mundo que un hombre engañara a otro si eso le convenía a ella. Debía haber protestado, haberse negado a ir con él... Debía haber insistido en volver y en ceder el taxi a los Barclay y después haber regresado al baile, sublevada ante la falta de escrúpulos de Dixon. Sí, eso le habría entusiasmado. Habría sido formidable... Se llevó una mano a la boca en la oscuridad para intentar sofocar una carcajada. Luego, tratando de pensar en otra cosa, se alarmó al caer en la cuenta de que tendría que encontrar algo de lo que hablar con la chica durante el trayecto hasta la casa de los Welch. La única certeza de Dixon en aquel instante era que haber raptado a Christine constituía un guantazo en plena cara para Bertrand, pero no parecía muy prudente empezar por ahí. ¿Por qué la joven había consentido en dejar plantado a su novio de un modo tan categórico? Se le ocurrían varias posibles respuestas. Quizá fuera un buen comienzo.

—¿Le ha preguntado alguien por qué se marchaba tan pronto?

—Oh, no... A nadie ha parecido importarle demasiado.

—¿Qué les ha contado?

—Solo le he dado explicaciones a tío Julius. Él nunca se entromete en mis decisiones... Luego le he dicho a Bertrand que me iba.

—¿Y cómo ha reaccionado?

—Ha exclamado: «¡Oh, no te vayas, estaré contigo en menos de un minuto!». Y se ha enzarzado en otra conversación con la señora Goldsmith y con el tío. Entonces me he largado.

—¡Ya veo! Fácil y rápido...

—Sí, así ha sido.

—Me alegro mucho de que se haya decidido a venir conmigo, después de todo.

—Bien. Al principio no he podido evitar sentirme culpable por haberme largado sin más delante de sus narices, pero ya se me ha pasado.

—Bueno... ¿Y qué le ha hecho decidirse a venir?

Habló tras un silencio:

—La verdad es que no me lo estaba pasando muy bien en el baile, como usted sabe... Además, empezaba a sentirme agotada y no me ha dado la impresión de que Bertrand fuera a retirarse pronto, así que marcharme con usted me ha parecido la mejor opción...

Lo dijo con su mejor tono de maestrilla, casi como si fuera una locutora experta.

—Ya veo —repitió Dixon con la misma rigidez. La luz de una farola bajo la que pasaron le permitió ver que, como él esperaba, Christine se había sentado en el otro extremo del asiento. Así que era eso...

Pero, de pronto, inopinadamente emergió su otro ser, el de la llamada telefónica.

—No. Estoy cansada de disimular. Eso es solo parte de la verdad. No veo por qué no debería contarle un poco más. Me he largado porque estaba hasta las narices de todo.

—¡Qué radical eso que dice! ¿Se puede saber qué le han hecho para que esté usted hasta las narices de todo?

—¡Qué no me han hecho! Han conseguido sacarme de mis casillas... Y, francamente, no veo por qué no debería contárselo. Llevo un tiempo sintiéndome deprimida, y lo de esta noche ha sido la gota que colma el vaso...

—Una mujer como usted jamás debería deprimirse, Christine —respondió Dixon, afectuoso, justo antes de perder el equilibrio, chocar contra la ventanilla y golpearse el codo con fuerza contra la puerta. El taxi se había desviado dando bandazos hacia la fila de surtidores de la gasolinera. Tras estos, se alzaba un edificio sin iluminar con una señal pintada, y apenas visible, que rezaba: «COCHES EN ALQUILER – BATESON'S – REPARACIONES». Dixon salió del coche, caminó hasta una gran puerta de madera y comenzó a aporrearla con irregularidad, preguntándose si debía —y en qué momento— acompañar los golpes de una retahíla de gritos. Mientras esperaba, ensayó mentalmente las frases de índole grosera o amenazante que le soltaría al empleado que, sin duda, se resistiría a atenderle. Transcurrió un minuto. Mientras tanto, siguió aporreando la puerta y, pasado un rato, se le unió el taxista. Su presencia no invitaba al optimismo precisamente. Dixon volvió a ensayar cómo poner cara de circunstancias, lo que incluía un despliegue libérrimo de los labios y de la lengua acompañado de toda clase de aspavientos manuales. En aquel preciso instante se encendió una luz en el interior y, al poco, la puerta se abrió y apareció un hombre que al punto se declaró no solo capacitado sino incluso deseoso de abastecerlos de gasolina. Dixon dedicó el siguiente par de minutos a pensar en Christine y no en ese

hombre. Le sobrecogió la idea de que, además de no caerle del todo mal, la joven Callaghan confiara en él. ¡Qué fantástica era y qué suerte la suya por tenerla a su lado! Habérselo reconocido a Carol —la confesión implícita de sus sentimientos hacia Christine— le había parecido estrafalario unas horas antes, pero ahora le resultaba de lo más natural y de lo más justo. Apenas le quedaba media hora para actuar. Por una vez en su vida, Dixon decidió tentar a la suerte. En el pasado siempre había recelado de la rueda de la fortuna y se había resistido, no sin cierta mezquindad, a arriesgarse a perder lo poco que había conseguido. Había llegado la hora de cambiar.

Dixon pagó la gasolina y el taxi arrancó.

—Le estaba diciendo que no tiene ninguna razón para estar deprimida —dijo el joven.

—¿Y usted cómo lo sabe? —respondió ella, de nuevo con severidad.

—No lo sé... Por supuesto, no puedo saberlo, pero no creo que, en general, haya tenido tan mala suerte... —dijo con una placidez que le sorprendió. Dixon era consciente de que Christine necesitaría su tiempo y buenas dosis de aliento para recuperar su mejor talante, y pensó que haberse dado cuenta era tan impropio de él como lo que sentía por ella—. La considero una mujer razonablemente exitosa.

—No pretendía parecer una mártir. Tiene usted razón, claro... La mayoría de las cosas no me van tan mal y he sido muy afortunada en muchos aspectos. Pero, ya sabe, algunas cosas me siguen resultando tremendamente difíciles. Ni siquiera sé por dónde me da el aire.

Dixon quiso reírse. No conocía a ninguna mujer de su edad menos necesitada de semejante conocimiento. Y se lo dijo.

—No, le hablo en serio —insistió ella—. Aún no he tenido ocasión de descubrirlo.

—Disculpe que se lo diga, pero estoy seguro de que habrá infinidad de gente dispuesta a ayudarla a descubrir tal cosa.

—Lo sé... Sé a lo que se refiere, pero ni siquiera lo intentan. Todo el mundo da por hecho que no lo necesito. —Hablaba con confianza.

—¿De veras? ¿Y a qué cree que se debe?

—Al parecer, tengo pinta de pertenecer a una especie venenosa o algo así. La gente piensa que estoy de vuelta de todo. Me lo han dicho ya dos o tres personas, así que supongo que algo de eso habrá. Es cuestión de apariencias.

—Bueno, es cierto que a veces resulta usted demasiado «sofisticada», si esa es la palabra apropiada. Incluso puede llegar a hacer un pelín de sombra a los demás. Pero es...

—¿Cuántos años me echa?

Dixon pensó que, por una vez, responder con sinceridad sería lo más adecuado.

—Yo diría que unos veinticuatro.

—¿Ve? Ahí lo tiene —respondió Christine, triunfante—. Lo que yo pensaba. Cumpliré veinte el mes que viene. El día 18.

—No pretendía insinuar que no parezca usted muy joven, al menos en cuanto a su apariencia física. Solo que...

—No, lo sé... Pero el caso es que esa ha sido la edad que me ha echado, ¿verdad? La edad que aparento...

—Sí, me figuro que sí. Pero no se trata solo de eso.

—Disculpe... ¿A qué se refiere con lo de que «no se trata solo de eso»?

—Lo que intento decirle es que no es su apariencia lo que la hace parecer mayor, sino el modo en que se comporta y habla la mayor parte del tiempo.

—Me resulta difícilísimo juzgarme a mí misma...

—Debe de serlo, sin duda. Es... Usted... No es fácil describirlo, pero es como si fuera por el mundo dándose aires de grandeza. De vez en cuando, su actitud me recuerda mucho a la de una institutriz, aunque no es que yo conozca a muchas, he de admitirlo.

—¿Que me comporte como una institutriz?

Aunque el tono de la pregunta ilustraba a las mil maravillas su tesis, Dixon, sabedor de que no importaría lo que dijese a continuación, respondió así:

—¿Ve? Lo está haciendo ahora. Cuando no sabe qué hacer o decir, se transforma en toda una señoritinga. Y su rostro casa muy bien con esa imagen... Y por eso mismo, por los rasgos de su cara, da esa impresión. Sin saberlo, consigue pasar por una petulante de los pies a la cabeza, una niña pedante segura de sí misma... Y aunque lo de la pedantería no le guste, sí quiere parecer segura de sí misma. Sí... En fin, tío Jim ya ha hablado bastante. Nos estamos desviando del tema. ¿Y por qué le deprime eso? No creo que sea para tanto...

Christine dudó. Dixon empezó a sudar, arrepentido por su exceso de confianza y por habérselas dado de veterano en esas lides.

—Todo tiene que ver con los hombres, ¿comprende? —respondió ella a todo correr—. Apenas me había relacionado con hombres hasta que conseguí el trabajo en Londres el año pasado... Oiga, ¿de verdad no le importa que hablemos de mí todo el rato? Cuánto egocentrismo... ¿No piensa que...?

—Olvídese. Hable todo lo que quiera.

—De acuerdo, entonces. Pues... No llevaba trabajando demasiado tiempo en la librería cuando un tipo empezó a charlar conmigo y acabó invitándome a una fiesta. Fui, por supuesto, y me encontré a un montón de artistas en ella, y a un par de periodistas de la BBC. ¿Se ha mezclado alguna vez con esa gente?

—No, pero me la imagino.

—En fin... El caso es que ahí empezó todo. Los hombres siguieron invitándome a ese tipo de eventos, y yo seguí aceptando. Aquellas fiestas eran fantásticas y divertidas. Aún me divierten. Pero lo único que ellos querían era ligar conmigo. Y no quería que me sedujesen. En cuanto se lo dejaba claro, me dejaban en paz. A mí no

me importaba demasiado que desaparecieran, porque siempre surgía algún otro tipo dispuesto a...

—Estoy seguro de eso. Continúe.

—Me temo que esto sonará terriblemente...

—Continúe.

—Bueno, si está usted seguro... Pasados unos meses conocí a Bertrand. Fue en marzo. No parecía como los demás, más que nada porque no intentó convertirme en su amante a la primera de cambio. Y puede llegar a ser muy agradable, ya sabe, aunque me imagino que usted no... La cosa es que, pasado un tiempo, empecé a cogerle cariño, pero, y esto es lo gracioso, al mismo tiempo cada vez estaba más harta de él. Como ve, es una mezcla extrañísima.

—¿En qué sentido? —preguntó Dixon, nombrando para sí las dos sustancias de las que creía que Bertrand estaba hecho.

—Lo mismo se comporta de un modo extremadamente comprensivo y agradable que pasa, en cuestión de un minuto, a convertirse un ser irracional e infantil. Nunca sé qué terreno piso con él, o qué desea en realidad. A veces pienso que tiene que ver con la pintura, con si le va bien o no. En cualquier caso, entre una cosa y otra, al final empezaron los reproches. Y no soporto las riñas, sobre todo porque siempre consigue dejarme en mal lugar.

—¿Qué quiere decir?

—Solo las comienza si cree que saldrá triunfante en la discusión y me obliga a comenzar la pelea a mí cuando el «perdedor» será el que la haya empezado. Esta noche reñiremos, por supuesto, y me dejará en mal lugar, como de costumbre. Pero el que queda fatal y se equivoca es él. Todo este asunto que se trae entre manos con la señora Goldsmith... No se preocupe, no voy a preguntarle sobre el tema, pero sé que hay algo y no quiere contármelo. Me imagino que no es gran cosa... Suele entusiasmarse con... Pero no me quiere contar qué está pasando. Finge que no ocurre nada y me pregunta si de verdad pienso que me oculta algo, y le contesto que no, porque de lo contrario...

—No es asunto mío, Christine, pero el amigo Bertrand le está sirviendo en bandeja una oportunidad magnífica de mandarle a freír espárragos.

—No, no puedo hacer eso, a no ser que... No, no puedo. Estoy demasiado involucrada con él para dar marcha atrás por las bravas. Tendré que continuar como hasta ahora. Una debe aceptar que la gente es como es.

Dixon, que no quería conjeturar sobre el significado de «hasta ahora» ni de lo que vendría después, preguntó atropelladamente:

—¿Tienen planes para el futuro?

—Bueno, yo no los tengo, pero quizá él sí. Supongo que quiere que nos casemos, aunque nunca lo ha mencionado.

—¿Y qué opina usted de eso?

—Aún no he tomado una decisión al respecto.

Eso fue todo por el momento. Dixon pensó que la voz de Christine era, en realidad, la única evidencia de que estuviera sentada a su lado. Cuando miró a su derecha, apenas vislumbró una presencia oscura y anónima; la joven Callaghan estaba tan rígida que no se oía nada alrededor, ni siquiera el roce de su ropa o de la tapicería del coche cuando se movía. Además, no llevaba perfume, o al menos Dixon no pudo olerlo. En ningún momento se le pasó por la cabeza tocarla. Los hombros y el sombrero del taxista —a contraluz de los focos del coche—, cuyos movimientos controlaban el vehículo, le parecieron mucho más reales que ella si cabe. Dixon miró por la ventanilla y se animó de repente al contemplar la campiña lóbrega que iban dejando atrás. Al contrario de lo que le solía suceder con las decisiones que tomaba habitualmente, esta vez no se arrepintió de haberse subido al taxi. Tenía a su lado algo que deseaba y, aunque tuviera que pagarlo con una exorbitada cantidad de futuros sonrojos, estaba dispuesto a asumirlo. Reflexionó acerca del proverbio árabe que refrenda esta manera de ver las cosas y concluyó que estaba incompleto. A «Sírrete a voluntad y paga por ello» debía añadirse: «Pues es mejor que servirte a disgusto y tener que pagarlo igualmente». Era un argumento más en pro de su teoría de que las cosas bonitas son mejores que las desagradables. Poder estar a solas con Christine era una cosa tan preciosa que Dixon se sintió más satisfecho que el estómago empachado de un glotón. Qué espléndida era su voz...

—¿Cómo son los cuadros de Bertrand? —le preguntó para oírse la de nuevo.

—No me ha enseñado ninguno. Dice que no quiere que piense en él como pintor mientras él mismo no se vea como tal. Pero cuentan por ahí que son muy buenos. Al menos es lo que dicen sus amigos...

Fuera cual fuese la asfixiante y absurda aureola que rodeaba esta opinión, Dixon consideró que merecía cierto respeto, algo que le sorprendió. ¡Qué tentador para un artista demostrar la propia valía, halagar a la gente y a la vez mostrar que uno es un buen tipo que exige y aprecia las críticas! No vaya nadie a pensar que solo somos lo que se ve por fuera. El propio Dixon se lamentaba a veces de no escribir poesía o algo así para poder proclamarse un tipo «moderno».

Christine continuó hablando:

—He de reconocer que estar con un hombre ambicioso tiene su aquel. No me refiero a esos tipos que aspiran a tener una cita con una estrella de cine ni nada por el estilo. Puede que le resulte gracioso, pero admiro a Bertrand porque ha sabido encontrar algo en torno a lo cual organizar su vida, algo que no es solo material, ni egoísta. Y, visto así, no importa cómo sean sus cuadros. En realidad, da igual que lo que pinta no procure placer a ningún alma salvo a la suya.

—Pero si un hombre se pasa la vida pintando cosas que solo significan algo para él, ¿no estará siendo egoísta?

—Todo el mundo lo es, en cierto modo. Pero debe reconocerme que existen diferentes grados de egoísmo.

—Supongo que no me queda otra que reconocérselo. Y esta ambición suya ¿no la excluye a usted, de alguna manera?

—¿Cómo?

—Por ejemplo, si se pone a pintar cuando a usted le apetecería salir a dar una vuelta...

—Claro, pero intento que no me importe.

—¿Por qué?

—Y, por supuesto, no se me ocurriría hacerle ver a él que me importa. No es una situación fácil. Aunque mantener una relación con un artista es harina de otro costal, muy diferente a mantenerla con un hombre corriente.

Aquel comentario estaba destinado a resultar de lo más inoportuno para Dixon, sintiendo lo que parecía sentir por Christine, pero él, además, lo encontró nauseabundo. Su reacción —amparada por la oscuridad— fue poner cara de estar tragándose un limón, igual que habría hecho si lo hubiera escuchado en una película. Pero también supuso un alivio encontrar un matiz de vulgaridad adolescente en tan imponente fachada de madurez y refinamiento.

—No entiendo por qué —se vio obligado a responder.

—Bueno, quizá no me haya explicado bien, pero juraría que la labor de un artista le exige muchísimo en cuanto a la demostración de sentimientos, emociones, etcétera... Tanto que no le quedan fuerzas para los demás... Siempre que sea bueno en lo que hace, por supuesto. Pero también creo que un artista tiene necesidades especiales, ya me entiende, y que les corresponde a terceros proporcionárselas, siempre en la medida de sus posibilidades y sin hacer demasiadas preguntas.

Dixon no se atrevió a hablar. Más allá de sus propias convicciones sobre el asunto, la experiencia con Margaret le había bastado para tildar de repugnante la idea de que alguien pudiera tener «necesidades especiales», salvo que fuera posible satisfacerlas con una ráfaga de patadas en el culo. Entonces pensó que Christine debía de estar, quizá sin darse cuenta, citando a su novio o algún libro atroz que le hubiera prestado él, cuyo deseo de rodearse de niños neuróticos y enfermos para satisfacer dichas necesidades ni siquiera merecía la pena censurar aún. Dixon frunció el ceño. Hasta hacía solo un minuto Christine se había comportado y había hablado de un modo tan cabal que le costó creer que fuera la misma persona que había ayudado a Bertrand a arremeter contra él aquel fin de semana bohemio en casa de los Welch. Es curioso cuánto se les pega a las mujeres de sus novios, o del hombre con el que están en un determinado momento. Pero eso solo es malo cuando el tipo en cuestión también lo es; si, por el contrario, es bueno, la semejanza resulta enriquecedora. Un hombre adecuado sin duda podría erradicar —o al menos atemperar— esos modales refinados de alta alcurnia y tanta estúpida cháchara artística. ¿Acaso pensaba Dixon que él era el hombre adecuado? Ja, ja, ja. Por supuesto que sí.

—Escucha, Jim —dijo Christine.

Dixon sintió que le comenzaba a arder el cuero cabelludo. Era la primera vez que la joven le llamaba por su nombre de pila y le trataba de tú.

—¿Sí? —respondió precavido. Y se acomodó en su asiento.

—Te has portado muy bien conmigo esta noche permitiéndome divagar sobre mí misma. Y, según parece, tienes la cabeza muy bien amueblada. ¿Te importa que te pida consejo sobre un asunto?

—No, en absoluto.

—Ahora bien, ten presente que te lo pido porque quiero escuchar tu opinión, no por ninguna otra razón. —Christine hizo una pausa, y después añadió—: ¿Te queda claro?

—Sí, por supuesto.

—Verás... Por lo que has podido deducir al vernos juntos, ¿te parecería acertado que me casara con Bertrand?

Dixon sintió una punzada de asco.

—¿Eso no deberías decidirlo por ti misma?

—Por descontado... Soy yo quien se casará o dejará de casarse con él. Pero quiero saber qué piensas tú. No es que vaya a hacer lo que tú me digas. Solo quiero saber tu opinión al respecto...

Había llegado, indudablemente, el momento de que Dixon iniciara la campaña de bombardeos de precisión en su guerra contra Bertrand, pero le sorprendió su reticencia a abrir fuego. Una crítica razonable del enemigo, seguida de una síntesis de su reciente conversación con Carol, le brindaría grandes posibilidades de obtener una victoria total en esta batalla, o al menos de causar un notable número de bajas. Pero ese no era su estilo, de modo que se limitó a decir con calma:

—Creo que no os conozco lo suficiente. A ninguno de los dos.

—¡Venga ya...! —respondió Christine. Dixon se preguntó si habría tomado prestada la expresión del tío Julius—. No te estoy pidiendo que escribas una tesis doctoral. —Tal y como podría haber hecho Carol, Christine le pellizcó el brazo con tanta fuerza que al final no tuvo más remedio que quejarse. Luego, ella volvió a preguntarle con retintín—: ¿Qué piensas?

—En fin, es... ¿Quieres que sea totalmente sincero contigo?

—Sí, sí, por supuesto... Eso es lo que te estoy pidiendo. Venga, empieza de una vez.

—Bien... En ese caso, yo diría que no.

—Ya veo. ¿Y por qué no?

—Porque tú me caes bien; y él, no.

—¿Eso es todo?

—Es más que suficiente. Significa que cada uno de vosotros pertenece a una de las dos grandes clases en que se divide la humanidad: la gente que me cae bien y la que no.

—¡Qué simplicidad!

—De acuerdo... Si quieres razones, te las daré, pero recuerda que son las mías, aunque eso no significa que no puedan convertirse en las tuyas. Bertrand es un petardo, como su padre, al que lo único que le interesa en este mundo es él mismo. Ante cualquier asunto que le planteen, ignora las razones y los deseos de los demás. Es incapaz de otra cosa, ¿no crees? No es que vaya él primero y después tú... Se trata más bien de que él se considera el único jugador de la partida. Por Dios, eso que me has contado antes..., su empeño en dejarte siempre en mal lugar en vuestras grescas, demuestra que sabes de qué pasta está hecho. No entiendo por qué necesitas que te lo corrobore un extraño.

Christine estuvo un rato sin decir nada y después habló con un tono censor:

—Incluso aunque eso fuera cierto, no evitaría necesariamente que me casara con él.

—Sí, sé que las mujeres se mueren de ganas de casarse con hombres que ni siquiera les gustan. He tratado de explicarte por qué creo que no deberías casarte con él, no he dicho que no quieras hacerlo ni he vaticinado que vayas a rechazarle. Cuando las cosas que de una forma natural se desvanecen en una pareja se desvanezcan por su propio peso, vivirás un auténtico infierno. No podrás confiar en ese tipo por mucho que... Lo que trato de decirte es que Bertrand siempre anda a la gresca, y a ti te disgustan las peleas. ¿Estás enamorada de él?

—Esa es una palabra que no me importa demasiado —respondió como quien se dirige a un mercachifle malhablado.

—¿Por qué no?

—Porque no sé lo que significa.

—No digas eso —protestó Dixon, casi gritando—. No, no lo digas. Te habrás encontrado con esa palabra en conversaciones y en la literatura. Y no me vas a contar que cada vez que te la encuentras tienes que abrir un diccionario. Claro que no. Supongo que lo que quieres decir es que el amor es una cuestión personal. Disculpa que no haya empleado el término apropiado: puramente subjetivo.

—¿No lo crees tú así?

—Sí, sí... Pero tengo la impresión de que no opinas lo mismo de otras cosas. Si eres capaz de dilucidar si te gustan las ciruelas claudias, también sabrás decirme si estás enamorada de Bertrand... Siempre y cuando estés dispuesta a contármelo, claro.

—Simplificas demasiado. Lo único que sé en realidad es que hasta hace bien poco tenía muy claro que estaba enamorada de él, pero ahora no estoy tan segura. Estos vaivenes les son ajenos a las ciruelas claudias... Esa es la diferencia.

—De acuerdo, son ajenos a las ciruelas... Pero ¿y a los ruibarbos? ¿Qué me dices de los ruibarbos? Desde que mi madre dejó de obligarme a comerlos, los ruibarbos y yo hemos forjado una relación que fluctúa entre el amor y el odio...

—Todo eso está muy bien, Jim. El problema del amor es que te transporta a un estado en el que no puedes analizar tus propios sentimientos desapasionadamente.

—Y qué bueno sería poder hacerlo, ¿verdad?

—Claro que sí.

A Dixon volvió a escapársele otro grito, esta vez algo por encima del do medio.

—Aunque eres una gran persona, aún te queda mucho camino por recorrer, si me permites el comentario. Trata de analizar tus sentimientos desapasionadamente, si crees que debes hacerlo, pero ¡por el amor de Dios!, eso no tiene nada que ver con decidir si uno está enamorado. Es tan sencillo como la cuestión de las ciruelas claudias. Lo difícil, y para esto es necesario el desapasionamiento de marras, es resolver qué hacer con el enamoramiento: si uno está dispuesto a casarse con la persona a la que ama, etcétera.

—¡Vaya! Lo mismo que he dicho yo, pero con otras palabras...

—Las palabras lo cambian todo y, además, el procedimiento es otro. Cuando se trata del amor, la gente se ofusca, es incapaz de decidirse, y cuando se decide, lo echa todo a perder. Ocurre a diario. Saber si uno está enamorado es la mar de sencillo... Lo complicado no es resolver esta cuestión, sino qué hacer con ella una vez resuelta. Y creo que es posible mantener operativo el cerebro incluso aunque escuchemos la palabra mágica: «amor». Solo así conseguiríamos algo, en vez de revolcarnos en una orgía de introspección emocional sobre cuán enamorados estamos, sobre qué es el amor y todo eso... ¿A que nadie se pregunta qué son las ciruelas claudias, ni por qué nos gustan o nos dejan de gustar?

Sin contar sus clases, este era el discurso más extenso que Dixon había pronunciado en años; contando sus clases, el más coherente de lejos. ¿Cómo lo habría hecho? ¿El alcohol? No: estaba peligrosamente sobrio. ¿Excitación sexual? *NO*, dicho sea en cursiva y mayúsculas. Ese estado solía reducirlo rápidamente al silencio y, por norma, a la petrificación. Entonces, ¿qué? Era todo un misterio, pero en aquel momento se sentía demasiado feliz como para molestarse en averiguarlo. Dixon miró despreocupado al asfalto que se extendía ante ellos. Los setos, teñidos de una palidez arenosa por efecto de los faros, se ondulaban a su paso, se inclinaban y se arracimaban. El aislamiento del interior del coche le resultó reconfortante y natural.

Un movimiento de Christine, el primero en el que había reparado desde que comenzó el viaje, hizo que volviera la vista hacia ella. Se la encontró encorvada hacia adelante, mirando por la ventanilla.

—Y lo mismo puede aplicarse en el caso de que no te gusten las ciruelas claudias, desde luego —dijo ella con voz queda.

—¿Eh...? Sí, supongo que sí.

Dixon oyó su bostezo.

—¿Dónde estamos? ¿Lo sabes?

—Creo que a mitad de camino.

—Tengo un sueño tremendo. Es terrible... No quiero dormirme ahora.

—Ten un cigarrillo, te vendrá bien.

—No, gracias. Mira, ¿te importa que me eche una siesta de unos minutitos? Creo que me vendrá bien...

—Claro que no...

Mientras se acurrucaba en una esquina, Dixon luchó contra la decepción que le produjo la estratagema de Christine para librarse de su compañía. Hasta el momento, estaba convencido de que todo marchaba bien pero tal vez su política habitual de no explayarse era la correcta. Justo en ese instante, la joven Callaghan apoyó la cabeza sobre un hombro de Dixon y sus sentidos entraron en alerta extrema.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó—. El respaldo de este asiento es duro como el hierro.

—Adelante. —Obligándose a actuar primero y pensar después, Dixon deslizó un brazo por detrás de los hombros de ella. Christine movió la cabeza hacia adelante y hacia atrás sobre el hombro de él, hasta que por fin encontró una postura que le resultaba cómoda. Pareció quedarse dormida de inmediato.

El corazón de Dixon latía desbocado. Todo indicaba, ahora sí, que Christine estaba allí con él. Podía sentir su respiración, aquella sien ardiente recostada sobre su mandíbula y el hombro femenino bajo su brazo. Su cabello olía a limpio. La presencia del cuerpo de la joven Callaghan inundaba su mente por completo. Qué pena que su consciencia no estuviera presente. Pensó que su comportamiento se debía a una suerte de una maniobra para despertar su deseo, y que tan solo quería despertarlo para alimentar su vanidad. Pero de inmediato descartó la idea, tan manida y despreciable. Aquella muchacha era demasiado decorosa para hacer algo así; simplemente estaba cansada. Eso era todo. El taxi tomó una curva con brusquedad y Dixon se apoyó sobre un pie para mantener la posición de ambos. Él no podría echar una cabezada en esa postura, pero al menos se aseguraría de que ella no se despertara.

Haciendo delicadas contorsiones, cogió la caja de cerillas y el paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo. Se sentía más seguro que nunca: ahí estaba, completamente metido en su papel. Tal vez, como suele ocurrir en estos casos, cuantas más veces lo representara más probabilidades tendría de encarnarlo nuevamente en el futuro. Hacer lo que uno quiere es el único adiestramiento posible —el primer paso— para seguir haciéndolo. La próxima vez que viera a Michie se mostraría mucho menos respetuoso. Hablaría, sin embargo, mucho más con Atkinson. Y procuraría sacarle al tal Caton algo en claro sobre su artículo. Cauteloso, se acercó un poco más a Christine.

En ese momento, el conductor abrió el cristal separador y requirió más instrucciones en tono servil. Dixon se las dio. Finalmente, el taxi se detuvo en un extremo del sendero que llevaba a casa de los Welch. Christine se enderezó y, pasado un momento, preguntó:

—¿Me acompañas? Me encantaría que vinieras, porque no tengo ni idea de cómo voy a entrar. La criada no vive con ellos, creo.

—Por supuesto —dijo Dixon, intercambiando antes algunas palabras con el conductor. Dixon se negaba a abordar la cuestión del pago hasta que el taxi no le

llevara de vuelta a la pensión. Poco después, desaparecía en la oscuridad con Christine aferrada a su brazo como a un báculo.

—Creo que lo primero que tenemos que hacer es localizar una ventana —dijo Dixon, de pie junto a Christine frente a la casa en penumbra—. No nos conviene tocar el timbre, no sea que los Welch hayan llegado antes que nosotros. No creo que tuvieran intención de regresar demasiado tarde.

—¿No tenían que esperar a Bertrand, más que nada por el coche?

—Quizá hayan pedido un taxi... Pero, por si acaso, prefiero no llamar al timbre.

Avanzaron sigilosamente hacia la parte izquierda de la casa. Dixon tropezó en la oscuridad con algo que le golpeó de lleno en la espinilla y le hizo proferir un juramento ahogado. Christine se rio en silencio, como si se hubiera llevado una mano a la boca. Luego él identificó a tientas, y gracias a la agudeza visual que le habían procurado los minutos en penumbra, la causa de su dolor: se trataba de una fuente protegida por tablonces astillados y partidos por un golpe reciente, seguramente el de un coche que se había salido de la carretera. Tras tararear algunos compases de la melodía que había compuesto para Welch, le dijo a Christine:

—¡Lo tengo! El ventanal... Vamos a intentarlo por ahí, quizá esté abierto.

Encabezó la marcha, caminando de puntillas y haciendo crujir el suelo, y descubrió, como si de un buen augurio se tratase, que el ventanal ni siquiera tenía el pestillo echado. Aun así, dudó antes de entrar. Tal vez los Welch hubieran regresado ya a casa. ¿Tendría Welch algún tipo de afición imbécil —observar hongos fosforescentes o, quién sabe, meditar al estilo yogui— que requiriera el uso de una habitación a oscuras? Dixon imaginó horrorizado la dimensión y duración del ceño fruncido y expectante de Welch si le descubría allanando su casa con nocturnidad y alevosía en compañía de Christine.

—¿Está abierta? —preguntó Christine al codo de Dixon. Cuando susurraba, su voz adquiría el mismo matiz juvenil que Dixon había apreciado por teléfono.

—Sí, eso parece.

—Y, entonces, ¿por qué no entramos?

—De acuerdo. Allá vamos.

Dixon abrió el ventanal poco a poco, retiró una cortina que llegaba hasta el suelo y entró en la sala. El resto de las ventanas parecían cerradas a cal y canto, como si hubieran querido dejar la sala sellada. Avanzó lentamente con los brazos extendidos hasta que algún mueble le propinó el golpetazo gemelo del que acababa de recibir fuera segundos antes. Christine y él reaccionaron exactamente igual que antes, dando lugar a una situación un tanto extraña. Dixon avanzaba palpando las paredes con las manos para encontrar el interruptor de la luz.

—Voy a encender la luz —dijo—. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Allá vamos. —Tras bajar la clavija, se alejó de ella instintivamente al tiempo que la habitación se iluminaba a su alrededor. Sin darse cuenta, se había acercado mucho a Christine; sus caras quedaron a la misma altura. Sin dejar de pestañear ni de sonreír, ambos se miraron. Poco después, la sonrisa desapareció del rostro de ella, dejando paso a una expresión ansiosa. Sus ojos se estrecharon y su boca se movió en silencio, como si estuviera a punto de levantar los brazos. Dixon dio entonces el paso que le separaba de ella y, lentamente al principio para concederle todo el tiempo que pudiera necesitar si decidía retroceder y marcharse, la rodeó con sus brazos. Christine contuvo la respiración. Él, sin retenerla, la besó con suavidad durante unos segundos. Tenía los labios secos, más duros que blandos, y estaba ardiendo. Finalmente, dio un paso atrás. Su cuerpo parecía una figura imposible bajo la luz brillante de la estancia; una ilusión óptica. Dixon se sintió como si hubiera estado corriendo detrás de un autobús y un coche hubiera estado a punto de atropellarle en el instante en que iba a subir. Solo fue capaz de decir una cosa.

—Ha estado muy bien —dijo con una especie de vivacidad acartonada.

—Sí, ¿verdad?

—Ha merecido la pena volver del baile.

—Sí. —Christine se alejó—. Mira, estamos de suerte... Me pregunto de quién habrá sido la idea.

Sobre una mesita redonda descansaba una bandeja con tacitas, una petaca y galletas. Dixon, que estaba dando muestras ostensibles de ser proclive a los temblores y el tambaleo, experimentó una repentina mejoría en cuanto a su presencia de ánimo ante la aparición de la bandeja. Al menos, aquello significaba que podría quedarse un cuarto de hora más.

—¡Qué agradable sorpresa! —dijo.

Al cabo de un minuto, estaban sentados el uno al lado del otro en el sofá.

—Creo que será mejor que bebas de mi taza —dijo Christine—. Más nos vale que nadie se entere de que has estado aquí. —Se sirvió café y bebió un poco, y después le pasó la taza a él.

A ojos de Dixon, la intimidad forjada entre los dos condensaba y coronaba la noche. De repente, le vino a la memoria la máxima griega, o tal vez latina, según la cual ni tan siquiera Dios puede borrar lo acontecido, y le agradó pensar que el sorbo que acababa de beber de la taza de café de Christine permanecería, de algún modo, para siempre. Dixon le ofreció un par de galletas, que ella aceptó. Entonces recordó que, quizá por reivindicar su individualidad, Margaret nunca comía en las citas y siempre bebía café solo. También cabía la posibilidad de que lo tomara sencillamente para mantenerse despierta. Le agradó poder recordarla sin miedo, y prometió para sus adentros que enviaría a Gore-Urquhart una cajetilla de veinticinco Balkan Sobranie (mezcla Rusia imperial) por haber atraído sin querer su atención en el baile y haber dado pie a la artimaña del taxi. Pero acabó abandonando esas elucubraciones,

reconociendo que su origen se hallaba en el deseo de rehuir la certeza de que tendría que hacer ciertos progresos si quería que su *affaire* con Christine siguiera adelante. Sin duda, tendría que recurrir a su ventaja y contar lo que sabía para mantenerlo. Estaban sentados el uno junto al otro, una escena que desprendía un cierto aire de calma doméstica, aunque su corazón palpitaba con inquietud. Aun así, sentía una vaga esperanza: apenas tenía experiencia para lidiar con algo así, pero la vida le había demostrado que a veces se llega más lejos si uno no ha vivido ciertas experiencias.

—Me gustas mucho —dijo Dixon, que no tardó en vislumbrar un ademán remilgado en la respuesta de ella.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Apenas me conoces —respondió.

—Lo bastante para estar seguro. Créeme...

—Eres muy amable... El problema es que no hay mucho más que conocer, aparte de lo que ya sabes. Creo que no se me puede considerar alguien difícil de conocer...

—No te creo... Pero, aunque así fuera, tampoco me importaría. En lo que he descubierto de ti hasta ahora he encontrado razones de sobra para perseverar.

—Te advierto que no te va a hacer ningún bien.

—¿Por qué no?

—Para empezar, no me entiendo con los hombres.

—¡Qué tontería más grande, Christine! No intentes confundirme con melodramas absurdos. Una mujer como tú puede tener tantos hombres como desee.

—Los que me quieren no aguantan a mi lado mucho tiempo, como ya te he contado. Y me cuesta encontrar a alguno que me guste de verdad.

—En serio, no me vengas con esas. Hay decenas de hombres sensatos por ahí. Se me ocurren unos cuantos entre quienes pueblan la sala de profesores, sin ir más lejos. Bueno, un par... Pero, en cualquier caso...

—Ahí le has dado... ¿Ves como tengo razón?

—Dejémoslo estar —dijo Dixon—. Y, dime, ¿cuánto tiempo te vas a quedar esta vez?

—Unos cuantos días. Estoy de vacaciones.

—¡Estupendo! ¿Cuándo nos vemos?

—Oh, no seas ridículo, Jim... ¿Cómo nos vamos a ver?

—Pues tranquilamente, Christine. Cuéntales que vas a salir con tu tío Julius. Por lo poco que sé de él, creo que confirmaría tu versión.

—No insistas... No está bien... Los dos estamos comprometidos.

—Ya nos preocuparemos de ese asunto si llega el momento... Cuando nos conozcamos un poco mejor.

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo? Soy una simple invitada en esta casa... Bertrand me pidió que viniera, y soy su... Estoy comprometida con él. ¿Eres incapaz de ver lo mezquino que sería que saliera contigo a sus espaldas?

—Pues sí, Bertrand me cae tan mal que soy incapaz...

—Eso es lo de menos.

—No, no lo es. Jamás me oirás decir: «Usted primero, muchacho», a un tipo como él.

—Bueno, ¿y qué pasa con Margaret?

—Bien traído, Christine, qué duda cabe. Pero Margaret no tiene ningún derecho sobre mí.

—Ah, ¿no? Pues yo diría que ella cree que sí.

Dixon dudó y calló. Era consciente del inmenso silencio que había sucedido al comentario de ella. Entonces se cambió de postura en su asiento para poder mirar a la chica cara a cara.

—Mírame, Christine —le dijo en un tono menos severo—. Lo plantearé de otra manera: ¿te gustaría quedar conmigo? Olvidémonos de Bertrand y de Margaret por el momento.

—Sabes que me encantaría —dijo de inmediato—. ¿Por qué crees que te he permitido sacarme del baile?

—Así que ha sido eso... —Él la observó y Christine le sostuvo la mirada con la barbilla elevada y sin cerrar del todo la boca. Entonces la rodeó con un brazo y se inclinó sobre su pulcrísima cabellera rubia. Se besaron con más pasión que antes. Dixon se sintió arrastrado a alguna región lúgubre y vaporosa donde el aire era irrespirable de tan pesado y la sangre se licuaba para después diluirse. El cuerpo de ella, apoyado contra el suyo, estaba tenso. Uno de sus pechos se apretujaba contra el torso de él, que levantó una mano y la dejó caer sobre el otro. En ese mismo instante, la tensión desapareció por completo, pero Christine, aunque no apartó la boca, se quedó como inerte. Dixon, que se había percatado de ello, volvió a poner la mano en su hombro desnudo. La joven se apartó sonriéndole de un modo que le hizo flotar aún más que el beso. Como él siguió callado, habló ella:

—Sí, de acuerdo, pero sigo pensando que es una jugarreta. ¿Qué sugieres?

Dixon sintió que acababan de interrumpir su investidura como miembro de la Orden del Mérito para anunciarle que había ganado la quiniela y que le esperaba un cheque de seis cifras en el vestíbulo.

—Podríamos cenar en un hotel muy agradable que conozco en la ciudad —propuso.

—No, creo que será mejor que no hagamos planes por la noche, si no te importa.

—¿Por qué no?

—Solo porque creo que es mejor... Empezaríamos a beber, y yo...

—¿Es que tienes algún problema con el alcohol?

—Ninguno, pero será mejor que no bebamos juntos por ahora. Por favor.

—De acuerdo entonces. ¿Y un té?

—Sí, un té me parece bien. ¿Cuándo?

—¿Qué tal el lunes?

—No, el lunes no puedo... Bertrand recibirá a unos tipos a los que quiere que conozca. ¿El martes?

—Estupendo. ¿Las cuatro es una buena hora? —Dixon le explicó cómo llegar al hotel donde se encontrarían y, cuando apenas había terminado de darle las señas, se oyó el ruido inconfundible de un vehículo que se aproximaba—. ¡Dios mío, ya están aquí! —dijo, susurrando de nuevo instintivamente.

—¿Qué vas a hacer?

—Esperaré a que entren por la puerta principal y saldré por la ventana. Ciérrala cuando esté fuera.

—Bien.

El coche empezó a moverse hacia la parte delantera de la casa.

—¿Te ha quedado claro dónde te he citado? —preguntó Dixon.

—No te preocupes... Allí estaré. A las cuatro en punto.

Se acercaron a la ventana y se abrazaron hasta que, tras un espantoso traqueteo, el motor del coche se apagó. Oyeron alejarse unos pasos.

—Muchas gracias por esta encantadora velada, Christine.

—Buenas noches, Jim. —Se apretujó contra él y se besaron fugazmente. Acto seguido, Christine se separó con un «Dame un minuto» y corrió hasta la silla donde había dejado el bolso.

—¿Qué pasa?

Cuando regresó, le entregó un billete de una libra:

—Para el taxi.

—No seas tonta, yo...

—Venga, no protestes... Van a llegar en menos de un segundo. Te va a costar una fortuna.

—Pero...

Christine le metió el dinero en el bolsillo del pecho a la vez que fruncía el ceño, retorció la boca y movía la mano derecha para hacerle callar. Dixon recordó a una tía suya que de niño le obligaba a aceptar a la fuerza chucherías y manzanas con el mismo gesto.

—Seguramente gano yo más que tú —dijo. Y le empujó hacia la ventana, adonde llegaron justo cuando la voz de Welch, en fase atiplada y maníaca, se volvió audible—. Rápido. Te veo el martes. Buenas noches.

Dixon se escabulló por la ventana y lanzó un beso a la oscuridad mientras Christine cerraba la ventana y corría la cortina. El cielo estaba más claro que hacía un rato, y había suficiente luz para encontrar el camino sin problemas. Descendió hasta la carretera, sintiéndose más cansado de lo que recordaba haberse sentido en toda su vida.

«**E**stimado señor Johns —escribió Dixon, aferrándose al lápiz como a un cuchillo de pan—: Le escribo para informarle que estoy al tanto de lo que se trae entre manos con la *joben* Marleen Richards. La *joben* Marleen es una muchacha decente y no *ba* a perder el tiempo con un tipo como *ustez*, le tengo calado. Es una muchacha decente y no *permitire* que le llene la cabeza de arte y *musica*. Es demasiado buena para eso, y *boy* a casarme con ella, que es *mas* de lo que hacen los tipos como *ustez*. Así que *mantengase* lejos de ella, señor Johns, esta *sera* mi *unica avertencia*. Esta es una carta amistosa y no le estoy amenazando, pero *mas* vale que haga lo que le digo o, si no, nos *encontrara* a *mi* y a mis compañeros del Sindicato en su camino, y puede estar seguro que no nos cruzaremos para preguntarle *como* le va. *Cuidese* y aléjese de la *joben* Marleen si sabe lo que le conviene. Atentamente, Joe Higgins».

Dixon la leyó en alto y juzgó admirable la consistencia estilística y ortográfica. Ambas se inspiraban, en parte, en las redacciones de sus alumnos menos aventajados. No tenía mucha fe en conseguir mantener el engaño durante demasiado tiempo, más que nada porque estaba seguro de que Johns no había llegado más que a mirar de reojo a Marlene Richards, una mecanógrafa de la oficina. Pero, en cualquier caso, se llevaría un buen susto (y sus compañeros de la pensión pasarían sin duda un buen rato) cuando abriera la carta en la mesa del desayuno y la leyera frente a su tazón de cereales. Dixon escribió: «Para: Señor Johns» y la dirección en un sobre barato que no había comprado para la ocasión, metió en él la carta y, por último, tras pasar un dedo por el suelo, emborronó la solapa con un manchurrón. Luego pegó un sello babeado a conciencia para darle mayor verosimilitud a su artimaña. La llevaría a la oficina de correos a la hora de comer, camino del bar donde solía echar un trago a mediodía, aunque antes tendría que comenzar a preparar la famosa lección magistral sobre la Vieja Inglaterra. Pero antes incluso de eso comprobaría el estado de sus finanzas y trataría de remediar el estado de quiebra técnica para tratar de regresar al de mera ruina inminente. Y, antes aún, meditaría durante un par de minutos sobre Christine y el apoteósico final del baile de la noche anterior.

Dixon fue incapaz de recordar y de pensar con coherencia en lo que Christine y él se habían dicho en casa de los Welch. Tampoco logró evocar el beso, más allá del goce que había supuesto para él. Estaba tan ilusionado con la cita del martes por la tarde que tuvo que levantarse de la cama y dar un paseo por su habitación para calmar sus nervios. Lo ideal sería que consiguiera convencerse de que Christine le daría plantón, y así cualquier otra posibilidad sería siempre mejor. El problema vino cuando se imaginó, con toda suerte de detalles, el gesto con que la joven avanzaría hacia él en el salón del hotel. Mientras miraba distraído por la ventana hacia el jardín

trasero de la pensión, iluminado por un sol espeso e inclemente, visualizó la cara de ella con toda nitidez. Entonces se percató de que, cuando no estaba velado por la máscara de hostilidad, aquel rostro se transformaba, por efecto de algún tipo de fenómeno fisonómico, en otro bien distinto. Algunas de estas nuevas caras eran radicalmente distintas a la suya... De repente, descubría en ellas la sonrisa permanente de un acróbata o de su pareja de baile en un tango, o el rostro deslumbrado por el sol de alguna fulana de lujo fotografiada en una lancha a motor en la Riviera, o la mirada tontorrón y enfurruñada de las chicas de los pósteres, o el ceño fruncido de una jovencita algo histérica y no muy agradable. En todo caso, todos ellos eran rostros femeninos. Dixon carraspeó con fuerza al caer en la cuenta de que Margaret le había recordado más de una vez a un hombre de acento ininteligible y gafas de militar al que conoció de vista en la RAF (y de quien supo que no desempeñaba otro oficio distinto del de esquilmar el servicio de aprovisionamiento y sonarse la nariz con una manga).

Para apartar este pensamiento de su cabeza, abrió el armarito donde guardaba sus utensilios y accesorios de fumador: auténticas piezas de coleccionista, algunas demasiado costosas para su bolsillo. Dixon, que nunca había podido fumar tanto como habría deseado hacerlo, había ido acumulando este arsenal de artilugios con la esperanza de poder hacerlo: el paquete disecado de cigarrillos baratos, la pipa de cerezo, el paquete rojo de papel de fumar, el paquete de escobillas para limpiar la pipa, la máquina de cuero para liar tabaco, el atacador cuatripartito, el paquete estrujado de tabaco barato para pipa, el paquete de filtros de lana de algodón (un producto innovador), la máquina de níquel para liar tabaco, el paquete de mezclas herbales (libre de nicotinas y otras sustancias perjudiciales... ¿Por qué?), una tarrina herrumbrosa de tabaco caro para pipa y un paquete de filtros de pizarra. Dixon sacó un cigarrillo de la cajetilla que llevaba en su bolsillo y lo encendió.

En la parte baja del armarito estaban las botellas de cerveza de coleccionista que constituían su único método infalible de ahorrar dinero. Había nueve, pero dos pertenecían a un bar que se encontraba bastante lejos de su pensión. De hecho, las había comprado para beberse en el viaje de vuelta en autobús de una cena de la Toynbee Society, en febrero, y olvidar el discurso traumáticamente vergonzoso que había pronunciado Margaret en el ágape. Pero la joven, que viajaba sentada tras él, vetó el propósito por razones disciplinarias, a pesar de que había muchísimos estudiantes en el autobús y la mayoría estaba bebiendo cerveza. Dixon se estremeció e intentó espantar el recuerdo calculando el valor de venta de los otros siete recipientes. Dos chelines y ocho peniques en total; mucho menos de lo que creía. Visto lo visto, lo mejor era dejar para otro día lo de comprobar el estado de sus finanzas. Estaba a punto de dejar los apuntes de la lección magistral cuando, después de haber llamado con los nudillos a la puerta, Margaret entró en la sala. Llevaba puesto su vestido verde de cachemir y los zapatos de falso terciopelo.

—Hola, Margaret. —La saludó con un afecto que nacía en cierto modo del sentimiento de culpa. Pero ¿por qué se sentía culpable? En realidad, se había comportado con mucho tacto con ella al dejarla con Gore-Urquhart en el baile.

Margaret, que le miró con esos aires suyos de no estar del todo segura de con quién hablaba, consiguió turbarle.

—¡Ah, hola! —contestó.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó él, manteniendo su sonrisa de pacotilla—. Siéntate. —Dixon arrastró el inmenso y lisiado sillón, del mismo tamaño y diseño que los que abundaban en las salas de fumadores del Pall Mall. Este ocupaba casi la mitad del espacio que dejaba libre la cama—. ¿Un cigarrillo? —Volvió a sacar la cajetilla para demostrarle que la oferta era sincera.

Margaret, mirándole aún, negó lentamente con la cabeza, como un doctor que anuncia a los familiares de su paciente que no hay esperanza. Su tez tenía un toque amarillento, pero su nariz estaba roja, como si se la hubieran pellizcado. Siguió de pie sin pronunciar palabra.

—Bueno, ¿cómo va todo? —preguntó Dixon con la sonrisa en la boca.

Margaret volvió a menear la cabeza, esta vez un poco más despacio, y se sentó en el brazo del sillón, que crujió levemente. Él lanzó su pijama a la cama y se acomodó en una silla con respaldo de caña, de espaldas a la ventana.

—¿Me odias, James? —dijo Margaret.

Dixon quiso abalanzarse sobre ella y tirarla al suelo, hacer un ruido tan soez como ensordecedor bien cerca de su cara y luego meterle un abalorio por la nariz.

—¿Qué quieres decir? —repuso él.

Le costó un cuarto de hora explicárselo. Margaret hablaba rápido y con fluidez, revolviéndose compulsivamente sobre el brazo del sillón y dando pataditas con las piernas, como si alguien estuviera martilleándole las rodillas. De cuando en cuando, sacudía la cabeza para devolver a su sitio mechones de pelo imaginarios, y también doblaba y estiraba una y otra vez los pulgares. ¿Por qué la había abandonado en el baile? O, mejor dicho, puesto que tanto ella como él y todos los demás sabían por qué, ¿quién se había creído que era para hacer algo así? ¿Cómo había sido capaz? A cambio de una respuesta a estas tres preguntas y otras similares, Margaret le informó de que los tres Welch estaban pidiendo a gritos su cabeza y de que Christine había hablado de él con un tono despectivo aquella misma mañana, durante el desayuno. No hizo mención de Gore-Urquhart, salvo para atacar a Dixon por la grosería de haberse marchado del baile sin despedirse de él. Dixon sabía por experiencia que contraatacar a Margaret constituía siempre un error, pero estaba tan enfadado que no pudo controlarse.

—No veo a santo de qué viene tanto aspaviento —dijo, con el corazón palpitante, cuando se aseguró de que Margaret no tenía nada más que decir sobre tío Julius—. Cuando me marché del baile daba la impresión de que te las estabas arreglando perfectamente tú solita.

—¿Qué demonios pretendes insinuar con eso?

—Pues que no le diste tregua a Gore-Urticaria... De hecho, te tuvo tan embebida que no te dejó tiempo para cruzar una sola palabra conmigo. Si lo pasaste mal, fue porque tú misma te lo buscaste. Jamás en mi vida he visto semejante exhibición de...

—En ese instante, Dixon, que se sentía incapaz de reunir la indignación y la superioridad moral necesarias para soltarle lo que pensaba, bajó la voz.

Margaret le observó con los ojos abiertos como platos.

—No querrás decirme que...

—Ya lo creo que sí... ¡Vaya que sí!

—James... No sabes de lo que hablas... —repuso pronunciando cada sílaba con dificultad, como un extranjero leyendo de un manual de conversación—. De verdad, me dejas de piedra... Yo... No sé ni qué decir. —Empezó a tiritar—. Simplemente estuve charlando con aquel hombre un rato, eso fue todo... Y ahora me acusas de haber intentado flirtear con él... Eso es lo que tratas de insinuar, ¿no es así? —Su voz tembló grotescamente.

—Sí, eso mismo —dijo Dixon, tratando de teñir de cólera sus palabras—. De nada serviría negarlo. —Pero solo consiguió parecer un poco enfadado y mohíno.

—¿De veras piensas que estaba coqueteando?

—Tendrás que reconocer que eso es lo que parecía...

Margaret se levantó, se acercó a Dixon —tanto que este se estremeció— y se puso a mirar por la ventana. Desde su sitio, él no alcanzaba a verle la cara sin torcer el cuello, así que se sentó en el brazo del enorme sillón lisiado. Margaret se quedó de pie un buen rato, sin moverse; tanto que Dixon empezó a albergar la esperanza de que se hubiera olvidado de él. Quizá en unos minutos pudiera escabullirse sigilosamente al bar. Pero entonces ella comenzó a hablar con bastante serenidad.

—Me temo que no entiendes casi nada, James. Creía que me entendías, pero ahora... ¿Sabes qué? En realidad no me importa que me digas cosas tan sumamente ofensivas, porque sé que luego te sientes mal... O, al menos, eso espero, por la cuenta que me trae. No considero que esa actitud tuya de intentar fustigarme sea para tanto... Lo que en realidad me entristece es el cisma inmenso que se abre entre nosotros. Me digo: «Qué pena, no me conoce, y nunca me ha conocido». ¿Me entiendes?

Dixon no puso ninguna de sus caras. Temía que Margaret pudiera verlas reflejadas en la ventana.

—Sí —contestó.

—No me gustaría tener que insistir en este asunto, James... Me parece tan poca cosa, tan nimio y tan trivial..., pero supongo que más vale que lo haga. —Suspiró—. ¿No eres capaz de distinguir entre...? No, es evidente que no... Te voy a contar una cosa, solo una, para ver si así te quedas contento. —Margaret se giró y le miró de frente, y entonces, menos sosegada que segundos antes, dijo—: Después de que te marcharas, no volví a hablar con Gore-Urquhart. Él se pasó todo el tiempo de

cháchara con Carol Goldsmith. Así que yo, gracias a ti, no tuve más remedio que ponerme a charlar con Bertrand... —Elevó la voz—. Y te puedes figurar qué clase de...

—¡Vaya por Dios! —Dixon arrancó a hablar antes de que le diera tiempo a controlarse. Todo ese dichoso juego le estaba asqueando de verdad. Le provocaba tanta repulsión la carta que le correspondía a Bertrand, como la partida de póker (y no precisamente de *strip-poker*) que Margaret y él se empeñaban en jugar. Se mordió los labios y se prometió a sí mismo que aceptaría de buen grado todas las jugarretas que la joven le tuviera preparadas. Recordó el consejo de Carol de no lanzarle ningún salvavidas. En fin, le arrojaría el último, pero no malgastaría ni un segundo más tratando de congraciarse con ella. Y no porque estuviera agotando sus poderes de conciliación, que de hecho los estaba agotando, sino porque hacerlo era una pérdida de tiempo—. Escúchame, Margaret —dijo Dixon—. No tengo ninguna intención de hacerte daño gratuitamente, como bien sabes, aunque tú te empeñes en decir lo contrario. Pero, por tu propio bien, y también por el mío, conviene que te queden claras algunas cosas. Sé que lo has pasado muy mal... Y sabes que lo sé. Pero no te hará ningún bien seguir pensando lo que sin duda piensas de mí y de nuestra relación. Eso solo empeorará las cosas. No sé cómo explicarte que debes dejar de depender de mí emocionalmente. Reconozco que quizá me equivoqué con tu actitud en el baile, pero, equivocado o no, eso no cambia las cosas. Seguiré defendiéndote y hablándote y comprendiéndote, pero ya me he cansado de que se me obligue a ocupar una posición falsa. Métete en la cabeza que he perdido cualquier interés que pudiera haber llegado a sentir por ti como mujer, como alguien a quien hacerle el amor o con quien acostarme... No, espera, no me interrumpas. Esta vez vas a escucharme hasta el final. Como te acabo de decir, el asunto del sexo entre nosotros está zanjado, si es que alguna vez no lo estuvo. Pero no creas que estoy culpando a nadie... Solo trato de decirte que debes dejar de contar conmigo para esas lides. Así son las cosas. Y en verdad no lo lamento, porque uno no puede lamentar lo irremediable, y ni tú ni yo podemos hacer nada para remediar esto... Eso es todo.

—¿No creerás que quiere nada contigo? ¿Con un mísero pelmazo de provincias como tú! —Margaret estalló en cuanto Dixon terminó de hablar—. ¿O es que ya ha pasado algo entre vosotros? A lo mejor solo quería un...

—No seas fantasiosa, Margaret. Bájate del escenario un momento, anda.

Se quedaron en silencio. Después, Margaret dio un paso adelante, apoyó las manos en los hombros de Dixon y se tiró sobre la cama, arrastrándolo a él con ella. Hacía un ruido extraño, una suerte de lamento constante, reiterado y atiplado que sonaba como si surgiera de lo más hondo de sus tripas, como si siempre hubiera estado enferma y quisiera seguir estándolo. Además, se le habían caído las gafas. Dixon la ayudó a tumbarse en la cama. De vez en cuando, ella dejaba escapar un alarido amortiguado de terror... Luego, apretujó la cara contra el torso de él. Dixon no sabía si se había desmayado, si se encontraba en pleno ataque de histeria o si solo

se había desmoronado y no podía parar de llorar. Fuera lo que fuese, no supo cómo lidiar con ello. Al final, se sentó en la cama, y Margaret cambió de posición para apoyar la cara en su muslo. Dixon sintió al momento la humedad del llanto filtrarse por la tela. Intentó levantarla, pero pesaba tanto que no había quien la moviera. Además, le temblaban los hombros más de lo que parecía normal en una situación así. Entonces se levantó ella sola, tensa y temblorosa, y profirió a voz en grito una sucesión de aullidos agudos que fue alternando con profundos lamentos. El pelo le cubría los ojos; apretaba los labios y los dientes le castañeteaban. Tenía el rostro humedecido por la saliva y las lágrimas. Cuando Dixon la llamó por su nombre, ella se escabulló violentamente hacia un lateral de la cama, colocándose detrás de él. Se quedó en esa esquina con los brazos extendidos, retorciéndose de dolor entre terribles alaridos. Después se calló y empezó a suspirar. Dixon la agarró de las muñecas.

—¡Margaret, Margaret! —gritó. Ella le miró con los ojos fuera de las órbitas y trató de zafarse. Desde el exterior les llegó el sonido de unos pasos: unos subían las escaleras, otros las bajaban. Entonces se abrió la puerta y entró Atkinson, seguido de la señorita Cutler. Dixon los miró.

—Conque tenemos un ataque de histeria, ¿eh? —dijo Atkinson, abofeteando a Margaret en la cara con lo que a Dixon le pareció una fuerza excesiva. Después, apartó a su amigo de un empujón, se sentó en la cama y sujetó a Margaret por los hombros, sacudiéndola enérgicamente—. Creo que queda algo de *whisky* en mi armario, arriba. Ve y tráelo.

Dixon salió de la habitación y se apresuró escaleras arriba. Con cierta sorpresa, descubrió que en aquellos instantes solo era capaz de pensar en las semejanzas entre el tratamiento real de un ataque de histeria y el ficcional o cinematográfico. Al final, encontró el *whisky*. Le temblaban tanto las manos que estuvo a punto de hacer añicos la botella. La descorchó y le pegó un trago, procurando no toser. Cuando regresó a su habitación se encontró todo más calmado. La señorita Cutler, que estaba observando a Atkinson y a Margaret, observó a Dixon de reojo, no con recelo ni para hacerle ningún reproche, sino para darle, en silencio, la razón. Ese gesto estuvo a punto de hacerle llorar. Atkinson levantó la vista pero no cogió la botella.

—Consígueme un vaso o una copa.

Dixon sacó una copa del armarito, vertió un poco de *whisky* en ella y se la dio a Atkinson. La señorita Cutler, más temerosa de su inquilino que nunca, se situó junto a Dixon y observó cómo le administraban el *whisky* a Margaret.

Atkinson la levantó con cierta dificultad e intentó mantenerla incorporada. Los lamentos cesaron, y los temblores pasaron a ser menos violentos. Margaret tenía el rostro rojo por los bofetones que le había propinado Atkinson. Cuando este le acercó el *whisky* a la boca, la copa tintineó contra sus dientes y su respiración se volvió audible. Con inquietante previsibilidad, Margaret se atragantó y tosió, bebió un poco más, volvió a toser y luego bebió otro trago. Después dejó de temblar y comenzó a mirar a su alrededor.

—Lo siento —dijo con la voz queda.

—No pasa nada, muchacha —respondió Atkinson—. ¿Un pitillo?

—Sí, por favor.

—Marchando, Jim.

La señorita Cutler sonrió, dijo algo ininteligible y después se marchó en silencio. Dixon encendió tres cigarrillos, y Margaret se sentó en una esquina de la cama. Atkinson mantenía el brazo sobre sus hombros.

—¿Ha sido usted el que me ha pegado? —le preguntó.

—Así es, muchacha. Y, por lo que veo, las bofetadas le han sentado de maravilla. ¿Cómo se encuentra ahora?

—Mucho mejor, gracias. Un poco confundida, pero, por lo demás, bien.

—Me alegro. Intente no moverse durante un rato. Así, ponga aquí los pies y descanse.

—No hay necesidad de...

Atkinson le levantó los pies, los colocó sobre la cama, la descalzó y se quedó mirándola.

—Quédese ahí diez minutos al menos. La dejo al cuidado del hermano Jim. Beba un poco más de *whisky* cuando haya terminado la copa, pero no deje que Jim se acerque a ella. Le prometí a su madre que haría todo lo posible para que no se emborrachara. —Atkinson observó la cara de tártaro de Dixon—. ¿De acuerdo, muchacho?

—Sí, gracias, Bill. Has sido de gran ayuda...

—¿De acuerdo?

—Muchísimas gracias, señor Atkinson... Ha estado usted maravilloso. Jamás podré agradeceréelo lo suficiente...

—Está bien, muchacha. —Se despidió de ellos con una inclinación de cabeza y se fue.

—Siento mucho lo que ha pasado, James —dijo Margaret en cuanto la puerta se cerró.

—Ha sido culpa mía.

—No... Siempre dices lo mismo. Pero esta vez no te lo voy a permitir. Simplemente no he podido soportarlo, eso es todo. Me he dicho para mis adentros: «No lo soporto, tengo que pararle», y entonces he perdido el control de mí misma. Eso ha sido todo. ¡Qué estúpido e infantil! En realidad, no te falta razón... Más vale no poner paños calientes a la verdad. Me he comportado como una perfecta idiota.

—De nada sirven los reproches. No has podido evitarlo.

—No, no he podido, pero tendría que haberlo hecho. Siéntate, James. No paras quieto, y me estás sacando de quicio.

Dixon arrastró la silla con respaldo de caña hasta colocarla junto a la cama. Al verse sentado y mirando a Margaret recordó cómo había estado a su lado, sentado y mirándola, aquella vez, cuando la visitó en el hospital tras su intento de suicidio. Pero

entonces tenía un aspecto bien diferente, más enclenque y débil, con el pelo recogido en un moño a la altura de la nuca. Y aun así, de alguna manera, en aquellos momentos parecía menos angustiada que ahora. Al fijarse en sus labios emborronados, en su nariz húmeda y en los cabellos alborotados, le invadió una tristeza infinita.

—Será mejor que te acompañe de vuelta a casa de los Welch —dijo.

—Ni lo menciones. Más te vale mantenerte alejado de ese lugar durante el mayor tiempo posible.

—Sinceramente, todo eso me da igual. Y, además, tampoco hace falta que entre. Al menos iré contigo en el autobús.

—No seas ridículo, James. Es del todo innecesario. Me encuentro perfectamente. O lo estaré en cuanto le dé otro sorbo al estupendo *whisky* del señor Atkinson. Sé un ángel y sírve me un poco más, anda.

A Dixon le alivió la idea de no tener que acompañarla en el autobús. A esas alturas, conocía a Margaret lo suficiente como para saber que su rechazo era genuino. No es que no estuviera preocupado por ella; lo estaba, y mucho, hasta el punto de que la carga le resultaba casi insoportable, tanto como para haber llegado a confundir en su fuero interno la preocupación con la culpa. Dixon le entregó la copa sin mirarla. No dijo nada, pero esta vez no por su legendaria incapacidad para expresarse, sino porque no se le ocurrió nada que decir.

—En cuanto me termine el *whisky* y me fume el cigarrillo, me marchó. Hay un autobús que pasa a las veinte y que me deja muy cerca. ¿Me acercas un cenicero, James?

Dixon le acercó un cenicero de cobre que incluía el grabado, en alto relieve, de un pequeño barco de guerra y la leyenda «Torpedero HMS Ribble». Margaret echó en él la ceniza y luego se sentó en una esquina de la cama, sacó unos cosméticos de su bolso y comenzó a maquillarse.

—¿No te parece extraño que esto vaya a acabar así? —preguntó como si tal cosa, mirándose en su espejo de bolsillo—. De esta manera tan indigna. —Dixon no respondió, y ella siguió hablando y gesticulando a ratos con la boca para pintarse los labios—. Tampoco fue demasiado digno mientras duró... Yo montaba en cólera cada dos por tres y tú procurabas hacerme madurar a regañadientes. No, no ha sido justo para ti. —Se embadurnó de nuevo la boca con el pintalabios y volvió a mirarse en el espejo—. Has hecho todo lo que podría haber hecho un hombre, y más de lo que habría hecho la mayoría, créeme. No hay nada que debas reprocharte. En realidad, no sé cómo has aguantado... Me temo que no te lo he hecho pasar demasiado bien... Y por eso has decidido acabar con todo. —Entonces cerró el espejo bruscamente y lo metió en el bolso.

—Sabes que te tengo cariño, Margaret —dijo Dixon—. Pero no funcionaría. Eso es todo.

—Lo sé, James. No te preocupes por nada. Estaré bien.

—Acude a mí siempre que las cosas te vayan mal. Si es que puedo hacer algo por ti.

Margaret sonrió con reserva ante su ofrecimiento.

—Por supuesto —dijo, casi como si estuviera consolándolo.

Dixon levantó la cabeza y la miró. Aunque las rojeces se habían atenuado, aún se distinguían zonas encarnadas en sus mejillas bajo los polvos del maquillaje. Sin embargo, con las gafas puestas, apenas se percibía la leve hinchazón de los ojos. A Dixon le pareció increíble que acabara de sufrir un ataque de histeria, y también se lo pareció que él mismo, con solo abrir la boca, hubiera desencadenado esa reacción. Mientras la observaba, Margaret apagó el cigarrillo en el torpedero HMS Ribble y se levantó sacudiéndose la ceniza del vestido.

—Con esto queda todo dicho, supongo —dijo con delicadeza—. En fin... Adiós, James.

Dixon sonrió vacilante. Qué pena, pensó, que no fuera más guapa y que no le diera por leer los consejos de los periodicuchos de tercera sobre qué color de pintalabios le va mejor a la tez de cada cual. Si remediara en un veinte por ciento estos dos deméritos, a buen seguro no se habría encontrado en semejantes aprietos: los vicios y el morbo propios de la soledad habrían permanecido latentes, y a buen recaudo, hasta la vejez.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó Dixon.

—Deja de preocuparte por mí... Estoy perfectamente. Ahora tengo que irme o perderé el autobús... Y si lo pierdo llegaré tarde a comer, y ya sabes cómo es la señora Neddy con el horario de las comidas. En fin, estoy segura de que volveremos a vernos más pronto que tarde. Adiós.

—Adiós, Margaret. Hasta pronto.

Margaret se marchó sin responderle.

Dixon, en un acceso atrabiliario para el que no encontró explicación, apagó su cigarrillo ensañándose con el puente del Ribble. Se dijo a sí mismo que, en cuanto se sobrepusiera al desconcierto, se alegraría de haberle dicho a Margaret lo que tanto tiempo llevaba queriendo decirle, pero aquello no terminó de convencerle. Cuando pensó en la cita con Christine del día siguiente, no sintió ningún placer. Parte, aunque no sabía muy bien qué parte exactamente, de lo sucedido en la última media hora lo había estropeado todo. El camino hacia Christine se volvería intransitable en algún punto del recorrido, y al final todo saldría mal por alguna razón que se sentía incapaz de presagiar. No porque Margaret fuera a entrometerse y a mandarlo todo al traste alertando a Bertrand y a sus padres; tampoco porque él, Dixon, tuviera que tragarse, a la fuerza, las palabras que había pronunciado frente a Margaret. Era algo menos improbable que lo primero y más difícil de resistir que lo segundo, y más confuso que lo uno y lo otro. Simplemente, todo parecía haberse torcido de repente.

Dixon, abstraído, se peinó frente al pequeño espejo sin marco de su habitación. Se negó a pensar en el ataque de histeria de Margaret. Tenía la sospecha de que este

episodio acabaría sumándose a los otros tres o cuatro que le hacían retorcerse en la silla o en la cama con remordimiento, miedo o vergüenza cada vez que los recordaba. Quizá el brote de histeria reemplazara al que entonces coronaba la lista: el recuerdo de cuando le empujaron al otro lado del telón tras un concierto escolar para entonar el Himno Nacional. Aún podía oír su propia voz, plana y grave, retumbando con afectación: «Y ahora... quiero que todos ustedes... se unan a mí, si son tan amables, y canten...». Después dio la entrada a los cánticos en un tono que quedaba media octava por arriba o por debajo del correcto —pasaba de una a otra cada par de notas—, y siempre iba medio compás por detrás o por delante de la audiencia. Al final, escondió su rostro ardiente tras el telón, entre ovaciones, aplausos y risotadas. Dixon, de vuelta en el presente, se contempló en el espejo, y este le devolvió una mirada hosca y preñada de autocompasión.

Después, agarró la botella de *whisky* de Atkinson y se dirigió hacia la puerta con la intención de proponerle a su dueño que se tomaran un par de pintas de cerveza en el bar de la esquina. Pero antes volvió sobre sus pasos y cogió la carta para Johns. No había razón para no enviarla.

A las ocho y cuarto de la mañana siguiente, Dixon bajó a toda velocidad las escaleras, y no solo para estar presente cuando Johns leyera la carta, sino porque quería (más bien debía) dedicar un buen rato a preparar su lección magistral sobre la Alegre Inglaterra. No le hacía mucha gracia desayunar tan pronto. Había algo en los copos de maíz de la señorita Cutler, en sus huevos fritos blancuzcos y en su beicon rojizo, en sus tostadas explosivas y en su café diurético —perfectamente pasables a las nueve en punto, su hora habitual de desayuno—, que a las ocho y cuarto de la mañana conseguía convocar desde cada recoveco de su cuerpo todo un repertorio de jaquecas etílicas, náuseas y ecos atronadores. Este vértigo retrospectivo le asaltó aquella mañana con la brusquedad acostumbrada. Se sentía como si las tres pintas de cerveza que se había bebido la noche anterior en compañía de Bill Atkinson y Beesley hubieran sido precedidas, mediante algún atajo inmundo en el continuo espacio tiempo, por una botella de jerez de origen británico. O como si hubiera rematado el día con media docena de copas de vino peleón. Dixon, con las manos sobre los ojos como quien trata de protegerse del humo de una hoguera, rodeó la mesa, se dejó caer en una silla y echó un chorro de leche azulada en una taza de copos de avena. Salvo él, no había nadie más en el comedor.

Dixon, que evitaba por todos los medios pensar en Margaret y, por alguna razón, tampoco quería pensar en Christine, se sorprendió centrado en la preparación de su intervención. La tarde anterior había intentado convertir sus apuntes en un borrador. De la primera página de estos había conseguido sacar una página y tres líneas de borrador pasable. A ese ritmo, y con las notas que tenía entonces, sería capaz de hablar durante once minutos y medio aproximadamente. Debía encontrar algo que le permitiera explayarse durante los cuarenta y ocho minutos y medio restantes, aunque quizá pudiera descontar un minuto de presentación y otro para beber agua, toser y pasar de página (y ninguno para los aplausos y la ovación final). Tendría que ingeniárselas para sacar más material con el que ocupar todo ese tiempo. Solo se le ocurrió responder a la anterior cuestión con una pregunta: «Sí, pero ¿de dónde?». ¡Ya está...! Le pediría a Barclay que le prestase uno de sus libros de música medieval al que dedicaría, como mínimo, veinte minutos, seguidos de una disculpa por permitir que «esta afición personal se me haya ido de las manos». Welch se lo tragaría. Dixon hizo unas cuantas pompas con la leche que había en su cuchara mientras pensaba en lo fastidioso que era tener que transcribir tal cantidad de datos aborrecibles, pero enseguida le animó la idea de poder hacer algo útil sin necesidad de devanarse mucho los sesos. «Habrà quien crea —susurró para sus adentros— que una materia tan alejada de los hábitos ordinarios del pensamiento como es la música, o la cultura

musical, explica con escaso tino la personalidad de una época, de una nación o de una clase social». Dixon se inclinó sobre la aceitera con un gesto teatral. «Nada más lejos de la realidad».

Justo en ese momento entró Beesley, frotándose las manos, como era su costumbre.

—Hola, Jim —dijo—. ¿Ha llegado el correo?

—No, aún no. ¿Vendrá Johns?

—Acaba de terminar lo que fuera que tenía que hacer en el baño. No creo que tarde mucho.

—Bien. ¿Y Bill?

—Se ha levantado antes que yo... He oído sus pisadas. Espera un minuto... Debe de ser él.

Beesley se sentó y empezó a comerse sus copos de maíz. Casi en ese mismo momento, Atkinson entró en la sala. No parecía tener mucha prisa. A primera hora, siempre solía dar la impresión de no conocer a ninguno de los presentes y de no querer mantener el menor trato con ellos. Aquella mañana se parecía más que nunca a Genghis Khan meditando el mejor modo de hacer una purga de sus capitanes. Finalmente, se detuvo desdeñoso frente a su silla, chasqueó la lengua y suspiró con histrionismo, como quien hace cola para comprar algo. Sus ojos oscuros y misteriosos escrutaron las paredes y se detuvieron ociosos en cada una de las fotografías colgadas en ellas, dedicando un especial gesto de desprecio a la imagen del sobrino de la señorita Cutler enfundado en el uniforme de cabo del Cuerpo Administrativo del Ejército, a la de las dos hijas de la prima de la señorita Cutler, a la de la casa de campo del antiguo patrón de la señorita Cutler (con una calesa frente al porche) y a la de la propia señorita Cutler, vestida de dama de honor según la moda de la Primera Guerra Mundial. Atkinson parecía ocupado tratando de conjurar la inmensa cantidad de improperios que cada imagen condensaba en cuatro gotas diminutas y tóxicas de odio, una por fotografía. En silencio aún, se sentó a la mesa con las manos quietas y las palmas boca arriba sobre el mantel. Jamás se le había visto desayunando cereales.

Oyeron llegar el correo mientras la señorita Cutler les servía su beicon color bermellón. Beesley hizo un gesto de lo más elocuente con la cabeza y salió al pasillo. Cuando volvió, repitió el gesto con más elocuencia si cabe. Pero Dixon no sintió el placer y el entusiasmo que había esperado; es más, permaneció casi impasible cuando, un par de minutos más tarde, Johns entró en silencio sosteniendo la carta en la mano. ¿A qué se debía su indiferencia? ¿Tal vez a la lección magistral? Podía ser, y también puede que se debiera a otras cosas, pero qué más daba. Intentó, en cambio, concentrarse en la carta, que Johns estaba abriendo y desdoblado en ese preciso instante. Beesley, con la boca llena de comida, dejó de masticar. Atkinson, en apariencia abstraído, observó a Johns a través de sus tupidas pestañas. Johns empezó a leer. El silencio se mascaba.

Johns metió la cuchara con cuidado en el cuenco de leche. Había algo sutilmente extraño en su peinado. La palidez habitual de su rostro color manteca de cerdo, salpicado en ese momento por varios parches inflamados (resultado inequívoco de haberse afeitado con una cuchilla desafilada para cualquier persona con una actitud cabal hacia el dinero), era tan evidente que ni el miedo ni la furia lograrían acentuarla. Sin embargo, tardó muy poco en levantar los ojos y situarlos no ya a la altura de los de los demás, sino incluso por encima de su punto de vista de costumbre. Durante un breve instante, Dixon creyó que sus miradas se habían cruzado. El tipo, agitado, no dejaba de mover los pies. Tras leer la carta de cabo a rabo un par de veces, la metió rápidamente en el sobre y se la escondió en el bolsillo del pecho. Cuando levanto la vista de nuevo, sorprendió a los demás mirándole fijamente. Empuñó la cuchara con tanto ímpetu que derramó la leche sobre su cárdigan azul marino. Beesley no pudo reprimir el comienzo de una carcajada.

—¿Qué pasa, muchacho? —le preguntó Atkinson, pronunciando con lentitud y claridad—. ¿Malas noticias?

—No.

—Me disgustaría saber que has recibido malas noticias. Me arruinarías el día. ¿Estás seguro de que no has recibido ninguna mala noticia?

—Segurísimo.

—¿Ni una sola?

—No.

—¡Vaya! Bueno, avísame si alguna vez recibes una. Quizá pueda aconsejarte. ¿No crees? —Atkinson encendió un cigarrillo—. Me da que no estás muy hablador esta mañana —añadió—. ¿Verdad que no? —preguntó a los otros dos.

—No —repusieron ellos.

Atkinson se levantó y se despidió inclinando la cabeza. Desde el pasillo, les llegó el sonido de una extraña carcajada, que, sin un punto exacto de transición, se convirtió en un ataque de tos que fue desapareciendo gradualmente conforme se desplazaba escaleras arriba.

Johns se afanó con su ración de beicon.

—No me hace ninguna gracia —dijo de improviso y para sorpresa de todos—. Os aseguro que no.

Dixon alcanzó a ver el rostro sonrojado (y diríase que alborozado) de Beesley.

—¿Qué es eso que no te hace gracia? —preguntó.

—Ya sabes qué, Dixon. Yo también sé jugar a este juego. Ya lo verás. —Con la mano temblorosa se sirvió café.

No dijo nada más. Johns dirigió una última mirada hostil a la corbata de Dixon y se marchó a toda prisa. Su trabajo en el Departamento de Jubilaciones y Prestaciones Sanitarias de la universidad comenzaba a las nueve en punto. Dixon divisó algo extraño en la parte posterior de su cabeza.

—Ha estado bien, ¿eh, Jim? —le dijo Beesley.

—No ha estado mal.

—¿Has visto que apenas ha abierto la boca? Es un mar de elocuencia, el puñetero... Siempre he mantenido que este tipo jamás abre la boca si no se siente amenazado de alguna manera. Oye, ¿te has fijado en lo raro que llevaba el pelo?

—Ahora que lo dices, sí que me he dado cuenta.

Beesley se lanzó a por las tostadas con mermelada. Masticaba con enfado, al tiempo que decía:

—Se ha comprado un par de horquillas. Las encontré ayer en el baño. Ahora se corta el pelo él mismo, ya ves tú... Todo por no pagar los malditos dieciocho peniques que cuesta el peluquero. Es un puñetero tacaño. Eso es lo que es. ¡Dios!

Así que esa era la razón por la que Johns daba la impresión de haberse calado un desaforado peluquín, un pelín desplazado, eso sí, hacia un lado. De frente, sin embargo, su cabeza parecía coronada por un casco que le daba un aspecto extraño. Dixon guardó silencio y pensó que, por primera vez, Johns había hecho algo que a él le parecía respetable.

—¿Qué te pasa, Jim? No pareces muy contento.

—Estoy bien.

—¿Sigues preocupado por ese asunto de la clase magistral? Aún conservo los apuntes sobre la Edad de Chaucer que prometí prestarte. No es que sean muy buenos, pero seguro que podrás sacarles algún provecho. Te los dejaré en tu habitación.

Dixon volvió a animarse. Si contara con algo más de tiempo, seguramente acabarían escribiéndole la lección magistral entre todos.

—Gracias, Alfred —dijo—. Me vendrán de maravilla.

—¿Irás a la facultad?

—Sí, quiero ver a Barclay.

—¿Barclay? No imaginaba que tuvierais mucho de que hablar...

—Quiero hacerle unas cuantas preguntas sobre música medieval.

—¡Ah, ahora lo entiendo! ¿Sales ya?

—Dentro de unos minutos...

—¡Estupendo! Iré contigo.

Era un día cálido, pero plomizo. En cuanto echaron a andar por la carretera de la universidad, Beesley comenzó a hablar sobre los resultados de los exámenes de su departamento. Esa misma semana recibirían la visita de un examinador externo que les ayudaría resolver algunos casos dudosos, pero ya conocían el cariz general de las calificaciones. La situación era idéntica en el departamento de Dixon, así que al menos tendrían algo de lo que conversar en el camino.

—Hay una cosa que me gusta de Fred Karno —dijo Beesley—. En realidad, la única que se me ocurre si me paro a pensarlo: jamás aprueba a nadie que no crea que se lo merece. Este año, sin ir más lejos, no hemos tenido ninguna matrícula de honor. Hay cuatro notables y un cuarenta y cinco por ciento ha suspendido el primer curso... Así es como hay que tratarlos. Fred es el único profesor que se resiste a toda esta

presión exterior y se niega a repartir matrículas de honor al buen tuntún y aprobar a cualquier tuercebotas capaz de escribir su nombre. ¿Qué opina Neddy sobre el asunto? ¿O todavía no tiene una opinión formada al respecto?

—No la tiene. Lo deja todo en manos de Cecil Goldsmith, y eso significa que todo el mundo aprueba sin problemas. Cecil es un alma cándida, ya lo sabes.

—Dirás una mente cándida... Lo cierto es que todo este chanchullo no ocurre solo aquí, sino también en cualquier universidad de provincias. Me imagino que en Londres y en Escocia no sucederá lo mismo. Pero, por Dios, intenta suspender a alguien por ser demasiado estúpido para aprobar los exámenes... ¡Si casi resulta más fácil despedir a un profesor! Ese es uno de los problemas de tener a tanta gente con beca...

—¿Qué quieres decir? De algún lugar tendrán que sacar el dinero los alumnos.

—En fin, ya sabes, Jim. Imagínate en qué lugar queda la universidad. «Le hemos pagado un dinero a fulanito para que vaya a la universidad y ahora, pasados siete años, nos cuentan que jamás conseguirá un título. Han dilapidado nuestro dinero». Si instauráramos un examen de acceso que mantuviera lejos a los ágrafos y a los analfabetos, las matriculaciones caerían en picado, y la mitad de nosotros perderíamos el trabajo. Y no olvides la otra exigencia: «Queremos contar con doscientos profesores este año, y los conseguiremos sea como sea». Muy bien, bajemos la nota de corte a veinte puntos porcentuales, pero, por el amor de Dios, cuando pasen dos años... ¡que nadie se queje de que sus escuelas están llenas de maestrillos incapaces de sacarse el Graduado Escolar, y no digamos de preparar a nadie para que lo apruebe!

Dixon estaba más de acuerdo que en desacuerdo con aquella opinión, pero prefería no reconocerlo. Aquel era uno de esos días en los que se sentía plenamente convencido de que su expulsión de la vida académica era inminente. ¿Y qué haría después? ¿Dar clases en una escuela? No, por Dios. ¿Mudarse a Londres y encontrar trabajo en una oficina? ¿Qué clase de trabajo? ¿En la oficina de quién? Cállate, Dixon.

Entraron en el edificio principal en silencio, caminaron hasta la sala de profesores y se dirigieron a sus respectivos casilleros. Dixon sacó del suyo un aviso de impago de la cuota anual por utilizar la sala de profesores así como una postal, dirigida a un tal licenciado don Jas Dickson, en el que se le informaba de la publicación de un estudio bastante rimbombante sobre el comercio textil en tiempos de los Tudor. Tiró el aviso y la postal a la papelera con la máxima diligencia. Beesley estaba ojeando, mientras susurraba para sus adentros, un ejemplar recién llegado de la revista universitaria a la que estaba suscrito. Aparte de ellos dos, no había nadie más en la sala. Antes de obligarse a ir en busca de Barclay, Dixon se convenció de que podía permitirse un pequeño receso antes de empezar el día, así que se arrellanó en el sillón y soltó un bostezo.

Al cabo de un rato, Beesley, sosteniendo la revista abierta entre sus manos, se acercó a él.

—Aquí hay algo que te interesará, Jim. «Nuevos nombramientos. Doctor L. S. Caton. Cátedra de Historia del Comercio, Universidad de Tucumán, Argentina». ¿Este no es el tipo al que le enviaste el artículo?

—¡Dios mío! Déjame echar un vistazo.

—Más te vale localizarle antes de que se escabulla en algún barco bananero. Todo parece indicar que su nueva publicación no durará mucho, salvo que se empecine en editarla desde allí.

—Dios, qué mal pinta esto...

—Yo que tú intentaría hablar con él por teléfono.

—¡Dios! Desde luego que lo haré. Y gracias por el aviso, Alfred. Iré a ver si encuentro a Barclay antes de que también él consiga otro trabajo en el extranjero.

Presa de un recelo impreciso pero acuciante, Dixon se dirigió a toda prisa al edificio de la Facultad de Música, donde, para su sorpresa, encontró a Barclay disponible, dispuesto a ayudarlo y en posesión del libro que necesitaba. Después, algo menos turbado, se encaminó a la biblioteca y obtuvo con una prontitud casi siniestra un manual sobre vestimenta y mobiliario medievales. Al salir, frenó en seco frente a la puerta giratoria. Alguien estaba intentando hacerla girar desde fuera en sentido contrario al habitual, justo al revés de lo que advertían varios carteles enormes y bien diseñados colocados junto a la puerta. Era Welch, que miró con ojos sospechosos a su alrededor, dio un paso atrás y frunció el ceño cuando Dixon, empeñado en seguir empujando la puerta en la dirección correcta, apareció a su lado.

—Buenos días, profesor.

Welch le reconoció al instante:

—Dixon —dijo.

—¿Sí, profesor? —Dixon se había olvidado del asunto de que Welch y los demás miembros de su familia habían puesto precio a su cabeza. ¿Cómo pretendían conseguirla?

—La biblioteca... —respondió Welch, meciéndose sobre sus talones. Tenía los ojos más desorbitados y el pelo más alborotado que de costumbre. Ostentaba en la corbata una pequeña insignia de oro que recordaba a un escudo heráldico, pero vista de cerca resultó ser una mancha de yema de huevo coagulada. Alrededor de su boca, ahora abierta, se apreciaban generosas trazas del mismo sabroso alimento.

—¿Sí? —preguntó Dixon con la esperanza de alentarle a revelar qué asunto, dentro de los confines de una biblioteca, le había llevado hasta allí.

—¿Podría ir a la biblioteca?

Dixon empezó a preocuparse de verdad. ¿Acaso Welch había dado al fin rienda suelta a su enajenación, presagiada de largo? ¿O se trataba tan solo de una alusión amargamente sarcástica a la alergia de Dixon a frecuentar los vericuetos académicos? El joven, hecho un manojito de nervios, miró a hurtadillas por encima de su hombro

para asegurarse de que se encontraban a tan solo dos pasos de la entrada de la biblioteca.

—Creo que sí —dijo. Se le antojó la respuesta más segura.

—¿No está sobrecargado de trabajo en este momento?

—¿En este momento? —se dolió Dixon—. No creo que...

—Estaba pensando en su clase del miércoles. Me imagino que a estas alturas ya se la habrá preparado...

Dixon dio la vuelta a los dos libros que llevaba bajo el brazo, no fuera que Welch alcanzara a leer los títulos.

—Sí, profesor —dijo vivamente—. Sí.

—Mire, yo nunca tengo tiempo de ir a la biblioteca —respondió Welch con tono de estar a punto de retirar el último y trivial obstáculo en el camino hacia el entendimiento pleno—. Pero esta vez he de ir —añadió, señalando hacia la biblioteca.

—Hmmm, ha de ir... —repuso Dixon, asintiendo despacio.

—Sí, me han surgido un par de dudas con las respuestas de los exámenes, y quiero tenerlas resueltas antes de la reunión de mañana con el examinador externo. Cuento con usted, ¿verdad? A las cinco en punto en mi despacho.

Christine se reuniría con él a las cuatro de la tarde del día siguiente y, aunque pidiera un taxi, si quería estar a las cinco no podría pasar más de tres cuartos de hora con ella. Sintió ganas de encajonar a Welch en mitad de la puerta giratoria y dejarle ahí dentro dando vueltas hasta que llegara la hora de comer.

—Allí estaré —respondió.

—Bien. En fin, como puede usted comprender, no tengo tiempo para pasarme el día huroneando en la biblioteca.

—Por supuesto.

—Le conviene ayudarme con esto, Dixon. Aquí llevo escrito lo que necesito. —Con paciencia, sacó del bolsillo del pecho un fajo de papeles y los desplegó—. Como verá, está todo muy claro. He anotado la referencia en casi todos los casos, creo... Sí. Bueno, hay un par de ellos en los que no... No creo que haya nada de valor, pero no pase por alto el índice de cada temario. Y en caso de que no tengan índice, tendrá que utilizar su propio..., su propio... Los títulos de los capítulos le servirán de guía. Este, por ejemplo, ¿ve? Compruebe si contiene algo relevante. Por la fecha, juraría que no. Pero uno nunca conoce su suerte, ¿verdad? —Welch escudriñó el rostro de Dixon en busca de una confirmación.

—Nadie la conoce, no.

—No, nadie. Recuerdo haber pasado en vilo toda una semana solo por un dato que me faltaba. Al parecer, en otoño de 1663... No, en verano...

A Dixon le quedó más o menos claro el concepto. Welch le pedía que subsanase ciertas lagunas en sus conocimientos sobre la historia del arte campestre y los oficios artesanales en el mundo rural. Los papeles que le tendía, escritos de su puño y letra (elegante y clara hasta el ridículo) o mecanografiados por él mismo con hilarante

inexactitud, le permitirían arreglárselas sin excesiva confusión, aunque no sin cierta pérdida de tiempo e integridad. Pero no se atrevió a negarse. Bien sabía que, a ojos de Welch, una tarea así constituiría una demostración de habilidad mucho mayor que la necesaria para impartir la lección magistral sobre la Alegre Inglaterra. Pero ¿a qué obedecía aquel empeño con la biblioteca? Cuando el silencio de Welch indicó el final, o quizá el mero abandono de la narración, de la anécdota, Dixon le formuló una pregunta:

—¿Y cree que tendrán toda la información necesaria, señor? Porque estoy seguro de que algunos de estos opúsculos serán auténticas rarezas. Seguramente en el Archivo General cuenten con...

La expresión de Welch fue dando paso poco a poco a un gesto de cólera incrédula.

—Es imposible que aquí pueda encontrar toda esa información, Dixon —respondió en tono agudo e irascible—. No me entra en la cabeza que nadie pueda pensar lo contrario. Es por eso justamente que le he pedido que vaya a la biblioteca. Me consta que allí hallará el noventa por ciento de lo que necesito. Iría yo mismo, pero, como me he molestado en explicarle, tengo otros compromisos. Y necesito esos datos esta misma noche, porque daré la charla mañana por la tarde, después de que el profesor Fortescue consiga..., vaya... ¿Entiende ahora?

Por supuesto que lo había entendido. Welch se refería, desde el principio, a la biblioteca pública de la ciudad. Como él lo tenía claro, no se le había ocurrido pensar en la confusión que podría generar al referirse a «la biblioteca» —a secas— cuando estaban a menos de dos metros de distancia de otro edificio también llamado «la biblioteca».

—Ah, claro, profesor... Lo siento —dijo Dixon, que había sido convenientemente aleccionado para pedir disculpas en los momentos exactos en que en realidad deberían pedírselas a él.

—De acuerdo, Dixon. En fin, no le entretengo más... Imagino que estará deseando ponerse manos a la obra. Así podrá terminar antes de las cinco. Venga a mi despacho a esa hora para enseñarme lo que haya encontrado. Ha sido muy amable ofreciéndome su ayuda. Se lo agradezco mucho.

Dixon encajonó el fajo de papeles entre las páginas del libro de Barclay y se alejó, pero, de pronto, alertado por un ruido estrepitoso que provenía de sus espaldas, dio un respingo violento y miró atrás. Welch, totalmente despeinado, intentaba —como un delantero de *rugby* encorvado justo antes de entrar en la melé— abrir de nuevo la puerta giratoria en sentido contrario. Dixon se detuvo a observarle dando rienda suelta a su cara de mandril. Al cabo de un rato, Welch se percató de su error y comenzó a tirar en la dirección correcta de la puerta, que se había atascado. Su rostro se transformó en el de un tirador del equipo perdedor en el juego de la soga. Cuando, por fin, tras un chasquido brusco y repentino, logró abrirla, perdió el equilibrio y se dio un cabezazo contra uno de los paneles. Dixon se marchó canturreando la melodía

que había compuesto para el catedrático con un ritmo solemne, casi litúrgico. Estos momentos eran, sin duda alguna, la sal de la vida.

—Esto es espléndido, Dixon —dijo Welch siete horas más tarde—. Ha rellenado usted todas las lagunas en un..., un... ¡Es digno de admiración! —Welch, orgulloso por la precisión de sus notas, añadió de repente—: ¿Y qué tiene pensado hacer ahora?

La pregunta hizo recelar a Dixon, cuyas manos gesticulaban, escondidas tras su espalda.

—Justo iba a... —tartamudeó.

—Me preguntaba si tiene algún plan para esta tarde. Quizá le apetezca venir a casa y cenar con nosotros.

Tras pasar el día haciendo el trabajo de Welch, a Dixon se le había acumulado una ingente cantidad de trabajo relacionado con su clase magistral, pero, naturalmente, no podía permitirse declinar la invitación.

—Muchas gracias, profesor —dijo sin dudarlo—. Es usted de lo más amable.

Welch asintió satisfecho y ordenó los papeles que Dixon le acababa de entregar para guardarlos en su maletín.

—Creo que mi conferencia de mañana por la noche será todo un éxito —dijo, improvisando frente a Dixon su sonrisa de maníaco sexual.

—Seguro que sí. ¿A quién va dirigida?

—A la Sociedad de Anticuarios de Historia. Me sorprende que no haya visto los carteles. —Welch recogió su bolso y se caló su gorro *beige* de pescador—. ¡Venga conmigo! Iremos en mi coche.

—Estupendo.

—Tengo que reconocer que se trata de una gente maravillosa —dijo Welch apasionadamente mientras bajaban las escaleras—. Una audiencia perfecta. Atenta y... entusiasta. Y te fríen a preguntas cuando terminas. La mayor parte del público es gente de la ciudad, por descontado, pero siempre acude alguno de nuestros mejores estudiantes. El joven Michie, por ejemplo. Un buen muchacho. ¿Se ha interesado por su asignatura optativa?

Dixon recordó que Michie llevaba bastantes días pasando desapercibido. ¡Qué inquietante!

—Sí, está muy pendiente del tema —dijo, con la esperanza de que Welch tomara nota y procurara *interesar* a tan estupendo muchacho en su propia clase.

Welch continuó:

—Este Michie es un muchacho estupendo. ¡Y muy entusiasta! Siempre acude a las reuniones de la Sociedad de Anticuarios. De hecho, hemos cambiado impresiones un par de veces. Creo que tenemos muchas cosas en común.

Dixon dudó que Welch y Michie tuvieran nada en común más allá de cierta opinión sobre él y sus capacidades como medievalista, pero, a sabiendas de que la ética profesional de Welch le impediría expresarse en esos términos, decidió dar rienda suelta a su curiosidad:

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Bueno, a los dos nos atrae mucho la tradición inglesa, si podemos llamarla así. Me figuro que su interés es más filosófico, y el mío podría describirse como cultural, pero tenemos mucho en común. El otro día me dio por pensar que, curiosamente, mis intereses se han ido encaminando cada vez más hacia esa tradición inglesa, mientras que los de mi mujer... Mire, siempre he pensado que esos modos continentales suyos de ver el mundo son más propios de una europea occidental que de una inglesa. Podría decirse que es casi francesa para algunas cosas. Los temas que a mí de verdad me interesan, el ámbito social y cultural inglés desde una perspectiva un tanto tradicional, los oficios y pasatiempos populares, etcétera, no dejan de ser para ella un aspecto más, y solo uno, de la vida... Un aspecto muy interesante, desde luego, pero nada más que eso —divagó Welch, y al llegar aquí dudó de si debía utilizar otro término más preciso—. Un aspecto que ha contribuido al desarrollo cultural de Europa Occidental. Esto que le cuento se percibe claramente en su actitud hacia el Estado del Bienestar... Y es una ventaja inmensa apreciar el problema desde lo que podríamos llamar una perspectiva más amplia. Sostiene que si a la gente se lo dan todo hecho...

Hacía tiempo que Dixon había calado a la señora Welch sin ayuda de nadie, pero permitió que Welch siguiera abundando en el ideario político y la opinión de su esposa sobre las «libertades pedagógicas», en su defensa de los castigos retributivos y en su afición a leer lo que escribían las señoras inglesas acerca del pensamiento y el sentir de los parisinos. Los suyos —su pensamiento y su sentir— los ocupó Margaret en cuanto se montaron en el coche y arrancaron. Dixon no sabía cómo enfrentarse a ella. Esta cuestión, que apenas le había dado tregua en la biblioteca pública durante la mayor parte del día, se volvió más acuciante ahora que estaba a punto de encontrarse con ella. Lo más probable era que no tuviera más remedio que ver a Bertrand y a la señora Welch, pero estos encuentros se le antojaron menos atroces en comparación. Tampoco faltaría Christine, claro... No quería verla, y no por nada que hubiera dicho o hecho, sino porque parte de su preocupación por Margaret se debía a ella. Tendría que hacer algo para demostrarle que no estaba completamente sola. Se las ingeniaría, sin volver a las andadas (no podía permitírselo), para reiterarle su apoyo incondicional. ¿Pero cómo?

Welch redujo la marcha y se aproximó a un cruce al ralentí, momento que Dixon aprovechó para mirar a su izquierda por la ventanilla del coche en busca de alguna distracción. Reconoció en la acera a su barbero, un hombre grandote por el que sentía un profundo respeto, debido tanto a su apabullante fachada y su estruendosa voz de bajo como a la cantidad de información —inabarcable— que manejaba sobre la

familia real. En ese momento, a un par de metros de distancia, dos chicas bastante guapas se detuvieron frente a un buzón de correos. El barbero, con las manos entrelazadas a la espalda, se dio media vuelta y las escrutó con la mirada. Una mueca furtiva e inconfundible de lujuria surcó su rostro y, al poco, como un dependiente cortés, apartó la mirada hacia el otro lado de la carrera, donde se disputaba un partido de críquet. El lanzador arrojó la pelota en ese instante; el bateador, otro hombre corpulento, intentó atizarle, pero falló, recibiendo un golpe bestial en la tripa. Dixon alcanzó a distinguir cómo se doblaba de dolor y cómo el defensa corría hacia él antes de que un seto alto ocultara la escena.

No estaba seguro de que este par de estampas tuviera por objeto ilustrar la presteza de Dios a infligir castigos ni su tendencia a errar en el tiro, pero se sintió tan abrumado que se sorprendió volviendo a centrar su atención en la cháchara de Welch. «Es admirable», dijo, y durante un breve instante Dixon se vio tentado de coger la llave inglesa que había visto en el salpicadero y golpearle con ella en la nuca. Porque él ya sabía qué clase de cosas admiraba Welch.

El resto del trayecto transcurrió sin sobresaltos. Welch parecía haber mejorado un poco sus dotes al volante. Sea como fuere, Dixon pensó que la única amenaza que se cernía sobre él era la de una muerte por aburrimiento, y también este riesgo disminuyó durante unos minutos: justo los que Welch tardó en contarle un par de anécdotas recientes acerca de Michel, el escritor afeminado, un personaje que parecía condenado a permanecer en los contornos de su existencia sin llegar a entrar nunca en escena. El tal Michel, tan infatigablemente afrancesado como su madre, solía cocinar en su pisito de Londres, y al parecer había enfermado por atiborrarse de la bazofia extranjera que él mismo gustaba de preparar (consistente básicamente en espaguetis y platos bañados en aceite de oliva, según dedujo Dixon). Parecía un justo castigo para un tipo que se entregaba con fervor a esos engrudos hechos a base de agua, harina y algún otro sustitutivo de la mantequilla que digería, sin duda, con ayuda de «auténtico» café solo. La cuestión era que Michel pasaría en su casa un par de días para recuperarse de su malestar, sometiéndose al menú genuinamente inglés de sus padres. Dixon sacó la cabeza por la ventanilla y se rio de esto último. La idea de que semejante crápula tuviera un piso en la capital tan solo le provocó un pequeño acceso de rabia en esta ocasión. ¿Por qué sus padres no eran tan ricos y tan inconscientes como para derrochar su fortuna manteniendo a un hijo en Londres? Se hizo mala sangre solo de pensarlo. Si se le hubiera brindado esa oportunidad, las cosas habrían sido muy distintas para él, aunque no se le ocurrió cuáles ni de qué forma. Luego, de pronto, descubrió que era capaz de imaginar al detalle las cosas y las diferencias de su vida si hubiera tenido la suerte de Michel.

Welch siguió hablando sin parar. Su propio rostro hacía las veces de audiencia para sus discursos: le reía las gracias, reflejaba su desconcierto o bien su hieratismo, y apretaba los labios y entrecerraba los ojos al tratar los asuntos más trascendentales. Ni siquiera dejó de hablar cuando cruzó con el coche la senda arenosa que conducía a

la fachada de su casa, rozó la fuente rodeada por los tablones partidos, traspasó la puerta del garaje y, tras una aterradora sacudida, detuvo el coche a un par de centímetros escasos de la pared del fondo. Entonces se bajó.

Dixon sopesó el mejor medio para salir del coche, descartando al momento el hueco de quince centímetros que había quedado entre su puerta y la pared lateral. Finalmente, tras varios e infaustos encontronazos entre sus piernas, la caja de cambios y el freno de mano, consiguió deslizarse desde el asiento del copiloto hasta el del conductor. Mientras maniobraba para salir, sintió cómo se le rasgaba la culera del pantalón. Nada más poner un pie en el sofocante calor del garaje, se palpó el culo y descubrió que el desgarrón era tan grande que habría podido introducir sin dificultad dos dedos de su mano por el boquete. Cuando miró hacia el asiento del conductor, descubrió la punta de un muelle roto que sobresalía de la tapicería. Con el corazón palpitante y las gafas empañadas, decidió seguir despacio a Welch. Sin quererlo, deformó sus facciones con una mueca horrible, bajando la barbilla todo lo que pudo y tratando de subir la nariz a la altura de los ojos. Entonces se quitó las gafas y las limpió. Sin ellas, su vista era suficientemente buena para distinguir a los cuatro testigos de sus actos, apostados contra el ventanal. Eran, en orden de izquierda a derecha, Christine, Bertrand, la señora Welch y Margaret. Al verla, devolvió la nariz a su estado original y se acarició la barbilla con ademán pensativo, procurando parecer presa de alguna duda imbécil. Pero, como no se le ocurrió ningún gesto ni expresión de saludo colectivo que dirigir al cuarteto, desapareció doblando la esquina de la casa tras los pasos de Welch como si no les hubiera visto.

¿Qué podía hacer con sus pantalones? ¿Qué sería peor? ¿Remendarlos él mismo, lo que implicaría tener que encontrar (es decir, comprar) el tejido apropiado, o llevarlos a arreglar a alguna tienda de composturas y, por lo tanto, tener que preguntar a alguien por dicha tienda, acordarse de llevarlos y también de ir a recogerlos y pagarlos? ¿Tal vez pedirle a la señorita Cutler que se los zurciera ella misma? ¿No sería esta última la opción más rápida? Sí, pero conllevaría el suplicio de tener que asistir a la operación y a la cháchara de la buena mujer durante el remiendo y los minutos posteriores, que podían alargarse hasta el infinito. Quitando un par de pantalones de traje demasiado oscuros para cualquier acto que no fuera una entrevista o un funeral, los únicos que le quedaban estaban tan llenos de lamparones de comida y cerveza que, si los hubiera llevado en un escenario para hacer de menesteroso, le habrían tildado de sobreactuado y ridículo. Welch debería hacerse cargo del destrozo: había ocurrido en su coche. ¿Por qué no se habrían desgarrado sus pantalones inmundos en ese asiento con púas? Acabaría ocurriendo más pronto que tarde. O quizá ya se los había rasgado sin darse cuenta.

Tras franquear el parapeto con techo de paja que precedía a la puerta principal, Dixon evitó mirar el cuadro que Welch había comprado recientemente y del que no paraba de hablar. Lo había colgado en el recibidor. Se trataba de la obra de algún zoquete de parvulario que, por la técnica, recordaba a los dibujos que uno se

encuentra en los lavabos de caballeros de los *pubs*, aunque el motivo de este, un batiburrillo de animales con forma de barril abandonando el Arca de Noé, le pareció bastante más soso. Frente al cuadro había una balda alta sobre la que descansaba un auténtico despliegue de utensilios de cobre y porcelana, entre los que se encontraba una jarra de cerveza con forma de hombre acucillado. Dixon la miró con desprecio. Odiaba esa jarra —con su sombrero de color negro, su rostro desgastado y atemorizado y las extremidades pegadas al torso— más que a ningún otro ocupante inanimado de aquella casa, sin exceptuar la flauta dulce de Welch. La expresión de su cara mostraba que estaba al tanto de la repulsión que le inspiraba a Dixon. Este colocó un dedo pulgar en cada una de las sienes del tipo con forma de jarra, giró las manos a modo de burla, puso los ojos en blanco y comenzó a insultar al inerte objeto lo más imaginativamente que pudo. Pero entonces entró en escena un tercer ser, también propiedad de Welch; se trataba de un gato joven de color jengibre llamado Id. Era el único superviviente de una camada de tres; a los otros dos los había bautizado con los nombres de Ego y Superego. Haciendo grandes esfuerzos para tratar de olvidar los nombres de los gatos, se acucilló y acarició a Id detrás de la oreja. El minino jamás había permitido que ningún Welch lo cogiera en brazos, algo que le hacía digno de admiración a ojos de Dixon.

—Aráñalos —le susurró—. Méales la moqueta. —El animal empezó a ronronear con determinación.

En cuanto Dixon se reunió con los demás, el pausado ritmo que había marcado aquella jornada hasta el momento se transformó abruptamente en un loco frenesí. Welch se aproximó a él; Christine, con las mejillas aún más sonrosadas de lo que él las recordaba, le sonrió desde el fondo de la sala; la señora Welch y Bertrand avanzaron en su dirección.

—¡Oh, Faulkner! —dijo Welch, repleto de energía.

Dixon se subió las gafas arrugando la nariz.

—¿Sí, profesor?

—¡Por fin, Dixon! —Welch vaciló al principio, pero después continuó con una locuacidad sin precedentes en su caso—. Me temo que se ha producido una pequeña confusión... Había olvidado por completo que esta noche habíamos quedado con los Goldsmith para ir al teatro. Aunque cenaremos pronto, apenas si tendré tiempo de cambiarme, asearme un poco y conducir hasta el centro. Podemos acercarle en coche, si quiere. Lo lamento mucho, por supuesto, pero he de darme prisa. Dejaremos la invitación para otra ocasión...

Welch aún no había abandonado la sala cuando su mujer avanzó hacia Dixon como una actriz a la que le hubiera llegado el turno de entrar en escena. Bertrand le flanqueaba.

—Óigame, señor Dixon —dijo la señora Welch un poco ruborizada—, me gustaría saber cuándo volveré a verle. Tengo un par de asuntos pendientes que tratar con usted. En primer lugar, le agradecería que me explicara, si fuera posible, qué les

pasó a las sábanas y a las mantas de su cama la última vez que le invitamos a casa. — Y sin darle siquiera tiempo para contestar, añadió—: Estoy esperando una respuesta por su parte, señor Dixon. —La pragmática inglesa que llevaba dentro parecía haberle tomado la delantera, al menos por el momento, a la europea occidental.

Dixon se dio cuenta de que Christine y Margaret se habían apartado de los demás y charlaban en voz baja.

—No sé qué... —farfulló Dixon—. No vi... —¿Cómo podía habersele olvidado lo que le había dicho la señora Welch por teléfono cuando se hizo pasar por el tal Beesley del *Evening Post*? Ni siquiera se le había vuelto a pasar por la cabeza.

—¿Debo entender que niega usted haber tenido nada que ver con el asunto? En ese caso, solo hay otro posible culpable, mi criada, así que no me quedará más remedio que...

—¡No —intervino Dixon—, no lo niego en absoluto! Por favor, señora Welch, créame que lo siento de verdad. Sé que debí habérselo contado entonces, pero el destrozo era tal que me asusté. Fue una estupidez por mi parte, aunque confiaba en que no se enteraría, pero en el fondo sabía que llegaría este momento. Le pido por favor que me envíe la factura de un nuevo juego de sábanas... Y de las mantas, faltaría más. Le garantizo que se la abonaré de inmediato. —Gracias a Dios, aparentemente aún no habían encontrado la mesa.

—Ya lo creo que la abonará, señor Dixon. Pero, antes que nada, me gustaría saber cómo llegó a destrozar así la ropa de cama... ¿Qué pasó exactamente, por favor?

—Sé que mi comportamiento ha sido del todo inadecuado, señora Welch, pero, por favor, no me pida una explicación. Reitero mis disculpas y le aseguro que pagaré la cuenta, pero permítame reservarme para mí lo que sucedió aquella noche. No fue nada del otro mundo, se lo aseguro.

—Entonces, ¿por qué se niega a contarlo?

—No me niego... Solo le pido que me ahorre el mal rato. Saberlo no le servirá de nada...

Bertrand, inclinando hacia un lado su cabeza greñuda, se acercó a ellos para unirse a la conversación.

—Sobreviviremos a su relato de los hechos, Dixon —dijo—. Creo que seremos capaces de lidiar con su vergüenza. Considérelo una pequeña reparación por su comportamiento.

La señora Welch posó una mano en el hombro de su hijo.

—No, no te metas, cariño. No va a servir de nada. Estoy segura de que el señor Dixon está más que acostumbrado a que le hablen en ese tono... Dejémoslo estar... Lo hecho, hecho está. Prefiero pasar a la siguiente cuestión. Estoy firmemente convencida, señor Dixon, de que fue usted quien llamó hace no mucho haciéndose pasar por un periodista. Es más, cuando le reconocí, me mintió... Era usted, ¿verdad? Será mejor que lo reconozca, ¿sabe? No le he mencionado ni una sola palabra de este

asunto a mi marido, porque no quiero preocuparle, pero le advierto de que si no me convence de su...

Como un criminal que una vez ha empezado a confesar sus delitos no ve razón para no seguir haciéndolo, Dixon estuvo a punto de admitir su falta, pero, por suerte, recordó a tiempo que su confesión incriminaría a Christine. ¿Habría conseguido Bertrand sonsacarle algo? Y, en tal caso, ¿qué le habría contado?

—Se equivoca, señora Welch. Me resulta increíble que haya podido siquiera imaginar que soy capaz de tal cosa... Su marido le confirmará que no he faltado ni un solo día.

—¿Que no ha faltado ni un solo día? ¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que es imposible estar aquí y en Londres a la vez, ¿no le parece?

—¿Y eso qué tiene que ver? —repitió perpleja la señora Welch mientras trataba de contener a Bertrand.

—¿Cómo podría haber llamado desde Londres estando aquí? Porque deduzco que la llamada a la que se refiere se hizo desde Londres.

Bertrand dirigió una mirada inquisitiva a su madre, y ella negó con la cabeza:

—No, fue una llamada local —dijo con suavidad, casi sin mover los labios—. Quienquiera que fuera, habló sin que interviniera antes la telefonista, que es lo que sucede cuando la llamada se hace desde Londres.

—¡Te lo dije! —espetó Bertrand de mala manera—. Ya te dije que detrás de esto estaba David West. ¡Maldita sea! Christine estaba segura de que era él el que la llamó simulando ser un tal Atkinson. Seguro que era uno de sus colegas el que habló con nosotros. No... —Sus ojos se posaron en Dixon y dejó de hablar.

Dixon saboreó la victoria de su estrategia de defensa. Acababa de recordar las ventajas que suponía hacerse el tonto en determinadas ocasiones. Y, de paso, le había quedado claro que Christine no le había contado nada a Bertrand.

—En fin... Espero que el malentendido haya quedado aclarado... —dijo Dixon cortésmente. La señora Welch se sonrojó de nuevo.

—Creo que iré a ver qué tal le va a tu padre, cariño. Hay un par de cosas que quiero que... —Las prisas por marcharse de allí cuanto antes le hicieron dejar la frase a medias.

Bertrand dio un paso más hacia Dixon.

—Nos olvidaremos de todo este asunto —dijo, generoso—. Sin embargo, llevo un tiempo queriendo mantener una charla informal con usted, muchacho. Desde el *affaire* del baile, para ser exactos. Escúcheme bien, porque voy a hacerle una pregunta, y no me importa advertirle que si su respuesta no es completamente sincera... ¿Se puede saber a qué estaba jugando la otra noche cuando convenció a Christine para que se marchara del baile con usted? Como no me cuente la verdad...

Christine, que en ese instante atravesaba la habitación junto a Margaret, debió de escuchar también la pregunta. Las dos mujeres, evitando mirar a Dixon, salieron de la sala y le dejaron a solas con Bertrand. Cuando se cerró la puerta, Dixon dijo:

—No puedo responder de ninguna manera, ni sincera ni falsa, a una pregunta tan absurda. ¿Cómo que a qué estaba jugando? ¿Qué insinúa? Aquello no se trataba de ningún juego.

—Sabe tan bien como yo lo que estoy insinuando. ¿Qué hicieron después del baile?

—Eso pregúnteselo a Christine.

—De momento, dejémosla al margen de esto, si no le importa.

—¿Por qué habría de importarme? —Pese a la preocupación por el descubierto que quedaría en su cuenta corriente tras resarcir del desagravio a la señora Welch, Dixon se sentía exultante. La guerra fría entre Bertrand y él parecía haber tocado a su fin. Podía oler la metralla.

—No se haga usted el gracioso, Dixon, y cuénteme de una vez lo que hicieron. ¿Me ha oído? De lo contrario, tendré que recurrir a métodos más contundentes.

—A mí tampoco me gusta que se haga el gracioso. ¿Qué quiere saber, en concreto?

Bertrand apretó un puño, pero lo aflojó en cuanto Dixon se quitó las gafas y se enderezó cuan largo era.

—Quiero saber... —dijo Bertrand, y entonces dudó.

—¿A qué estaba jugando? Me parece que ya hemos hablado de eso...

—¡Cállese de una maldita vez! ¿Qué intenciones tenía con Christine? Eso es lo que quiero saber.

—Mi intención era hacer exactamente lo que hice: irme de ese sitio con ella, traerla de vuelta a casa en taxi y, por último, regresar a la mía en el mismo taxi. Eso es lo que hice.

—Sepa que no me pienso tragar eso...

—Demasiado tarde, me temo. Ya se lo ha tragado...

—A ver si se le mete en la cabeza de una vez que estoy hasta la coronilla de sus gracietas. Christine es mi chica, y seguirá siéndolo hasta que yo lo decida, ¿entendido?

—¿Se refiere a si entiendo la lógica de su razonamiento? La entiendo.

—Perfecto. Pero le advierto que si vuelvo a sorprenderle urdiendo otra de sus triquiñuelas de listillo, primero le partiré el cuello y luego me dedicaré a hacer todo lo que esté en mi mano para que le despidan del trabajo. ¿Entendido?

—Entendido, por supuesto, pero ha de saber que se equivoca si cree que voy a permitir que alguien como usted me parta el cuello... Y, por imposible que le parezca, se equivoca aún más si piensa que la universidad va a despedir a nadie por haber llevado en taxi a casa a la novia del hijo de un catedrático.

La respuesta de Bertrand convenció a Dixon de que su padre no le había puesto al tanto de su precaria situación a ojos de las autoridades académicas.

—No crea que podrá desafiarme e irse de rositas, Dixon —respondió—. Sería usted el primero...

—Alguien tendrá que serlo, Welch. Tenga en cuenta que es Christine, y solo ella, quien tiene que decidir si quiere volver a verme, así que si considera que debe amenazar a alguien, amenácela a ella.

Bertrand aulló con una voz casi de falsete:

—Estoy hasta las narices de usted, pequeño malnacido. No voy a pasarle ni una más, ¿me oye? Y pensar en que un pequeño y asqueroso cernícalo como usted se ha atrevido a entrometerse en mis asuntos es suficiente para... Lárguese y manténgase al margen, o acabará lamentándolo más pronto que tarde. ¡Y deje en paz a mi chica! Está perdiendo su tiempo, el de ella y el mío. ¿Qué demonios pretende jodiéndonos de esta manera? Me parece que a estas alturas es usted lo bastante grandote, mayorcito y feo para tener un poco más de sentido común.

El inesperado regreso de Christine y Margaret libró a Dixon de tener que responder a esta última invectiva. Todo aquel desagradable asunto desapareció de un plumazo. Christine, que parecía querer hacer llegar a Dixon algún tipo de mensaje que este no supo interpretar, agarró a Bertrand del brazo y le sacó de la sala entre sonoras protestas del pintor. Margaret, sin pronunciar palabra, ofreció a Dixon un cigarrillo que este aceptó sin dudar. Luego, se sentaron en el sofá el uno junto al otro y permanecieron en silencio durante un buen rato. Dixon temblaba de pies a cabeza. Cuando miró a Margaret, sintió cómo una carga insoportable se le venía encima.

Por fin sabía qué era lo que había tratado de ocultarse desde la mañana anterior, lo que la disputa con Bertrand le había llevado a relegar temporalmente: que él y Christine no tendrían ocasión de tomar juntos el dichoso té la tarde siguiente. La única mujer, a excepción de la señorita Cutler, con la que tal vez podría llegar a compartir una infusión no era Christine, sino Margaret. Se acordó entonces del protagonista de una novela contemporánea que le había prestado Beesley, un personaje que sentía la pena moverse en su interior como una náusea. La analogía resultaba de lo más acertada, pues Dixon a estas alturas se sentía francamente enfermo.

—Ha sido por lo del baile, ¿verdad? —preguntó Margaret.

—Sí. Parece que está bastante resentido por aquello.

—No me sorprende. ¿Qué era lo que decía a voces?

—Estaba intentando convencerme para que no pisase su terreno...

—¿Qué terreno? ¿Se refería a Christine?

—Exactamente.

—¿Y le piensas hacer caso?

—¿Eh?

—Que si vas a dejar de pisar su terreno.

—Sí.

—¿Por qué, James? ¿Por qué?

—Por ti.

Dixon supuso que Margaret representaría una de sus escenitas sentimentaloides, pero la joven se limitó a decir con voz neutra (no ostentosamente neutra, pero neutra, al fin y al cabo):

—Pues me parece una tontería por tu parte.

—¿Por qué dices eso?

—Pensaba que ayer ya lo habíamos dejado todo claro. No tiene ningún sentido que volvamos a empezar de cero.

—Es inevitable. Alguna vez tendrá que ser... ¿Así que por qué no ahora?

—No seas ridículo. Reconoce que en solo un rato con ella lo pasaste mucho mejor de lo que nunca lo has pasado conmigo...

—Puede ser. Pero la cuestión es que tengo que seguir contigo —dijo Dixon sin rastro de una amargura que, a decir verdad, tampoco sentía.

Transcurrió un rato antes de que Margaret respondiera.

—No estoy para nada de acuerdo con tu decisión. Lo único que te hace renunciar a ella son unos tontos escrúpulos... Te estás comportando como un auténtico idiota.

Pasó más de un minuto sin que ninguno de los dos pronunciara palabra alguna. Dixon sintió que su lugar en esta conversación y en su relación con Margaret parecía obedecer a los designios de una tercera persona, de alguien completamente ajeno a él y, en parte, también a ella. Tenía la impresión de que cuanto decía y hacía no era fruto de su voluntad, ni siquiera del hastío, sino, en cierto modo, de una especie de «don de la oportunidad». ¿Y de dónde provenía ese don, del que, por lo demás, había carecido en el pasado? Descubrió, no sin cierta inquietud, que en su mente empezaban a formarse palabras que tarde o temprano pronunciaría, porque no se le ocurrían otras diferentes. Se levantó con la esperanza de encontrar algo de inspiración asomándose por la ventana, pero, antes de llegar al vano, se dio media vuelta y dijo:

—No es cuestión de escrúpulos... Es cuestión de saber cuál es nuestro deber...

—Estás fingiendo porque temes mi reacción... —repuso Margaret. No se andaba con rodeos.

Dixon la contempló detenidamente por primera vez desde que había regresado a la sala. Se había sentado sobre sus pies, rodeándose las rodillas con ambos brazos, como si estuviera concentrada en un asunto de gran trascendencia. De hecho, por la postura, bien se habría podido suponer que estaba especulando sobre algún asunto académico de suma importancia en lugar de sobre el futuro amoroso de Dixon. Él se fijó en que llevaba menos maquillaje que de costumbre.

—No después de lo que pasó ayer —dijo. Era consciente de que aún no había decidido cómo continuar.

—La verdad es que no logro saber a qué te refieres...

—No importa... Pero deja de ponerle pegas a todo. Las cosas no pueden estar más claras.

—A mí no me lo parece, James. Es más, no consigo entenderte.

—Pues yo creo que me entiendes perfectamente —dijo mientras se sentaba a su lado—. Vayamos al cine esta noche. Pasa del teatro. A Carol no le importará, lo sé.

—No tenía pensando ir.

—En ese caso, mejor que mejor.

Dixon extendió la mano y estrechó la de Margaret, pero ella no hizo el menor movimiento que mostrase que le importaba. Hubo otra pausa y, en medio del silencio, oyeron cómo alguien bajaba al trote las escaleras y se dirigía hacia el vestíbulo. Margaret examinó a Dixon fugazmente y apartó la cabeza.

—De acuerdo, vayamos al cine —dijo con voz trémula.

—Bien. —Dixon se alegró de que hubiera concluido aquel tira y afloja—. Iré a buscar a Neddy y le preguntaré si nos puede acercar en su coche. Caben seis, ¿no es cierto? Tú mientras sube a arreglarte.

Ya en el vestíbulo, se encontraron con Welch enfundado en un traje azul de sarga de un corte asombrosamente extravagante. Estaba contemplando su nuevo cuadro. Margaret dijo «Vuelvo en un minuto» y subió las escaleras. Dixon se quedó pensando que, a pesar de las muchas peculiaridades de su conversación, se habían hablado con una sinceridad inédita. Algo es algo, se dijo.

En cuanto Dixon se acercó a Welch, la boca de este último se abrió, dispuesta a iniciar alguna de sus típicas peroratas («La clave del arte infantil, naturalmente»). Pero el joven se le adelantó para explicarle que, si era posible, también Margaret iría con ellos en el coche. Tras una fugaz aparición de su ceño expectante, Welch asintió y acompañó a Dixon hasta la puerta principal. Salieron y se quedaron de pie en los escalones. Fuera soplaba una brisa suave y el sol brillaba tras una delgada capa de nubes. El calor se había atenuado bastante.

—Iré a buscar el coche —dijo Welch—. Casi se me había olvidado que saldríamos esta noche... De lo contrario, no lo habría metido en el garaje. Tardaré un minuto.

Dicho esto, se fue. Conforme se alejaba, Dixon escuchó de nuevo sonidos de pasos bajando las escaleras y se giró. Era Christine. Salvo por un bolero negro, llevaba exactamente la misma ropa que se había puesto para el fin de semana bohemio. Quizá no tuviera mucha más ropa, en cuyo caso debería haber rechazado la libra que le había dado para el taxi. Christine le sonrió y se colocó junto a él.

—Espero que Bertrand no se haya puesto muy pesado.

—¿Bertrand? Ah... No, todo ha ido a las mil maravillas.

—Creo que he conseguido calmarle un poco.

Dixon se quedó mirándola sin disimular. Tenía las piernas separadas en una actitud firme, segura de sí misma. La brisa le levantó un pequeño mechón rubio hasta colocarlo encima de la raya del pelo. Deslumbrada por la luz del sol, mantenía los ojos entrecerrados. Parecía a punto de hacer algo peligroso, importante y sencillo al mismo tiempo, sabedora de que era la ocasión propicia, aunque no fuera a tener éxito en su empresa. A Dixon le embargó un profundo pesar, además de cierta sensación de

hartazgo. Dejó entonces que su mirada vagara a lo lejos, hacia los campos que se extendían tras el seto cercano, donde unas mimbreras delimitaban el cauce de un riachuelo. Una bandada de grajos, tal vez dos centenares de ellos, volaban hacia la casa, pero cambiaron de dirección al llegar al riachuelo y siguieron el curso del agua.

—En cuanto al té de mañana... —dijo Dixon, dándose media vuelta para verla mejor.

—¿Sí? —preguntó ella, un poco nerviosa—. ¿Qué pasa con el té? —En ese mismo momento escucharon el motor del coche de Welch. Christine añadió—: No tienes de qué preocuparte. Allí estaré. —Antes de que él pudiera responder, la joven miró por encima de su propio hombro hacia el vestíbulo y le hizo un gesto con el dedo a Dixon a la vez que fruncía el ceño.

Había escuchado los pasos de Bertrand, que justo entonces salió al escalón y se quedó mirándolos fijamente, sin decir palabra. Se había calado una boina azul que le produjo a Dixon la misma impresión que el gorro de pescador de Welch padre. Si el propósito de la boina era protegerle de algo, ¿de qué quería protegerse Bertrand? Si no lo era, ¿para qué se la ponía? ¿Qué utilidad tenía ese objeto tan absurdo?

Christine volvió a fruncir el ceño, como si hubiera adivinado sus pensamientos, y después miró a Bertrand sin modificar su expresión de enojo.

—Y, ahora, escuchadme los dos: ha llegado el momento de dejar a un lado vuestras diferencias... —dijo—. Vais a hacer el favor de comportaros como dos adultos racionales delante del señor y la señora Welch. La verdad es que por un momento llegué a creer que os habíais vuelto locos de remate.

—Yo solo quería saber dónde... —comenzó Bertrand.

—Pues a partir de ahora no quieras saber tanto —respondió Christine y, volviéndose hacia Dixon, añadió—: Y tú tampoco cuentes nada más. Os juro que como empecéis a discutir en el coche, me tiraré en marcha.

La regañina consiguió apaciguarles durante un rato. Lo que más lamentaba Dixon de tener que renunciar a Christine era que su decisión suponía también un alto el fuego en su particular guerra contra Bertrand. Mientras estaba sumido en esos pensamientos, el coche de Welch, con su propietario al volante, apareció dando bandazos por una esquina de la casa. Los tres se encaminaron hacia él. La señora Welch, acompañada de Margaret, salió y, tras cerrar la puerta principal, se unió a los demás sin mirar a Dixon. El forcejeo por conseguir plaza en el coche del catedrático fue ciertamente indecoroso. Terminó con Dixon sentado en medio del triple asiento frontal, con Margaret a su izquierda. La señora Welch, Christine y Bertrand ocupaban la parte trasera. Dixon consideró que la simétrica distribución de los pasajeros guardaba cierta armonía. Welch, respirando con fuerza, levantó el pie del embrague con brusquedad, haciendo que el vehículo diera un tirón al que su conductor debía de estar más que acostumbrado.

Dixon no le quitaba el ojo al teléfono, colocado sobre el tapete de felpa que cubría la mesa de bambú del salón de la señorita Cutler. Se sentía como un alcohólico escudriñando con deseo una botella de ginebra. Sabía que si finalmente echaba mano de ella, hallaría el alivio que buscaba, pero los efectos colaterales, como había tenido ocasión de comprobar hacía bien poco, serían peores que el remedio pasajero. Debía cancelar cuanto antes la cita para el té con Christine, para la que apenas faltaban seis horas. Pero para hacerlo tendría que arriesgarse a que la señora Welch respondiera el teléfono. En otras circunstancias no habría osado tentar a la suerte, pero tal y como estaban las cosas prefería correr el riesgo antes que tener que contarle a Christine a la cara que su breve aventura amorosa había concluido. La mera idea de que ese encuentro fuera el último le resultaba insoportable. Al final, se sentó junto al teléfono, descolgó el auricular, dictó el número a la telefonista y, un par de segundos después, escuchó la voz de la señora Welch. Aunque no se sintió tan azorado como había previsto en un principio, no pudo evitar improvisar un gesto de marinero asiático para aventar los malos humos. ¿Acaso se pasaba la señora Welch el día entero pegada al teléfono, sentada o tal vez recostada en una cama cercana, por si a él se le ocurría llamar?

—Intentando establecer comunicación —recitó Dixon con voz aflautada, tal y como tenía planeado—. Hola, ¿con quién hablo?

La señora Welch recitó su número.

—Puede hablar, Londres —continuó Dixon—. Tiene línea. —Entonces, apretando los dientes, abrió la boca todo lo que pudo y rugió con un vozarrón de acento refinado—. ¡Aló, aló! —A continuación, recuperó la vocecita aflautada parecida al relincho de un caballo para decir—: Hable, Londres. —Y de nuevo el vozarrón—: Aló, ¿sería tan amable de indicarme si se encuentra en casa la señorita Kelagan, por favor? —Dixon hizo un ruido fugaz con la boca para imitar las interferencias que solían producirse en la línea.

—¿Quién es? ¿Dígame..., por favor?

Dixon se balanceó hacia delante y hacia atrás, como si sintiera un profundo dolor. Iba alejando y acercando el auricular a su boca mientras hablaba.

—¡Aló, aló! Aquí Forteskyah.

—Disculpe, no alcanzo a entender...

—Forteskyah... Forteskyah...

—¿Quién llama? ¿De qué me suena su...?

—Aló... ¿Es usted la señorita Kelagan?

—¿Es usted, señor...?

—Forteskyah —se desgañitó Dixon a la desesperada, cubriéndose la boca con una mano y procurando no carraspear.

—¿Es usted, señor Dixon? ¿Qué está tramando...?

—Aló...

—Deje de hacer el ridículo de una vez y acabe con esta payasada...

—Tres minutos —relinchó de nuevo Dixon, dejando escapar una baba—. Termine, por favor, se le agota el tiempo. —Forzando la garganta con el brazo extendido añadió un último «Aló» y guardó silencio. ¡Qué aplastante derrota!

—Si sigue usted ahí, señor Dixon —dijo la señora Welch al cabo de un rato, con la voz tremendamente afilada por efecto de los pocos kilómetros de línea telefónica que los separaban—, me gustaría advertirle que, si se atreve a volver a interferir, de un modo u otro, en los asuntos de mi hijo, le pediré a mi marido que se haga cargo del asunto desde un punto de vista disciplinario. En cuanto a ese otro asunto...

Dixon colgó. Mierda, espetó. Tembloroso, echó mano de un cigarrillo. En los últimos días había renunciado a cualquier intento de racionarlos. No le quedaría más remedio que mantener su cita con Christine; un telegrama resultaría demasiado brusco. Por no hablar de que la señora Welch sabría ingeniárselas para interceptarlo. Cuando ya se disponía a encender el cigarrillo el timbre del teléfono le sobresaltó. Dixon dio un respingo. ¿Quién sería ahora? Tal vez un oboe deseoso de hablar con Johns, o puede que un clarinetista.

—Hola —dijo Dixon cuando consiguió aplacar el ataque de tos que le había provocado el susto.

—¿Podría hablar con el señor Dixon, por favor? —preguntó una voz desconocida. Dixon se sintió aliviado.

—Dixon al habla.

—¡Oh, señor Dixon, me alegro tanto de haberle encontrado! Me han dado su número en la universidad. Mi nombre es Catchpole. Me imagino que Margaret Peel le habrá hablado de mí.

Dixon empezaba a ponerse nervioso.

—Sí, algo he oído —dijo, un tanto abstraído. No esperaba que Catchpole tuviera esa voz. Por su tono, se habría dicho que se trataba de un tipo calmado, educado y hasta tímido.

—El motivo de mi llamada es que me gustaría saber algo de Margaret. He pasado un tiempo fuera y, a mi regreso, no he conseguido dar con ella. ¿Qué tal le va? ¿Sabe algo de ella?

—¿Por qué no la llama y se lo pregunta directamente? O quizá ya lo ha intentado y ella no ha querido hablar con usted. En fin, en todo caso, la comprendo. —Dixon empezó a temblar de nuevo.

—Creo que debe de haberse producido un malentendido...

—Por supuesto, sé dónde localizarla, pero, para serle sincero, creo que usted es la última persona del mundo a la que le diría...

—Señor Dixon, no entiendo por qué me habla en ese tono. Si lo único que quiero saber es qué tal está Margaret... No comprendo que tiene de malo...

—Desde ahora le advierto que, si lo que pretende es volver con ella, está perdiendo el tiempo.

—De verdad que no sé de qué me habla. ¿Está seguro de que no me ha confundido con otra persona?

—Se llama usted Catchpole, ¿verdad?

—Sí. Por favor...

—En ese caso, sé de sobra quién es usted. De hecho, sé más sobre usted de lo que querría.

—Por favor, escúcheme, señor Dixon. —Su voz tembló ligeramente al otro lado de la línea—. Lo único que quiero es saber cómo se encuentra Margaret. ¿Ni siquiera se va a dignar a decirme eso?

El tono de súplica de Catchpole consiguió que Dixon se ablandara.

—De acuerdo... Goza de buena salud física. Y en lo que respecta a su salud mental... En fin, está todo lo bien que se puede estar, dadas las circunstancias.

—Se lo agradezco mucho... Me alegra saber que se encuentra bien. ¿Le importa que le haga una pregunta más?

—¿Qué pregunta?

—¿Por qué se ha enfadado conmigo hace un momento, cuando le he preguntado por Margaret?

—¿No cree usted que la respuesta es evidente?

—No, me temo que no... O al menos no para mí. Esto se empieza a parecer a un diálogo de besugos. No se me ocurre ninguna razón para que ella me guarde rencor. Ninguna razón real, quiero decir. —Parecía sorprendentemente sincero.

—Pues le aseguro que a mí si se me ocurre, y más de una... —insistió Dixon, incapaz de disimular el desconcierto de su voz.

—Creo que definitivamente se ha producido un malentendido. Si no tiene usted inconveniente, me gustaría quedar con usted para tratar de aclarar las cosas. No creo que sea un asunto para tratar por teléfono. ¿Qué le parece?

—De acuerdo... —dudó Dixon—. ¿Qué propone?

Acordaron verse dos días después, el jueves, para echar un trago antes de almorzar en el *pub* que se encontraba al pie de la carretera que conducía a la universidad. Después, Catchpole colgó y Dixon se quedó un rato sentado junto al teléfono, fumando. La conversación le había dejado bastante desconcertado; en realidad, casi como todo lo que ocurría últimamente a su alrededor. Aun así, acudiría a la cita, a ver si así era capaz de salir de dudas. Y sin decirle nada a Margaret, por supuesto. Con un suspiro, consultó la agenda de bolsillo de 1943 en la que apuntaba los números de teléfono, descolgó el auricular y marcó un número londinense.

—¿Podría hablar con el doctor Caton, por favor? —dijo poco después.

Tras una corta espera, se escuchó una voz enérgica y segura de sí misma al otro lado de la línea:

—Caton al aparato.

Dixon se presentó dando su nombre y el de la universidad. Por alguna razón que se le escapaba, la sonoridad y la seguridad de la voz de su interlocutor menguaron considerablemente.

—¿Qué quiere? —preguntó con aspereza.

—Antes que nada, quisiera felicitarle por su reciente nombramiento... Pero, si no es mucha molestia, me gustaría saber qué sucederá ahora con mi artículo, el que usted tuvo la bondad de aceptar para su revista. ¿Sabría decirme cuándo se publicará?

—Ah, señor Dickerson, las cosas están muy difíciles, ya lo sabe. —La voz parecía recitar una lección que se supiera de memoria—. Se nos acumula el material pendiente de publicación... Comprenderá que no puede esperar que su artículo, que, por cierto, me gustó mucho, se publique en los próximos cinco minutos...

—Agradezco sus palabras, doctor Caton, y me imagino que la lista de espera debe de ser enorme... En realidad, me bastaría con que me diera usted una fecha aproximada. Eso es todo.

—Si de verdad supiera lo difíciles que se están poniendo las cosas, señor Dickerson... Para empezar, solo los cajistas más curtidos son capaces de componer los artículos que publicamos. ¿Se ha parado usted a pensar cuánto tiempo les lleva transcribir media página de notas?

—Ni por asomo, aunque imagino que ha de ser una tarea muy laboriosa. Pero lo único que yo quería, en realidad, es que me diera una fecha estimada...

—En cuanto a eso, señor Dickerson, le repito que las cosas no son tan sencillas como puedan parecérselo a usted... Probablemente conozca a Hardy, del Trinity, por ejemplo. Pues resulta que mandé una cosilla suya a imprenta hace algunas semanas, y los cajistas me llaman hasta dos o tres veces al día, o a veces más, para que les resuelva esta o aquella duda. A menudo, por descontado, sobre todo si la duda versa sobre un documento escrito en una lengua extranjera o algo similar, no me queda más remedio que remitirlos al propio Hardy. Usted no es el único que cree que el trabajo de un editor consiste simplemente en beber cerveza y jugar a los bolos... Pues ha de saber que nada más lejos de la realidad, créame.

—Estoy seguro de que su trabajo es apasionante, doctor Caton, y de ningún modo se me ocurriría exigirle una fecha definitiva, pero comprenda que es de vital importancia para mí hacer una estimación de...

—Tal y como están las cosas, le digo, no puedo prometerle que vaya a salir la semana que viene —dijo en un tono exasperado, como si Dixon le hubiera hablado de ese plazo—. Estoy seguro de que lo entiende. Pero, aun así, parece no querer darse cuenta de la cantidad de planificación que requiere cada número de una publicación como la nuestra... Imagínese en el caso del primer ejemplar. A ver si se cree que esto

es como diseñar un horario de trenes... ¿Cómo...? ¿Cómo...? —zanjó Caton, a voz en grito.

En vista de la actitud recelosa de Caton, Dixon se preguntó si no se le habría escapado algún impropio sin darse cuenta. Entonces se oyó un runrún hueco y metálico en el auricular, como el sonido de un mazo golpeando el hierro galvanizado en una catedral.

—Estoy seguro de que no lo es, por eso me he resignado a esperar. Pero, para serle franco, doctor Caton, la publicación de ese artículo mejoraría considerablemente mi reputación en la universidad, de modo que si pudiera comunicar en el departamento la fecha...

—Lamento mucho las dificultades por las que está atravesando, señor Dickerson, pero me temo que las cosas ya resultan bastante difíciles para mí como para andar ahora preocupándome por las suyas. Hay mucha gente en las mismas condiciones que usted. Si todos empezaran a llamarme para que les prometiera que...

—Pero, doctor Caton, si yo no quiero que me prometa nada en firme. Tan solo le pido que me dé una fecha aproximada. En realidad, me daría por satisfecho con la estimación menos concreta del mundo. «En el segundo semestre del año que viene», por ejemplo. Yo sí le prometo que no le pondré en ningún compromiso. —Hubo un silencio que Dixon interpretó como un indicio de ira acumulada por parte de su interlocutor—. ¿Me da su permiso para comunicar en el departamento que el artículo saldrá «en el segundo semestre del año que viene», si me lo preguntan?

Aunque Dixon esperó diez segundos o más, no hubo otra respuesta que el conocido runrún metálico, que había aumentado en volumen y ritmo.

—Las cosas están muy difíciles, las cosas están muy difíciles, las cosas están muy difíciles... —farfulló Dixon, en tono de burla, al auricular, y acto seguido mencionó un par de cosas realmente difíciles con las que le habría gustado ver lidiar a Caton. Siguió un rato murmurando mientras meneaba la cabeza y los hombros como una marioneta. Parece que a Welch le había salido un rival en la técnica del escaqueo verbal. En cuanto a la del escaqueo físico, Caton le había ganado por la mano desde el primer momento: largarse a Sudamérica constituye el *súmmum* para cualquier escaqueador que se precie. Una vez en su habitación, Dixon subió, cogió aire y lo retuvo en los pulmones durante medio minuto, sin dejar de rezongar. Después sacó las notas que había tomado para la lección magistral y se puso a trabajar en el borrador de la charla.

Cinco horas después, calculó que llevaba escritos cuarenta y cuatro minutos de discurso. Para entonces, tenía la impresión de que no quedaban más hechos que abarcar ni en el rincón más recóndito del universo, ni en su cerebro ni en el de ningún ser de la raza humana... Había dedicado la mayor parte de esos cuarenta y cuatro minutos a discernir la finísima línea —cual filo de la navaja— que dividía lo dudosamente relevante de lo indudablemente irrelevante. Tendría que rematar la faena con una conclusión que ocupara unos quince minutos. Pero no le apetecía nada

escribirla. Todos, salvo Welch, se darían por satisfechos con una especie de loa a Dios por haberles permitido disfrutar del siglo xx, o algo así. Al final, volvió a coger el lápiz y, tras soltar una alegre carcajada, escribió: «Esta exposición, breve por fuerza, carecería de todo propósito si pretendiera ser un mero —tachó “mero”— recorrido histórico. Es mi intención que extraigamos de ella lecciones valiosas para nuestro día a día, viviendo como vivimos en una época de entretenimientos prefabricados. Uno se pregunta cómo reaccionarían los hombres y las mujeres del Medioevo ante fenómenos típicamente modernos como el cine, la radio o la televisión. ¿Qué pensarían, acostumbrados como estaban a crear su propia música —debía mirar a Welch al llegar a este punto—, de una sociedad que, sin duda, los consideraría unos bichos raros? ¿Qué dirían de este mundo en el que tocar un instrumento en lugar de pagar a otros para que lo hagan, en el que entonar un madrigal en lugar de cualquier cancioncillaailable, equivale a pasar a formar parte del temido club de los raritos, donde...?».

De pronto, dejó de escribir y salió disparado hacia el baño. Se lavó a una velocidad vertiginosa. Se le había hecho tarde; con suerte llegaría a tiempo al hotel donde había quedado a tomar el té con Christine, pero no le quedaría tiempo para pensar en el té con Christine. No obstante, a pesar de que no paraba quieto, la proximidad de su encuentro comenzó a provocarle un ligero malestar.

Dixon llegó dos minutos tarde a la cita. Al alcanzar el salón del té, sintió una punzada de pánico. La punzada se transformó en una patada en el diafragma cuando vio a Christine sentada esperando, porque había contado con un par de minutos de gracia para pensar qué decirle. Margaret, sin duda, se habría retrasado ese par de minutos —e incluso alguno más—.

Christine sonrió a Dixon.

—Hola, Jim.

—Hola —respondió Dixon, carraspeando para tratar de disimular el nerviosismo. Al menos logró vencer la tentación de comprobar si llevaba recta la corbata, los bolsillos por dentro y la bragueta abrochada. Finalmente se sentó, con cierta precaución, frente a ella. Esta vez Christine vestía chaqueta y falda, ambas del mismo tejido color ciruela, y una blusa blanca. Todas las prendas parecían recién planchadas. Estaba guapísima, y lucía muy femenina; tanto que la cabeza de Dixon empezó a dar vueltas tratando de encontrar algo que decir que no fuera lo que venía dispuesto a decirle.

—¿Qué tal? —preguntó Christine.

—Bien, gracias... Me he pasado la tarde trabajando. Espero que te hayas podido escapar sin problemas...

—Pues no sé si me atrevería a decir tanto...

—¡Vaya, lo lamento! ¿Qué ha pasado?

—Creo que Bertrand se huele algo. Le he dicho que tenía que hacer un par de cosas en el centro, pero no le he dado más explicaciones, porque he pensado que eso

resultaría un tanto...

—Me parece muy bien. ¿Y cómo se lo ha tomado?

—Regular, la verdad. No ha parado de repetirme que soy dueña de mi vida, que puedo hacer lo que me venga en gana, que no debo sentirme atada a él de ninguna manera. Al final, hasta ha conseguido hacerme sentir mal.

—Te comprendo.

Christine se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa baja que había entre ellos.

—En cierto modo, Jim, no creo que esto haya sido una buena idea. Pero te dije que vendría y he cumplido mi palabra. Y quería venir, faltaría más... Tenía tantas ganas como el día en que me invitaste. Pero luego le he dado muchas vueltas y he decidido... ¿Por qué no nos bebemos el té con calma, y lo hablamos después?

—No, prefiero que me lo digas ahora, sea lo que sea.

—De acuerdo... Lo que pretendo decirte, Jim, es que me parece que, en cierto modo, me dejé llevar cuando me propusiste quedar hoy. Actué sin pararme a reflexionar. Si hubiera tenido tiempo de pensármelo dos veces... Y, aun así, habría tenido las mismas ganas de verte. Siento mucho haber ido directamente al grano, apenas hemos tenido tiempo de saludarnos, pero tú también comprendes adónde nos lleva esto, ¿verdad?

A Dixon ni siquiera se le pasó por la cabeza que la actitud de Christine facilitaría en gran medida lo que él mismo había ido a hacer allí.

—¿No estarás intentando decirme que prefieres no seguir adelante? —preguntó sin dejar traslucir la menor emoción.

—Lo cierto es que no se me ocurre cómo podríamos «seguir». Habría preferido tratar este tema más adelante, pero no me lo podía quitar de la cabeza. De momento, tú estás atado a este lugar... ¿O vas a Londres muy a menudo?

—No, rara vez.

—En ese caso, solo podríamos vernos cuando Bertrand me pidiera que le acompañara a visitar a sus padres, como ahora, y comprenderás que yo no me sentiría bien teniendo que escaparme a hurtadillas cada vez que quisiera verte. Y, en todo caso... —Christine se detuvo e hizo una mueca que provocó que Dixon se revolviera en su asiento.

La moqueta había silenciado los pasos de un camarero joven que, de buenas a primeras, se había materializado a su lado, balanceándose sobre sus pies. Dixon jamás había visto a nadie que rezumara tanta insolencia sin necesidad siquiera de abrir la boca, ni de gesticular con las manos ni de hacer muecas. El tipo estaba entretenido haciendo equilibrios con una bandeja plateada con tanto garbo como imprudencia, y sin prestarles ninguna atención ni Christine ni a él. Cuando al fin Dixon le preguntó si les podía hacer el favor de traerles dos té, el camarero sonrió a la joven con un gesto grandilocuente —aunque sincero— de conmiseración. Después se dio media vuelta y, golpeando una de sus rodillas con la bandeja, se marchó.

—Perdona, ¿qué decías? —preguntó él.

—Decía que estoy comprometida con Bertrand, eso es todo. Y no es solo una cuestión de sentido del deber ni nada por el estilo. Es que no quiero hacer el tonto... No estoy diciendo que haya sido una tontería venir a verte, cuidado. Ay, hoy parezco incapaz de explicarme con un mínimo de tacto. —Poco a poco e intermitentemente, Christine iba recuperando el tono y la pose de muchacha digna—. Me temo que lo único que puedo pedirte es que me comprendas. Sé que es lo que siempre se dice en estos casos, y creo que ni yo misma me entiendo muy bien, así que cómo voy a esperar que tú lo hagas... Pero no veo otra alternativa.

—Entonces, ¿ya no estás harta de él, como me dijiste el otro día?

—No, entiéndeme, mantengo todas y cada una de mis palabras. Pero quiero aprender a estar a las duras y a las maduras. Y eso que las partes duras siguen siendo tan duras como cuando hablamos en el taxi, desde luego... Pero tengo que hacer un esfuerzo... Se acabó eso de huir de la realidad cuando siento que no puedo más, se acabó pretender que la gente se comporte siempre como a mí me gustaría... Es evidente que una relación como la que yo mantengo con Bertrand está destinada a tener sus altibajos. Es inútil montar un numerito cada vez que caemos en uno de ellos... Simplemente, debería aprender a aceptarlo, aunque me cueste hacerlo. El problema es que, para intentarlo con él, tengo que apartarte a ti.

—No te preocupes por eso —dijo Dixon—. Haz lo que creas que es mejor para ti.

—Haga lo que haga, ya nada me resultará grato —respondió—. Siento que me he comportado como una estúpida desde el principio. —Su pose de chica digna había llegado a su punto álgido, pero Dixon ni siquiera se dio cuenta—. Pero, sobre todo, no quiero que pienses que fui una frívola al dejar que me besaras y prometerte que vendría. Sigo manteniendo todo lo que te dije entonces... Si no hubiera sido verdad, me habría callado. Tampoco quiero que pienses que estaba jugando, que he cambiado de opinión y que, después de reflexionar sobre ello, he descubierto que no me gustas lo suficiente, ni nada por el estilo. Te aseguro que no se trata de nada de eso y no quiero que te quedes con esa sensación.

—Está bien, Christine. Olvídate de esa parte. Oh... Aquí llega el té.

El camarero, con la bandeja llena, reapareció junto a Dixon. Primero, la dejó caer en picado hasta que quedó a un centímetro por encima de la mesa, para posarla luego sin hacer el menor ruido, con un esmero insultantemente exagerado. Acto seguido se enderezó, volvió a sonreír —esta vez a Dixon—, dejó de sonreír, quizá para recalcar que no tenía intención alguna de servir la mesa, y se fue fingiendo una repentina cojera.

Christine se encargó de servir el té.

—Lo siento, Jim —dijo, pasándole su taza—. Me habría gustado decírtelo de otra manera. ¿Quieres un sándwich?

—No, gracias. No tengo hambre.

Christine asintió y empezó a comer con apetito. A Dixon le sorprendió sobremanera esta ausencia de sensibilidad en el sentido más convencional. Por primera vez en su vida, una mujer se comportaba en su presencia como se supone que se comportan todas las mujeres.

—Después de todo —dijo Christine—, tú también tienes un compromiso con Margaret, ¿verdad?

Dixon suspiró, tembloroso. En principio, la peor parte del encuentro había terminado sin ese efecto adormecedor que le embargaría más pronto que tarde, pero seguía estando nervioso.

—Sí —respondió—. Eso es lo que quería decirte, solo que tú has empezado a hablar primero. He venido hasta aquí con la intención de explicarte que mi historia con Margaret es más seria de lo que creía y que, precisamente por eso, tú y yo no deberíamos volver a vernos.

—Comprendo. —Christine le hincó el diente a otro sándwich.

—Para serte franco, desde el baile ya nada ha vuelto a ser lo mismo.

Christine miró a Dixon fugazmente.

—Habéis discutido por eso, ¿verdad?

—Bueno, sí, me imagino que se puede decir que sí. Pero, de hecho, la cosa fue mucho más grave que una discusión.

—¿Ves? Te lo dije. Nuestra escapada no ha hecho más que crear problemas...

—No seas boba, Christine —dijo Dixon, exasperado—. Hablas como si lo hubieras empezado tú todo. Si en última instancia hay que buscar un responsable de todos estos problemas, como tú los llamas, ese soy yo. Y no es que crea que yo tenga culpa de nada; no la tengo, como tú tampoco la tienes. Tanto reproche se me antoja un poco forzado.

—Lo siento, creo que no me he expresado bien. No pretendía ponerte en una situación violenta.

—Ya lo sé... No he pensado eso en ningún momento. No quiero que todo esto me saque de mis casillas... Has de saber que mi historia con Margaret me tiene bastante apesadumbrado.

—¿Para tanto fue? ¿Qué te dijo?

—De todo. No hubo cosa que pudiera decir y no dijera.

—Por lo que cuentas, debió de ser terrible... ¿Qué pasó exactamente?

Dixon volvió a suspirar y dio un sorbo a su taza de té.

—Es todo tan... complicado. No quiero aburrirte con mis historias.

—No me vas a aburrir. Si a ti te apetece contármelas, las escucharé encantada. Después de todo, es tu turno.

La sonrisa con la que acompañó este último comentario desconcertó a Dixon. ¿De verdad le hacía gracia la situación?

—De acuerdo —dijo Dixon con voz apagada—. En fin, hay muchas historias del pasado que se entremezclan con esta. En realidad, Margaret es una buena chica, me

cae muy bien, o me caería muy bien si se comportara como Dios manda. Pero, por ridículo que te suene, en cierto modo me he visto atado a ella sin comerlo ni beberlo. Cuando la conocí, en octubre del año pasado, estaba saliendo con un tipo llamado Catchpole... —Dixon resumió su relación con Margaret sin apenas maquillarla, y remató el relato con la película que vieron la noche anterior en el cine. Le ofreció un cigarrillo a Christine, que a esas alturas había devorado ya todas las viandas que les habían servido con el té, sacó otro para él y continuó—: Y ahora ha vuelto más o menos a las andadas, aunque no me gustaría tener que explicarte qué significa «volver más o menos a las andadas» en su caso, pero te diré que definir el asunto con un simple «andadas» es quedarse corto. Por cierto, no creo que ella sospeche lo mucho que me gustas, y dudo que, si lo sospechara, quisiera oírlo de mi boca.

Christine, que evitaba mirarle directamente a los ojos, expulsó una bocanada de humo sin mucha pericia.

—¿Cómo se encontraba cuando os despedisteis? —preguntó en tono desinteresado.

—Bastante tranquila y cuerda, como el resto de la tarde. Ya, ya sé que suena muy ofensivo... No quería decir eso, lo que trato de... En fin, dejémoslo en que no estaba demasiado alterada. Al menos no había rastro de esa tensión nerviosa que la acompaña habitualmente.

—¿Y crees que, ahora que cree que las aguas han vuelto a su cauce, seguirá así?

—Bueno, tengo que reconocer que he empezado a albergar la esperanza de que...

—Estuvo a punto de revelar su anhelo, pero se dio cuenta de que era ridículo de puro ingenuo—. En fin, ni lo sé. Aunque tampoco importa mucho.

—Parece que todo este asunto te ha sumido en el más profundo abatimiento...

—¿Eso parece? He de reconocerte que no ha sido fácil, desde luego.

—No, ni va a serlo, ¿no crees? —Al ver que Dixon, cabreado por la pregunta, no dijo nada, Christine continuó hablando mientras echaba la ceniza del cigarrillo en un plato para salsas—. Me figuro que no te hará mucha gracia que lo diga, pero creo que tienes que saberlo. Me temo que ni Margaret ni tú vais a ser felices si seguís juntos.

Dixon trató de contener la irritación.

—No, yo tampoco creo que vayamos a serlo, pero es lo que hay. No podemos dejarlo; eso es todo.

—Bueno, ¿y entonces qué vas a hacer ahora? ¿Vas a pedirle matrimonio?

La curiosidad de Christine le recordó a la que había mostrado semanas atrás cuando le preguntó acerca de sus hábitos con la bebida.

—No lo sé —respondió él con frialdad, procurando no pensar en la idea de comprometerse con Margaret—. Pero no lo descarto...

Christine no pareció advertir la hostilidad del tono de Dixon. Se removió en su asiento y echó una ojeada a su alrededor.

—En fin, parece que los dos tenemos quien nos cuide, ¿verdad? Eso es bueno —dijo con el mismo tono que habría empleado una profesora con sus alumnos.

La gravedad con la que pronunció esta perogrullada consiguió incrementar todavía más el malhumor y el pesar de Dixon, que cada vez hablaba más deprisa.

—Sí, bien mirado, no tenemos elección. Tú seguirás con Bertrand porque, en general, consideras que es más seguro mantenerse a su lado, pese a los riesgos que encarna una relación así, que estrechar mi brazo. Conoces sus manías, pero no sabes cuáles pueden ser las mías. Y yo seguiré con Margaret porque no tengo agallas para apartarme de ella y dejar que se cuide solita, así que me mantendré a su lado y renunciaré a hacer lo que quiero. Por miedo. Una cautela pesada y perversa nos mantiene atenazados... Y lo peor es que ni siquiera se puede decir que estemos barriendo para casa. —Dixon contempló a Christine con un leve desprecio. Le dolió entrever el mismo desdén en la mirada de ella—. Ese es el quid de la cuestión... Y lo peor de todo es que seguiré tropezándome con la misma piedra una y otra vez. Esto viene a demostrar de qué poco sirve conocerse a uno mismo. —Por alguna razón, esta máxima le hizo recordar el oscuro secreto con el que podría socavar el apego de Christine hacia Bertrand. En realidad, bastaría con repetir lo que le había contado Carol. Pero quizá ya estuviera enterada, y tal vez estuviera tan enamorada de él que prefería tenerlo a medias antes que perderlo del todo. Por lo demás, ¿qué pensaría de él si le venía con esas? No, más le valía olvidarse del tema. Todo parecía indicar que jamás encontraría el momento oportuno para revelárselo a nadie, lo cual resultaba cruelmente injusto, habida cuenta de que había sabido mantenerse leal, con la boca cerrada, y de que llevaba mucho tiempo aguardando la ocasión propicia.

Christine agachó la cabeza —qué bien peinado llevaba el cabello— sobre la salsera y apagó el cigarrillo.

—Creo que estás exagerando. Lo que ha pasado entre nosotros no ha sido para tanto, ¿no crees? —Seguía con la cabeza gacha.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, pero no es así como debemos juzgarlo...

Esta vez Christine, ruborizada, le miró a los ojos, y Dixon se calló.

—Me parece estúpido hablar de esa manera —dijo, con una entonación ligeramente *cockney* que Dixon había medio advertido antes en ella—. Tengo la impresión de que con eso que has dicho crees haber demostrado algo. Crees que ese es nuestro caso, ¿verdad? Hablas como si lo fuera. ¿Nunca te has parado a pensar que a veces la gente hace las cosas solo porque desea hacerlas, porque quiere hacer lo que más le conviene? No veo en qué nos ayuda llamar «falta de agallas» y «cautela» a procurar hacer lo correcto. Hacer lo que uno sabe que debe hacer resulta terrible a veces, pero eso no significa que no merezca la pena intentarlo. Por cierto, has dicho algo que me lleva a pensar que crees que me acuesto con Bertrand. Si de verdad crees eso, es que no sabes nada sobre las mujeres. La verdad, pensando como piensas, no me extraña que estés pasando una mala racha. Al parecer, eres de esa clase de hombres que nunca están contentos con nada. Creo que me voy a ir ya, Jim... No tiene ningún sentido que...

—No, no te vayas —dijo Dixon, agitado. Todo estaba sucediendo demasiado deprisa para él—. Y no te enfades. Quédate un poco más.

—No estoy enfadada. Solo estoy cansada de todo esto.

—Yo también.

—Cuatro chelines —anunció el camarero, que se materializó al lado de Dixon de nuevo. Era la primera vez que oía su voz, y daba la impresión de que tenía un caramelo a medio deglutir en el fondo de la garganta.

Dixon rebuscó en sus bolsillos y le entregó dos medias coronas. Esta vez agradeció la interrupción, puesto que le permitió recuperar el equilibrio emocional, o al menos parte de él.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Dixon cuando se quedaron a solas.

—Una vez más. Asistiré a tu clase magistral y, justo antes, al cóctel con jerez que dará el rector.

—Por Dios, Christine, no vayas a esa clase... Te vas a aburrir como una ostra. ¿Cómo se te ocurre?

—El rector le pidió expresamente al tío Julius que fuera, y él, en un momento de debilidad, aceptó la invitación. Y ahora insiste en que yo le acompañe.

—¡Qué raro!

—Me dijo que está deseando volver a verte.

—¿Por qué diablos diría algo así? Si apenas intercambiamos un par de palabras.

—En fin, no tengo ni idea, pero eso es exactamente lo que dijo. No me preguntes por qué.

—Entonces te veré desde la distancia. Eso está bien, la verdad.

—No, no está nada bien, la verdad —dijo Christine de pronto y en un tono distinto—. ¿Cómo va a estar bien? Será divertidísimo, ¿verdad? Ahí sentada, charlando con Bertrand y el tío Julius y todos los demás como una niña buena. Sí, lo pasaré en grande, muchísimas gracias. Es todo tan... Es intolerable. —Christine se levantó y Dixon, que no encontró nada más que decir, hizo otro tanto—. Ya he aguantado bastante. Ahora sí que me voy. Gracias por el té.

—Dame tu dirección, Christine.

—No nos hará ningún bien. —Le miró con desprecio, abriendo mucho sus ojos castaños bajo aquellas cejas oscuras—. ¿Qué sentido tendría?

—Al menos así puedo conservar la esperanza de que esta no vaya a ser la última vez que nos veamos.

—¿Y se puede saber para qué quieres conservar esa esperanza? —Christine pasó por delante de él rápidamente y abandonó el salón sin mirar atrás.

Dixon volvió a sentarse y encendió otro cigarrillo, que acompañó con la media taza de té casi frío que le quedaba. Jamás habría imaginado que un hombre que acababa de hacer exactamente lo que se había propuesto hacer pudiera arrastrar una sensación tan virulenta de fracaso e inutilidad. Por un momento, se le ocurrió la idea de que si Christine se pareciera físicamente a Margaret, y Margaret a Christine, se

sentiría de mucho mejor humor. Pero eran cábalas sobre un imposible. Margaret, con el cuerpo y el rostro de Christine, jamás se habría convertido en Margaret. Lo único que podía afirmarse con plena contundencia era que Christine tenía la inmensa fortuna de ser enormemente guapa. Todo era cuestión de buena fortuna. En realidad, con tan solo un poco más de suerte, su propia vida habría transitado por otra senda, quizá contigua a la suya en un comienzo, pero destinada a desviarse y a alejarse de ella más pronto que tarde. Entonces dio un respingo y se incorporó de un salto... ¡La reunión de los examinadores estaría a punto de comenzar! Evitando pensar en la presencia de Margaret, salió del hotel, pero volvió a entrar y se acercó al camarero, que estaba apoyado contra la pared.

—¿Me da la vuelta, por favor?

—¿La vuelta?

—Sí, la vuelta. ¿Me la da, por favor?

—Me ha entregado usted cinco chelines.

—Sí. Y en la cuenta ponía que eran cuatro. Quiero que me devuelva mi chelín.

—¿No era mi propina?

—Podría haberlo sido, pero ya no lo es. Devuélvame.

—¿Todo el chelín?

—Sí. El chelín entero. Ahora. Devuélvame.

No parecía que el camarero tuviera intención de devolverle el dinero.

—Casi todos los clientes me dejan propina —dijo con la voz medio ahogada.

—Casi todos los clientes le habrían dado una patada en el culo a estas alturas. Si no me da la vuelta antes de que hayan pasado cinco segundos, llamaré al encargado del local.

Cuatro segundos después, Dixon salió a la calle con su chelín en el bolsillo.

—Y por último, ¿qué aplicación práctica tiene todo esto? ¿Está en nuestras manos detener, o al menos dificultar, el proceso que acabo de describir? Les aseguro que todos los aquí presentes esta noche podemos hacer algo para mejorar el mundo. Cada uno de nosotros puede hacerse sus propios propósitos: resistir a la invasión de productos manufacturados, rebelarse contra los pavorosos artículos que se publican sobre muebles y vajillas, manifestarse contra la falsa arquitectura, oponerse a la proliferación en cada vez más espacios públicos de los altavoces que esa música infecta de Radio 2, alzar la voz contra la prensa amarilla, contra los libros superventas, contra los órganos de teatro; o alzarla en favor de la cultura propia de las comunidades rurales integradas. Si lo hacemos, estaremos alzando la voz, por pequeño que sea su efecto individual, en pro de nuestras tradiciones, de nuestro patrimonio común... En definitiva, en pro de lo que una vez fue, y quizá vuelva a ser algún día, la «Alegre Inglaterra».

Tras un eructo prolongado y disimulado, Dixon se levantó de la silla en la que estaba sentado mientras terminaba de escribir la invectiva e imitó a un simio danzando por su habitación. Flexionó un brazo a la altura del codo —los dedos le acariciaban los sobacos— y crispó la otra extremidad en el aire, apoyando la parte interior del antebrazo sobre la cabeza. De esa guisa, caminó en zig zag hasta la cama con las rodillas dobladas, encorvado y rotando los dos hombros a la vez, y saltó varias veces sobre el colchón sin dejar de aullar. Entonces se oyó un golpeteo en la puerta y, con la misma, entró Bertrand. Ocurrió tan deprisa que Dixon apenas consiguió cerrar la boca y enderezar el cuerpo.

Bertrand, con su boina azul, se quedó mirando.

—¿Se puede saber qué hace ahí arriba?

—Me gusta estar aquí, gracias. ¿Algo que objetar?

—Baje y deje de hacer el indio. Tengo un par de cosas que decirle y más vale que preste atención. —Daba la impresión de tener la rabia bajo control, pero no dejaba de jadear, aunque quizá solo se debiera a que había subido corriendo los dos tramos de escalera.

Dixon saltó con suavidad de la cama al suelo. También él jadeaba.

—¿Qué tiene que decirme?

—Solo una cosa. La última vez que nos vimos, le advertí que se mantuviera alejado de Christine. Y resulta que he descubierto que no me ha hecho ni caso. ¿Qué tiene que decir al respecto, para empezar?

—¿A qué refiere con que no le he hecho ni caso?

—Deje de hacerse el tonto conmigo, Dixon. Lo sé todo sobre el té furtivo que tomaron juntos ayer. Le he pillado, ¿de acuerdo?

—¡Anda! ¿Se lo ha contado Christine?

Bertrand apretó los labios tras la barba, a la que, dicho sea de paso, le habría venido de perlas un peine.

—¡No, por supuesto que no! —respondió con violencia—. Si la conociera un poco, sabría que Christine no es de esas. No es como usted. Si de verdad quiere saberlo, y espero que le siente como una patada en las narices, ha sido uno de sus compañeros de pensión el que ha ido con el cuento a mi madre. Espero que le lleve un buen rato y muchas cavilaciones tratar de averiguar quién. Todo el mundo le odia, Dixon, y, ¡por el amor de Dios!, comprendo muy bien por qué. En cualquier caso, sigo esperando una explicación sobre su conducta.

—¡Ay, querido —dijo Dixon con una sonrisa—, me temo que eso es mucho pedir! Explicar mi conducta... No pide usted poco. Soy incapaz de pensar en nadie que esté a la altura de semejante encomienda. —Observó a Bertrand detenidamente, tratando de espantar la noticia de la última jugarreta de Johns (¿quién si no?) para ponderar más tarde una respuesta acertada.

—Corte el rollo —repuso Bertrand, sonrojado—. Creo que le dejé bien claro que quería que dejara a Christine en paz. Y cuando ordeno una cosa, quiero que se me obedezca sin rechistar. Y punto. ¿Se puede saber por qué no me ha hecho usted caso? ¿Por qué?

La furia de Bertrand y su visita combinaban a las mil maravillas con la futilidad de ambas, habida cuenta de que Dixon ya había renunciado a Christine por otras razones y, en consecuencia, había abandonado también su campaña contra el pintor. Pero habría sido una tontería poner las cartas sobre la mesa tan pronto, más aún teniendo a su rival tan a tiro y pudiendo divertirse un rato a su costa.

—Pues porque no me ha dado la real gana —dijo.

Hubo una pausa durante la cual Bertrand dio la impresión —al menos un par de veces— de ir a soltar uno de sus dichosos aullidos. Sus ojos, tan inusuales y fuera de lo común, parecían ahora de cristal pulido.

—Mire, Dixon —dijo de improviso con la voz más calmada—, me parece que no es usted consciente de dónde se ha metido. De modo que me va a permitir explicárselo. —Se sentó en el brazo del sillón parecido a los de Pall Mall y se quitó la boina. No iba a juego con el traje oscuro, ni con la camisa blanca ni con la corbata con estampado de vides. Dixon se sentó en la cama, que chirrió suavemente bajo su peso—. Lo mío con Christine —continuó, toqueteándose la barba— va en serio, de eso no le quepa duda. Nos conocemos desde hace mucho y llevamos juntos un período de tiempo más que considerable. Lo nuestro nunca ha sido un aquí te pillo, aquí te mato, no sé si me sigue. Aún no quiero casarme con ella, pero es muy probable que lo haga dentro de un par de años. Es, en fin, una relación a largo plazo. Christine es muy joven aún, más incluso de lo que indica su edad. No está

acostumbrada a que la raptan en bailes y la inviten a tomar un té de tapadillo en un hotelucho ni a nada de eso. Dadas las circunstancias, es natural que se sintiera halagada, que disfrutara brevemente de la excitación del momento, etcétera. Pero solo brevemente, Dixon. Pronto empezará a sentirse culpable y deseará no haberle conocido nunca. Es entonces cuando surgirán los problemas... Siendo como es, se sentirá mal por haberle dado calabazas, por haber actuado a mis espaldas (esto aún no lo sabe) y por todo lo demás. Y yo quiero evitar esa circunstancia a toda costa, aunque solo sea porque a mí no me conviene nada de esto. Bastante me ha costado meterla en vereda como para tener que empezar de cero una vez más. Sepa usted que con su comportamiento lo único que ha conseguido es crear problemas. Esto no le va a traer nada bueno, por no decir que encima a mí me está tocando las narices y que le está haciendo daño a Christine. Ella pasará todavía unos días más por aquí, y sería una estupidez por su parte arruinarnoslos. ¿Ahora lo entiende?

Dixon encendió un cigarrillo para disimular el efecto que le había causado el resumen de las motivaciones de Christine. Bertrand era bastante más perspicaz de lo que había esperado.

—Sí, lo entiendo muy bien, hasta cierto punto —dijo Dixon con lo que esperó que fuera un tono despreocupado—. Salvo eso de meterla en vereda, por supuesto, porque no deja de ser la expresión de un deseo. Pero no se preocupe, usted lo entiende todo, qué duda cabe. Yo, sin embargo, no entiendo nada de nada. Parece no querer darse cuenta de que todo esto solo tendría sentido si sus suposiciones de partida fueran ciertas.

—Pues yo le digo que lo son, muchacho —dijo Bertrand alzando la voz—. Y se lo diré todas las veces que haga falta.

—Sí, ya le he oído. Pero no pretenderá que yo dé por buenas sus suposiciones. Ahora es mi turno de palabra. Lo único serio y a largo plazo de esta historia no tiene nada que ver con usted ni con Christine. No... Tiene que ver con ella y conmigo. Lo que ocurre aquí no es que yo la esté apartando de usted. Es usted el que está apartando a Christine de mí. Pero solo por el momento. No crea que durará mucho más tiempo. ¿Esto qué tal se entiende?

Bertrand se levantó de nuevo y se colocó frente a Dixon con las piernas algo separadas. Aun así, en un tono comedido, aunque apretando los dientes, dijo:

—A ver si se le mete en la cabezota de una vez: cuando veo algo que me gusta, voy a por ello. Y no permito que gente de su calaña se interponga en mi camino. En todo su argumento ha olvidado una cosa: Christine será mía porque es mi derecho. ¿Lo entiende? Y cuando ando detrás de algo, no me importa hacer todo lo que sea necesario para conseguirlo. No obedezco a ninguna otra ley... De hecho, es la única manera que tengo de acumular logros en este mundo. Su problema, Dixon, es que no está a mi altura. Si busca pelea, escoja a alguien de su talla... Tal vez así tenga alguna posibilidad de victoria. Conmigo ya puede ir perdiendo toda esperanza.

Dixon se le acercó un paso más.

—Es usted muy mayor para estos juegucitos, Welch —dijo, hablando rápido—. La gente no va a seguir apartándose de su camino indefinidamente. Se cree usted que por ser alto y por pintarraजार un lienzo está al nivel de un semidiós... y, ¿sabe qué? Que aunque lo fuera, no sería para tanto. Pero es que encima no lo es... Solo es usted un fullero y un pijo y un abusón y un imbécil. Se tiene por un tipo sensible, y no lo es en absoluto... Su sensibilidad solo aflora cuando le hacen algo. Es usted susceptible y fatuo, sí, pero de sensible no tiene un pelo. —Dixon hizo una pausa pese a que Bertrand, que le miraba fijamente, no parecía tener ánimo de interrumpirle. Continuó hablando—: Se cree un gran amante, y también en eso se equivoca... Resulta que me tiene tanto miedo, a pesar de que, según usted, solo soy un advenedizo, que se ha molestado en venir hasta aquí para decirme que no pise su terreno, como solo haría un marido controlador. Por no hablar de que tiene usted la cara de hablarme de lo mucho que le importa Christine mientras se la pega con la mujer de otro. Y no es que yo tenga nada que objetar al respecto... Lo que me molesta es que nunca se pare a pensar en lo falso que...

—¿De qué narices está hablando? —El aire salía de la nariz de Bertrand con un silbido. Cerró los puños.

—De su aquí te pillo, aquí te mato con Carol Goldsmith. De eso estoy hablando.

—No sé de qué está hablando.

—Ay, querido, no lo niegue... ¿Para qué molestarse? Por supuesto, usted creará que es una más de esas cosas que son suyas porque tiene derecho a ellas, ¿verdad?

—Si alguna vez le cuenta algo de esto a Christine, le juro que le haré añicos...

—Tranquílcese, no soy de esos —respondió Dixon esbozando una leve sonrisa—. Por suerte, no soy como usted. Puedo arrebatarse a Christine sin tener recurrir a esas triquiñuelas, pequeño galán byroniano.

—De acuerdo, usted lo ha querido. —Bertrand aulló furioso—. Se lo advertí. —Se acercó a Dixon y le miró de arriba abajo—. Venga, levántese, borrachín, zurullo asqueroso con ínfulas.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Marcarnos un baile?

—Bailaremos, no se preocupe... Yo me encargaré de hacerle bailar. ¡Levántese si se atreve! Si cree que voy a volver a sentarme y pasarle esto por alto, se equivoca... Yo sí que no soy de esos, amigo.

—Y yo no soy su amigo, imbécil —se desgañó Dixon. Esa fue la gran pulla final. Dicho esto, se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo superior de su chaqueta.

Se situaron el uno frente al otro sobre la alfombra floreada, con los pies separados y los codos flexionados en actitud incierta, como si estuvieran listos para iniciar algún ritual cuyos entresijos ambos desconocían.

—¡Ahora verá! —espetó Bertrand, dirigiendo uno de sus puños hacia el rostro de Dixon. Este retrocedió, dio un traspié y, antes de que pudiera recuperarse, recibió de lleno el puñetazo en la mejilla derecha. Dixon, un tanto perplejo pero impasible, se

quedó quieto y, aprovechando que su rival aún no había recobrado el equilibrio tras haberle propinado el golpe, le atizó con fuerza un trompazo en la más grande y la más deforme de sus dos enormes orejas. Bertrand se desplomó, derribando en su camino una figurita de porcelana que se encontraba sobre la repisa de la chimenea y que se hizo añicos al chocar contra los azulejos. El estruendo que creó acentuó el silencio que vino a continuación. Dixon dio un paso al frente frotándose los nudillos. El golpe les causó a ambos un indeleble dolor. Pasados unos segundos, Bertrand empezó a moverse, pero no intentó incorporarse. Estaba claro que Dixon había ganado el primer asalto y, según creyó entonces, el combate entero. Se puso las gafas de nuevo; se sentía de fábula. Bertrand le miró a los ojos con un destello de reconocimiento y vergüenza. «Eres un maldito perro con cara de pedo subido a un palo en medio de un pozo de mierda», pensó Dixon.

—Eres un maldito perro con cara de pedo subido a un palo en medio de un pozo de mierda —le espetó.

A modo de discreto aplauso, alguien llamó educadamente a la puerta.

—Pase —entonó Dixon con tanta rapidez como si la respuesta fuese casi un acto reflejo. Era Michie.

—Buenas tardes, profesor Dixon —saludó, y de inmediato añadió con educación, dirigiéndose al postrado Bertrand, que ante este nuevo estímulo hizo un esfuerzo por ponerse en pie—: Buenas tardes. Parece que he venido en un mal momento.

—En absoluto —respondió Dixon suavemente—. El señor Welch ya se iba.

Bertrand meneó la cabeza, pero no para oponerse al anuncio de su marcha, sino para despejarse. En cierto modo, consiguió despertar el interés de Dixon, que le acompañó hasta la puerta como buen anfitrión que era. Su rival se marchó sin pronunciar una palabra más.

—Adiós —le despidió Dixon, volviéndose hacia Michie—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Michie?

La expresión de Michie, tan inescrutable como siempre, era nueva para Dixon.

—Vengo por el tema de su asignatura optativa —dijo.

—¡Oh, sí! Siéntese, por favor.

—No, gracias... Tengo un poco de prisa. Solo he pasado por aquí para contarle que he tratado el asunto en profundidad con las señoritas O'Shaughnessy, McCorquodale y Rhys Williams, y que por fin hemos tomado una decisión al respecto.

—Bien. ¿Y a qué conclusión han llegado?

—En fin, lamento comunicarle que las tres muchachas creen que la materia que usted va a impartir les viene demasiado grande. La señorita McCorquodale se ha decantado por la asignatura de Documentación del señor Goldsmith, y las señoritas O'Shaughnessy y Rhys Williams cursarán la del profesor Welch.

El anuncio de Michie le dolió en lo más hondo: le habría gustado que las tres chicas guapas hubieran vencido finalmente sus celos y que hubieran elegido su

asignatura, aunque solo fuera por la simpatía y el atractivo del profesor.

—¡Vaya, qué pena! ¿Y usted, señor Michie?

—Pues a mí, en cambio, su asignatura me interesa muchísimo, y me gustaría inscribirme en ella oficialmente cuanto antes, si fuera posible.

—Comprendo. Así que usted será mi alumno.

—Sí. Solo yo.

Se quedaron un momento en silencio. Dixon se rascó la barbilla.

—Bueno, estoy seguro de que nos lo pasaremos bien.

—Yo también lo estoy. En fin, muchas gracias, profesor... Lamento mucho haber irrumpido de esta manera.

—No lo lamente, Michie... En realidad, ha sido usted de gran ayuda. Le veo el curso que viene, entonces.

—Asistiré esta noche a su lección magistral, faltaría más.

—¿Y a santo de qué va a hacerlo?

—Me interesa el tema, naturalmente. Y creo que hay mucha más gente deseando ir...

—¿Eh? ¿Qué quiere decir?

—Todo aquel con el que he hablado del tema me ha asegurado que asistirá. Creo que va usted a congregarse a una auténtica multitud.

—Reconozco que es un consuelo. En fin, espero que la disfrute.

—Estoy seguro de que lo haré. Muchas gracias. Y suerte esta noche.

—La necesitaré. Salud.

Michie se marchó y Dixon cayó en la cuenta, con cierta complacencia, de que en esa ocasión no le había llamado «señor» ni una sola vez. Las perspectivas para el próximo curso eran de lo más desalentadoras, aunque, por otro lado, cada vez estaba más convencido de que no habría más cursos para él. Al menos universitarios, se entiende.

Volvió a toquetearse la barbilla. Más valía que se afeitara antes de hacer cualquier otra cosa. Después, subiría en busca de Atkinson. Su compañía y, tal vez, su *whisky* serían un buen comienzo para aquella incierta noche.

—Espero que no le duela demasiado, Dixon —dijo el rector.

Dixon se llevó involuntariamente la mano hacia su ojo amoratado.

—¡Oh, no, señor! —respondió tratando de quitarle importancia—. De hecho, me sorprende bastante que me haya salido un moratón. Fue un golpe muy suave... Casi ni llegué a rozarme...

—¿Y dice usted que fue contra la esquina del lavabo? —preguntó otra voz.

—Así es, señor Gore-Urquhart. Uno de esos golpes tontos... Se me cayó la cuchilla de afeitar y cuando me agaché para recogerla... ¡zas! El golpe me hizo tambalearme como un peso pesado.

—¡Qué mala suerte! —dijo Gore-Urquhart tras asentir lentamente. Bajo su única y gruesa ceja, sus ojos observaron a Dixon—. Si me hubieran preguntado —continuó—, habría jurado que se había enzarzado usted en una pelea. ¿Verdad, señor rector?

El rector, un hombre pequeño y barrigudo con una calva lustrosa y rosácea, soltó una de sus típicas risitas, que recordaban a las truculentas carcajadas de regocijo de las películas de asesinatos en castillos. Era sabido que, durante sus primeras semanas en la universidad después de la guerra, aquellas carcajadas hacían callar a la sala de profesores al completo. Ahora, sin embargo, nadie giraba la cabeza al oírlas. De hecho, solo Gore-Urquhart se inmutó un poco.

El cuarto miembro del cuarteto se decidió a intervenir:

—En fin, espero que el golpetazo no le impida leer sus..., sus... —dijo.

—¡Oh, no, profesor! —respondió Dixon—. Le aseguro que podría dar la charla de memoria, con los ojos vendados... ¡La he repasado tantas veces...!

—Ha hecho usted bien —asintió Welch—. Recuerdo cuando empecé a dar clase. Era tan tonto que me limitaba a preparar mis clases sobre el papel...

—¿Y va a contarnos usted algo nuevo, Dixon? —preguntó el rector.

—¿Algo nuevo, señor? Bueno, en estas...

—Es un tema muy trillado, ¿no le parece? No sé si hoy por hoy será posible dotarlo de un nuevo enfoque, pero, personalmente, diría que...

—No se trata, señor, de una cuestión de... —intervino Welch.

Y entonces ambos se enzarzaron en una interesante discusión. El rector y Welch continuaron hablando sin pausa: uno atiplando la voz, y el otro, elevándola. Daban la impresión de hallarse en medio de un ambicioso recital de poesía. Salvo por las voces de los dos contendientes, el silencio en la sala era absoluto. Gore-Urquhart y él se miraron a los ojos. Finalmente, el rector logró imponerse y, como la orquesta que da paso al solista que interpretará la *cadenza*, Welch cerró la boca.

—Merece la pena repetírselo a cada generación —concluyó el rector.

De pronto apareció Maconochie, el conserje, que trajo una bandeja con copas de jerez que prometían, al menos, algo de diversión. Dixon confiaba en ser capaz de esperar hasta que los otros tres se hubieran servido. Solo entonces se llevaría la última copa a los labios. El secretario, que controlaba el suministro de licores en ocasiones como esta, tenía fama de interrumpirlo definitivamente después de las primeras dos rondas, salvo para el rector y quienquiera que estuviera charlando con él. Dixon era consciente de que no podría permanecer en ese grupo mucho más tiempo, y estaba decidido a aprovecharlo al máximo. Aunque sentía un ligero malestar, se echó al colete media copa de un solo trago. El vino, que se deslizó ardiente por su garganta, se unió a las otras tres copas y a la media docena de chupitos de *whisky* que ya se había bebido antes. En cierto modo, pero solo en cierto modo, dejó de preocuparse por la lección magistral, que empezaría veinte minutos más tarde, a las seis y media.

Miró alrededor. La sala de profesores estaba abarrotada. Dixon tenía la sensación de que todos sus conocidos presentes y pasados se habían congregado ahí dentro; todos menos sus padres. Vio a la señora Welch a unos pocos pasos de distancia, departiendo con Johns, de cuya inadmisibile presencia cabía culparla indirectamente. Tras ellos se encontraban Bertrand y Christine, que permanecían en silencio. Un poco más allá, junto a la ventana, Barclay, el catedrático de Música, hablaba circunspecto con el de Inglés, sin duda para urgirle a someter a votación el despido de Dixon en cuanto se reuniera el Consejo Universitario a finales de la semana siguiente. Los Goldsmith, en la otra punta, se reían de algo que acababa de contarles Beesley. La sala había sido invadida por personajes a los que Dixon apenas conocía: economistas, médicos, geógrafos, científicos sociales, abogados, ingenieros, matemáticos, filósofos, profesores adjuntos de Filología Germánica y Comparada, *lektors*, *lecteurs*, *lectrices*... De repente le invadió el impulso de ir abordándoles uno por uno para comunicarles que prefería que se marcharan. A algunos de los allí presentes no los había visto en su vida; lo mismo podrían haber sido profesores eméritos de Egiptología que decoradores de interiores a la espera de tomar las medidas de la nueva moqueta. También las fuerzas vivas de la ciudad, en las personas de una pareja de concejales con sus respectivas esposas, un clérigo mundano y un médico con título de *sir*, estaban también representadas. Todos ellos eran miembros del Consejo Universitario. En un extremo, Dixon reconoció —estremecido— al compositor local con el que había coincidido en casa de los Welch durante el fin de semana bohemio. Haciéndose el distraído y en vano, echó un vistazo para ver si encontraba asimismo por allí al violinista aficionado.

El rector avanzó, por supuesto, hacia el grupo constituido por las autoridades locales y dirigió al clérigo mundano un comentario que fue recibido entre risotadas generales, excepto por el médico que ostentaba el título de *sir*, que se limitó a observarle fríamente y sin disimulo. Casi a la vez, la señora Welch le hizo una seña a

su marido. Atendiendo a su mujer, el catedrático se alejó, dejando a Dixon a solas con Gore-Urquhart.

—Entonces, ¿cuánto tiempo lleva usted por aquí, Dixon? —preguntó el tío Julius.

—Va a hacer ahora nueve meses. Me contrataron el pasado otoño.

—Tengo la sensación de que no está usted muy contento... ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, creo que puede decirse que, en general, tiene usted razón...

—¿Dónde está el problema? ¿Es usted o son ellos?

—Juraría que ambos. Ellos me hacen perder el tiempo y yo se lo hago perder a ellos.

—Hum, comprendo... ¿Considera usted que enseñar Historia es, en cierto modo, una pérdida de tiempo?

Dixon decidió hablarle con sinceridad.

—No si se enseña bien y con cabeza... La historia puede beneficiar muchísimo a los alumnos. Pero lo cierto es que en la práctica no ocurre así. Hay demasiadas cosas que se interponen en el camino de su aprendizaje. No sabría decirle quién es el culpable de ello. Tal vez los malos docentes... En cualquier caso, no creo que sea culpa de los estudiantes, por muy mediocres que estos sean...

Gore-Urquhart asintió y le dirigió una mirada furtiva.

—Su lección magistral de esta noche... ¿Quién tuvo la idea?

—El profesor Welch. Naturalmente, no pude negarme. Si sale bien, mejorará considerablemente mi reputación en la universidad.

—¿Es usted ambicioso?

—La verdad es que no mucho, pero como profesor universitario no me ha ido muy bien... Tal vez esta clase impida que me despidan...

—Aquí, muchacho —dijo Gore-Urquhart, apartando rápidamente dos copas de jerez de la bandeja de Maconochie en pleno trayecto del conserje hacia el nuevo grupo del rector. Dixon pensó que había llegado el momento de dejar de beber (empezaba a sentirse achispado), pero aun así tomó la copa que le ofreció el tío Julius y le dio un trago.

—¿Le puedo preguntar por qué ha venido usted? —preguntó Dixon.

—Llevo evitando al rector tanto tiempo que he creído conveniente asistir a este acto.

—No entiendo... ¿Qué más le da? Usted no depende para nada de él. Y me temo que se va a aburrir soberanamente...

Gore-Urquhart no le quitaba ojo de encima. Su rostro, en un segundo plano, sumió a Dixon en un leve vértigo del que le costó sobreponerse.

—Me paso las horas aburriéndome mortalmente, Dixon. Un rato más no me matará.

—¿Y por qué se presta a aguantarlo?

—Quiero influir en los demás para que actúen como creo que deben hacerlo. Y no lo lograría si antes no les permitiera aburrirme, ¿comprende? Entonces, mientras ellos

se regocijan por haberme aturdido a base de su absurda cháchara, yo paso al ataque y, al final, consigo que hagan lo que quería que hicieran desde el principio.

—Me encantaría tener esa capacidad suya —repuso Dixon con envidia—. Pero cuando me aturden a base de cháchara, y he de confesarle que me paso aturdido la mayor parte del tiempo, es de mí de quién se aprovechan para hacer conmigo lo que quieren. —El miedo y el alcohol se conjuraron para apoderarse de algún reducto cerebral que hizo que Dixon se lanzara a hablar con sumo entusiasmo—: Soy, de hecho, un gran detector de bodrios. Tengo una especie de don. Si pudiera pillar por banda a un ricachón, le sería más útil que un maletín repleto de dinero. Me enviaría de avanzadilla a las cenas, a los cócteles y a los clubes nocturnos y creo que bastarían cinco minutos para que, con solo mirarme, pudiera leer en mi rostro el coeficiente de aburrimiento del acto en cuestión. Soy como un canario en una mina... Esa es la idea. Y así el ricachón podría decidir si quiere asistir o prefiere dejarlo estar. Como una auténtica anguila, me infiltraría entre rotarios, faranduleros, golfistas y bohemios más dados al pavoneo estilístico que a hablar de volúmenes y música. —Se detuvo al comprobar que el rostro grande y terso de Gore-Urquhart se había inclinado hacia un lado y apuntaba directamente al suyo—. Lo siento —farfulló—, había olvidado...

Gore-Urquhart, examinándole de arriba abajo, se cubrió un ojo con la mano. Después se tocó la cara con un dedo y se sonrió. No era una sonrisa de diversión al uso, pero tampoco hostil.

—Reconozco a un compañero de sufrimiento en cuanto lo veo —dijo. Y, acto seguido, sin cambiar un ápice el tono, espetó—: ¿En qué escuela estudió usted, si me permite la pregunta?

—En la escuela pública de mi pueblo.

Gore-Urquhart asintió. El clérigo mundano y uno de los concejales se acercaron, con sus copas en la mano, y de inmediato arrastraron al tío Julius hacia el grupo que rodeaba al rector. Dixon no pudo evitar admirar el modo en el que, sin mediar palabra, habían decidido tan alegremente que él no debía acompañarlos. Se quedó observándolos con indiferencia y vio que Gore-Urquhart se rezagaba un poco para lanzar una significativa mirada a los Goldsmith. Cecil y Beesley, que estaban enfrascados en plena conversación, no se dieron cuenta de que Carol correspondió al gesto del tío Julius. Fue un intercambio casi imperceptible e indescifrable que dejó a Dixon perplejo y un tanto preocupado. Pero, tras decidirse a reflexionar sobre ello más tarde (si acaso), vació su copa de un trago y fue al encuentro de Christine y de Bertrand.

—¡Hola a los dos! —pregonó con alegría—. ¿Dónde se habían metido?

Christine evitó con una mirada fugaz que Bertrand dijera lo que habría querido decir.

—¡Menudo acontecimiento! No tenía ni idea de que fuera para tanto —dijo la joven Callaghan—. La mitad de los peces gordos de la ciudad debe de estar aquí.

—Me gustaría hablar con tu tío, Christine —dijo Bertrand—. Ahora mismo. Tengo un par de asuntos que tratar con él, ¿no lo recuerdas?

—Dentro de un minuto, Bertrand... Hay tiempo de sobra —respondió Christine, con toda tranquilidad.

—No, no... No hay tiempo de sobra... La lección empezará en diez minutos, y lo que quiero tratar con él requiere su tiempo... Te aseguro que no sobra...

Dixon cayó en la cuenta de que Bertrand siempre decía «no, no» en lugar de «no» a secas, y lo decía bajando y subiendo a la vez las cejas muy levemente. Aquella manía suya le disgustaba. Por detrás de la cabeza de Bertrand, vio a Carol alejarse de Cecil y a Margaret —no se había fijado en ella hasta entonces— dirigirse hacia él.

—Hágale caso, señorita, si no quiere que el caballero la deje sin dientes —dijo Dixon. Debía de haber oído la frase en alguna película.

—Lárguese y piérdase, Dixon.

—Bertrand, ¿cómo puedes ser tan grosero?

—¿Grosero yo? Me gusta... Me gusta ser grosero. ¿Y él? ¿Quién demonios se cree que es? Decirte que...

Christine se sonrojó.

—¿Ya has olvidado lo que hemos hablado antes de venir?

—Mira, Christine, no he venido hasta aquí para hablar con... este tipo, ni para hablar de él. He venido aquí única y exclusivamente para reunirme con tu tío, y está ahora...

—¡Vaya! Hola, Bertie, querido —saludó Carol a sus espaldas—. Te necesito. Ven conmigo un momento, por favor.

Bertrand, fingiendo que el requerimiento le sorprendía, se dio media vuelta.

—Hola, Carol... Es que estoy...

—No te retendré más de un minuto —dijo ella, agarrándole del hombro—. Le garantizo que se lo devolveré de una sola pieza —añadió mirando a Christine.

—Bueno... Hola, Christine —saludó Dixon.

—Ah, hola...

—Así que esta es nuestra última vez, ¿verdad?

—Sí, así es.

—No parece que te importe tanto como a mí. —Se sintió como un auténtico petulante revolcándose en la autocompasión.

Christine le observó durante un breve instante y luego apartó la cabeza bruscamente, como si acabaran de mostrarle una desagradable imagen sacada de un libro de medicina forense.

—Ya le he dado muchas vueltas a este asunto y no pienso darle ninguna más —respondió—. Tú tampoco lo harías si tuvieras un mínimo de sentido común.

—No puedo evitarlo —dijo Dixon—. Uno no elige qué le preocupa. No se puede evitar.

—¿Qué te ha pasado en el ojo?

—Me peleé con Bertrand anoche.

—¿Os peleasteis? No me había dicho nada. ¿Por qué os peleasteis? ¿Llegasteis a las manos?

—Vino para decirme que dejara de pisar su terreno, a ti, y yo le respondí que seguiría pisándoselo si me daba la gana. Así que nos enzarzamos en una pelea.

—Pero tú y yo acordamos... ¿No habrás cambiado de idea sobre...?

—No. Simplemente no iba a permitir que me diera órdenes, eso es todo.

—Pero anda que liarse a puñetazos... —Daba la impresión de estar aguantándose la risa—. A juzgar por ese ojo, parece que perdiste...

A Dixon le desagradó la reacción de Christine, y recordó la tendencia a sonreírse con retintín que había demostrado mientras tomaban el té en el hotel.

—No quieras correr tanto. Échale primero un vistazo a la oreja de Bertrand antes de decidir quién ganó y quién perdió.

—¿A cuál de ellas?

—A la derecha. Aunque probablemente no haya mucho que ver. Me temo que el estropicio fue interno.

—¿Le noqueaste?

—Sí, fue directo al suelo. Y, además, para tu información, se quedó allí tirado un buen rato...

—¡Dios mío! —Christine le miró fijamente, separando un poco sus labios secos y carnosos. Una punzada de deseo irrealizable atravesó a Dixon, haciéndole sentirse pesado y atenazado, como cuando hablaba con Welch. Entonces recordó con más viveza que nunca su primer encuentro con ella, y le devolvió la mirada sin decir nada.

En ese momento, Bertrand, arrastrando velozmente los pies como un lanzador zurdo de críquet que sorprende al bateador al surgir de improviso por detrás del árbitro, reapareció tras la mujer de uno de los concejales. Estaba rojo como un tomate; no cabía en sí de la rabia, ya fuera en su forma más pura o entremezclada con alguna otra emoción. Carol, con aspecto inquisitivo, iba tras él.

—¡Ya basta! —Su voz resonó como un aullido estrangulado—. Mira que me lo olía. —Agarró a Christine de un brazo y la apartó con violencia. Pero, antes de alejarse, se dirigió a Dixon—. Muy bien, muchacho. Se ha cavado usted su propia tumba. Más le vale que empiece a buscarse otro trabajo. Créame. —Christine lanzó una mirada fugaz y perpleja a Dixon mientras Bertrand la arrastraba hacia el grupo en el que se encontraba su tío. También Carol le miró de reojo, aunque su mirada era más especulativa, y luego los siguió. De pronto la estrepitosa carcajada homicida-maníaca del rector resonó por toda la sala.

Dixon volvió a experimentar el malestar que había sentido unos minutos antes. Descubrió que sus pensamientos se desbocaban presa de un pánico ciego. Bertrand hablaba en serio; pasara lo que pasara por la cabeza de Welch, los hechos que su hijo tenía intención de relatarle influirían notablemente en él. Y, si Bertrand no lo lograba, la señora Welch se encargaría de añadir su granito de arena, si es que no lo había

añadido ya. Dixon supo entonces que se había equivocado al dar por terminada y vencida la campaña contra Bertrand. Aún faltaba que alguien disparara la última bala, y él estaba al raso e inerme frente a su enemigo. Acababa de suceder lo que siempre había querido evitar: el regocijo de una primera victoria le había arrebatado la discreción y la prudencia... Se había dejado arrastrar por el adversario. Estaba totalmente a su merced y, para colmo, se sabía incapaz de impedir que ese granuja barbudo siguiera ahí, con una mano apoyada en el brazo de Christine, tan seguro de sí mismo, tan posesivo, tan victorioso. La joven Callaghan estaba de pie junto a su novio en una actitud extraña, incómoda y muy poco grácil, aunque a ojos de Dixon ninguna mujer habría sabido guardar el tipo como ella.

—¿Qué, James, echando un último vistazo?

Ante la aparición repentina e inesperada de Margaret, Dixon se sintió como un hombre que, mientras está discutiendo con un policía, ve a otro agente acercarse a lomos de un caballo. La pregunta le aturdió.

—¿Cómo? —inquirió.

—Que más vale que la mires bien. Porque no tendrás más oportunidades de hacerlo.

—No, no creo que...

—Salvo que te hayas propuesto escaparte a Londres de tanto en tanto para seguir manteniendo el contacto.

Dixon miró a Margaret a la cara con genuina sorpresa. Le sorprendía que a esas alturas todavía tuviera capacidad para sorprenderle.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sin ganas.

—¿Qué sentido tiene fingir? No hay que echarle mucha imaginación para saber lo que estás pensando. —La punta de su nariz se le movía ligeramente mientras hablaba, como ocurría siempre. Tenía los pies separados y los brazos cruzados a la altura del pecho. Dixon la había visto en esa postura muchas veces, tanto en aquella misma sala como en alguna de las modestas aulas de docencia del piso de arriba. No parecía tensa, agitada, incómoda ni molesta.

Dixon suspiró de puro agotamiento... ¡Qué pereza lanzarse al mar de protestas y excusas en el que siempre desembocaban estos interrogatorios! Respondió sin dejar de pensar en la facilidad —un simple y sordo juego de manos— con que le había sido arrebatada su gran y reciente ventaja moral frente a Margaret: la decisión, propia y tomada de forma independiente, de renunciar a Christine. Era una grosería que le reprochara anhelar aquello a lo que él mismo había renunciado. Se sentía tan débil que solo le apetecía tumbarse y ponerse a jadear como un perro... En un breve lapso de tiempo se encontraría en el paro, sin Christine y encima apaleado por Margaret.

El desplazamiento del grupo del rector hacia la puerta puso fin a su conversación sin que Dixon alcanzara ninguna conclusión. Gore-Urquhart estaba enfrascado en un coloquio con Bertrand y Christine.

—¿Listo, Dixon? —preguntó Welch. El profesor, con su señora al lado, le recordó más que nunca a una vieja gloria del boxeo, casado con la ayudante de cocina y aficionado ocasional a la caza furtiva.

—Le veo en el salón de actos, profesor —respondió Dixon y, tras despedirse de Margaret, se marchó a toda prisa al baño. Un sentimiento de pánico escénico había hecho presa de él. Tenía las manos frías y húmedas, sentía las piernas flácidas, como si fueran dos tubos de goma rellenos de una arena finísima, y respiraba entrecortadamente. Mientras orinaba, imitó el gesto de Evelyn Waugh, pero pronto lo deformó endureciendo la mueca más que de costumbre. Se enrolló la lengua entre los dientes y expandió las mejillas hasta transformarlas en dos globos semiesféricos; después, bajó el labio superior y puso cara de tonto. Por último, remató la expresión sacando el mentón como la lámina de una pala y abriendo los ojos como platos mientras bizqueaba. Pero entonces se giró y se dio de bruces con Gore-Urquhart.

—¡Ah, es usted, hola! —dijo mientras deshacía la mueca.

—Hola, Dixon. —Gore-Urquhart le devolvió el saludo y pasó por delante de él.

Dixon se acercó al espejo del lavabo y se examinó el ojo. Lo encontró unos cuantos tonos más lívido de lo que recordaba. Con ese moratón de poco le serviría vestir con elegancia ni peinarse. Cogió después de una balda el archivador robado de la RAF donde guardaba el guion de la charla y ya se disponía a marcharse cuando Gore-Urquhart le detuvo:

—Espere un minuto, Dixon.

Dixon paró en seco y se dio media vuelta. Gore-Urquhart se le acercó y le observó atentamente, como si tuviera pensado caricaturizarlo al carboncillo, quizá, o con tinta china en cuanto terminara de impartir su lección magistral.

—¿Está usted nervioso, muchacho? —le preguntó al cabo de un rato.

—Muy nervioso.

Gore-Urquhart asintió y se sacó de sus amplios ropajes una petaca delgada pero generosa.

—Eche un trago.

—Gracias. —A Dixon no le importó tener que soportar el ataque de tos que sin duda le provocaría lo que le pareció que era *whisky* escocés puro. Jamás, con ninguna otra bebida, lo había tenido tan claro. Empezó a toser como un poseso.

—Es del bueno, eh... Beba, beba...

—Gracias. —Dixon echó otro trago como el anterior y, tras secarse la boca con una manga entre jadeos, devolvió la petaca a Gore-Urquhart—. Se lo agradezco mucho.

—Le sentará muy bien. Es de mi propia barrica. En fin, más vale que nos demos prisa si no queremos hacerles esperar.

Los más rezagados aún estaban abandonando la sala de profesores y subiendo las escaleras. En el descansillo les aguardaba un grupo pequeño: los Goldsmith,

Bertrand, Christine, Welch, Beesley y los demás profesores del Departamento de Historia.

—Sentémonos delante, señor —dijo Bertrand.

Juntos pasaron al salón de actos, que estaba desconcertantemente lleno. Una impenetrable y compacta masa de estudiantes ocupaba el fondo de la sala. El ruido de las numerosas conversaciones entremezcladas resultaba ensordecedor.

—¡A por ellos! —dijo Carol.

—Mis mejores deseos, compañero —dijo Cecil.

—Mucha suerte —dijo Beesley, antes de que ocuparan sus asientos.

—Allá vamos, muchacho —dijo Gore-Urquhart en voz baja—. No tiene nada de lo que preocuparse... ¡Al diablo con todo! —Le dio un apretón Dixon en el brazo y se retiró.

Dixon, consciente del rumor de los pies que buscaban asiento tras él, siguió a Welch hasta la tribuna. El rector y el concejal más gordo ya estaban allí. El alcohol se le empezaba a subir a la cabeza.

Welch emitió entonces el estridente sonido con el que solía mandar callar a sus alumnos al comienzo de sus clases —un berrido muy semejante al aullido de Bertrand, por otro lado—. Dixon había oído a algunos chicos imitarlo. Poco a poco se hizo el silencio.

—Estamos aquí esta noche —informó a la audiencia— para asistir a una lección magistral.

Mientras Welch hablaba, balanceándose de atrás adelante y con la mitad superior del cuerpo iluminada por la lámpara de lectura situada sobre el atril, Dixon oteó furtivamente el salón de actos para evitar prestar atención a sus palabras. Aquello estaba de bote en bote. Solo al fondo distinguió un par de filas con algún asiento libre, pero las más cercanas a la tribuna estaban atestadas de trabajadores de la universidad y sus familias, amén de algunas personalidades locales de mayor o menor renombre. También las galerías estaban atiborradas, al menos hasta donde él alcanzaba a ver. Había hasta gente de pie, apoyada contra la pared. Dixon posó los ojos en las primeras filas e identificó al concejal delgado, al compositor local y al clérigo mundano. Puede que el doctor con título de *sir* solo hubiera hecho acto de presencia por el jerez. De pronto, el malestar recurrente que venía arrastrando se tornó en una fuerte sensación de vértigo. Una vaharada de calor le atacó por la espalda para instalarse después sobre su cabeza. A punto estuvo de soltar un quejido lastimero, pero se propuso hacer un esfuerzo para aguantar. Son solo los nervios, se dijo. Y el alcohol, por supuesto.

Después de que Welch le diera paso —«... señor Dixon»— y tomara asiento, Dixon se levantó. Era la viva caricatura del miedo escénico. Un temblor violento se apoderó de sus rodillas. Los aplausos retumbaban, sobre todo, en las galerías. Aún se oía el trasiego de las pisadas de los que aún no habían tomado asiento en el amplio salón. Dixon ocupó su posición en el atril con cierta dificultad, echó un vistazo a la primera frase del guion y levantó la cabeza. Los aplausos fueron apagándose, lo suficiente para que le alcanzara el rumor de alguna carcajada, pero pronto resurgieron con más fuerza que antes, silenciando las pisadas. Ello se debía a que el público de las galerías tuvo ocasión por primera vez de contemplar el ojo a la funerala del ponente.

Las cabezas de los ocupantes de las primeras filas se giraron. El rector dirigió una mirada iracunda al foco del alboroto y Dixon, víctima de un creciente desasosiego —fue incapaz, cuando pasó todo, de explicarse por qué lo hizo—, imitó con excelente tino el graznido que acostumbraba a emitir Welch como preludeo a sus clases. La barahúnda aumentó el volumen, alcanzando unas cotas que no podían considerarse

propias de una ronda de aplausos. Pero en ese momento el rector se levantó y el barullo se extinguió, aunque sin dar paso a un silencio absoluto. Pasados unos instantes, hizo un gesto con la cabeza al ponente y se sentó.

Dixon sintió cómo un torrente de sangre se le acumulaba a la altura de las orejas, como si estuviera a punto de estornudar. ¿Se las apañaría para aguantar de pie delante de toda esa gente y soltar su discurso hasta el final? ¿Qué otro rugido animal saldría de su boca si no conseguía largarse a tiempo? Y entonces alisó una de las esquinas del guion y comenzó a leer.

Tras pronunciar las primeras cinco frases, Dixon cayó en la cuenta de que algo no marchaba bien. Los murmullos que provenían de las galerías fueron a más. Y en ese instante comprendió cuál era la causa: se había apropiado de las muletillas de Welch. En un esfuerzo por resultar espontáneo, había salpicado su discurso sin darse cuenta de varios «naturalmente» y «miren ustedes» por aquí, de algún «si podemos llamarlo así» por allá, etcétera. Nada recordaba tanto a Welch como estas expresiones. Además, para que la lección resultara convincente —es decir, del gusto de Welch—, había utilizado, casi inconscientemente, un buen número de sus locuciones predilectas: «Integración de la conciencia social», «Identificación del trabajo intelectual con el trabajo menestral» y otras similares. De repente, percatándose de su error, comenzó a tartamudear, a dudar, a repetir palabras y hasta a perder el hilo. Permaneció unos diez segundos en silencio. Los murmullos crecientes de las galerías eran señal de que nada de esto había pasado desapercibido entre el público. Dixon, empapado en sudor y rojo como la grana, consiguió seguir leyendo un poco más. Reconoció la entonación de Welch en su propia voz. No lograba desprenderse de ella. Un raptó etílico le alertó de los primeros efectos del *whisky* de Gore-Urquhart. ¿O eran los del último jerez? ¿No hacía demasiado calor allí...? Y de pronto se calló, moduló la voz para intentar hablar en un tono lo más distinto posible al de Welch y comenzó de nuevo. Las aguas parecieron volver a su cauce.

Mientras continuaba con su discurso, Dixon echó una ojeada a las primeras filas. Distinguió a Gore-Urquhart junto a Bertrand, que tenía a su madre al otro lado. Christine se había sentado junto a su tío, seguida de Carol, de Cecil y de Beesley. Margaret estaba en la otra punta de la fila, junto a la señora Welch, pero como la luz se reflejaba en sus gafas, Dixon se quedó con la duda de si estaba mirándole o no. Entonces vio a Christine susurrándole algo al oído a Carol. Parecía levemente agitada. Para no alterarse aún más, miró a otro lado, más al fondo, e intentó localizar a Bill Atkinson. Sí, ahí estaba, cerca del pasillo central. Una hora y media antes, frente a una botella de *whisky*, Atkinson le había reiterado su intención de acudir a la lectura y se había ofrecido a fingir un desmayo si el ponente se lo requería rascándose las dos orejas a un tiempo.

—Créeme, será un desmayo de lo más veraz —le había dicho Atkinson con su voz arrogante—. Distraré a todos. Tú no te preocupes por nada.

Dixon, al recordarlo, tuvo que reprimir una carcajada. Y entonces un pequeño alboroto cerca de la tribuna llamó su atención: Christine y Carol trataban de abrirse paso entre Cecil y Beesley con la clara intención de abandonar el salón de actos. Bertrand se inclinó hacia adelante y les susurró algo. Gore-Urquhart, casi en pie, parecía preocupado. Dixon, aturullado, interrumpió el discurso de nuevo. Pero luego, cuando las dos mujeres llegaron al pasillo y avanzaron hacia la puerta, reanudó la lectura —debería haber esperado un poco más— con una voz confusa y entrecortada que delataba su más que evidente melopea. Sin poder disimular sus nervios, se recostó peligrosamente sobre el atril mientras daba puntapiés a la base del mismo. Un nuevo murmullo le llegó desde las galerías. Dixon tuvo la breve impresión de que el concejal delgado y su mujer habían intercambiado una mirada reprobatoria. Dejó de hablar.

Cuando se recuperó, descubrió que había perdido nuevamente el hilo en mitad de una frase. Se mordió el labio y tomó la firme decisión de no volver a perder la compostura. Se aclaró la garganta, recuperó el hilo perdido y reanudó el discurso con la voz entrecortada, marcando muy bien las consonantes y manteniendo la entonación hasta el final de cada enunciado. Así oirán todas las palabras, pensó. Continuó hablando, consciente por segunda vez de que algo no iba bien. Un rato después, se dio cuenta de que estaba imitando al rector.

Al levantar la cabeza, le pareció entrever un gran revuelo en las galerías. Algún objeto pesado había impactado contra el suelo. Maconochie, que estaba de pie junto a la puerta, la abrió y salió, probablemente para subir a restablecer el orden. Un rumor de voces inundó el salón; el clérigo mundano rugió algo en voz baja; Dixon vio a Beesley revolverse en su asiento.

—¿Qué le ocurre, Dixon? —le preguntó Welch entre dientes.

—Lo siento, señor... Los nervios... Me recuperaré enseguida.

Era un día bochornoso y Dixon sentía un calor insoportable. Con la mano temblorosa, se sirvió un vaso de agua de la botella que tenía en el atril y bebió con un impulso febril. Alguien le gritó un comentario que no alcanzó a comprender desde las galerías. Dixon quería romper a llorar. ¿Y si fingía un desmayo? Sería muy fácil. No... Todo el mundo daría por hecho que había sucumbido a los efluvios del alcohol. Al final, hizo un último esfuerzo por recobrar la calma y, tras una pausa de casi un minuto, retomó la charla. Pero no consiguió recuperar su tono de voz habitual. Había olvidado cuál era. Esta vez se decantó por un acento desmesurado del norte de Inglaterra. Lo consideró el menos proclive a ofender a nadie ni a parecerse al de ninguno de los presentes. Tras una primera salva de risas proveniente de las galerías, el público se calló, quizá por orden de Maconochie, y todo marchó sin sobresaltos durante unos minutos. Se estaba acercando a la mitad de la lectura.

Conforme leía, las cosas empezaron a torcerse por tercera vez, pero no por lo que estaba leyendo ni por cómo lo estaba leyendo. La razón radicaba en el interior de su cabeza, en una sensación no tanto de embriaguez como de inmensa desolación y

fatiga que empezaba a tomar cuerpo en su interior. Un golpe de tristeza, provocado por el recuerdo de Christine, le paralizó la lengua desde la raíz y le sumió en un silencio elegíaco. Consiguió, eso sí, aplacar un bramido de cólera que trataba de abrirse paso por la laringe para pregonar lo que pensaba sobre Margaret y continuó con el discurso, convencido de que la ira y el terror le retorcerían la boca, la lengua y los labios hasta hacerle cantar histéricamente las miserias de Bertrand, las de la señora Welch, las del rector, las del secretario, las del Consejo Universitario y las de la propia universidad en su conjunto. Se olvidó de la audiencia que tenía ante él; el único miembro del público que le interesaba se había marchado y no era probable que regresara. En fin, si de verdad aquella era su última aparición pública en la facultad, se aseguraría de que ninguno de los presentes la olvidara jamás. Dixon había hecho más de un favor, por pequeño que fuera, a un puñado de ellos, por pocos que fueran. No volvería a imitar voces, porque tenía demasiado miedo a los objetos de su imitación, pero daría a entender por medio de su entonación —muy sutil, por supuesto— lo que pensaba sobre la Edad Media y su discurso.

Gradualmente, pero no tanto como se lo pareció a algún recoveco de su cerebro, Dixon infundió a sus palabras una acidez sarcástica e hiriente. Solo los locos de un manicomio podrían haberse tomado en serio la sarta de tonterías, conjeturas, nimiedades y engaños que salían de su boca. En un abrir y cerrar de ojos, su voz se transformó en la de un soldado nazi particularmente fanático que leía a las masas, en medio de una quema de libros, fragmentos de algún panfleto escrito por un intelectual pacifista, judío y comunista. Un murmullo creciente, entre perplejo e indignado, se extendió en la sala, pero Dixon cerró los oídos al clamor del público y siguió leyendo. Adoptando de forma casi inconsciente un acento extranjero de procedencia indefinida, aceleró el ritmo de lectura. La cabeza le daba vueltas. Como en un sueño, oyó a Welch levantarse, después cuchichear algo y, por último, dirigirse a él. Dixon comenzó a salpimentar su discurso con resoplidos de desprecio. Continuó con la lectura, escupiendo cada sílaba como una maldición, pronunciando mal adrede algunas palabras, omitiendo otras, incurriendo en retruécanos, pasando las páginas del guion como las de una partitura tras un *presto*, elevando la voz más y más. Cuando al fin llegó al último párrafo, se detuvo y miró a la audiencia.

A sus pies, las fuerzas vivas de la ciudad le observaban con rostros de pasmo y protesta. Entre el contingente de trabajadores de la universidad, los más veteranos le miraban con expresiones similares, y los más jóvenes ni siquiera se dignaban a levantar la vista hacia él. La única persona presente en el salón de actos que emitía algún sonido reconocible, en forma de estentóreas carcajadas, era Gore-Urquhart. Un estruendo de gritos, silbidos y aplausos llenaba las galerías. Dixon levantó una mano para acallar al público, pero no consiguió hacer que guardaran silencio. El ruido era descomunal. De pronto, sintió un mareo y se llevó las manos a las orejas. Un sonido más alto si cabe, entre un lamento y un mugido, se levantó por encima del griterío. Bill Atkinson, incapaz de distinguir a lo lejos la diferencia entre rascarse y cubrirse

las orejas —tal vez no quiso hacerlo—, se lanzó en plancha de cuan largo era en medio del pasillo. El rector se levantó, abrió y cerró la boca sin lograr aplacar a las masas, y finalmente se inclinó sobre uno de los concejales y comenzó a cuchichear atropelladamente en la oreja de este. Entre tanto, las personas que rodeaban a Atkinson estaban intentando levantarlo, y Welch llamó a Dixon por su nombre. Y en ese instante entró en escena una avalancha de alumnos que se dirigió hacia el cuerpo desplomado de Atkinson. Serían unos veinte o treinta. Dándose instrucciones y consejos los unos a los otros, alzaron su cuerpo inerme a pulso y franquearon con él a cuestas la puerta de entrada a la sala. Dixon se situó frente al atril. La algarabía fue apagándose paulatinamente.

—Suficiente, Dixon —dijo el rector en voz alta señalando a Welch, pero ya era demasiado tarde.

—¿Cuál es, por último, la aplicación práctica de todo esto? —leyó Dixon con su tono voz habitual. Sintió vértigo. Oía el eco de sus propias palabras sin quererlo—. Presten atención, yo mismo se lo contaré... La gran paradoja de la Alegre Inglaterra es que fue en realidad el período menos alegre de nuestra historia. Tan solo los amantes de la cerámica artesanal, los adeptos a la agricultura orgánica, los aficionados a la flauta dulce, al esperanto... —Hizo una pausa y se balanceó sobre sus pies. El calor, el alcohol, los nervios y la culpa se conjuraron al fin en su interior. Tenía la sensación de que se le estaba hinchando y aligerando la cabeza al mismo tiempo, y de que su cuerpo entero se había desintegrado en una infinidad de moléculas. Los oídos le zumbaban y su visión se vio invadida por una oscuridad humeante y grasienta, a izquierda y derecha, arriba y abajo. Oyó arrastrar sillas a su alrededor y de repente una mano se posó en su hombro haciéndole trastabillar. Con el brazo de Welch sobre sus hombros, Dixon cayó de rodillas. Desde el suelo, oyó la voz del rector entre el tumulto:

—... no ha podido concluir la lección debido a una indisposición repentina. Estoy seguro de que todos ustedes...

«¡Lo he hecho! —consiguió pensar Dixon—. Y sin ni siquiera decirles...». Llenó de aire sus pulmones. Se habría sentido mejor si hubiera podido, además, pero no pudo, y todo se desvaneció a su alrededor entre un gran rugido de voces inarticuladas.

—Eso fue todo —dijo Beesley a la mañana siguiente—. Es comprensible. Pero lo que te dio la puntilla fue el *whisky* de Gore-Urquhart, ¿verdad?

—Sí, me imagino que todo habría ido bien si no hubiera echado aquellos tragos de la petaca. Pero eso no puedo decírselo a Welch.

—No, claro que no, Jim. Pero puedes alegar nervios, achacarlo al calor... Al fin y al cabo, te desmayaste.

—Jamás me perdonarán que haya echado a perder la jornada de puertas abiertas. Y no creo que los nervios justifiquen de ningún modo las imitaciones a Neddy y al rector, ¿no crees?

Franquearon el portón de la universidad. Tres alumnos dejaron de hablar y se dieron un codazo cuando Dixon pasó a su lado.

—No lo sé. Inténtalo, al menos. No tienes nada que perder —respondió Beesley.

—En eso tienes razón, Alfred. Bueno, ya no importa. A lo hecho, pecho. Pero también está el asunto de Christine. A estas alturas, Welch ya debe de estar al tanto.

—No seas tan negativo. No creo que Welch preste ninguna atención a lo que tenga que decirle Bertrand o comoquiera que se llame ese maldito individuo. No es asunto suyo lo que haya ocurrido entre la novia de su hijo y tú, ¿verdad?

—Pero Margaret también entra en la ecuación. Y Welch creerá, sin duda, que la he fallado. Y eso es lo que he hecho, por supuesto, lo mires por donde lo mires.

Beesley le observó sin responder. Solo cuando ya estaban a punto de llegar a la sala de profesores, le dijo:

—No permitas que esto te entristezca. ¿Nos vemos a la hora del café?

—Sí —respondió Dixon, ausente. Un retortijón atenazó su estómago cuando reconoció la letra manuscrita de Welch en una nota que encontró en su casillero. Salió entonces de la sala y subió las escaleras mientras la leía. Welch sentía la obligación de comunicarle extraoficialmente que, cuando el consejo se reuniera la semana siguiente, no podría recomendarles que le mantuvieran en su puesto. El catedrático le aconsejaba, también extraoficialmente, que resolviera sin más dilación sus cuentas pendientes en la ciudad y se marchase de ella lo antes posible. Neddy se encargaría de conseguir las recomendaciones que Dixon pudiera necesitar para encontrar trabajo en algún otro lugar, si es que lo encontraba. También le decía que lamentaba mucho su marcha, porque había disfrutado enormemente trabajando con él. En una posdata le instaba a no preocuparse por «el asunto de las sábanas»: estaba dispuesto a «darlo por finiquitado». ¡Qué amable por su parte! Dixon sintió un pellizquito de mala conciencia por haber dejado a Welch en mal lugar durante la lección magistral, y un pellizco gigante por haber dedicado tanto tiempo y energía a odiarle.

Después, entró en el despacho que compartía con Cecil Goldsmith y se aproximó a la ventana. El bochorno de los últimos días había desaparecido sin dejar paso a las tormentas, y los cielos presagiaban horas de sol. Estaban haciendo obras en el laboratorio de física. Justo en ese momento, un camión estacionó junto a la pared y los operarios comenzaron a descargar bloques de ladrillos y cemento. El sonido de un martilleo llegaba hasta él. Sabía que no le costaría conseguir trabajo en alguna escuela; su antiguo director de instituto le había dicho en Navidades que el puesto de profesor de Historia permanecería vacante hasta septiembre. Le escribiría y le explicaría que no estaba hecho para la enseñanza universitaria. Pero no hoy, se dijo. Hoy, no.

«¿Qué voy a hacer hoy?». Deambuló junto al ventanal mientras ojeaba una publicación, gruesa y de encuadernación lujosa, que editaba alguna sociedad de historia italiana y que había cogido prestada del escritorio de Goldsmith. Algo en la portada capturó su atención y pasó las páginas hasta llegar al contenido al que hacía referencia. Dixon no sabía italiano, pero el nombre que encabezaba el artículo, L. S. Caton, no entrañaba ninguna dificultad para sus conocimientos, como tampoco la entrañó, uno o dos minutos después, el propio artículo, que versaba sobre las técnicas de construcción naval en Europa occidental a finales del siglo xv y su influencia sobre otros asuntos. No cabía duda: o bien se trataba de una paráfrasis excesivamente fiel de su artículo original, o bien, como se temía, de una traducción completa. Incapaz de improvisar ninguna de sus muecas, tomó aire para desahogarse entre juramentos y diversos improperios, pero, en su lugar, estalló en una carcajada histórica. Conque así conseguía esta gente sus cátedras... En fin, ya no importaba. ¡Qué astuto, el viejo Caton! Dixon recordó una cosa. Una de las cosas que sin duda iba a hacer ese día sería buscar a Johns y ponerle en su sitio verbalmente, y tal vez incluso físicamente, en respuesta a su última traición. De modo que salió del despacho y bajó con decisión las escaleras.

La reconstrucción del delito había sido de lo más sencilla: tras consultarlo con Beesley y Atkinson, Dixon dedujo que Johns les había sorprendido charlando sobre su cita con Christine y que no había querido dejar pasar la oportunidad de hacer llegar la noticia a su amiga y valedora. Era el único que podía haberlo hecho. Y si lo había hecho... Además, Dixon estaba convencido de que Johns era el informante de Bertrand. Un acceso de odio le deslumbró como una señal de neón mientras llamaba a la puerta del despacho de Johns. La abrió.

No había nadie dentro. Dixon se dirigió al escritorio, repleto de pólizas de seguros. Reflexionó un instante... ¿Qué había hecho él para merecer las dos traiciones de Johns? ¿Tal vez los garabatos ornamentales que añadió a la foto del compositor en el periódico? ¡Una broma inofensiva! ¿La carta con remite de Joe Higgins? ¡Un juego de niños de lo más cándido! Dixon asintió para sus adentros, agarró un puñado de pólizas de seguros, se las metió en el bolsillo y se largó.

Acto seguido, descendió con cautela hasta la sala de calderas. No vio a nadie merodeando por allí. El polvo del carbón crujía bajo las suelas de sus zapatos. Vagó entre las calderas en busca de alguna que estuviera a pleno rendimiento. ¿Cuál de ellas calentaría el agua de los cuartos de baño? ¡Ahí estaba, humeando con fuerza! Agarró entonces una herramienta que encontró en el suelo y la usó a modo de palanca para abrir la tapa. Las pólizas ardieron rápido y a conciencia; pronto no quedaría rastro de ellas. Luego, tras colocar la tapa en su sitio, subió las escaleras. Nadie reparó en su presencia.

¿Y ahora qué? Había ido a la universidad sin otro propósito en mente que el de acompañar a Beesley. Pero ahora que tenía la certeza de que estaban a punto de ponerle de patitas en la calle, le gustaría poder largarse de allí antes de la hora del café, no fuera a tropezarse con Welch o con el rector. En realidad, no había razón para que volviera, si no era para recoger sus escasas pertenencias. Ese sería su próximo cometido. Le bastaría con un viaje, porque en realidad solo tenía que recoger un par de libros de referencia y algunos apuntes que había tomado para sus clases. Regresó a su despacho y comenzó a ordenarlos. Si al menos conseguía trabajo en el pueblo, no tendría que ver tanto a Margaret, aunque no se libraría de ella del todo, porque apenas distaban veinticinco kilómetros entre sus respectivos hogares. Sabía por experiencia que era un trecho razonable, o no lo bastante poco razonable, para recorrerlo una tarde a la semana en época de vacaciones. Y tenía por delante nada menos que tres meses de vacaciones estivales.

Un hombre al que no llegó a reconocer al primer golpe de vista, pero cuya apariencia le resultaba familiar, se acercó a él cuando estaba saliendo del edificio de la universidad.

—Gran lección la de anoche —dijo el tipo.

—Michie —respondió Dixon—. ¡Se ha afeitado usted el bigote!

—Así es. Eileen O'Shaughnessy me dijo que estaba hasta la coronilla de esos dichosos pelillos, así que esta mañana les he dicho adiós de una vez por todas.

—Buen consejo, Michie. Supone una gran mejora en su aspecto.

—Gracias. Espero que se haya recuperado completamente del desmayo o de lo que quiera que fuera que acabó con usted en el suelo.

—¡Oh, sí, gracias! No habrá lesiones permanentes.

—¡Qué bien! Ha de saber que todos nosotros disfrutamos de su discurso.

—Me agrada saberlo.

—Cayó como una bomba.

—Lo sé.

—Es una pena que no pudiera terminarlo.

—Sí.

—Así y todo, nos quedó claro dónde quería usted ir a parar. —Michie hizo una pausa cuando un grupo de extraños, despistados en plena jornada de puertas abiertas,

pasó frente a ellos—. En fin... Espero que no le importe que se lo pregunte, pero algunos nos fuimos con la duda de si no estaría usted un poco... Ya sabe...

—¿Borracho? Sí, me figuro que lo estaba... Y bastante.

—Le habrán echado un buen rapapolvo, me imagino. ¿O aún no han tenido tiempo de tratar el asunto?

—Sí, sí lo han tenido.

—¿Para tanto ha sido el rapapolvo?

—Sí, claro... Han decidido despedirme...

—¿Qué? —Michie se mostró complaciente, pero no sorprendido ni indignado—. ¡Qué rapidez! En fin, lo siento mucho. ¿Y solo por lo ocurrido durante la lección magistral?

—No. En realidad, no es el primer problemilla que he tenido en el departamento, como probablemente sepa.

—Algunos de nosotros le vamos a echar de menos, ¿sabe? —dijo Michie tras un breve silencio.

—Es usted muy amable. Yo también echaré de menos a algunos de ustedes.

—Mañana me iré a casa, así que me despediré ahora. Imagino que he aprobado con buena nota, ¿verdad? ¿Podría decírmelo ahora? De lo contrario, no lo sabré hasta la semana que viene.

—Ah, sí... Todos sus colegas han aprobado. Drew, en cambio, ha suspendido. ¿Son ustedes amigos?

—No, gracias a Dios. Me alegra saber que hemos aprobado. Pues lo dicho, adiós. Supongo que al final no me quedará otra que matricularme en la asignatura optativa de Neddy el año que viene.

—Eso parece. —Dixon sostuvo sus pertenencias personales bajo el brazo izquierdo y le dio la mano—. Le deseo lo mejor.

—Igualmente.

Dixon enfiló la carretera de la universidad. No miró atrás hasta que ya era demasiado tarde. Sintió que se había quitado un gran peso de encima, algo que en aquellas circunstancias era incluso digno de admiración. Regresaría a su casa aquella misma tarde. De cualquier modo, habría vuelto dos días después. Volvería al cabo de una semana para recoger sus últimos objetos personales, ver a Margaret, etcétera, etcétera. Ver a Margaret. ¡Yuuujuuu!, gritó para sus adentros al pensarlo. Buuuuf... Estando su casa tan cerca de la de ella, largarse de ese sitio no iba a suponer seguir adelante con su vida, sino tan solo echarse a un lado. Esa era la peor parte de todo aquel asunto.

De pronto recordó que ese mismo día había quedado con Catchpole para comer. ¿Qué querría de él ese individuo? De nada le serviría preguntárselo. Lo importante era matar el tiempo hasta que llegara la hora de su encuentro. Una vez en la pensión, se humedeció el ojo con agua fría, aunque el estropicio no parecía que fuera a mejorar de forma inmediata. El cardenal, en conjunto, tenía cada vez peor pinta. Pasó

luego un rato conversando con la señorita Cutler acerca de las raciones y del servicio de lavandería y, por último, se afeitó y se dio un baño. Oyó sonar el teléfono desde la bañera. Unos segundos más tarde, la señorita Cutler tocó suavemente a la puerta.

—¿Está usted ahí, señor Dixon?

—Sí. ¿Qué ocurre, señorita Cutler?

—Tengo al teléfono a un señor que quiere hablar con usted.

—¿Quién es?

—Me temo que no recuerdo su nombre.

—¿Catchpole?

—¿Disculpe? No, creo que no... Era un nombre más largo aún.

—Está bien, señorita Cutler. ¿Le importaría pedirle su número y decirle que le devolveré la llamada en diez minutos?

—De acuerdo, señor Dixon.

Mientras se secaba, Dixon se preguntó quién podría ser. ¿Bertrand, con más amenazas? Ojalá. ¿Johns, que había intuido dónde habían acabado sus pólizas de seguro? Probablemente. ¿El rector, para convocarle a una reunión extraordinaria del Consejo Universitario? No, no... Ni de broma.

Se vistió reflexionando sobre lo maravilloso que era no tener nada que hacer. Después de todo, dejar de ser profesor tenía sus ventajas... La principal: dejar de dar clase. Se enfundó un viejo suéter con cuello vuelto para reivindicar la ruptura del vínculo con el mundo académico. Llevaba los mismos pantalones que se había rasgado en el asiento del coche de Welch; la señorita Cutler los había remendado con mano experta. Junto al teléfono, encontró una notita escrita a lápiz con su letra femenina. Tampoco había conseguido retener el nombre esta vez, pero al menos había apuntado el número. Se correspondía, para sorpresa de Dixon, con el prefijo de un pueblito situado a algunos kilómetros de distancia, en sentido opuesto a la casa de los Welch. En principio, no conocía a nadie allí. Una voz de mujer respondió al teléfono.

—Hola —saludó Dixon, mientras pensaba que podría escribir una tesis sobre el uso de este artilugio en la vida privada.

Una voz de mujer recitó el número de teléfono.

—¿Vive algún hombre allí? —preguntó él, un tanto desconcertado.

—¿Un hombre? ¿Quién llama? —El tono era hostil.

—Me llamo Dixon.

—Ah, sí, el señor Dixon, claro... Un momento, por favor.

Hubo una breve pausa, tras la cual habló una voz masculina, con la boca demasiado pegada al auricular.

—Hola. ¿Es usted, Dixon?

—Sí, al aparato. ¿Quién es?

—Le habla Gore-Urquhart. Le han puesto de patitas en la calle, según creo...

—¿Cómo?

—Le decía que le han puesto de patitas en la calle. ¿Lo sabía usted?

—Sí.

—Bien. Me alegro de no haber roto una confidencia al decírselo. En fin, ¿cuáles son sus planes ahora, Dixon?

—Estaba pensando en dar clases en una escuela.

—¿Lo tiene usted decidido?

—No, la verdad es que no.

—Bien. Sepa que tengo un trabajo para usted. Quinientas al año. Tendrá que incorporarse de inmediato, este mismo lunes. Aunque tendrá que trasladarse a Londres. ¿Acepta?

Dixon descubrió que no solo no podía respirar, sino tampoco hablar.

—¿Qué clase de trabajo es?

—Una especie de secretario particular. Nada de correspondencia... De eso se encarga una jovencita. Consistirá fundamentalmente en reunirse con determinada gente o en decirle a esa misma gente que no estoy disponible para reunirme con ellos. Trataremos todos los detalles el lunes por la mañana. A las diez en mi casa de Londres. Apunte la dirección. —Gore-Urquhart le facilitó las señas exactas y después le preguntó—: ¿Se encuentra usted mejor?

—Sí, estoy bien, gracias. Me acosté en cuanto...

—No, no le preguntaba por su salud, joven. ¿Le ha quedado todo claro? ¿Estará allí el lunes?

—Sí, por supuesto, y muchísimas gracias, señor...

—De acuerdo, entonces... Le veré...

—Espere un minuto, señor Gore-Urquhart. ¿Trabajaré con Bertrand Welch?

—¿Qué le hace pensar eso?

—Nada, nada... Tenía entendido que estaba interesado en trabajar para usted.

—Sí, así es, pero resulta que su puesto se lo ha quedado usted. Supe que el joven Welch no era el candidato adecuado en cuanto le puse un ojo encima. Me pasó lo mismo con sus cuadros. Es una pena que se las haya apañado para cazar a mi sobrina, una auténtica pena... Pero la he dejado por imposible. Es obstinada como una mula. Peor que su madre. Sin embargo, estoy seguro de que usted hará un buen trabajo, Dixon. No porque reúna los méritos para este o cualquier otro empleo. Mucha gente los tiene. Pero usted carece, eso sí, de los defectos que le impedirían trabajar para mí, y eso sí que es impagable. ¿Alguna otra pregunta?

—No, eso es todo, gracias. Yo...

—El lunes a las diez. —Gore-Urquhart colgó el teléfono.

Dixon se levantó lentamente. ¿Con qué ruido podría expresar aquel frenesí de felicidad y sorpresa que lo embargaba? Aguantó la respiración para emitir un ronroneo de puro contento, pero el fugaz repique del reloj con patas de la repisa de la chimenea se encargó de devolverle a la realidad. Eran las doce y media, la hora a la que se suponía que había quedado con Catchpole para hablar de Margaret. ¿Debía ir?

Vivir en Londres le quitaría hierro al problema de Margaret, o al menos lo aplazaría en el tiempo. Pero le pudo la curiosidad.

Salió de casa rememorando con entusiasmo el veredicto de Gore-Urquhart sobre los cuadros de Bertrand. Sabía que el tío Julius estaba en lo cierto. Pero entonces, al caer en la cuenta de que Bertrand, aun sin trabajo y sin talento, seguía teniendo en su poder a Christine, redujo la marcha.

Catchpole, que ya estaba allí cuando Dixon llegó, resultó ser un tipo joven, alto y delgado de veintipocos años, con aspecto de intelectual y modos de empleado de banca. Le trajo una bebida a Dixon, se disculpó por robarle su tiempo y, tras otra ronda de prolegómenos, entró en materia.

—Creo que lo mejor que puedo hacer es relatarle los hechos tal y como ocurrieron. ¿Está usted de acuerdo?

—Sí, lo estoy, pero ¿qué garantía tengo yo de que en verdad ocurrieran como usted me los va a contar?

—Ninguna, por supuesto. Pero, si conoce a Margaret, le sonará lo que le cuento y le parecerá creíble. Y, por cierto, ¿le importaría, antes que nada, explayarse un poco más en lo que me contó por teléfono acerca de su salud?

Dixon se explayó y, mientras lo hacía, dejó caer el estado en el que se encontraba su relación con Margaret. Catchpole le escuchó en silencio, con los ojos perdidos en la superficie de la mesa, frunciendo un poco el ceño y jugueteando con un par de cerillas consumidas.

—Muchísimas gracias. Eso aclara en cierto modo las cosas. Y, ahora, permítame que le cuente mi versión de los hechos. En primer lugar, al contrario de lo que Margaret parece haberle dicho, ella y yo jamás hemos sido amantes, en ningún sentido... Ni en el emocional ni en el que podríamos llamar... técnico. Le sorprende, ¿verdad?

—Sí —respondió Dixon. Un extraño sentimiento de temor, como si Catchpole estuviera buscando pelea con él, hizo presa de él.

—Aunque yo creí que podríamos llegar a serlo. En fin, la conocí en un acto político y, sin saber muy bien cómo, acabé saliendo con ella, llevándola al teatro y a conciertos, cosas así... No tardé en darme cuenta de que es una de esas personas, generalmente son mujeres, incapaces de vivir sin tensión emocional. De la noche a la mañana, empezamos a reñir sin causa alguna, y lo digo literalmente. Así que me cuidé mucho, por supuesto, de mantener relaciones sexuales con ella, pero entonces Margaret empezó a comportarse como si las tuviéramos. Me acusaba constantemente de intentar hacerle daño, de ignorarla, de querer humillarla delante de otras mujeres... ¿Ha tenido alguna experiencia similar con ella?

—Sí —contestó Dixon—. Continúe.

—Veo que usted y yo tenemos más en común de lo que pensé en un principio. Sin embargo, tras una trifulca más disparatada que de costumbre a cuenta de algún comentario que hice cuando le presenté a mi hermana, decidí que no volvería a tolerar sus arrebatos. Así se lo dije. Y entonces tuvo lugar la escena más espeluznante

que he presenciado... —Catchpole se atusó el pelo hacia atrás con los dedos y se removió en su asiento—. Recuerdo que había pedido la tarde libre y fuimos de compras. Ella empezó a gritarme en plena calle. Fue terrible. Comprendí que no debía aguantar aquello ni un minuto más, aunque, para apaciguarla, acepté ir a verla esa misma noche a eso de las diez. Le confesaré que cuando llegó la hora, me sentí incapaz. Y un par de días más tarde me enteré de su..., desde entonces, intento de suicidio, y de que había ocurrido esa misma noche. La idea de que podría haberlo evitado si me hubiera molestado en hacer acto de presencia no me ha dejado vivir en paz de su...

—¡Espere un minuto! —dijo Dixon con la boca seca—. Margaret también me pidió a mí que fuera a verla a su casa esa misma noche. Después me contó que usted había estado allí antes y que le había dicho que...

Catchpole restó importancia a la revelación de Dixon.

—¿Está usted seguro? ¿Está seguro de que fue esa noche?

—Completamente. Lo recuerdo perfectamente. De hecho, acabábamos de comprar los somníferos cuando me pidió que fuera a su casa, los mismos que usó por la noche. Fue tal y como se lo cuento. ¿Por qué, qué sucede?

—¿Compró los somníferos cuando estaba con usted?

—Sí, así es.

—¿A qué hora fue eso?

—¿Que a qué hora los compró? Supongo que hacia el mediodía. ¿Por qué?

—Es que también compró un frasco entero de pastillas esa misma tarde, cuando estaba conmigo —explicó Catchpole, hablando despacio.

Se miraron el uno al otro en silencio.

—Me figuro que falsificó una receta —dijo Dixon, tras la pausa.

—Quería que coincidiéramos los dos en su casa y viéramos a qué la habíamos condenado —concluyó Catchpole con amargura—. Sabía que era una neurótica, pero no me imaginaba hasta dónde era capaz de llegar.

—¡Menos mal que el vecino de la habitación de abajo subió a quejarse por el volumen de la radio!

—No se equivoque. Ella jamás habría asumido un riesgo semejante. No, esto confirma lo que siempre he pensado: Margaret no tenía ninguna intención de suicidarse, ni entonces ni nunca. Debió de tomar algún somnífero antes de la hora a la que se suponía que llegaríamos; una dosis insuficiente para matarla. Después esperó a que entráramos, nos lleváramos las manos a la cabeza, nos ocupáramos de ella y nos hiciéramos toda clase de reproches. No. No creo que haya ninguna duda al respecto. Su vida jamás corrió el menor peligro.

—Pero no tenemos ninguna prueba de eso —intervino Dixon—. Es solo una suposición.

—¿No cree que tengo razón? ¿Conociéndola como la conoce?

—No sé qué pensar, francamente...

—¿Pero no ve cómo...? ¿No le parece todo un completo disparate? Es la única explicación posible. Mire, intente recordar: ¿dijo algo sobre cuántos somníferos ingirió, sobre cuál era la dosis fatal, algo de eso?

—No, no lo creo... Solo recuerdo que repitió sin parar que se había aferrado al frasco vacío mientras...

—El frasco vacío. Había dos frascos. ¡Eso es! Por fin las tengo todas conmigo. Yo estaba en lo cierto...

—Voy a pedir otra ronda —dijo Dixon. Sintió la necesidad de alejarse de Catchpole un momento para aclarar sus ideas, pero, una vez en la barra, fue incapaz de pensar en nada... Aunque lo intentó, no conseguía ordenar sus pensamientos. Aún no se había sobrepuesto al pasmo, por lo demás tan común, de descubrir que un extraño conocía como la palma de su mano a alguien a quien también él conocía muy bien... Al menos las cosas más íntimas, concluyó, tendrían que ser excluyentes. Y, en cuanto a la teoría de Catchpole... No se la creía. ¿Cómo iba a hacerlo? No era la clase de teoría que puede creerse o dejar de creerse a la ligera.

—Espero que se haya convencido ya —dijo Catchpole cuando Dixon regresó con las bebidas. Se meció en su silla con una suerte de júbilo inestable—. El frasco vacío... Pero había dos frascos, y ella solo usó uno. ¿Que cómo lo sé? ¿Cree que se le habría olvidado contarnos que se tomó dos frascos de somníferos si así hubiera sido? No... De lo que se olvidó fue de mentir. Creyó que daría lo mismo. No se le ocurrió pensar que algún día podríamos conocernos. Y no la culpo: ni siquiera la persona más concienzuda puede estar en todo. Se aseguraría, por supuesto, de que la ingesta de un frasco no la pondría en peligro. Quizá dos frascos tampoco la hubieran matado, pero no quiso correr el riesgo. —Catchpole se llevó su bebida a la boca y vació medio vaso de un trago—. En fin, le estoy muy agradecido por haber hecho esto por mí. Por fin me he librado de ella. Se acabaron las preocupaciones por su estado de salud, gracias a Dios. Y no creo que el peso que me he quitado de encima sea moco de pavo. —Catchpole miró fijamente a Dixon; el flequillo le cubría la frente—. Espero que usted se sienta libre también.

—Jamás le pidió matrimonio, ¿verdad?

—No, no fui tan iluso. Me imagino que ella le contó que lo hice, claro.

—Sí. ¿Y no se largó a Gales con una mujer por la misma época?

—Desgraciadamente, no. Me fui a Gales, sí, pero para un viaje de trabajo, y como comprenderá mi empresa no se dedica a proporcionar a sus empleados mujercitas de compañía. Una pena. —Terminó su bebida, se levantó y su voz adoptó un tono de confidencia—. Espero que ya no desconfíe de mí. Me alegro mucho de haberle conocido, y me gustaría poder agradecerle de algún modo lo que ha hecho por mí. —Se inclinó sobre Dixon y bajó aún más la voz—. En cuanto a usted, le aconsejo que no intente ayudarla más... Es demasiado peligrosa para usted. Créame, sé de lo que hablo. En realidad, ella no necesita que nadie la ayude. Le deseo la mayor de las suertes. Adiós.

Después de darle la mano, Catchpole se marchó dando inmensas zancadas, con la corbata ondeando al viento. Dixon terminó su bebida y unos minutos más tarde se marchó. Caminó de vuelta a la pensión entre la muchedumbre que se formaba a la hora del almuerzo. Todo parecía encajar, pero Margaret había penetrado demasiado en su vida y en sus sentimientos como para que pudiera expulsarla después de un mero recital de hechos. A falta de otro agente purgativo aparte de la verdad de lo sucedido, Dixon ya se veía descartando en un futuro no muy lejano la teoría de Catchpole.

La señorita Cutler servía a la una en punto el almuerzo a quien se lo solicitaba. Dixon tenía pensado aprovechar para comer en la pensión y coger el tren de las dos, en dirección a su pueblo. En el comedor, se topó con Bill Atkinson, que ya se había sentado a la mesa y leía un nuevo ejemplar de la revista de lucha libre a la que estaba suscrito. Atkinson se le quedó mirando y, cosa rara en él, le habló:

—Acabo de hablar con tu amiguita por teléfono.

—¡Dios mío! ¿Qué quería ahora?

—Déjate de «Dios mío». —Atkinson frunció el ceño, amenazante—. No me refiero a la depresiva, a la angustias esa, sino a la otra, la que, según tú, era propiedad del deportista barbudo.

—¿Christine?

—Sí. Christine —aclaró Atkinson, ingeniándose para hacer sonar el nombre como un improprio.

—¿Y sabes qué quería, Bill? Quizá fuera importante.

Atkinson cerró la revista, en cuya portada aparecían dos Laocoontes entrelazados.

—Espera un minuto —dijo, para indicar que no daba por zanjado el asunto. Tras leer atentamente algo que había escrito en uno de los márgenes, añadió en un tono doliente—: No lo he entendido del todo, la verdad, pero lo más importante es que su tren parte hoy a las dos menos diez.

—¿Cómo? ¿Hoy? Tenía entendido que se quedaría un par de días más.

—Me trae sin cuidado lo que tú tenías entendido. Yo te cuento lo que he entendido yo. Me ha dicho que tenía una noticia para ti y que no podía dármela por teléfono, y que si quieres volver a verla, vayas a despedirla a las dos menos diez. Me ha dicho que depende de ti. Parecía un poco obsesionada con esa idea, con eso de que depende de ti, pero no me preguntes a qué se refería, porque no me ha permitido continuar. Ha dicho también que «entendería» que no fueras. Tampoco me pidas que traduzca esto último. —Atkinson le explicó también que el tren no partiría de la estación principal, sino de la otra, más pequeña y cercana a la casa de los Welch. Algunos trenes hacían una parada en esta estación secundaria en su trayecto hacia Londres.

—Pues más vale que me dé prisa —dijo Dixon, haciendo cálculos.

—Sí, más vale. No te preocupes, yo me encargo de decirle a la bruja que no vas a almorzar aquí. Ve a coger el autobús. —Dixon bajó la cabeza, posó un segundo los

ojos sobre la revista y a continuación salió corriendo a la calle.

Tenía la sensación de que se pasaba la vida corriendo de un lado para otro. ¿Por qué no partiría su tren de la estación principal? Había uno a las tres y veinte. ¿Qué noticia tendría que darle? Él también tenía cosas que contarle a Christine; dos, para ser exactos. ¿Su inesperada partida significaba que Bertrand y ella habían vuelto a discutir? El autobús enfilaría la carretera de la universidad entre la una y diez y la una y cuarto. Y ya eran la una y cuarto. El siguiente llegaría a las tres y cinco. Era inútil esperar. Dixon aceleró el paso. No, cómo iba a largarse a causa de una simple discusión. Estaba convencido de que Christine no era la clase de mujer que actúa de esa forma ante una disputa. ¡Maldita sea! A lo mejor la noticia que tenía que darle era solo que su tío Julius iba a ofrecerle trabajo... Probablemente, no se esperaba que él estuviera al tanto tan pronto. ¿De verdad le haría recorrer todo el trecho hasta la estación solo para decirle eso? ¿O era solo una excusa para volver a verle? Pero ¿por qué diablos querría volver a verle?

Dixon corrió hacia la parada de autobús. Unos kilómetros más allá, en un cruce, un coche esperaba para incorporarse al tráfico. Atajó por el carril más cercano, vociferando: «¡Taxi! ¡Taxi!». ¡Le había venido al pelo! Cruzó hasta la acera de enfrente a toda pastilla y, en ese mismo instante, el vehículo echó a andar por la carretera y aceleró la marcha. «¡Taxi! ¡Taxi!». Sin parar de correr, alcanzó a distinguir la cabeza de la mujer del rector —llevaba un sombrero con forma de birrete— a través de la luna trasera. Ella le miró con el ceño fruncido. El taxi no era tal, sino el coche del rector. ¿Iría él a bordo también? Dixon giró a un lado, traspasó una verja abierta y se adentró en el jardín frontal de una vivienda. Después, se arrodilló un minuto tras un seto. ¿Era realmente tan importante que se reuniera con Christine en la estación? Tal vez volvieran a verse más adelante, por mediación de su tío Julius... ¿Conservaba el trozo de papel con su número de teléfono?

El golpeteo de un cristal le hizo darse la vuelta. Una vieja y un loro gigante le miraban desde una de las ventanas de la planta baja. Se arqueó aún más, se acordó de Christine y salió corriendo en dirección a la acera. Un autobús procedente de la ciudad subía lentamente la cuesta a unos doscientos metros de distancia. Aún se hallaba demasiado lejos para poder leer el letrero que indicaba su destino, y el esfuerzo físico le había empañado las gafas. Pero debía de ser el suyo. Y debía cogerlo a toda costa. Tenía la corazonada, si se puede llamar así, de que algo saldría mal si no se presentaba en la estación, de que perdería algo para siempre. Corrió más deprisa aún, tanto que los demás viandantes se apartaban a su paso y le lanzaban miradas de asombro teñidas de rencor. El autobús, que aún no se había incorporado a la carretera de la universidad, se detuvo en mitad del tráfico. Dixon comprobó que era el suyo y se apresuró hasta el cruce, pero el vehículo reanudó la marcha y llegó antes que él. Cuando volvió a verlo, estaba a unos cincuenta metros, detenido en plena carretera. Un pasajero se subió en él.

Dixon se marcó un *sprint* frenético, echando el bofe mientras el revisor le miraba impávido desde su plataforma. Pero, a medio camino, este tocó el timbre, el conductor aceleró y las ruedas comenzaron a girar. Dixon descubrió que era más veloz de lo que pensaba: había conseguido reducir su distancia con el autobús a cinco metros, aunque el trecho que le separaba de él se incrementaba por momentos. Así que dejó de correr y dedicó al revisor, que seguía observándole, el gesto obsceno por excelencia. En ese instante, el timbre sonó de nuevo y el autobús se detuvo abruptamente. Dixon, pese a las dudas, trotó hasta la puerta y subió a bordo con cierta desconfianza. No quiso mirar a los ojos al revisor, que le estaba diciendo con admiración: «Buena carrera, genio». Y volvió a tocar el timbre por tercera vez.

Dixon balbuceó una pregunta sobre la hora de llegada a la estación, que se correspondía con el fin de trayecto, y recibió una respuesta civilizada pero evasiva. Luego plantó cara momentáneamente a las miradas indiscretas del resto de los pasajeros, subió con esfuerzo al piso de arriba y se desplomó sobre uno de los asientos delanteros, incapaz de tomar aliento para proferir un lamento siquiera. Cuando consiguió tragarse aquella sustancia espesa que le abrasaba la boca y la garganta, se hurgó en el bolsillo y sacó tembloroso una cajetilla de cigarrillos y otra de cerillas. Tras leer y reírse varias veces del chiste que aparecía en el reverso de los fósforos, encendió el cigarrillo; era lo único de lo que se sentía capaz en esos momentos. A través de la ventanilla, vio la carretera que se extendía ante él, y no pudo evitar sentir una especie de entusiasmo, sobre todo por la vivacidad del paisaje iluminado por el sol. La hilera de casas adosadas con fachada de azulejos verdes dio paso a los primeros campos abiertos. Alcanzó a adivinar el reflejo del agua entre los árboles.

Christine había dicho que *entendería* que no acudiera a despedirla. ¿Qué había querido decir? ¿Que *entendería* que sus compromisos con Margaret le impidieran ir? Quizá lo había dicho con retintín, como insinuando que *entendería* que Dixon considerara su aventura un error romántico, con o sin Margaret. No podía permitir que Christine se le escapara; si eso ocurría, tal vez no volviera a verla nunca más. No, hombre... ¡Qué frase tan inoportuna! El autobús redujo la marcha haciendo que el rostro de Dixon se transformara pasando a ser todo nariz y gafas. Un camión enganchado a un gran remolque con un cartel indicaba su longitud y aconsejaba prudencia era el culpable de su lentitud. Llevaba, además, otro cartel más pequeño que aducía una segunda razón para la cautela: «Freno neumático». La cabina, el remolque y el autobús serpentearon a una velocidad de crucero de veinte kilómetros por hora a lo largo de una interminable sucesión de curvas. Dixon apartó la mirada del remolque y, para tratar de distraerse, pensó en lo que le había contado Catchpole sobre Margaret.

En cierto modo, en cuanto tomó la decisión de montarse en ese autobús, le había dado la razón. Por primera vez en su vida sintió que no merecía la pena intentar salvar a quien no quiere ser salvado. Seguir intentándolo no solo supondría sucumbir

a la tristeza y a la sentimentalidad, sino que era injusto y, a la larga, inhumano. ¡Qué desgracia la de Margaret! Seguramente —Dixon lo había pensado con anterioridad— la causa de todos sus infortunios era haber tenido la mala suerte de nacer fea. Christine, de carácter más normal o menos intratable, había tenido mejor fortuna por lo que tocaba a su cara y su figura. Así son las cosas. Atribuirles a la suerte no las hace menos ciertas ni les resta importancia. Christine era más simpática y guapa que Margaret, y todas las conclusiones que pudieran deducirse de esta afirmación debían ser deducidas: es una evidencia que las cosas agradables son más agradables que las desagradables. También había sido cuestión de suerte haberse podido desprender de la cinta adhesiva de la pena. Si Catchpole se hubiera comportado de otro modo, él, Dixon, seguiría tan atrapado como lo había estado hasta el momento. Y ahora volvía a necesitar desesperadamente otro golpe de suerte. Si lo recibía, quizá pudiera serle de ayuda a alguien más.

El revisor se presentó ante Dixon y negoció con él el precio del billete. Cuando llegaron a un acuerdo, le dijo:

—Llegaremos la estación a la una y cuarenta y tres. Lo acabo de comprobar —dijo.

—Ah. ¿Cree que nos retrasaremos?

—No sé qué decirle, lo siento. Si seguimos gateando detrás de este trasto de la RAF, me temo que sí. ¿Tiene que coger un tren?

—No, quiero despedirme de alguien que sale en el de las dos menos diez.

—Yo no las tendría todas conmigo. —El revisor remoloneó un poco más en torno a Dixon, sin duda para examinar su ojo morado.

—Gracias —respondió Dixon, desdeñoso.

El autobús enfiló una gran recta con una pequeña hondonada a mitad de camino, lo que permitía ver hasta el último metro de aquella superficie vacía de vehículos en dirección contraria. Una mano bronceada y escuálida asomó de la cabina del camión para hacerles una señal de adelantamiento. Pero el conductor ignoró la invitación y redujo la marcha poco a poco hasta detenerse en una parada de autobús, frente a una hilera de casitas con tejado de paja. La silueta en escorzo de dos viejas ataviadas de negro aguardó inmóvil hasta que el vehículo se detuvo completamente. Entonces, la silueta se desplazó con cautela hasta la plataforma y las dos mujeres, agarradas del brazo, desaparecieron del campo visual de Dixon, que no tardó en oír sus voces. Gritaban algo ininteligible al conductor. El autobús se quedó parado, sin hacer el menor ruido, durante unos cinco segundos. Dixon se impacientó y se removió en su asiento tratando de encontrar cualquier explicación a ese alto en el trayecto. Pero no la encontró. ¿Se habría desplomado el conductor en su asiento, víctima de un síncope, o tal vez le habría sobrevenido la inspiración poética? La situación se prolongó un poco más, hasta que aquella escena de calma y sopor rústico fue alterada por la aparición repentina de una tercera mujer, vestida de color lila, que salió de una casita situada unos metros más allá. La señora observó el autobús, lo identificó sin

demasiada dificultad y arrastró los pies hacia él un tanto encorvada. Sus andares recordaban a los de un soldado haciendo cola para cobrar su estipendio. Además, llevaba un sombrero que reforzaba la analogía: parecía un casco de la Guardia Real teñido de color rojo guinda que parecía haber sido atropellado con saña. Tal vez la maldita vieja —el estómago de Dixon emitió un sonido metálico cuando la vio sonreír, henchida de orgullo por no haber perdido el autobús— se lo hubiera encontrado en medio de la carretera, frente a su casita cochambrosa, tras unas maniobras militares. Quizá le hubieran pasado por encima las rudas las ruedas de todo un batallón de transporte.

El autobús se reincorporó con prudencia a la carretera, y la distancia con el camión empezó a disminuir. Dixon se ensimismó tanto en la progresión de la marcha que no volvió a pensar en lo que le diría Christine si llegaba a tiempo, ni en cómo reaccionaría si ocurría lo contrario. Permaneció petrificado en su sucio asiento, tambaleándose al ritmo de las sacudidas del autobús, que venían acompañadas por unos chirridos que parecían carcajadas sísmicas, sudando furtivamente a causa del calor y del miedo —gracias a Dios no había bebido— y mirando a diestro y siniestro cada vez que los adelantaba un coche, en cada curva y en cada alarde de prudencia innecesaria por parte del conductor.

El autobús volvió a situarse, cauteloso, tras el remolque, que ralentizó aún más el paso. Antes de que Dixon tuviera tiempo siquiera de lamentarse o conjeturar qué estaba pasando, el camión con su remolque se desviaron a un lado, a un apartadero, y el autobús continuó su trayecto en solitario. Ahora, se dijo el joven con esperanzas renacidas, el conductor intentará compensar el tiempo perdido. Este, sin embargo, no parecía albergar esa intención, así que Dixon encendió otro cigarrillo clavando la cerilla en el papel de lija y se imaginó que este era ojo del conductor. No tenía ni idea de qué hora era, pero calculó que ya habrían recorrido ocho de los doce kilómetros que le separaban de su destino. Pero entonces el autobús rodeó una esquina y frenó abruptamente hasta detenerse por completo. Un tractor que, tiraba laboriosamente de un artilugio que se asemejaba al somier de la cama de un gigante, cubierto de tierra y briznas de hierba como lazos, entró en escena armando un gran alboroto. Dixon pensó que tendría que acabar bajando y acuchillando a los conductores de ambos vehículos. ¿Qué sería lo siguiente? ¡Qué! ¿Un atraco de enmascarados, un accidente con víctimas, una inundación, un pinchazo, una tormenta eléctrica seguida de una lluvia de árboles y meteoritos, un tramo cortado por obras, un ataque de baja intensidad de la aviación comunista, un rebaño de ovejas, un conductor noqueado por el picotazo de un avispon? Si tuviera que elegir, escogería la última opción. Tras un brusco frenazo, el autobús continuó arrastrándose por el asfalto. Un tropel de vejstorios esperaba a subir a bordo, torpes y temblorosos, en cada parada.

El tráfico se volvió más denso conforme se acercaban a la ciudad y el conductor añadió a su cautela hipertrófica una devoción psicopática por los demás usuarios de la vía. En cuanto atisbaba una furgoneta de descarga o una bicicleta, reducía la

velocidad a unos seis kilómetros por hora, sacaba la mano por la ventana y se marcaba un baile de San Vito de señas y ondulaciones diversas. Los conductores noveles practicaban la marcha atrás en su propio carril. Una caterva de gandules que se había parado en mitad de la carretera a chismorrear se dispersó sin prisas ante la tímida advertencia del chófer. Unos niños se apresuraron a rescatar sus juguetes de debajo de las ruedas del autobús, que acababa de reiniciar la marcha. Los habitantes de este estercolero físico, mental y moral, que durante años habían dedicado sus escasas caminatas a perseguir ofensas contra la castidad, eran demasiado pobres, y también demasiado malvados... Dixon retornó a la dolorosa realidad cuando se le apareció, a treinta metros de distancia, la mole de la estación de trenes. Corrió por el pasillo hacia las escaleras. Se bajó en marcha antes de que el autobús se detuviera, cruzó la carretera y se dirigió directamente a la ventanilla de reservas. El reloj de encima de la taquilla marcaba la una y cuarenta y siete. De repente, el minuterero avanzó una posición y Dixon se lanzó hacia los andenes. Un hombre de rasgos duros le salió al paso:

—¿De qué andén sale el tren que va a Londres, por favor?

El hombre le examinó con la mirada, como si quisiera averiguar su disposición a las chanzas impropias:

—Llega usted un poco pronto, ¿no le parece?

—¿Eh?

—El siguiente tren a Londres sale a las ocho y diecisiete.

—¿A las ocho y diecisiete?

—Y sin coche restaurante.

—¿Y el de las dos menos diez?

—No hay ningún tren a las dos menos diez. ¿No lo habrá confundido con el de las dos menos veinte?

Dixon tragó saliva.

—Sí, ha debido de ser eso —repuso—. Gracias.

—Lo lamento, joven.

Dixon asintió mecánicamente y se dio media vuelta. Bill Atkinson debía de haberle dado mal el recado. Pero no era propio de Atkinson cometer esa clase de errores. Quizá la equivocación proviniera de la propia Christine. Ahora ya daba igual. Caminó despacio hasta la entrada y observó desde las sombras la pequeña plaza de enfrente, iluminada por el sol. Al menos había encontrado trabajo. Y no le costaría demasiado ponerse en contacto con Christine. Pero, de algún modo, sentía que entonces sería demasiado tarde. En cualquier caso, se habían visto y habían hablado un puñado de veces. ¡Gracias a Dios!

Mientras observaba y se preguntaba qué hacer, divisó un coche con el retrovisor dañado que no terminaba de decidirse a adelantar a una furgoneta de la oficina de correos. Algo en el vehículo, que comenzó a avanzar muy lentamente hacia Dixon rugiendo como un *bulldozer*, captó su atención. El rugido cesó con el chirrido

aterrador de algún engranaje y el coche se detuvo. Una mujer alta y rubia, enfundada en un traje color vino y con un chubasquero en el brazo, se bajó y se apresuró hacia la estación, tirando de una maleta.

Dixon se escondió lo mejor que pudo tras una columna, inmovilizado por lo que debía de ser una repentina lesión del diafragma. ¿Cómo había podido pasar por alto —él, entre todos los seres del universo— los hábitos de conducción de Welch?

Un nuevo fragor de furia mecánica confirmó que Welch seguía al volante. ¡Bien! A lo mejor tenía la orden de regresar a casa de inmediato. Dixon no albergaba ningún sentimiento ni pensamiento más allá de la situación inmediata. Oyó a Christine acercarse e intentó apretarse un poco más contra la columna. La joven Callaghan dio algunos pasos sobre los tablones de madera del vestíbulo. Cuando ya estaba a unos dos metros de distancia, giró la cabeza y le vio. Su rostro dibujó una sonrisa que a él se le antojó de puro afecto.

—Veo que has recibido mi mensaje —dijo. Estaba guapa hasta el absurdo.

—Ven, Christine, corre. —Dixon la arrastró hasta el refugio de la columna—. Será solo un minuto.

Christine miró primero a su alrededor y después a Dixon.

—Tendríamos que estar corriendo hacia el andén. Mi tren está a punto de llegar.

—Tu tren ya ha partido. Tendrás que esperar al siguiente. Y, eso, en el mejor de los casos...

—Según el reloj, aún queda un minuto. Puedo...

—No, ya ha partido, te lo acabo de decir. A las dos menos veinte.

—No es posible.

—Es posible, y así ha sido. Me lo acaba de decir un empleado de la estación.

—Pero el señor Welch me dijo que partía a las dos menos diez.

—¿De verdad? Eso explica todo. Pues ya ves que se ha equivocado.

—¿Estás seguro? A todo esto, ¿por qué nos escondemos? ¿Nos escondemos?

Dixon la ignoró, posó una mano maquinalmente sobre su brazo y miró por encima de sus hombros. Welch estaba maniobrando, con el coche de costado entre el vestíbulo de la estación y la plaza.

—Sí. Vamos a darle tiempo al maldito vejestorio para que se largue, y después iremos a tomar algo. —Él empezaría por un *whisky* óctuple—. Me imagino que ya habrás comido.

—Sí, pero apenas si he probado bocado.

—No te reconozco. En fin, yo no he comido, así que almorzaremos juntos. Conozco un hotel no muy lejos de aquí. Solía ir con Margaret en los viejos tiempos.

Dejaron el equipaje de Christine en la consigna y salieron a la plaza.

—Menos mal que el bueno de Welch no ha insistido en acompañarte hasta el tren —dijo Dixon.

—Sí... En realidad, he insistido yo en que no lo hiciera.

—No te culpo. —La incomodidad física de Dixon fue a más al pensar en la «noticia» que tenía que comunicarle Christine, ahora que estaba a punto de ser

revelada. Intentó convencerse de que no le depararía nada bueno, para así conjurar la posibilidad de que fuera mala. Le picaban la cabeza y una parte inaccesible de la espalda.

—Quería alejarme lo antes posible de todos ellos. No aguantaba ni un minuto más. Ayer llegó uno nuevo.

—¿Uno nuevo?

—Sí. Un tal Mitchell, o algo así.

—Ahora caigo. Te refieres a Michel.

—¿Michel? Él acabó de decidirme a coger el primer tren que saliera para Londres.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué querías contarme?

Dixon trató de apesadumbrarse, de no esperar nada salvo alguna mezquindad muy ruin e inesperable por parte de Christine. Ella le observó y él reparó en el blanco de sus ojos, de un azul muy claro.

—He terminado con Bertrand. —Cualquiera diría que estaba hablando de un detergente que la hubiera decepcionado.

—¿Por qué? ¿Para siempre?

—Sí. ¿Quieres que te cuente la historia?

—Adelante.

—¿Recuerdas que ayer Carol Goldsmith y yo nos fuimos en mitad de tu lectura?

Dixon, que de repente lo comprendió todo, contuvo la respiración.

—Lo sé. Carol te contó algo, ¿verdad? Ya sé lo que te contó.

Dejaron de hablar sin quererlo. Dixon le sacó la lengua a una vieja a la que sorprendió mirándolos.

—Tú siempre supiste lo suyo con Bertrand, ¿a que sí? Sé que lo sabías —dijo Christine. Parecía que iba a echarse a reír.

—Sí. ¿A santo de qué te lo contó?

—¿Por qué no me lo contaste tú?

—No podía. No me habría hecho ningún bien. ¿Por qué te lo contó Carol?

—Porque odia a Bertrand por creer que podía mangonearla a su antojo. A mí no me importa lo que hiciera antes de salir conmigo, pero está mal que haya intentado estar con las dos a la vez... Carol me contó que le propuso una escapadita la noche del teatro. Estaba convencido de que le diría que sí. También me dijo que al principio me detestaba, pero después vio cómo me trataba y otros detalles, como su actitud en el baile. Y comprendió que el culpable era él y no yo.

Margaret encogió un poco los hombros. Hablaba de prisa y como avergonzada, con la espalda apoyada contra un escaparate repleto de sostenes, corsés y ligueros. La persiana ensombreció su rostro y el rictus de picardía con el que miró a Dixon, quizá para comprobar si había satisfecho su curiosidad o si quería que le contara más.

—Qué generosa, ¿verdad? Bertrand no querrá ni mirarla después de esto.

—Bueno, ella tampoco quiere volver a verle. Supongo entonces que...

—¿Qué supones?

—Supongo, por lo que me contó Carol, que habrá alguien más a quien esté rondando por ahí. No sé quién podrá ser.

Él sí lo sabía, estaba seguro de ello. Por fin había desenredado el último hilo de la urdimbre. Tomó el brazo de Christine y caminaron juntos.

—Es suficiente —dijo.

—Aún no te he contado las cosas que le dijo a Carol acerca de...

—Luego. —Una sonrisa lasciva de felicidad iluminó el rostro de Dixon—. Creo que a ti te gustará saber esto: por fin me he quitado a Margaret de encima. Va a ocurrir algo, no me preguntes qué aún, que hará que no tenga que volver a preocuparme por ella jamás.

—¿Cómo? ¿Estás absolutamente...?

—Te lo contaré más tarde, te lo prometo. No pensemos en eso ahora.

—De acuerdo. Pero todo esto está pasando, ¿no?

—Por supuesto... Claro que está pasando.

—Bien, si es así...

—Así es. Dime: ¿qué vas a hacer esta tarde?

—Supongo que tendré que regresar a Londres.

—¿Te importa que vaya contigo?

—¿Qué es todo esto? —Christine le tiró del brazo hasta que él la miró—. ¿Qué está ocurriendo? Hay algo más, ¿verdad? ¿Qué es?

—Tendré que encontrar un lugar donde vivir.

—¿Por qué? Pensaba que vivías en algún lugar de esta parte del mundo.

—¿No te ha contado tu tío Julius lo de mi nuevo trabajo?

—¡Por el amor de Dios, Jim, dime la verdad! Deja de tomarme el pelo.

Dixon se explicó mientras pronunciaba para sus adentros los nombres de Bayswater, Knightsbridge, Notting Hill Gate, Pimlico, Belgrave Square, Wapping y Chelsea. No, Chelsea no.

—Sabía que se guardaba un as en la manga —dijo Christine—. Pero no me imaginaba que fuera eso. Espero que seas capaz de lidiar con tío Julius. ¡Qué maravilla! ¿Tendrás inconveniente en dejar tu trabajo aquí, en la universidad?

—No, no creo que lo tenga.

—¿Qué clase de trabajo es, por cierto? El que te ha ofrecido el tío, digo.

—El mismo que Bertrand creía que le ofrecería a él.

Christine empezó a reírse a mandíbula batiente y a sonrojarse a la vez. También Dixon se rio. Pensó que era una pena que solo supiera poner cara de rabia y de odio. Por fin había sucedido algo que realmente merecía una mueca, y no tenía ninguna con que celebrarlo. Así que, casi por superstición, puso cara de *La vida sexual en la Antigua Roma*. Entonces, algo frente a ellos les hizo detenerse. Dio un codazo a Christine.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¿Ves ese coche? —Era el de Welch, aparcado al bies frente a una tetería con cortinas verdes de lino y tiestos de cobre en el alféizar de la ventana—. ¿Qué estará haciendo ahí?

—Me imagino que estará esperando a Bertrand y al resto de la tropa. Bertrand dijo que no pensaba almorzar bajo el mismo techo que yo después de lo sucedido. Venga, Jim, date prisa, antes de que salgan.

En el mismo momento en el que llegaron a la altura del escaparate, la puerta de la tienda se abrió y una muchedumbre apellidada Welch salió a la calle. Desbordaron la acera. Uno de ellos era Michel, el escritor afeminado, que salió a escena en último lugar. Era un tipo joven, alto y pálido, de cabellos pálidos que sobresalían bajo una gorra de pana también pálida. Al percatarse de la proximidad de otros viandantes, todo el grupo, con la excepción natural del propio Welch, se apartó instintivamente a un lado. Dixon apretujó el brazo de Christine para azuzarla y caminaron juntos hasta ellos.

—Discúlpenme —saludó Dixon con la voz afrutada de un mayordomo de chiste.

El rostro de la señora Welch dibujó una mueca de vómito inminente, pero Dixon la saludó con una reverencia indulgente (recordó haber leído en algún lugar que el éxito volvía a la gente humilde, tolerante y simpática). El encuentro estaba a punto de concluir cuando Dixon descubrió que, además de Welch y Bertrand, también estaban allí el gorro de pescador del uno y la boina del otro. Pero esta vez, la boina coronaba la cabeza de Welch, y el gorro de pescador, la de Bertrand. De esta guisa y de pie, tiesos y con los ojos como platos, se daban un aire a Gide y a Lytton Strachey moldeados en cera por una mano inexperta. Dixon tomó aliento para soltarles alguna gracia al padre y al hijo, pero, en su lugar, estalló en una sonora carcajada. Fue incapaz de dar un paso más; su cuerpo se dobló en dos como si le hubieran apuñalado en el abdomen. Christine le agarró del brazo y él se detuvo en medio del grupo, tronchándose de la risa como un hombre con un ataque de flato, con las gafas empañadas por el esfuerzo y la boca entreabierta en un rictus agónico.

—Usted es... —exclamó—. Él es...

Los Welch se retiraron y se subieron al coche. Dixon, jadeante aún, permitió que Christine tirara de él calle arriba. Los relinchos y estruendos del motor del coche del catedrático atronaron a sus espaldas y se fueron apagando mientras la joven pareja se alejaba caminando. Luego desaparecieron para siempre, ahogados en el ruido de la ciudad y de sus propias voces.

Notas del traductor

[1] Compositor y crítico musical inglés (1894 – 1930). <<

[2] Se refiere a las *Enclosure Acts*, las leyes que regularon el cercamiento de las tierras comunales. <<

[3] *Merry England* en inglés. Idealización bucólica de la Inglaterra anterior a la Revolución Industrial. <<

[4] Jean Anouilh (1910 – 1987), dramaturgo francés. <<

[5] Ivor Armstrong Richards (1893 – 1979), crítico literario británico. <<